

REVISTA DE LA
Universidad de México

NUEVA ÉPOCA | NÚM. 119 | ENERO 2014 | UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO | \$40.00 | ISSN 0185-1330

Voces de Sudamérica

Daniel Ferreira
Fernanda García Curten
Lina Meruane
Wilmer Urrelo Zárate
Carlos Yoshimito

Elena Poniatowska
Premio Cervantes 2013
Rosa Beltrán
Guillermo Vega

Jaime Labastida
El libro en su contexto

Gonzalo Celorio
Ejercicio de la libertad

Myriam Moscona
Notas sobre Primero Sueño

José Luis Martínez
Sobre Ayala Anguiano

Néstor Martínez Cristo
Sobre Mandela

Angelina Muñiz-Huberman
Sobre Máximo José Kahn

Eloy Urroz
Ricardo Yáñez
Poemas

Adolfo Castañón
Abrir lectores al idioma

Jorge Gaspar
Balada de la aspirina

Ignacio Solares
Sobre Rosa Beltrán

Nadia Villafuerte
Crónica

Reportaje gráfico
Carlos Pellicer López



José Narro Robles
Rector

Ignacio Solares
Director

Mauricio Molina
Editor

Geney Beltrán
Sandra Heiras
Guillermo Vega
Jefes de redacción

CONSEJO EDITORIAL

Roger Bartra
Rosa Beltrán
Carlos Fuentes †
Hernán Lara Zavala
Álvaro Matute
Ruy Pérez Tamayo

NUEVA ÉPOCA | NÚM. 119 | ENERO 2014

EDICIÓN Y PRODUCCIÓN

Coordinación general: Carmen Uriarte y Francisco Noriega
Diseño gráfico: Rafael Olvera Albavera
Redacción: Edgar Esquivel, Rafael Luna
Corrección: Helena Díaz Page y Ricardo Muñoz
Relaciones públicas: Silvia Mora

Edición y producción: Anturios Digital
Impresión: EDAMSA Impresiones

Portada: Carlos Pellicer López, *Puerta mayor azul*, 2008

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Fax: 5550 5800 ext. 119

Suscripciones: 5550 5801 ext. 216

Correo electrónico: reunimex@unam.mx

www.revistadelauniversidad.unam.mx

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón,
01030, México, D.F.

La responsabilidad de los artículos publicados en la **REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO** recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto. Certificado de licitud de título núm. 2801 y certificado de licitud de contenido núm. 1797. La **REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO** es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 112-86.

	EDITORIAL	3
	ELENA DE LAS MIL Y UNA VOCES Rosa Beltrán	5
	ELENA PONIATOWSKA. LA PUERTA LATERAL DEL PERIODISMO Guillermo Vega Zaragoza	9
	EL LIBRO EN SU CONTEXTO Jaime Labastida	15
	DISCURSO DE PANAMÁ. ABRIR LECTORES AL IDIOMA Adolfo Castañón	19
	EJERCICIO DE LA LIBERTAD Gonzalo Celorio	26
	EL SERMÓN DE LOS NIÑOS Eloy Urroz	30
	APUNTES Y NOTAS EN MI PRIMERO SUEÑO Myriam Moscona	33
	ENTREVISTA CON AYALA ANGUIANO. EL PERIODISMO FUE MI VIDA José Luis Martínez S.	37
	VERDE ERA LA SENSACIÓN DEL CIELO Ricardo Yáñez	40
	REPORTAJE GRÁFICO Carlos Pellicer López	41
	MÁXIMO JOSÉ KAHN. ENTRE EL EXILIO Y EL SEFARDISMO Angelina Muñiz-Huberman	49
	DE MEMORIA: MANDELA EN MÉXICO Néstor Martínez Cristo	53
	CASAS Nadia Villafuerte	55
	BALADA DE LA ASPIRINA Jorge Gaspar	60
	VARILLAZOS, MÁS Lina Meruane	66
	STREET FIGHTER Daniel Ferreira	70
	FLUIDEZ EN EL PATINAJE DE VELOCIDAD Fernanda García Curten	78
	LA INUSUAL MUDANZA DE LA SEÑORA MOORE Wilmer Urrelo Zárate	82
	LA FRAGILIDAD DE LAS CRIATURAS ALADAS Carlos Yoshimito	84
	RESEÑAS Y NOTAS	87
	EL CUERPO EXPUESTO. DARWIN: GOLPE A LA VANIDAD HUMANA Ignacio Solares	88
	DESPUÉS DEL MUNDO FELIZ, ¿QUÉ? Aline Pettersson	91
	LITERATURA Y FUTBOL Jorge Alberto Gudiño Hernández	93
	JAQUE MATE A MARCEL SISNIEGA Vicente Leñero	94
	GARÚA Hugo Hiriart	95
	PERSE EN SUS VÍAS Y MANERAS David Huerta	96
	COLERIDGE Y SU MARGINALIA Christopher Domínguez Michael	98
	ERIC CLAPTON: LA ORFANDAD PARADISIACA Pablo Espinosa	100
	LOS PASOS DE BIOY EN UN MUNDO SIN BORGES José de la Colina	104
	REGRESO A CASA Claudia Guillén	105
	JAMES SALTER, EN SOLITARIO Edgar Esquivel	106
	LA CÁMARA DE LOS DESEOS Leda Rendón	107
	ENTENDER DE MANERA INCONSCIENTE José Gordon	108

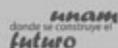
MUSEO EXPUESTO

La colección de arte moderno
de la UNAM 1950-1990

octubre 2013 - noviembre 2014
Martes a domingos, 10 a 18 horas

Centro Cultural Universitario Tlatelolco
Ricardo Flores Magón No.1, Nonoalco Tlatelolco

www.tlatelolco.unam.mx



Suscripciones

VARIOPINTO

REVISTA QUE TRATA DE ESTO, AQUELLO Y LO OTRO

Variopinto: Ala multicolor de lúcido y lúdico sobrevuelo por la cultura, la ciencia, las maravillas cotidianas, la imaginación... y ni modo, también esa irremediable debilidad del corazón humano que es el binomio poder y política.

Subscríbete a nuestra revista por un año llamando a los teléfonos:

55 93
45 59/44 49
56 64 03 58

o a través de nuestro portal

www.revistavariopinto.com

Paga 10 y recibe 12 ejemplares de *Variopinto*
por \$350.00*



Dos hechos de importancia continental en el campo del

libro y las letras conforman las líneas principales de esta entrega de la *Revista de la Universidad de México*.

La concesión del Premio Cervantes de Literatura, el más relevante del idioma, a Elena Poniatowska, permite a dos de nuestros colaboradores visitar la faceta periodística de la autora de *La noche de Tlatelolco*. Rosa Beltrán erige un gozoso comentario del volumen de entrevistas *Palabras cruzadas*, mientras que Guillermo Vega Zaragoza recupera las aristas medulares del trabajo cronístico, y su continuación en el terreno de la novela, de la flamante galardonada.

Por otro lado, el VI Congreso Internacional de la Lengua Española, que tuvo lugar en la ciudad de Panamá en octubre pasado, contó con la participación de dos miembros de la Academia Mexicana de la Lengua: su presidente, Jaime Labastida —quien reflexiona en su ponencia, incluida en esta edición, sobre la condición física del libro en Occidente y sus perspectivas inmediatas ante la plataforma digital—, y el escritor Adolfo Castañón, quien por su cuenta esboza la evolución del castellano en su contacto histórico con distintas lenguas y geografías.

La exploración filológica se ve afianzada por Gonzalo Celorio quien presenta sus consideraciones sobre la naturaleza libertaria del género novelístico a partir de un cuestionamiento: ¿por qué durante la época virreinal no se produjeron obras importantes de ficción? En este arco de indagación sobre la literatura de la era colonial, Myriam Moscona, cuyo libro *Tela de sevoya* recibió el más reciente Premio Xavier Villaurrutia, se adentra en la obra más emblemática de sor Juana Inés de la Cruz, el *Primero Sueño*, con una estrategia de lectura que, al incluir desvíos y acotamientos, configura un modo personal de apropiarse de un poema famoso por su complejidad filosófica.

En esta ocasión, la obra reciente de Carlos Pellicer López da forma a nuestro reportaje gráfico, un poema de Ricardo Yáñez acompaña el colorido trabajo de este artista plástico.

Por su parte, Angelina Muñiz-Huberman presenta el recuento biográfico del escritor y pensador Máximo José Kahn; Néstor Martínez Cristo recuerda la visita a México de Nelson Mandela en 1991; Ignacio Solares desentraña los altos valores literarios de la nueva novela de Rosa Beltrán, *El cuerpo expuesto*, y Nadia Villafuerte hace una crónica de la exposición *Playing House* en el Museo de Brooklin. En este marco creativo, también publicamos *El sermón de los niños*, un desgarrador poema de Eloy Urroz.

En el terreno de la divulgación científica, el cardiólogo Jorge Gaspar recupera la historia de un medicamento, la popular Aspirina, que ha conocido altos y bajos en la consideración de los médicos.

La narrativa sudamericana contemporánea se inclina por revisar los conflictos de la violencia y los desencuentros de la identidad personal como lo permiten atestiguar los textos de ficción de cinco voces de reciente incorporación al espacio literario: el colombiano Daniel Ferreira, la argentina Fernanda García Curten, la chilena Lina Meruane, el peruano Carlos Yoshimito y el boliviano Wilmer Urrelo Zárate.



CONACULTA



FIC UNAM 2014

Festival Internacional
de Cine UNAM

27 FEBRERO / 09 MARZO

FICUNAM.UNAM.MX

libros
unam

Libros UNAM
te invita a conocer su nuevo espacio en



TIENDA UNAM

Circuito Mtro. Mario de la Cueva S/N, Ciudad Universitaria, Coyoacán México, D.F.

www.libros.unam.mx



ÚNETE A NUESTRAS REDES SOCIALES

< www.cultura.unam.mx >

f /CulturaUNAM t @CulturaUNAM

g culturaunam v CulturaUNAM



Elena de las mil y una voces

Rosa Beltrán

El Premio Cervantes 2013 fue concedido a Elena Poniatowska, escritora forjada y nutrida en la literatura y el periodismo. Rosa Beltrán revisita la faceta de entrevistadora de que la autora galardonada dio muestras desde su juventud, con motivo de la reedición del tomo Palabras cruzadas. Guillermo Vega Zaragoza presenta su relación como lector con las novelas, reportajes y crónicas de esta figura excepcional de la literatura mexicana.

El relato “Viaje a la semilla”, de Alejo Carpentier, demostró que una historia se puede contar hacia atrás, haciendo que el significado resida en el origen. Como si el desenlace —feliz o fatal— de una vida dependiera del punto de arranque. Que al principio tiene múltiples variantes, la posibilidad de inclinarse por un camino u otro. Pero que conforme avanza, demuestra que no podía dirigirse más que al sitio lógico y coherente hacia el que va, hacia el que ha ido en realidad de manera casi predestinada desde siempre. Así me pasa hoy con *Palabras cruzadas*, de Elena Poniatowska. Se trata de un conjunto de entrevistas, el primer libro de Elena de la larga serie que Era publicó y que fue ilustrado por Vicente Rojo. Un conjunto que en su versión original apareció en 1961. Es rarísimo: en las conversaciones iniciales la autora tenía apenas veintiún años cuando hablaba con

sus entrevistados (iconos de la cultura), y la mayor parte de las características que la harían grande como autora ya estaban ahí.

Para cuando este artículo se publique, el libro habrá aparecido en una versión actual, corregida y muy ampliada. A mí me dieron el manuscrito de la reedición algunas semanas antes, cuando a la pregunta de si “querría presentarlo, junto con Fabrizio Mejía y la propia Elena, en la FIL”, dije que sí. Todavía no le habían otorgado el Premio Cervantes de Literatura, ni existía el menor indicio para pensar que se lo iban a dar. Tenía, tiene, una obra y una trayectoria impresionantes, pero tenía (y quizá ya no tiene) una agravante: era (es) escritora. La noticia me causó una alegría inmensa. Qué bien. Así como José Emilio Pacheco dice que “el talento de Elena logró sacar a las mujeres de las secciones femeninas

a las que eran confinadas por las publicaciones (de los años cincuenta) y las llevó a primera plana”, me gustaría pensar que el talento lector de los jurados y los críticos los llevó a dejar de leer literatura “por géneros”. En cualquier caso, ésta no es ni pretende ser una diatriba ideológica sino una impresión de lectura de este “ornitorrinco de la prosa”, como llama Juan Villoro a la crónica, de la que forman parte las viejas y nuevas entrevistas de Elena, a medias entre la conversación, el retrato y, justamente, la crónica. Escribo “viejas” y me detengo, dudo. Muchas fueron publicadas en los años cincuenta y sesenta y no han envejecido. Cosa rara en el género, porque el periodismo tiene la brillantez del fuego de artificio y su volatilidad también. La noticia y la crónica son efímeras y se hacen bajo presión. Esto opera en su favor, pero también en su contra. ¿Por qué no han envejecido?, es lo primero que me pregunto. ¿Por qué me interesan tanto y me hablan de algo que aunque ya pasó tengo la sensación de que sigue ocurriendo? Pues sí, porque son literatura.

En cada uno de estos retratos están ya dos de las características centrales en la obra de Poniatowska: la oralidad y la agudeza. La autora, junto con ésta, de obras como *La noche de Tlatelolco*, *Hasta no verte Jesús mío* y *Querido Diego, te abraza Quiela*, es pionera en el uso de la oralidad y la transtextualidad mucho antes de que la Academia adoptara esos términos. Pero además, a diferencia de tantos otros entrevistadores, impresiona ver cómo desde sus inicios pregunta “lo primero que se le ocurre” (seguramente lo pensó muchísimo) con total “impertinencia” y falta de eso que los mexicanos valoramos por encima de cualquier virtud: la cortesía. Es decir, la jovencita salida de la sección de sociales que fue utilizada en su favor la imagen que nuestro país machista y clasista le devuelve: se finge una niña ignorante y ajena al mundo del poder, una princesita. Y arrasa con el cuadro. Sabe ubicar quiénes son y dónde están esas figuras emblemáticas que en conjunto hablan de lo que es el país: de su idiosincrasia, de su doble moral, de sus gustos y fanatismos, de cómo y por qué los mexicanos elegimos identificarnos con este o aquel personaje; de cómo un ídolo se vuelve ídolo.

Y ahora llego a la parte espinosa de este artículo. Que consiste en hacerme la segunda pregunta: ¿cómo en las 663 páginas del manuscrito puede haber un país, los acontecimientos culturales más significativos de la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI?

Cómo se puede contrarrestar la idea tan difundida de que conversar de viva voz es cosa de la era predigital, que las entrevistas son cuestión del ayer, que no se puede aprehender un pueblo en un libro. Si usted quiere saber qué somos, de dónde venimos y hasta prever, en cierta forma, lo que seremos, *Palabras cruzadas* se lo va a aclarar. Ahora que si lo que quiere es que yo resuma

esas 663 páginas de un volumen tan rico, divertido, tan variado, hecho en no sé cuál de todas las vidas de Elena Poniatowska en los quince mil caracteres con espacios de esta sección de una vez le digo que ajuste sus expectativas al mínimo y se ponga en mi lugar. Lo que voy a darle es un brevísimo bosquejo, algunas pinceladas y una conclusión. Empiezo por la conclusión: si es cierto que hubo alguna vez once mil vírgenes es porque hubo once mil machos y varios de ellos aparecen en este libro. Los más, ejercen esta cualidad sin siquiera darse cuenta. El Indio Fernández, por ejemplo, bautizó varias de las calles de Coyoacán, como Dulce Olivia, entre otras razones, según él, porque se iba a casar con Olivia de Haviland, nomás que cuando pusieron las placas se comieron la “i” y quedó Dulce Oliva. Afirma que tuvo cinco esposas, ¡Ay, qué lindo! —la expresión no es mía sino del Indio, quien al decir de Elena, la intercala a cada rato, pero lo dice en un tono muy triste, mientras bebe coñac a las 11 de la mañana y suspira—. Fue mucho muy querendón, tanto que, le informa a su entrevistadora, “si hubiera sido mujer habría sido prostituta”. ¿A poco se necesita ser prostituta para ser querendón?, pregunta Elena, con su lógica provocadora e impecable. “No”, responde el Indio, “habría sido prostituta porque todo me gusta, ¡ay qué lindo!”. Bueno, todo todo no, afirmo yo, porque a sus hijos no los veía, estaban con sus mamás. “Yo ando solo”, dice en la entrevista, “De cuando en cuando viene Jacaranda o me saluda por teléfono, ¡Ay, qué lindo!”. ¿Macho? sí, y muy macho. Pero, como sabemos, no tiene la culpa el Indio, sino el que lo hizo compadre. Otro ejemplo de mi conclusión sobre los once mil machos es el de Jaime Sabines, el poeta “chiapaneco, macizo, bien dado, erguido y bien guapo” al que según Elena todavía conocen de memoria muchos jóvenes. Aquí abro un paréntesis y lo confirmo. En la Dirección de Literatura de la UNAM cada año, al saber que disponemos de una parte mínima de ganancias por ventas de su obra, le hablamos a Judith Sabines: oye Judith, ¿reeditamos el disco de tu papá en versión popular? Reedítelo si quieren, nos dice. Es el único disco de Voz Viva que agota cada edición, año con año en el primer semestre. Bueno, pues, Sabines, el poeta que figuró desde *Horas* al lado de Gorostiza y Novo y Villaurrutia y Pellicer, no se juntaba con intelectuales. Se ponía unas borracheras “de pronóstico reservado” con sus cuates repartidores de leche. “¿Te gustan las mujeres bonitas?”, le pregunta Elena. Y Sabines, sin dejar de fumar y echándole su humo a la cara, le responde: “Y también las feas. Y las todavía más feas”. “¡Virgen de Guadalupe, qué hombre tan atractivo!”, dice Elena para sí, y ni tan para sí pues lo pone en la entrevista. Sin embargo, aclara Poniatowska líneas adelante: como todo hombre, Sabines tiene cosas que hacerse perdonar. Y habla de las alianzas del poeta con el PRI, y de las ideas que

tuvo y expresó sobre los zapatistas y sobre Chiapas. Por su parte, Ricardo Garibay (escritor incomprendido) figura en el panteón de los once mil citados y lo quiera o no lo quiera un poquito Alfonso Caso y otro tanto Renato Leduc y no por la grosería y las malas palabras que en la poesía mexicana nacen con Leduc, sino porque al señalar a su mujer apunta: “Y esta mujer que ve allá es, como decía un amigo mío, *la señora que me cuida*”. Al que uno nunca pero nunca hubiera pensado miembro de este club es a Cantinflas. A Mario Moreno sí, pero no a Cantinflas. De todas las entrevistas, la de Mario Moreno es la más árida, la más difícil. El personaje no sólo no es simpático, contra lo que uno supondría, sino que ni siquiera cantinfla: simplemente se limita a contestar en tono prepotente una que otra pregunta con monosílabos. No, sí; “¿le gusta Chaplin?”, “Sí, me gusta”. Cómo que por qué. Porque me gusta, no tengo que dar explicaciones. “No, Tin Tan, no me gusta, porque no y ya”. Pero Poniatowska no se arredra y hasta sonrío cuando Cantinflas después de unas pocas preguntas se le queda mirando y le dice: “una cosa es pasarse de listo y otra pasarse de idiota ¿no cree usted?”. Acto seguido, le abre la puerta de su casa y la corre. Lo que nunca pero nunca se imaginó este hombre tan ídolo y tan encumbrado en el poder es que sus respuestas iban a aparecer sin quitarles ni un punto ni una coma.

Estoy convencida de que un buen entrevistador es el que obliga a sus entrevistados a decir otra cosa de la que dicen que quieren decir; el buen entrevistador es un impertinente que te descoloca. No es alguien que va a trabajar para dorar tu imagen aunque tampoco, deliberadamente, para ponerse por encima de su entrevistado. Por ello, por la forma de Elena de descolocar, les aseguro que no hallarán en este libro lo que piensan que van a hallar. Siempre encontrarán algo no previsto, algo mejor: a María Conesa, por ejemplo, Elena la entrevista mientras bailan las dos una polka, La Gatita presumiendo a sus mil años de su condición física excepcional y también de su picardía. A José Revueltas, el hombre torturado por la pureza de su condición moral y su rechazo por aquellos que aspiran a convertirse en monumento, lo verán recibiendo el Premio Villaurrutia y siendo cuestionado por algunos contemporáneos. Y a Gabriel Vargas, creador de *La familia Burrón* lo verán serio y trabajadorcísimo, como Regino Burrón aunque no salude como pensó Elena que la saludaría, es decir, como Cuataneta o Macuca o como la Borola: ¿Qué tal? ¿Cómo la trata esta vidurria? ¿Qué dice la chicuela feliz?

Y así como uno piensa que los personajes son parte del autor, uno también piensa que los clásicos se saben clásicos desde el inicio y aquí uno se da cuenta de que no. Un ejemplo excepcional es Francisco Gabilondo Soler, Cri Cri, creador de mundos en casi todos los ritmos existentes a quien sin embargo sus composiciones



Elena Poniatowska, homenaje en la UNAM por sus ochenta años, 2012

dejaban más bien inconforme. Mire usted, le dice a Elena Cri Cri, “no hay más que tres modos de componer canciones: buena música y mala letra; buena letra y mala música y mala letra y mala música”. ¿Y buena música y buena letra?, pregunta Elena. Eso nada más cuando se saca uno la lotería. ¿Y saben quién se sacó la lotería, según Gabilondo Soler? Consuelito Velázquez, con *Bésame mucho*. Consuelito es otra de las entrevistadas y asegura que cuando compuso esa canción no había dado un beso ni tenía la menor idea ni intuía lo que era eso. Eso es sacarse la lotería: componer “Bésame mucho” sin que te hayan besado nunca.

Aunque casi siempre es Elena quien sorprende a sus entrevistados a veces son los entrevistados los que la sorprenden. De la entrevista con El Santo le encantó que llegara enmascarado, aunque lamentó que los niños de la cerrada estuvieran en la escuela. Cinco minutos después de haber llegado, Chabelita la muchacha entró con la azucarera; Josefina con una cuchara; Petra con otra; Tere con una servilleta de papel, Magda con la charola, todas las muchachas del vecindario se arremolinaron en casa de Elena. Y he aquí que El Santo les re-



veló dos secretos. Uno, que es cierto aquello de que a algunos “sólo en su casa los conocen” porque a él sólo su mujer —con la que tuvo diez hijos— le vio la cara (es decir, el rostro). También un empleado de aduanas que era la única persona que estaba autorizada a meterlo en un cuartito cuando viajaba para cotejar el rostro del Santo con el del pasaporte. El otro secreto fue que desde que se volvió El Santo ya no pudo hacer nada fuera de la santidad; se volvió ejemplar y buenísimo en todo momento porque siempre tenía encima los reflectores. Y en cambio su gran desgracia fue que a cada rato era suplantado por impostores. Qué buena metáfora para México que adoró a un enmascarado porque fue el único que quiso hacer el bien en un país donde muchos se las dan de santos y resultan impostores.

La entrevista de Tongolele no tiene desperdicio. Porque si hubo once mil machos esta es una de las once mil vírgenes. O eso nos quiso hacer creer porque en la entrevista afirma que no mostraba ni muestra el cuerpo, que lo que van a ver los señores cuando la ven es sólo su arte y que a todos lados la acompañó siempre su mamá. María Victoria sí acepta que pujaba porque eso les gustó a los señores siempre y Lola Beltrán, embajadora y modelo de la mujer mexicana, medía más de 1.80, era sinaloense y cacheteó a medio mundo.

De mis entrevistas favoritas es la de Jorge Ibarguengoitia. Elena le hace soltar toooda la sopa. Ibarguengoitia arremete contra los dramaturgos y los narradores de México y sólo rescata a Luisa Josefina Hernández. “Dicen que la novela de Carlos Fuentes es muy buena. Yo leí un capítulo y no me gustó...”, sigue Ibarguengoitia: “Todos dicen maravillas del *Pedro Páramo* de Juan Rulfo. Pero para mí *Pedro Páramo* no es una novela. No es más que un tanteo en cierto sentido. Y en Rulfo no puede dejar de sentirse la influencia innegable de William

Faulkner”. Ni Rulfo, ni Fuentes, ni José de la Colina, ni Emilio Carballido, ni Elena, ni él mismo son buenos escritores ni en su opinión ninguno está haciendo algo verdaderamente útil o necesario para México. Afortunadamente para nosotros Ibarguengoitia fue el más grande humorista que hemos tenido, el espléndido autor de obras que releemos para conocernos mejor tanto en sus artículos como en sus novelas históricas y no históricas. Pero por fortuna, también, haciendo predicciones sobre calidad literaria fue tan mal vidente como La Paca.

Son tantas entrevistas que no puedo abarcarlas todas. Pero no quiero dejar de referirme a la magnífica conversación de Elena con Fabrizio Mejía Madrid, a quien ubica en el cuadrilátero contra el sistema, apostando la máscara que no tiene y la cabellera de rulos despeinados que le sobra. Fabrizio abreva directamente del meritorio venero de nuestros mejores cronistas y fue bendecido por Monsiváis y ahora por Elena. De ellos aprendió a ubicarse del lado del peligro, sólo que Fabrizio lo hace aventándose del trapecio sin red. “¿Es Fabrizio Mejía?”, le pregunta una voz un día a las 9 de la mañana. “Soy Gustavo Díaz Ordaz. Es la última vez que la familia le permite que escriba usted sobre mi padre”. Esta es una de las tantas anécdotas con que se ilustran los quehaceres y oscuros placeres de un cronista de excepción a quien cuando regresa de hacer un reportaje en Juárez, enviado por *Proceso*, Julio Scherer le pregunta: “Pero cómo, ¿sigue usted vivo?”.

A estas alturas, pueden darse cuenta del material que tendrán en sus manos de leer el libro. Que no será un “raro” en el sentido en que lo son la mayoría de las obras tratadas en esta columna. Es raro como una perla. Raro a pesar de su visibilidad y sus múltiples lectores. Esta reedición es a todas luces un acierto. Un motivo más para encontrarse con Elena, la de entonces y la de ahora.

Elena Poniatowska

La puerta lateral del periodismo

Guillermo Vega Zaragoza

I. “¿TLATELOLCO? PERO SI SIEMPRE HA SIDO UN MORIDERO...”

Como muchos mexicanos, el primer libro de Elena Poniatowska que leí fue *La noche de Tlatelolco*. Por mi historia personal, tal parece que estaba predestinado a ello. Nací en mayo de 1967 en la calle de Luna, en la colonia Guerrero, a unos cuantos pasos de la Plaza de las Tres Culturas, y fui bautizado unos meses después, el 30 de septiembre de 1967, en la Iglesia de Santiago Tlatelolco (en efecto: la misma que se negó a abrir sus puertas para resguardar a los estudiantes y vecinos que huían de la refriega que se escenificaría un año exacto después). Dos de mis hermanos eran entonces alumnos de la secundaria número 16 Pedro Díaz, la más cercana a la plaza, y una de mis tías, Carolina, vivía en uno de los bajos edificios rojos que se encuentran detrás del edificio Chihuahua, en cuyo tercer piso el Consejo General de Huelga del movimiento encabezó el mitin.

Conforme fui creciendo, las historias que escuchaba en reuniones y sobremesas familiares acerca de “la matanza del 68” se hacían cada vez más escalofrantes: Que desde la azotea se podía ver a los francotiradores apostados en el edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores (hoy Centro Cultural Universitario Tlatelolco de la UNAM). Que las calles se cimbraban al paso de los tanques. Que mi padre les prohibió a mis hermanos asistir al mitin porque “podía pasar algo”. Que el día de la masacre mis primas escondieron en su departamento a estudiantes que huían de sus perseguidores (igualito que

en la película *Rojo amanecer*, de Jorge Fons, sólo que en la realidad los jóvenes salvaron la vida porque, luego de que los soldados tocaron la puerta, ellas respondieron: “¡Somos puras mujeres, mi mamá no está!”, y uno de los militares sólo aconsejó: “¡No le abran a nadie!” y se fueron sin más). Que en el techo del departamento había la huella de una bala perdida. Que a los cadáveres los subían a carretadas en camiones para llevarlos al Campo Militar número 1 (que yo imaginaba como una sucursal del infierno). Que a los detenidos los desaparecieron y nadie más los volvió a ver. Que no se sabía el número exacto de muertos, pero que eran cientos o hasta miles, vaya uno a saber. Pero no entendía por qué había sucedido todo eso, cuáles eran sus orígenes y mucho menos cuáles fueron sus consecuencias. Sólo anécdotas, pero ni una explicación. Una especie de conspiración de silencio que durante años tuvo mucho sentido: el 68 fue “el petate del muerto” subrepticamente utilizado por los subsecuentes gobiernos priistas para inhibir cualquier otro brote parecido de inconformidad social: “Nada de salir a la calle a protestar. Acuérdense lo que les pasó a los estudiantes por andar de revoltosos”. La arenga de “Dos de octubre no se olvida” utilizada en cada aniversario de la matanza sirvió durante años lo mismo para el martirologio que para el desaliento. Hasta que llegaron los temblores del 85 a mostrar que el gobierno no tenía el control de todo y apareció oficialmente en la vida pública la así llamada “sociedad civil” (cuya acta de nacimiento, como se sabe, extendió Carlos Monsiváis en una de las crónicas de *Entrada libre*).

Habría sido cuando cursaba la secundaria que mi tía Clara —precisamente mi madrina de bautizo— me prestó un ajado ejemplar de *La noche de Tlatelolco*, con sus pastas negras a punto de colapsarse de haber pasado por tantas manos. “Ahí está toda la verdad”, dijo mi tía en voz baja, como si me revelara un secreto inconfesable y largamente guardado, y yo lo leí con avidez, intrigado y horrorizado. ¡Todo eso había pasado a unas cuantas calles de mi casa! ¡Le podía haber pasado a alguien de mi familia!

Ya en el bachillerato, supe la historia del libro y me enteré de quién era Elena Poniatowska, porque de nuevo Tlatelolco apareció en la historia de mi vida, ahora con la tragedia del edificio Nuevo León, que se desplomó a consecuencia del terremoto del 19 de septiembre de 1985 (curiosamente, la fecha también me era significativa: era cumpleaños de mi padre), como corroborando lo que dijo la octogenaria Francisca Ávila de Contreras, vecina del lugar (consignado por Poniatowska): “¿Tlatelolco? Pero si siempre ha sido un moridero...”.

Y sí: desde épocas precolombinas, la Plaza de la Tres Culturas fue lugar de sacrificios. Antes de Cortés, en el 68 y durante el terremoto (otro parteaguas de la historia de nuestro país), Tlatelolco ha llorado a sus muertos, ha visto sus paredes pegosteosas de sangre y lamentos. ¿Tendrá todo esto algún significado? ¿Significará el 68 lo mismo para los que lo vivieron, para los que tenían entonces diez o doce años y vieron todo desde la banqueta, como dice Juan Villoro, para los que éramos niños de teta o todavía ni nacían, para los chavos banda que sacaron cadáveres después del terremoto, para los cecechacheros del primer CEU, para los cegehacheros de la larga huelga de la UNAM, para los nuevos “anarquistas”, para los “ninis”, para los jóvenes y niños que nacieron en la era de Internet, Twitter y Facebook?

Lo cierto es que, durante muchos años e incluso hoy, *La noche de Tlatelolco* ha sido el documento más vivo, emotivo y contundente para entender qué fue lo que sucedió en aquellos meses de 1968, semilla regada con sangre que fructificaría mucho tiempo después para ensanchar nuestras libertades civiles y democráticas.

¿En qué radica la fuerza perenne de *La noche de Tlatelolco*? Algunas aproximaciones: se trata de un documento único en la historia del periodismo y la literatura de nuestro país, un gran ejercicio de investigación, creación y análisis. Poniatowska se dio a la tarea de entrevistar y recopilar testimonios de los protagonistas, pero sobre todo de los que vivieron los hechos como ciudadanos comunes y corrientes. De esa manera, el lector se siente de inmediato involucrado. No están hablando sólo los políticos, los líderes o los notables a través del periodista, sino que éste se anula y le cede la voz a todo aquel que tiene algo que decir, a la señora del mercado,

al empleado, al estudiante, al hombre de la calle. ¿Es *La noche de Tlatelolco* el primer ejemplo de *Nuevo Periodismo* (esa cosa indefinida inventada por Tom Wolfe) en México? Algunos han dicho que sí. ¿Pero qué es, realmente? Es crónica, reportaje, novela sin ficción, *collage*, gran montaje coral, testimonio colectivo. Es todo eso y quizá más: es una obra literaria que sigue vigente para recordarnos que el peligro del autoritarismo permanece latente y que el mejor antídoto para el silencio y el olvido de las injusticias es el registro fiel de la memoria colectiva.

Sin embargo, Elena Poniatowska no estuvo en Tlatelolco en el 68. Ni siquiera participó activamente en el movimiento. Se interesó en él porque su hermano Jan desapareció el 2 de octubre. Algunos se lo siguen reprochando, como si para el periodista fuera requisito indispensable ser él mismo protagonista de la noticia, como si el trabajo periodístico no fuera sobre todo la investigación y el análisis de la información para presentarle los hechos al lector de la mejor manera posible y pueda entender la magnitud de los acontecimientos. Pero el tiempo le permitió sacarse la espina, aunque fuera a costa de otra tragedia, pero de índole distinta (o quizá no tanto) al 68. Las crónicas y entrevistas sobre los sismos del 85 que aparecieron casi todos los días durante varios meses en *La Jornada*—y que luego recopiló para formar el libro *Nada, nadie. Las voces del temblor*— demostraron que se trataba de una gran reportera, que sabía arremangarse y meter las manos a la realidad, entrevistando damnificados, colonos, costureras, amas de casa, ahora sí, en vivo y a todo color, conforme iban sucediendo las cosas. *Nada, nadie* es, quizás, el trabajo más irreplicablemente periodístico de Elena Poniatowska, lo cual ya es mucho decir, tomando en cuenta su larga trayectoria como periodista, reportera y entrevistadora.

II. “AHORA YA NO CHINGUE. VÁYASE. DÉJEME DORMIR”

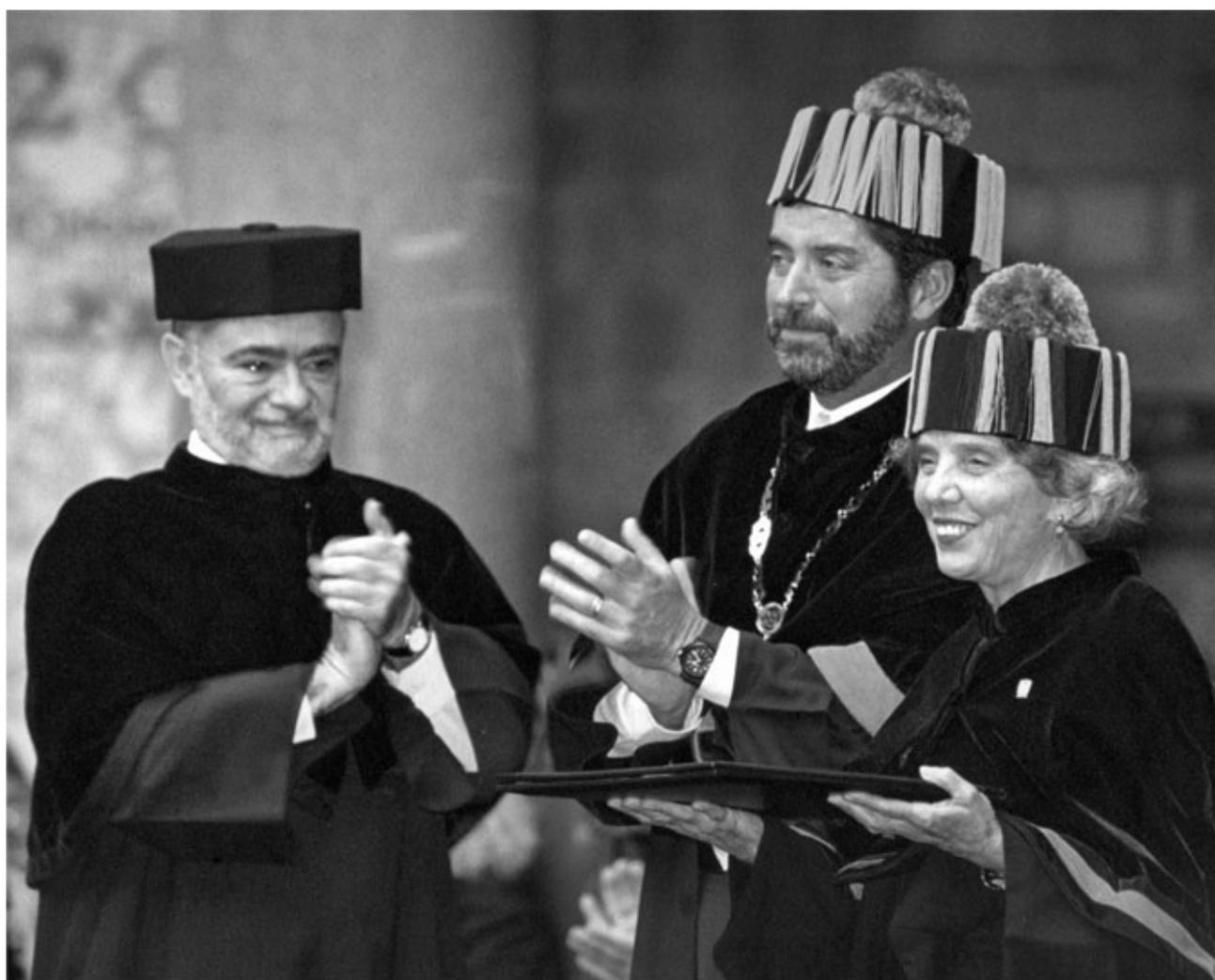
Como se sabe, el trabajo periodístico de Elena Poniatowska está ligado de forma indisoluble a su obra literaria. No es ella una autora que abogue por lo totalmente ficticio. Sus temas, preocupaciones y personajes están basados de manera inevitable en personajes reales, muchos de ellos históricos. Luego de *La noche de Tlatelolco*, el siguiente libro que leí de ella fue *Hasta no verte Jesús mío*, publicado en 1969, pero que recuerdo haberlo hecho en la edición de la famosa segunda serie de Lecturas Mexicanas, que editó la SEP mucho antes de Conacultas y campañas de fomento a la lectura. Curiosamente, al estarlo leyendo, me enteré de que Jesusa Palancares, la protagonista del libro, era real y había fallecido unas semanas antes, a los 88 años.

La frescura y el desenfado del lenguaje que tan bien logra registrar Poniatowska en sus libros invitan al lec-

tor a convivir con sus personajes, a sentirlos cercanos, a pesar del tiempo, la distancia y las diferencias sociales. Esta fue su primera incursión en la novela pero entró en ella de manera tangencial: se trata de una larga entrevista novelada, donde, en una elocuente y desmeatada primera persona, “La Jesusa” —como cariñosamente la llama la autora— nos hace cuestionarnos sobre muchas cosas: sobre los valores de nuestra gente, que es la mayoría y que son los que no tienen voz, los desheredados, los que no tienen ni un perro que les ladre, que son, como decía la propia Jesusa, “poco menos que basura” para las clases privilegiadas. Y nos hace pensar si todos esos valores que nos endilgan como el amor, la fraternidad, no serán —y aquí parafraseo a la misma Jesusa— puras pinches invenciones de la gente que no tiene que hacer, que en lugar de ponerse a trabajar, de darle duro a la friega, se pone a hacer visiones, y que mi amor, que yo te quiero, que si tú también y que si no pues ahí nos vemos. “Puras tarugadas”, diría ella. La Jesusa nos hace poner en tela de juicio todas nuestras concepciones sobre los valores que frecuenta la sociedad opulenta, porque ella, como millones de mexicanos, nunca recibió una caricia ni una palabra de aliento, porque nunca la necesitó, porque su padre, Pedro, cabrón y todo, y el Perico, su hijo, desgraciado y todo, no tuvieron que decirle a cada rato que la querían. ¿Para qué?

Si sabía que al rato ya iban a estar haciendo sus tonterías. Le decían que la querían con su presencia, con sus actos que, buenos o malos, reflejaban una forma de ser auténtica, genuina.

Sin embargo, resulta necesario resaltar que, como la mayoría de la gente, del verdadero pueblo, muchas cosas de las que cuenta Jesusa son, si no totalmente falsas, por lo menos parcialmente ciertas o en gran parte magnificadas. En esto se parece mucho a *La princesa del Palacio de Hierro*, ésta sí novela totalmente ficticia y monologada que Gustavo Sáinz publicó seis años después, en 1975. Por ejemplo, cuando muere su esposo y Jesusa llega con el general a reclamarle sobre lo de su pensión. Pongamos que llega frente al general y le explica su problema pero no tan enérgicamente como lo platica. Esta tendencia a magnificar las cosas o a desdeñar los propios sentimientos (ante el abandono del hijo ingrato o la despreocupación de sus conocidos ante sus males) son, pienso, un mecanismo de autodefensa y una forma de protesta, de reclamo (como se diría comúnmente, de “echar frijoles”), para defenderse de los descalabros sufridos, porque la gente como Jesusa no tiene más instrumento para hacerse respetar. Una vez ya conociéndoles no tendrá uno tanta suerte como para que nos digan lo que verdaderamente sienten, pero estarán menos a la defensiva. La vida le dio tantos golpes a



Con Juan Ramón de la Fuente e Ignacio Solares en la investidura del doctorado *Honoris Causa* otorgado por la UNAM, 2001



Jesusa que la volvió desconfiada, incrédula, como todo nuestro pueblo.

El título mismo del libro destaca ese sentimiento de desconfianza, pero es esta una incredulidad trocada en otra credulidad. Si algo es constante en esta obra es el elemento mágico-religioso; es la muletilla que justifica muchas acciones y actitudes que rodean a la protagonista. Esta nebulosa concepción de lo religioso, entre lo espiritista y lo católico, es otra muestra de ese sentimiento de incredulidad y de autodefensa ante las instituciones. La suspicacia marca la pauta de su vida, pero se advierte una infinita necesidad de creer, de asirse a algo, por lo que toma lo que mejor le conviene y hace una divertida y torcida mezcla de creencias y de mecanismos de pensamiento para explicar los fenómenos, producto de la ignorancia (como burguésmente la concebimos) y la desconfianza.

Hasta no verte Jesús mío le debe mucho a la picaresca española (*El Lazarillo de Tormes*, *La vida del Buscón*...), pero con la agravante de que los autores de estos libros tal vez formaron a sus personajes aglutinando los caracteres de la época para hacer una divertida crítica social, como sucede también con Pito Pérez, el de la vida inútil, de José Rubén Romero, para situarnos en un ambiente más mexicano. Sin embargo, el libro de Poniatowska tiene gran contacto con el *Bildungsroman*, o novela de crecimiento, inaugurada por *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de Goethe, donde se sigue, paso a paso, el desarrollo de la personalidad del protagonista. No obstante, buena parte de estas novelas —como *Retrato del artista adolescente* de James Joyce, *Rojo y negro* de Stendhal o *Las confesiones del estafador Felix Krull* de Thomas Mann e incluso *De perfil* de José Agustín— registra sólo un lapso relativamente corto de la vida del personaje, que la mayoría de las veces es producto de la ficción, porque aspira a la universalidad. Pero con Jesusa no sucede esto. La vida de Jesusa es tan real como la

lograda recreación testimonial que hace Poniatowska en su larga entrevista novelada, pues abarca tanto tiempo en las vivencias de Jesusa como lo permiten la extensión del libro y su paciencia (“Ahora ya no chingue. Váyase. Déjeme dormir”, le dice). Sólo el oficio de periodista permite esa capacidad de fidelidad a lo que declara el entrevistado, como si fuera una grabadora, como no lo haría la más rápida de las taquígrafas.

Algunos críticos han tachado esta obra de “chantaje sentimental” de la autora para dársela de “comprometida con los desposeídos”. Nada más lejano que eso. Poniatowska logró acercarse a una mujer del pueblo, pero no con afanes antropológicos, sino dándole voz, buscando aprehender su esencia. Pues, como ha dicho Martha Robles, la autora y su personaje “narran el dolor y las sombras ondulantes de una vida intensa”. Intensa porque son mujeres y nadie más capaz de entender a una mujer que otra mujer. ¿Será una especie de lenguaje cifrado o una característica biológica inherente al género femenino? Vaya uno, hombre insensible, a saber. No obstante, Elena Poniatowska pudo captar las sutilezas de la ternura femenina que en Jesusa, por estar decantadas, son apreciablemente más puras, trazadas como un aguafuerte, como un diamante sin pulir pero no por ello menos valioso.

III. “YO SOY EL ICUIRICUI, YO SOY EL MACALACACHIMBA”

El tercer libro que leí de Elena Poniatowska fue *¡Ay vida, no me mereces!*, colección de semblanzas-crónicas-retratos de escritores. Lo hice con un objetivo específico: la literatura de la Onda. Acababa de descubrir las obras de José Agustín, Gustavo Sáinz y Parménides García Saldaña, cuentos y novelas que hablaban de cosas que yo, entonces adolescente, sí entendía, que me interpelaban directamente: el rock, las mujeres, la angustia de

saberse diferente en un mundo donde hay que hacerse un lugar a madrazos. Y quería saber más de ellos.

Precisamente en ese libro, Poniatowska compara la vida de Jesusa con la de los escritores de la Onda, pero sobre todo con la del también ya desaparecido García Saldaña. Afirma que “todos [los escritores de la onda] de una manera u otra han tratado de rescatar un lenguaje coloquial popular, y todos, conciente o inconcientemente, se han dado cuenta que la extracción de ese lenguaje es lumpen, el que emplean las capas más rechazadas de la sociedad, y esto los ha llevado a romper las barreras de la clase media y a sentir apego por los jodidos... y en la perdición de su rumbo, de una manera o de otra, comparten la condena; no son nadie, no son nada, ni siquiera mexicanos”. No por nada Jesusa se consideraba sin patria, como los húngaros, y Carlos Monsiváis calificó a los onderos como “la primera generación de norteamericanos nacidos en México”. Chaparros (pero no de espíritu), profundamente inconformes, la Jesusa y el Par vivieron siempre en el límite, pero no se dejaban caer, luchaban incansablemente para ganarse cada pedazo de existencia, para merecerse el aire que respiraban, con la frente siempre en alto, sin avergonzarse por haber vivido de acuerdo a lo que proclamaban.

Sin embargo, de manera sorpresiva para mí, el verdadero hallazgo del libro fue Carlos Fuentes. O más bien: el retrato de Carlos Fuentes que elabora ahí Poniatowska. “Fuentes inaugura en México una modalidad sorprendente nunca jamás vista: la literatura como carrera, como profesión. Antes de Fuentes, los escritores eran funcionarios públicos y además *escritores*, burócratas y *escritores*, siervos de la nación que demandaba su lealtad de *escritores*... Fuentes logra prestigiar la carrera de escritor, hacerla glamorosa, divertida y respetada”. Fuentes fue el primer *escritor profesional* que existió en México. Demostró que se podía vivir sólo de escribir y tener prestigio, que la literatura dejara de ser un hobby de licenciados y funcionarios públicos. Ah, chingao. ¿Entonces sí se podía vivir de ser escritor en México? De inmediato quise ser escritor, pero no cualquiera. Escritor como Carlos Fuentes: guapo, vestido de impecable traje blanco, casado con una bella actriz, viajando por todo el mundo, codeándome con los meros picudos, ganando todos los premios habidos y por haber, traducido a mil lenguas y dialectos... Y bueno, resulta que sólo pude ser escritor, sin nada de lo otro.

Así de efectivos son los retratos y entrevistas que realiza Elena Poniatowska: uno quisiera ser amigo de los personajes sobre los que escribe, llevarse de cuartos con ellos, secretarse mutuamente, que nos cuenten sus intimidades para poder publicarlas. Eso hace tanto con los personajes reales como con los ficticios, tanto en sus trabajos periodísticos como en sus cuentos y novelas. Y eso es una cualidad poco común: lograr tanta empatía a través de la palabra escrita.

IV. NO CONFUNDIR LA GIMNASIA CON LA MAGNESIA

Como Elena Poniatowska, he llegado a la literatura por la puerta lateral del periodismo. Quizá por ello me atraen tanto sus libros. Para aquellos que se consideran a sí mismos “literatos de pura sangre”, los periodistas somos indignos de codearnos con ellos. ¿Qué es eso de andar metiendo las manos en la realidad, y peor: andar metiendo personajes de la vida real al imperio impoluto de la imaginación literaria? El propio Fernando Benítez, periodista cultural si los hay, se quejaba amargamente de estos distingos: “Para los periodistas soy escritor, para los historiadores soy periodista, y para sociólogos y antropólogos soy un diletante”.

Ahora que Elena Poniatowska ha obtenido el Premio Cervantes se ha desatado la polémica acerca de sus merecimientos eminentemente literarios para colarse en una lista de notables que incluye a Carpentier, Borges, Onetti, Paz, Alberti, Sábato, Fuentes, Bioy Casares, Vargas Llosa, Cabrera Infante, Mutis, Gelman, Marsé, Parra..., dado que más que escritora es una simple periodista. En descargo, cabe recordar que fue precisamente el primero de los antes mencionados, el autor de *El recurso del método*, quien en alguna ocasión escribió que no entendía por qué algunas personas se empeñaban en mandarse a hacer tarjetas de presentación con el título “periodista y escritor”, si ambas ocupaciones eran, para él, una y la misma.

Por sopesar su valor habría que adentrarse en la obra literaria de Elena Poniatowska de manera abierta, sin prejuicios, para analizarla en su justa dimensión. Un buen punto de partida es el libro *La palabra contra el silencio. Elena Poniatowska ante la crítica*, coeditado por Era y la UNAM apenas en mayo de este año. Se trata de una selección realizada por Nora Erro-Peralta y Magdalena Maizpeña que incluye textos de Juan Rulfo, Octavio Paz, Sergio Pitol, Carlos Monsiváis, José Joaquín Blanco, Sara Sefchovich, Margo Glantz y Sara Poot Herrera, entre una larga nómina de especialistas nacionales y extranjeros de su obra.

Luego de *Hasta no verte Jesús mío*, Poniatowska tardó casi nueve años en volver a publicar otro trabajo novelístico, el corto y entrañable relato epistolar *Querido Diego, te abraza Quiela*, la historia de amor desgraciado entre Diego Rivera y Angelina Beloff. Al año siguiente aparecieron los relatos de *De noche vienes* y en 1988 dio a las prensas su novela autobiográfica *La “Flor de Lis”*. No fue hasta 1992 que publicó *Tinísima*, la voluminosa novela biográfica sobre la fotógrafa Tina Modotti y su amorío con Julio Antonio Mella, comunista cubano violentamente asesinado.

Este pesado volumen, largamente preparado y anunciado, fue la primera y verdadera prueba de fuego como genuina novelista para Poniatowska. Salió avante por

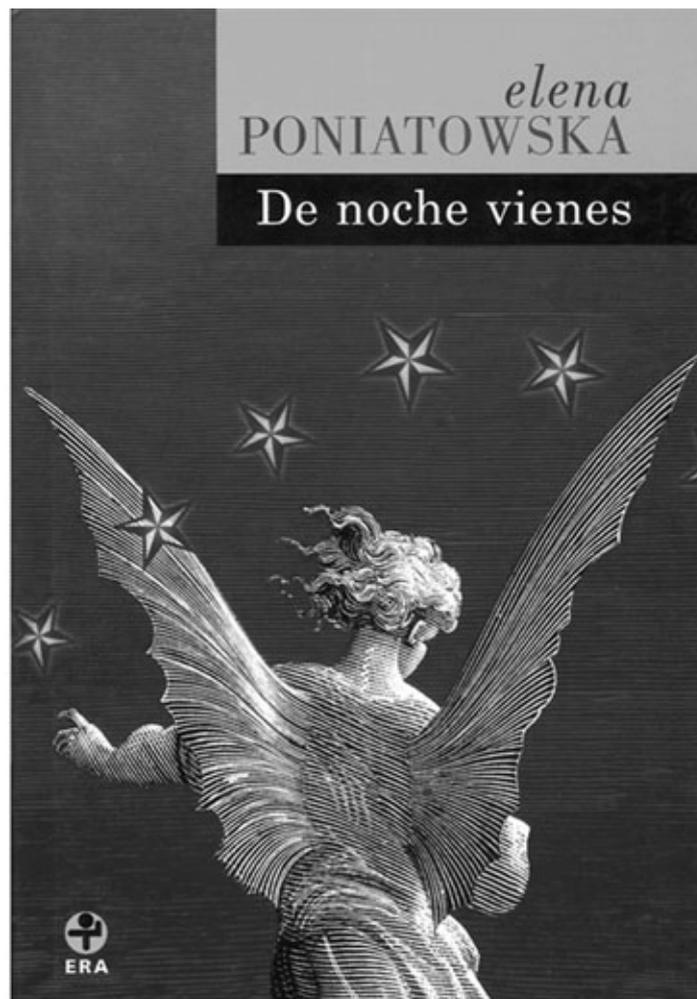
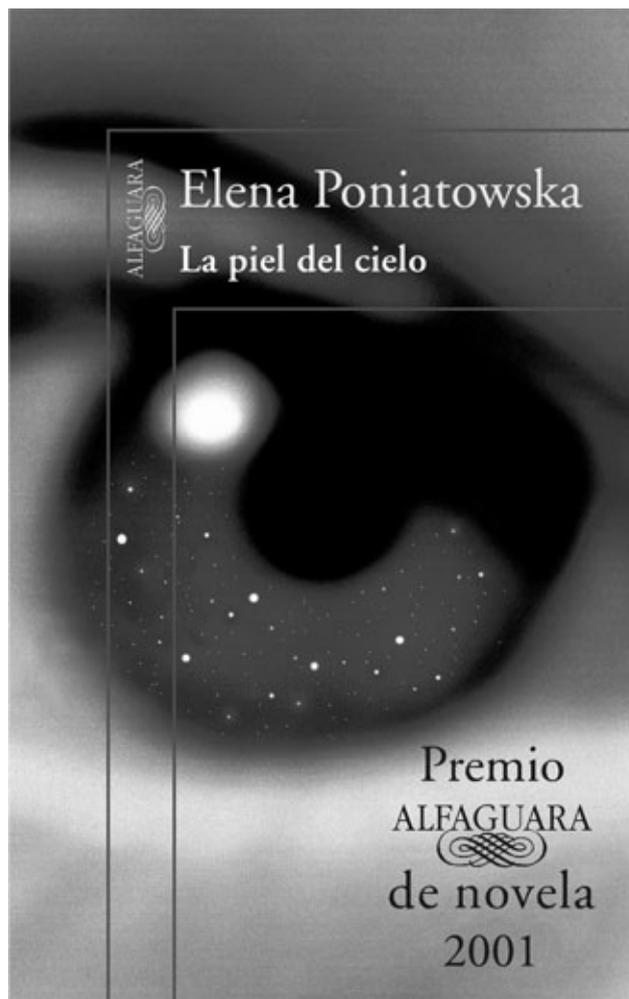
sus propias aptitudes para armar personajes entrañables y construir escenas y situaciones con lenguaje ágil y encantador. Sin embargo, el asunto de la estructura se manifestó como su talón de Aquiles. A veces menos es más y el libro pudo haber ganado si lo hubiera reducido a dos terceras partes.

Luego del discreto acierto de *Paseo de la Reforma*, Poniatowska ganó el Premio Alfaguara de Novela en 2001 con *La piel del cielo*, la ficcionalización de aspectos de la vida de su esposo, el astrónomo Guillermo Haro. No obstante, ella misma la considera la más desafortunada de sus incursiones en el género, con un final abrupto y quizás apresurado. En ello coincidieron también la crítica y los lectores.

A pesar de este descalabro, Poniatowska no se arrojó y con sus siguientes novelas ha ganado dos de los premios literarios más prestigiados de la lengua española: con *El tren pasa primero*, relato ficcionalizado sobre el movimiento ferrocarrilero de 1958 y la vida del líder obrero Demetrio Vallejo, obtuvo el Rómulo Gallegos en 2005, y con *Leonora*, su novela biográfica sobre la pintora Leonora Carrington, el Biblioteca Breve de Seix Barral en 2011. En ambas resulta evidente que Poniatowska ha avanzado en forma notable como narradora: ha pulido cada vez más su eficacia, va directo al grano, al alma de sus personajes, contando sin preámbulos innecesarios las anécdotas y las acciones, constru-

yendo escenas y secuencias con solvencia y efectividad. Sus libros se dejan leer con facilidad, atraen a los lectores, y eso a veces no es bien visto por los cenáculos de la crítica. Estas virtudes se encuentran presentes también en *El universo o nada. Biografía del estrellero Guillermo Haro*, relato de la vida de su esposo, largamente preparado y que ha aparecido casi al mismo tiempo en que se anunció que había ganado el Premio Cervantes. Este galardón es un reconocimiento a un largo y sostenido trabajo periodístico y literario, a libros valorados por la crítica y los lectores. Este premio, el más importante de la lengua española, debe ser motivo de regocijo por partida doble: porque se le da a una escritora y que además es mexicana.

Elena Poniatowska es una de las autoras nacionales más reconocidas y reconocibles, incluso por aquellos que ni siquiera se han acercado a sus libros. Ello se debe a su intensa vida pública y a su abierta y activa participación política, sobre todo en años recientes. Esto le ha traído multitud de detractores, los cuales, sin embargo, tienden a confundir la gimnasia con la magnesia: se puede estar de acuerdo o no con sus posiciones y opiniones políticas como intelectual y como ciudadana, pero los libros son los libros. Ahí están y estarán para ser juzgados y valorados, incluso cuando la sonriente y apacible presencia de Elena Poniatowska ya no aparezca en las tarimas de los mítines o en las pantallas de la televisión. **U**



El libro en su contexto

Jaime Labastida

En su participación en el VI Congreso Internacional de la Lengua Española, que tuvo lugar en Panamá, en octubre pasado, el poeta y filósofo Jaime Labastida presentó una reflexión histórica y filológica sobre la constitución física del libro, y la forma como ésta ha ido ampliando la capacidad del hombre de transmitir sus conocimientos, de cara a la revolución digital de nuestra época.

¿Qué es un libro? La respuesta, obvia, parece resplandecer por sí sola. Un libro es, no cabe duda, *esto, lo que tengo aquí en las manos*. Sin embargo, tampoco cabe duda de que tal respuesta se levanta apenas sobre el primer sistema de señales, el que nos señala con el *índice* el objeto por el que se pregunta: *esto*. Hay que, por lo tanto, elevarnos hasta el nivel del concepto. Por eso, pues, si indagamos por el origen de la voz española *libro*, advertiremos que en Roma se entendía por la palabra *liber* la *entretela*, la *película* que se halla entre la corteza y el tronco del árbol (con la que se hacía lo que ahora llamamos papel).¹ Por otro lado, si rastreamos la palabra helena βύβλος encontraremos algo semejante: con esa voz se designaba el *papiro*, tanto la planta que lleva ese nombre como el material sobre el que se escribe o dibuja.²

Lo primero que cabe señalar es, por lo tanto, que las dos palabras (*liber* en latín y βύβλος en griego) no se corresponden con lo que hoy llamamos un libro. Aluden,

más bien, a lo que soporta la escritura: el papel, el papiro, aquella delgada lámina del árbol sobre la cual se escribe. Las dos voces se refieren al material *sobre* el que se escribe, no al texto ni al instrumento de la escritura. Esas voces no hablan ni del martillo y el cincel con los que se graba la lápida ni tampoco aluden a la tinta con la que se dibujaba en el papel (los colores rojo y negro que, lo mismo en Egipto que en Mesoamérica, nombraban el *libro*). Las dos voces no indican la forma que asume la escritura ni hacen alusión a ningún otro carácter del *libro*: si se dobla, se hace rollo o está abierto ante los ojos: mientan el soporte de la escritura, insisto.

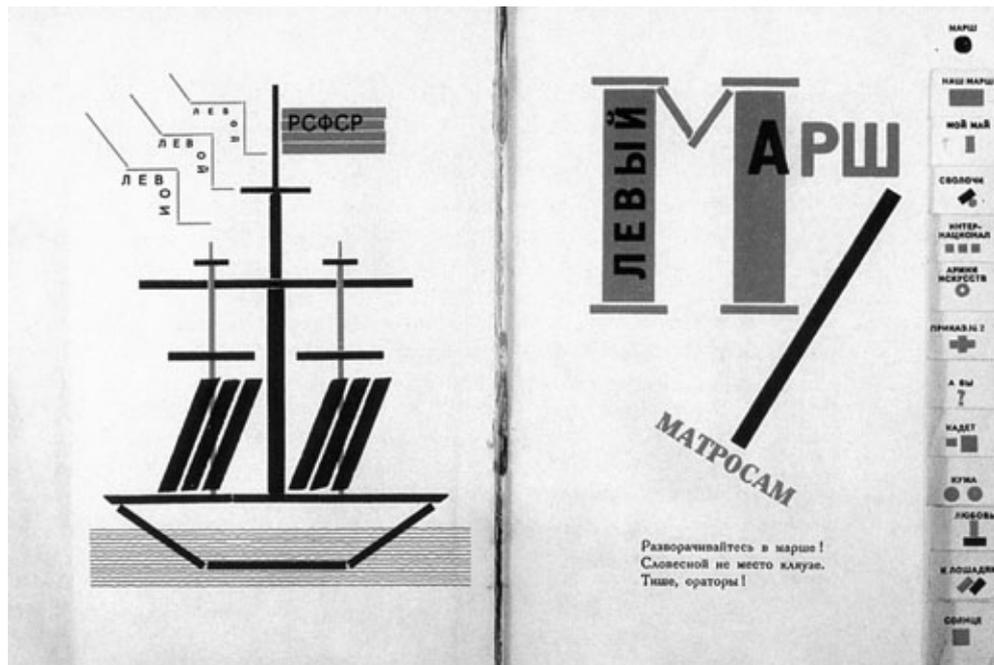
Aristóteles establece una comparación: la mente es como una tableta de cera, limpia y rasa, donde se imprime la *forma* del objeto que los sentidos captan.³ El objeto actúa como si fuera un γράφω. Por otro lado, el Conde de Buffon dice que *el estilo es el hombre mismo*.⁴ ¿Qué quieren decir los dos pensadores? ¿Qué significa *estilo*? Hoy, esta voz indica *modo, clase, distinción*. Decimos de la manera como se viste alguna mujer, por ejem-

¹ A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, Éditions Klincksieck, París, 1979, bajo la entrada *liber, -is*. Ver también Joan Corominas y José Antonio Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Gredos, Madrid, 1991, bajo la entrada *libro*.

² Pierre Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, Éditions Klincksieck, París, 1990, bajo la entrada βύβλος.

³ Aristóteles, Περὶ ψυχῆς, 424 a, en *Aristotelis Opera*, Emmanuel Bekker (editor), al cuidado de Olof Gigon, W. De Gruyter, 1960.

⁴ Georges-Louis Leclerc, Conde de Buffon, "Discours prononcé à l'Académie Française" en *Oeuvres philosophiques de Buffon, Corpus Général des Philosophes Français*, Jean Piveteau (editor), Presses Universitaires de France, París, 1954, p. 503.



El Lissitzky y Maïakovski, doble página de *Dlia Golossa*, 1923

plo, que lo hace *con estilo*. Pero, en el origen, *stylo* sólo indicaba el punzón con el que se incidía en la tableta de cera: era un instrumento de escritura. ¿Se podría invertir la tesis de Buffon? ¿Se podría situar al sujeto como si fuera el predicado y colocar al predicado en el lugar del sujeto? ¿Se podría decir que el hombre mismo es el *estilo*? Si $\gamma\rho\acute{\alpha}\varphi\omega$ y *stylo* son el buril con el que se incide en la tableta de cera, ¿el hombre sería la herramienta con la que escribe? Si hoy escribimos con luz en la pantalla de un instrumento electrónico, ¿querrá decir que estamos hechos de luz? ¿Hay un nuevo soporte y el hombre se ha transformado? Del cincel y de la piedra se ha pasado al ciberespacio. Escritura y voz van por el aire, como iban las *aladas palabras* de las que nos habla Homero.

Por consecuencia, podríamos preguntarnos si sólo el papel, el papiro o el pergamino son o han sido los soportes de la escritura porque, de no ser así, acaso sea posible llamar *libro* a todo material que sirva de soporte a la letra (incluiría el instrumento electrónico). ¿Sería posible? Es evidente que, a lo largo del tiempo, la escritura ha sido soportada por materiales diversos: piedra, tela, madera, arcilla, la piel de los animales y hasta sus huesos: el soporte inicial del *Corán* fue hecho con los omóplatos de camellos: las *suras* eran dichas o recitadas, se conservaban sólo en la memoria y corrían el riesgo de perderse.⁵ Sin embargo de lo anterior, apenas dos soportes materiales, el papiro y una lámina que se halla entre la corteza del árbol y su tronco, han merecido has-

ta hoy el privilegio de nombrar, y acaso para siempre, este delicado instrumento que recoge la escritura de los hombres, el *libro*.

Los sumerios dejaron el testimonio de su cosmogonía en tabletas de arcilla cocidas por el fuego (o en la piedra).⁶ Los mesoamericanos dejaron impresos sus mitos en papel de *amate*, en la piel del ciervo o en las estelas de las pirámides. ¿Es casual, pues, que el gran lingüista Jean-François Champollion nos hiciera saber que los egipcios usaron dos modos de soporte material para su escritura? Por un lado, los *libros* en sentido estricto (en ellos se inscribían *jeroglíficos lineares*); por otro, los monumentos públicos (que recibían *jeroglíficos puros*):⁷ paredes, columnas de templos y obeliscos, eran, según lo afirma Champollion, libros en sentido lato: fue decisivo el hecho de que la piedra de Roseta tuviera grabado el mismo texto en tres lenguas distintas para que, al compararlas, Champollion descifrara la escritura del antiguo Egipto.⁸ A partir de ese momento, dijo, con no disimulado orgullo, *ha sido necesario abandonar las hipótesis para limitarse a la investigación de los hechos*.

¿Todo es, entonces, *libro*? ¿Todo, *escritura*? Es cierto: algunos lingüistas nos han hecho *leer* en los más diversos contextos. Según ellos, no sólo se *lee* un *texto*, el tejido de palabras articuladas por la escritura; también quieren hacernos creer que un médico *lee* el rastro de una enfermedad en los tejidos de su paciente; que un

⁵ *Le Coran*, edición bilingüe (árabe y francés). La traducción del texto árabe es de M. Kasimirski; la presentación es de Ali Merad, Éditions Lidis, París, 1978. Merad afirma que el *Corán* es, según la concepción islámica, un *libro revelado por Dios a Mahoma*; por esto, para el musulmán es el *libro por excelencia* (Al-Kitâb), como la *Biblia* para hebreos y cristianos. *Qor'ân* significa *recitación, lo que se dice*. Según Merad, el *Corán* es, por definición, intraducible (a cualquier lengua, p. 11 ss.).

⁶ S. N. Kramer, *Sumerian Mythology. A Story of Spiritual and Literary Achievement in the Third Millennium B. C.*, The American Philological Society, Philadelphia, 1944.

⁷ Jean-François Champollion, *Grammaire égyptienne*, prólogo de Christian Jacq, Solin, Actes Sud, Arles, 1997, "Introduction. Discours d'ouverture du cours d'Archéologie au Collège Royal de France" (1831), p. xiii.

⁸ J. F. Champollion, *ibidem*, pp. xiii y xiv.



Sello, época babilónica, Museo de Louvre, París

arqueólogo *lee*, en los varios estratos de un viejo monumento, las sucesivas etapas de su construcción; que un deportista *lee* el trazo que debe seguir la pelota en el campo de juego. ¿Es así? ¿Se trata de lecturas en sentido estricto? ¿Quién escribe y con qué signos lo hace? ¿Hay escritura en la naturaleza? ¿Toda ella es un verdadero libro? O, por el contrario, ¿se trata sólo de analogías, de meras comparaciones, de metáforas? El dios genesiaco *habla*: su voz *nombra* cada cosa, pone una etiqueta al objeto que su palabra designa y crea; también *califica*: la luz, por ejemplo, es *buena*. Entonces, si el mundo entero es producto del habla; si todo objeto lleva escrito su nombre, ¿todo se podrá *leer*? ¿Qué se lee? ¿De qué manera se lee? ¿En voz alta o en voz baja? ¿Se *alaba* y se *canta* la gloria de Dios y su creación? ¿En qué lengua está *escrito* el universo? ¿Cuáles son sus signos o caracteres? Ciertos investigadores han indagado por la lengua primitiva del Génesis y se han preguntado en qué lengua hablaban Dios, Eva y Adán en el paraíso.⁹ En este tema, metafísica aparte, se trata de saber si el *universo mismo es un libro* y, si lo es, en qué lengua está escrito.

Galileo ha corregido a la tradición entera. Según él, la lengua del universo es la *lingua mathematica*. Así, dice: *la filosofía está escrita en este grandísimo libro que continuamente está abierto ante nuestros ojos (digo, el universo); pero no se puede entender si antes no se comprenden la lengua y los caracteres en los que está escrito*. Esos caracteres, añade, son *triángulos, círculos y otras figuras geométricas, sin cuyos medios es imposible entender humanamente una palabra y sin los cuales nos agitamos vanamente en un*

oscuro laberinto.¹⁰ En Galileo se produce un cambio sintomático: se pasa del habla a la escritura y de los caracteres cualitativos a los cuantitativos. Es necesario aprender un nuevo lenguaje, un lenguaje artificial, para entender de manera cabal cómo está escrito el libro del universo. De lo contrario, nos moveremos en un oscuro laberinto. La matemática y la geometría hacen la luz. El universo es un *libro escrito en lenguaje matemático*. Dios es geómetra.

Con la invención de la imprenta de tipos móviles se da otro paso, inmenso sin duda alguna. Advierto: los monumentos públicos de los egipcios; las estelas de las pirámides mayas o nahuas; el *Código de Hammurabi*; los mismos libros que leía Platón o los que se hallaban en la biblioteca de Alejandría, con total independencia de su soporte material, poseían un rasgo en común: estaban inmóviles, había que ir al sitio en el que se hallaban para poder leerlos. Lo que llamamos *libro* de la época clásica era un objeto único, nada importaba si estaba dibujado sobre papiro o sobre la piel de un carnero. Se conservaba, enrollado, en una cámara casi sagrada; era, en rigor, un *manuscrito*, lo que hoy llamamos un *códice*.

¿Qué hazaña intelectual realizó Gutenberg? Logró que la palabra escrita se hiciera un bien común y democratizó la razón. No sólo fueron *móviles* los tipos de la imprenta; los libros mismos fueron dotados de movimiento. No hubo necesidad de acudir a las bibliotecas de los monasterios ni a la ciudad que tenía en su poder un manuscrito de Aristóteles, Sófocles o Virgilio. Desde ese momento luminoso, el libro caminó hacia los

⁹ Maurice Olender, *Les langues du Paradis. Aryens et Sémites: un couple providentiel*, prólogo de Jean-Pierre Vernant, Gallimard/Du Seuil, París, 1989.

¹⁰ Galileo Galilei, *Il saggliatore, nel quale con bilanci esquisita e giusta si ponderano le cose contenute nella Libria Astronomica e Filosofica de Lotario Sarsi Singesano*, facsímil de la Edición Nacional por Barbéra Editore, Florencia, tomo VI, 1933, p. 232.

hombres, en vez de que los hombres fueran hacia los sitios donde el libro, la piedra de Roseta o la pirámide se hallaban. Además, la imprenta superó con rapidez los errores de los pendolistas, uniformó las letras, estableció reglas tipográficas y ortográficas. Pero, sobre todo, elevó de manera exponencial el tiempo en el que se reproducía la palabra escrita. No fue poca cosa. Una revolución intelectual de esas dimensiones se ve rara vez en la historia humana.

¿Qué sucede, hoy, con la revolución cibernética? No sólo se reduce el tiempo de reproducción de la palabra escrita; crece la velocidad con la que se recibe un texto que va a miles de kilómetros de distancia y de un continente al otro. En unos cuantos segundos, el texto sube, a través del ciberespacio, hasta el satélite que lo retransmite en apenas otros segundos a un instrumento electrónico que lo recibe. Si la imprenta democratizó, como dije, la razón; si permitió que los libros entraran en la casa de todos los hombres, la actual revolución cibernética ha logrado que la velocidad con la que se difunde la palabra escrita se haya multiplicado *mil veces mil mil veces, mil*. Los resultados logrados hasta ahora superan añejos problemas. Han creado otros, sin duda alguna. Eso sucede siempre que se produce una revolución de magnitud mayúscula: la solución de un problema crea otros, inéditos.

Por esta causa, hay que descartar una falsa idea de la evolución. La teoría de Darwin no supone que la aparición de una nueva especie, *más apta* que la anterior, haga desaparecer a ésta por completo. Por el contrario, la nueva especie asimila en su estructura interna muchos de los rasgos de la especie de la que proviene. Lo diré de otra manera: es de suyo evidente que la invención de la escritura fue una revolución frente a la mera oralidad. Sin embargo, la escritura no ha desechado la comunicación oral, de la que nos valemos todos los días y en las más diferentes circunstancias. También es obvio que la invención de un lenguaje artificial como el de las matemáticas significó una transformación profunda en la comprensión de los fenómenos del universo. Pese a ello, conservamos el lenguaje natural, que es, en sus rasgos fundamentales, de carácter cualitativo. En otro terreno, el económico, Karl Marx mostró que el capitalismo se desarrolla, en un proceso constante, desde la cooperación simple hasta la manufactura heterogénea; de ésta a la manufactura homogénea y de ella a la gran industria. A pesar de esos avances, ninguna nueva formación económica pudo abandonar las fases anteriores, de las que proviene. La actual globalización industrial ha llevado a una escala planetaria la manufactura heterogénea: en algún país asiático, pongo por caso, se fabrica una de las partes del automóvil o del instrumento electrónico; en otro país de América se produce una pieza más del aparato y, finalmente, todas las piezas se reúnen en un gran taller en la frontera entre México y

Estados Unidos. Este nuevo orden económico global no es otra cosa que la propia manufactura heterogénea en un nivel mucho más alto.

Los seres humanos, en tanto que especie animal, ¿qué somos? Desde luego, el resultado de todo el proceso evolutivo anterior: *todo ser vivo es también un fósil y lleva, hasta en la estructura microscópica de sus proteínas, los rasgos e incluso los estigmas de sus ascendientes*. He transcrito un texto ejemplar de Jacques Monod, el Premio Nobel de Medicina de 1965,¹¹ que confirma lo ya dicho. Todos los hombres conservamos los *estigmas* de las generaciones que nos han precedido. Estamos hechos de gases: no podemos dejar de respirar, es decir, de recibir oxígeno, ese gas que nos oxida, más de cinco minutos; tampoco nos es posible dejar de beber agua, líquido en el que se funden dos gases; nos es imposible dejar de comer, de asimilar minerales y proteínas que vienen de la Tierra; nuestro código genético nos acerca a insectos, reptiles, mamíferos. Recibimos una herencia, pero en todos nosotros se ha convertido en algo completamente nuevo.

Las revoluciones tecnológicas ahorran tiempo y trabajo. Son irreversibles. La actual revolución cibernética que afecta la producción del libro, ¿acabará con el soporte del libro en papel? No me lo parece. Creo que ciertos libros (enciclopedias; revistas de orden científico) dejarán de imprimirse sobre papel, como ya sucede. En tanto, el libro en soporte electrónico le otorgará una nueva función al libro en el soporte de papel y lo asimilará, tal vez, en su seno.

Deseo recordar que el cinematógrafo no destruyó las artes escénicas, sino que las hizo más puras. La televisión no arruinó ni al cinematógrafo ni a la radio: les dio una dimensión nueva. ¿Por qué la reproducción electrónica de la palabra escrita tendría que acabar con el libro que el papel soporta? El libro en papel es un artefacto sencillo, eficaz, barato, que no necesita ser sustituido cada cierto tiempo, como lo exige la incompatibilidad progresiva de los instrumentos electrónicos. El libro electrónico le proporcionará una nueva función al libro en papel.

No todo es libro, desde luego. Afirmarlo así es valerse de una metáfora. El libro es un bello, un eficaz artefacto, artesanal e industrial, que posee ya una larga vida (poco más de dos mil años). En su forma actual, en soporte de papel, impreso en prensa plana o en rotativa, conoce una historia de apenas seis siglos. La actual revolución cibernética ha elevado la velocidad de la reproducción de la palabra escrita y ha puesto en manos de los usuarios textos antes inaccesibles. El libro en soporte de papel y el libro electrónico son dos maneras que pueden coexistir por largo tiempo. Que así sea. **U**

¹¹ Jacques Monod, *Le hasard et la nécessité. Essai sur la philosophie naturelle de la biologie moderne*, Du Seuil, París, 1970, p. 177.

Discurso de Panamá

Abrir lectores al idioma

Adolfo Castañón

En su condición de bibliotecario-archivero de la Academia Mexicana de la Lengua, el escritor Adolfo Castañón ha reflexionado en torno a la evolución del castellano como un idioma que, por haber entrado en contacto con otras culturas a lo largo de los siglos, ha asumido una doble condición de puente y de válvula; así lo ha expresado en distintos foros en la Ciudad de México y ahora en la capital de Panamá.

I

“Desde su origen —recordó Octavio Paz en su discurso ‘La tradición liberal’ al recibir el Premio Cervantes en 1982— España fue tierra de fronteras en movimiento y su última gran frontera ha sido América: por ella y en ella España colinda con lo desconocido”.

El encuentro con América y sus culturas distrajo a España del diálogo que sostenía consigo misma, con las culturas y lenguas árabe, hebrea, con las que colindaba y que la informaban tanto como la portuguesa, provenzal, catalana, gallega, valenciana, francesa bajo el común denominador del espacio mediterráneo.

Esos orígenes de la lengua española están asociados a la práctica y a la realidad de la traducción. Desde la literatura sefardí, las *jarchas* mozárabes, *Calila e Dimna* (1251), Alfonso El Sabio, o el manuscrito morisco del siglo XVII titulado *Un Kama Sutra español* por su salvadora la portorriqueña Luce López Baralt, el idioma español se había ido perfilando como una “máquina de traducir” y en América la fonética de la otredad se vería

abierto a la reflexión sobre la pertinencia de una gramática de lo otro. El impulso europeo impreso por Carlos V a una España imperial se mantendría vivo durante siglos transformando el desafío cultural en prueba ecuménica y mesiánica, como en el caso de los evangelizadores franciscanos del siglo XVI creadores de silabarios, instrumentos de conquista espiritual, o en pretexto, como en el náhuatl de Sor Juana, para el artificio barroco de los *tocotines*. Subterráneamente, la voz popular se iría corriendo entre coplas, canciones y cantares que serían retomados en el teatro y la novela y cuya importancia sólo hoy se puede medir gracias a instrumentos como el monumental *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)* de Margit Frenk.¹ Prueba nítida de que el momento monumental de las letras del Siglo de Oro está asentado en un hervidero de expresiones vertidas al margen del cauce formal. En filigrana aparece

¹ Margit Frenk, *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)*, Fondo de Cultura Económica/UNAM-Facultad de Filosofía y Letras/El Colegio de México, 2003, 2 volúmenes.

el idioma como fábrica de migraciones entre culturas, océanos, clases sociales, mundos y mandos...

II

La serpiente del idioma se mordía la cola y, para risa del traductor, le sabía a culebra, a *cóatly*, a veces, a iguana o a sirena. La transculturación, sin embargo, no puede no tener límites: los equivalentes dinámicos llegarían a ser tan dinámicos que dejarían de ser equivalentes, como podrían mostrar las traducciones al náhuatl de los discursos agraristas de Emiliano Zapata originalmente escritos en castellano donde “tierra y libertad” no son lo mismo (1918), mientras los testamentos de las gramáticas y tradiciones supuestamente extintas, como las de ciertos códices prehispánicos, por ejemplo, el códice mixteco precolonial encontrado en Viena en 1677 conocido como *Códice Vindobonensis*,² pueden cobrar realidad de actas transmitidas en voz baja entre mundos

² Ferdinand Anders, Maarten Jansen y Gabina Aurora Pérez Jiménez, *Códice Vindobonensis. Origen e historia de los reyes mixtecos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992 (la primera edición fue hecha por Kingsborough entre 1831 y 1848).

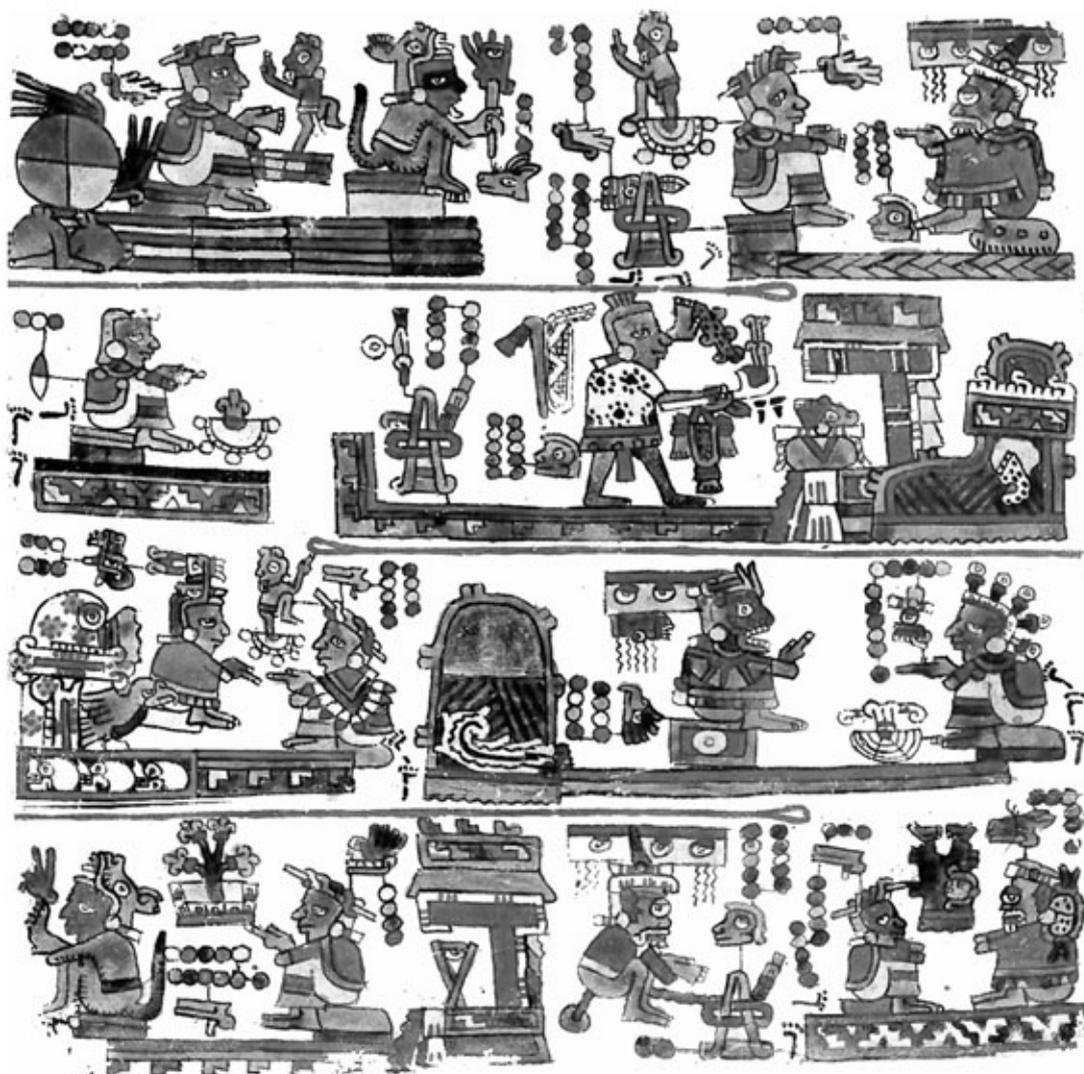
beligerantes y paralelos a través de los siglos, y los mundos en apariencia fosilizados o momificados gozar de saludable aliento. Recuérdese el fecundo vaivén del *Nican Mopohua* que sustenta ese milagro de la traducción que es el relato de la aparición de la Virgen de Guadalupe en el Tepeyac, cuyos avatares entre las lenguas ha sabido dibujar Miguel León-Portilla.³

De ahí la inquietante atmósfera de necrópolis en movimiento y de galería de espejos desenterrados, para saludar en Panamá a Carlos Fuentes, su cuna, que puede tener una asamblea panhispánica como ésta, donde palimpsesto y pentimento⁴ juegan a la correspondencia de los calendarios.

Desde los tiempos del Inca Garcilaso, entre las culturas y lenguas americanas y la lengua española se ha dado no pocas veces ese juego en que la vida latente se

³ *Nican Mopohua*, versión en náhuatl y español de Miguel León-Portilla, Fondo de Cultura Económica/El Colegio Nacional, 2001. También hay una edición leída en voz del traductor de este relato original de las apariciones de nuestra señora de Guadalupe al indio Juan Diego Cuauhtlatoatzin en el año de 1541, compuesta por Antonio Valeriano, sabio indígena. Véase también: *Arca de Guadalupe. Antología de ensayos, poemas, canciones de la Virgen de Guadalupe*, prólogo y cosecha de Adolfo Castañón, Jus, México, 2007, 357 pp.

⁴ La voz *pentimento* (arrepentimiento) no se registra en el DRAE; es de uso corriente en el vocabulario de la historia del arte.



Códice Vindobonensis

despierta, incorpora y toma la palabra. Almas divididas, las que se hablan en español se articulan desde una lealtad a ese mundo que las sostiene y hace posibles. A esa lealtad la llama “oficio de piedad” María Zambrano en *El hombre y lo divino*. La pelota está en esa *cancha*, para decirlo con una voz de origen quechua de múltiples acepciones que van desde los que designan el o los espacios abiertos hasta los conocimientos o habilidades, pasando por las enfermedades y el maíz tostado.

Cancha (del quechua *cancha*, recinto cercado). Espacio abierto y desembarazado. Corral o cercado espacioso para depositar ciertos objetos o productos agrícolas. (*kancha*). // (Voz quechua.) En Sur América, maíz tostado para comer. En Colombia se dice también de las habas en igual forma. // (Del quechua *kancha*, recinto, cercado). Espacio destinado a la práctica de ciertos deportes o espectáculos. (Del quechua *kamcha*). Maíz o habas tostadas que se comen en América del Sur.⁵

III

La RAE cumple 300 años: aprobada con Cédula Real por Felipe V en 1714, la Real Academia Española cumple 300 años de fundada en Madrid por iniciativa del marqués de Villena, don Juan Manuel Fernández Pacheco (1650-1725). Es un motivo de celebración y fiesta para todos aquellos que hablamos, leemos y escribimos el idioma español, esa lengua que al pasar el Atlántico, se transformó en idioma de la vasta ecúmene hispánica; hay que recordar que “nuestra lengua” —como llamaba Alfonso Reyes— es el único idioma europeo que logró diseminarse por las Américas, el norte de África, parte de Asia y —gracias a la expulsión de los judíos portadores del ladino— por Europa central y los Balcanes. Esta polinización de magnitud planetaria se institucionalizó a partir de 1870, año en que la Real Academia Española resolvió dar un paso inédito: auspiciar la instalación de corporaciones académicas en los antiguos dominios ya emancipados de la Corona Española. Luego de Colombia y Ecuador, México fue el tercer país que se sumó en 1875 a estas iniciativas, dando así realidad a los intentos previos de fundación de una academia mexicana —el más notable encabezado por don Justo Gómez de la Cortina, miembro de número de la RAE en 1835—. Años más tarde, en 1951, en el Primer Con-

⁵ *Diccionario de americanismos*, Asociación de Academias de la Lengua Española/Santillana, Lima, 2010, p. 385.

Francisco J. Santamaría, *Diccionario general de americanismos*, segunda edición, Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa, 1988, tomo I, p. 289.

Diccionario de la lengua española, vigésima segunda edición, Real Academia Española, Madrid, 2001, p. 285.

greso de la Asociación de Academias de la Lengua Española (Asale) de lo cual nos hablará Felipe Garrido. De esta suerte, la Real Academia de la Lengua dejó de ser la *madre* Academia para pasar a ser una hermana mayor. En México, la Academia de la Lengua se ha distinguido por su desinteresado trabajo de registro y organización del patrimonio lingüístico, configurado, de un lado, por la diversidad de la herencia indígena, precortesiana, y por el desarrollo de la lengua en este país, México, al que algunos visitantes extranjeros, encabezados por Humboldt, llamaron América mexicana. Ese desarrollo tiene formas y modalidades peculiares que han llevado al desarrollo de los estudios del español hablado en América a un alto grado de especialización: el español hablado en México. La Academia Mexicana de la Lengua no está sola, ni vive en el pasado ni en las nubes: se debe a una sociedad celosa y participativa, curiosa de su lengua y ávida de referencias y de criterios claros.

El español es una lengua y un estilo de pensamiento alimentado por múltiples raíces y dueño por eso de un haz de perspectivas de desarrollo futuro en los más distintos terrenos —desde la filosofía y la poesía hasta las artes y las ciencias.⁶

IV

El monopolio y manejo de la ley, la justicia, la violencia, la moneda, el saber, los sueños y las letras produjo que en la América española la administración de estos bienes tuviese, durante la Colonia, una clara tendencia a la centralización: la casa de la moneda, la universidad y la imprenta se desarrollaron bajo la mirada estricta de los guardianes de la Corona. La letra no podía salvar esta condición. La entrada y salida de impresos, la circulación de los papeles se daba bajo ese resguardo. A medida que se expande la Colonia, y se afirma el ingenio, esos controles empiezan a relajarse: la Inquisición no era ni podía ser la misma en el siglo XVI que en el XVIII y, desde la segunda mitad de éste, se da para toda América, con las reformas borbónicas y la expulsión de los jesuitas, un cambio hacia las prácticas más libres de escritura, transcripción, registro y lectura. Signo de ello son las experiencias narrativas, periodísticas y dramáticas como la de *El Periquillo Sarniento* del simpático y pendenciero contemporáneo de Larra, José Joaquín Fernández de Lizardi, uno de los pioneros en el proceso de apertura de lo escrito y emancipación del idioma. El

⁶ Palabras leídas el domingo 6 de octubre de 2013 en la mesa que moderó Adolfo Castañón para presentar a don Jaime Labastida, don Felipe Garrido y don Gonzalo Celorio, en el marco de las mesas redondas celebradas con motivo del 300 Aniversario de la Real Academia Española en la Sala Manuel M. Ponce de Bellas Artes, Ciudad de México, México.

corrosivo Lizardi introduce en la carpa de la página escrita la algarabía de la plaza pública y, con ella, un elemento social que hasta el momento se encontraba confinado en la tramoya del teatro parvulario y popular: el humor, la sátira, el desenfado carnavalesco que los astutos criollos supieron manejar casi desde un principio. No en balde uno de los periódicos de la época se llamaría, haciendo eco al tábano socrático, *La Avispa de Chilpancingo*. Más tarde se verá que la mutilación puede llegar a ser motivo de orgullo y de buen juicio crítico, como ilustra la noble revista del modernismo venezolano *El Cojo Ilustrado...* Abrir el salón del idioma a los lectores es invitar al público a que entre a la casa de las formas desde una perspectiva libertaria.

V

La *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, publicada en 1886 por don Joaquín García Icazbalceta (1825-1894) a los 61 años de edad, llama la atención sobre varios hechos de larga resonancia cultural en la vasta ecúmene de la lengua española de uno y otro lado del Atlántico: la conciencia de que el libro formaba parte del instrumental reciclable de la colonización y de la evangelización; la realidad de que la lengua y el libro se definían en función de un horizonte cosmopolita; la aparición muy temprana de un perfil regional en que se daba, de un lado, una aspiración y realización de una excelencia técnica, estrictamente tipográfica, de diseño y de pulcritud conceptual y, del otro, una obediencia a las necesidades prácticas de la edición. Pongo por ejemplo el detalle —apuntado por Genaro Estrada en una de sus *200 notas de Bibliografía mexicana*— de que “el escudo tipográfico usado por Juan Pablos en los *Diálogos latinos* de Cervantes de Salazar, impreso en México en 1554, está tomado de algún libro impreso en Europa, pues no es de Pablos ni de su socio de Sevilla Juan Cromberger, [...] el marco de esta portada de motivo arquitectónico está copiado de un dibujo europeo” (p. 37). “Los impresores del siglo XVI en México tenían una muy pequeña colección de grabados de madera con asuntos religiosos —piezas invariablemente de origen español— y de ellos se servían frecuentemente repitiéndolos en diversas obras. Las orlas que utilizaban para encuadrar estos grabados aparecen también frecuentemente repetidas en los impresos de la época” (p. 50). Entonces como ahora, con otros medios e instrumentos, se improvisaba y se salía al paso...

Objeto material y mercantil a la par que entidad estética y moral, el libro en América sigue en su historia líneas paralelas que confieren a los hombres del libro en América una condición de agentes dobles, de operadores del desdoblamiento, dueños de dos o más idiomas, de dos o más actitudes, gestores a la par realistas y

visionarios del proceso imaginario y crítico de la sociedad. Desde luego, el surgimiento de las literaturas nacionales se da como una afirmación o una consecuencia de los mercados regionales y de los espacios de la letra, delimitaciones y localizaciones de la comunidad imaginada, para saludar el título *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* de Benedict Anderson.⁷ Los parámetros de la comunidad imaginada en América se declinan en estribaciones nacionales y se manifiestan a través de series concretas de autores, catálogos específicos, proyectos, fraternidades definidoras —los pequeños grupos que guían el proceso y el progreso, los “cristales de masa” de que habla Elias Cannetti o el “grupo corto” de que habla Pedro Henríquez Ureña como levadura de la tradición—. De ahí que la idea de hacer una historiografía del canon literario y filosófico de la región americana resulte una condición *sine qua non* para comprender tanto el lugar geográfico en el cual se inscribe el presente que se vuelve pasado inmediato ante nuestros ojos como eventualmente para realizar una prospección, una cala en el sentido de ese ámbito imaginario, artístico, libresco y desentrañar así las líneas de fuerza que le dan forma. Esa historiografía —pongo por modelo la practicada por Pedro Henríquez Ureña en sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*— nos llevará a ponderar mejor los ejes de la perspectiva, los planos en el tiempo.

VI

Trabajé durante casi seis lustros en una editorial que fue para mí escuela, universidad, laboratorio y gimnasio: el Fondo de Cultura Económica fundado en 1934 por Daniel Cosío Villegas, luego dirigido por Arnaldo Orfila, figuras ambas cercanas a Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y el proyecto de la Casa de España, luego El Colegio de México. Colaboré con media docena de directores y con la respectiva flora y fauna que cada uno llevaba a la galería, con diversas conjugaciones posibles del verbo editar y promover, con un arcoíris de acepciones de las voces lector y lectura. Fui testigo y a veces agente de la transformación del catálogo de la editorial y de las mutaciones de su ingeniería editorial visible e invisible, desde el paso de la administración manual hasta los sistemas virtuales de gestión (recuerdo, por cierto, que el fotógrafo Manuel Álvarez Bravo trabajaba en su juventud para un banco por su asombrosa capacidad para hacer operaciones aritméticas de grandes cantidades con el respaldo de su mente exacta como una cámara

⁷ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, traducción de Eduardo L. Suárez, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.



De las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio, siglo XIII

ra). Pude ver pasar, como un joven grumete desde la baranda del navío editorial, los *icebergs* de los diversos instrumentales, maquinarias, procedimientos y tecnologías que revolucionaban la producción y edición del libro tradicional hasta asomarme al nuevo océano digital. Proyectos, series, colecciones, reciclamientos de los contenidos y de las formas: los libros de divulgación científica, los libros para niños (y aun para bebés), las series juveniles, los libros de texto de primaria, secundaria, educación media, los libros de fotografía y de arte, los *audiolibros*, los *periolibros*, esa colección singular hecha por el FCE con la UNESCO que quería poner en las manos de los lectores de toda la ecúmene hispánica—incluido Israel— las obras claves de la literatura hispanoamericana, las ediciones de los códices indígenas, las coediciones de todo género y dificultad. Al mismo tiempo, el grumete se asomaba a los problemas de la edición de uno y otro lado del Atlántico, a la realidad a veces peligrosamente irreal de las grandes agencias literarias, al conocimiento de los intereses no siempre manifiestos que disimulan la censura, mientras me asomaba hacia atrás a las historias del libro, a los pasados del libro, al presente y al pasado de las ferias y de los premios y de los congresos, al tiempo que vislumbraba los procesos de concentración y polarización editorial y política. En todos esos eslabones, el “ábrete sésamo” era el idioma, el maltratado idioma acompañado invariablemente por la sombra de la paradoja de hacer congresos

de traductores mientras se oblitera el crédito del traductor. Era manifiesto que la búsqueda del lector tenía resonancias casi mesiánicas y que coincidía tautológicamente con la idea de la creación de un público en un mundo en el cual objetivamente el costo de un libro es escandalosamente menor al costo del tiempo invertido en su lectura. En otro sentido, la búsqueda tenía y tiene que ver con una conversación y con el reconocimiento de una tradición o, dicho de otro modo, con la voluntad de actualizar ciertos momentos o edades del libro que sintomáticamente coinciden con los movimientos de la cultura letrada en Hispanoamérica que periódicamente constela con su reflexión—o sea con su volver a sí misma— la trayectoria de su emancipación o, si se quiere mejor, de su orfandad, de su solitaria marcha entre las culturas al tiempo que aspira a encontrar la hora del mundo y la historia sin perder la memoria de sus laberínticos y variopintos orígenes...

VII

Uno de esos jardines del tiempo, una de esas épocas de oro se podría situar en relación con el libro en lengua española en el medio siglo que va de las décadas de 1914 a la de 1968, la época en que la cultura europea devastada fue raptada y reinventada por América. Se encarna en autores y en nombres de editores y de editoriales:

como Salvat, Espasa, Biblioteca Nueva, Noguer, Destino, Aguilar, Alfaguara, Gredos, Áncora y Delfín, Renacimiento, Revista de Occidente, Losada, Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI Editores, Centro Editor de América Latina, Sur, Sudamericana, Fabril Editora, Kraft, Kapelusz, Joaquín Mortiz, Era. Esos nombres convocan la sombra de las nuevas coyunturas producidas por la guerra, la entreguerra, la posguerra, el despegue editorial del libro en América y ese contrapunto no menos articulado que fue la política del libro y de la cultura del régimen franquista. La tragedia y la destrucción humanas han sido el combustible que ha alimentado estos milagros librescos. Un aspecto que no se ha subrayado suficiente es que la desgarradura que representó la Guerra Civil española no sólo es la responsable directa e indirecta de una edad de oro de la edición del libro en español y en América Hispana, sino también de una presencia cada vez más asidua y constante de la lengua fuera de las fronteras del idioma y aun, paradójicamente, puertas adentro. El enfrentamiento y recomposición a lo largo de décadas de fuerzas políticas y económicas contrapuestas, como la institución cultural franquista

en España y las diversas entidades liberales americanas, más o menos prorrepúblicas, alimentaría con bienhechora tensión este desarrollo. Al socaire de este enfrentamiento se crearon, crecieron y desarrollaron múltiples catálogos y colecciones, se desarrollaron autores, se armaron premios, concursos y ferias que le imprimirían al libro impreso en lengua española un dinamismo tanto más vigoroso cuanto que lo nutrían crisis y sacudimientos que iban más allá del libro pero que redundaban en beneficio de este como objeto y como institución. La religión del libro no se porta tan mal en el idioma español. Así se daría una benéfica lluvia de proyectos editoriales y de libros. Benéfica en términos al menos de diversidad y de pluralidad. Los primeros en advertir ese clima favorable fueron los editores piratas que de zig en zag dieron nueva actualidad a la fábula de la oveja negra... Ese flujo se daría más bien en y hacia América más que en España misma, donde el régimen de Franco imponía las leyes editoriales de los antiguos propietarios rurales de fincas al mundo del libro, mientras que en la América Hispana se podían dar cita no sólo los libros publicados en España y en América misma —incluida desde luego Usamérica—, sino también las ediciones en idioma español producidas, editadas, traducidas e ilustradas en Moscú, Pekín, Corea, Bucarest, Praga, Varsovia, Londres, París, Amberes, Nueva York. Con la aparición de las nuevas tecnologías virtuales esas cornucopias librescas y revisteriles se irían encogiendo... Al mismo tiempo, a partir de la posguerra se iría dando por todo el continente la aparición de proyectos editoriales universitarios y semificiales de diversa envergadura como los representados por sellos como el Centro Editor de América Latina, la UNAM, Casa de las Américas, Biblioteca Ayacucho, las ediciones universitarias colombianas, centroamericanas, caribeñas... La diseminación del libro en español ha sido paralela al endurecimiento de las condiciones y posibilidades de distribución y mercadeo, que impuso como uno de sus paliativos las coediciones. Ese es el terreno en el cual se daría el proceso actual de fusiones, absorciones y alianzas forzadas. La dispersión de los sellos y de las ofertas, la apertura radical obliga a reconsiderar y plantear la pertinencia de la concentración en bibliotecas, cánones, listas de obras fundamentales, repertorios básicos, catálogos e inventarios de libros seminales. Desde ese horizonte las cartografías, las historias de la cultura, las historiografías y bibliografías, las guías de bancos de datos, las síntesis noticiosas resultan imprescindibles para la organización mínima del quehacer inmediato y de los espacios editoriales, en medio de la caída de los mercados, las concentraciones, las dictaduras y embargos para poder situarse en el ámbito de esta edad del intercambio generalizado y de la uniformidad esterilizadora. La reflexión sobre el canon y sobre las obras fundamentales,

✠

N I C A N

M O P O H V A ,
M O T E C P A N A I N Q V E N I N
Y A N C V I C A N H V E I T L A M A H V I Ç Ö L T I C A
M O N E X I T I I N Ç E N Q V I Z C A I C H P O C H T L I
S A N C T A M A R I A D I O S Y N A N T Z I N T O Ç I -
H V A P I L L A T O C A T Z I N , I N O N C A N
T E P E Y A C A C M O T E N E H V A
G V A D A L V P E .

A c a t t o p a q u i m o t t i t z i n o ç e
maçhualtzinli itoca Iuan Diego; Auh çatepan monexiti in itlaçò Ixiptlatzin ynixpan yancuican Obispo D. Fray Iuan de Sumarraga. Ihuan inixquich tlama-huiçolli ye quimochihuiliz.

Y E iuh màtlac xihuitl in opehualoc in atl in repel Mèxico, ynycomoman in mitl, in chimallí, in ye nohuan ontlamatcamani in ahuàcan, in tepehuàcan; in macaçan yeopeuh, yexotla, ye cueponi in tlaneltoquilizli, in iximachocatzin in ipalnemohuani nelli Teotl **D I O S**. In huel iquac in ipan Xihuitl mill y quinientos, y treinta y vno, quiniuh iquez quilhuic in metztlí Diziembre mochiuh oncatca çe maçhual-

A tziintli,

Relato en náhuatl de las apariciones de la Virgen de Guadalupe

así como sobre qué hacer ante ellas, se impone no como una curiosidad sino como una necesidad inaplazable en la agenda de la lectura.

VIII

Uno de los proyectos en que me tocó participar en el FCE durante la gestión de Enrique González Pedrero en 1989, que sólo duró un año y apenas firmó este contrato, fue el de la contratación y ulterior edición de la serie Códices Mexicanos, publicados en la serie de Historia y Antropología, producidos originalmente en Austria por la editorial Akademische Drucker Verlag titulada Libros Sagrados del México Antiguo. Los códices —esa era una condición pactada entre ambos editores— debían llevar sendos libros explicativos que eran en sí mismos amplios estudios monográficos sobre los diversos libros producidos. El proyecto se hizo en el marco de la conmemoración del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos. Aunque la edición y producción de estas obras casi faraónicas no fue barata, y el costo de las mismas era correlativo, el proyecto tuvo, en cuanto empezó a publicarse, un éxito inmediato. Sus lectores y compradores no sólo fueron historiadores, arqueólogos y bibliófilos, sino —y esa fue la sorpresa— las comunidades y pueblos indígenas para quienes dichos infolios, álbumes y cajas son (y no fueron, porque las lenguas indígenas no siempre son lenguas muertas) parte de la memoria de los antepasados, la alacena de los ancestros regionales y familiares, no únicamente un objeto de estudio académico. Los códices eventualmente podían tener un valor pragmático, didáctico y hasta civil y político. México, para frasear la cita inicial de Octavio Paz, era y es, al igual que España, una frontera en movimiento, colindante con lo desconocido, en este caso con el presente inmediato cuyos lectores acechaban como dioses en el destierro la oportunidad de manifestarse.

Uno de los infolios editados fue el *Códice Vindobonensis. Origen e historia de los reyes mixtecos* o *Códice de Viena*, elaborado por los mixtecos de Oaxaca en los albores del siglo XVI. El estudio de este códice lo practicó el flamenco Maarten Jansen (1952), originalmente formado en el estudio de las humanidades quechuas. Cuando visitó México y Oaxaca, su interés por la cultura mixteca coincidió con la alianza conyugal con una oaxaqueña de su edad: Gabina Aurora Pérez Jiménez de origen, raíz y sangre mixtecas. El mérito singular de la lectura de Jansen del complejo códice consistió en relacionar su conocimiento derivado de la arqueología, la antropología y la historia de la escritura jeroglífica con la tradición oral viva transmitida de boca en boca desde la Colonia por los antepasados mixtecos de su esposa Gabina para reconstruir desde su interior mis-

mo aquella cosmología arcaica que las pinturas habían mantenido latentes. Esta reconstrucción del mundo y significado de las diversas pictografías que animan e ilustran el códice y luego otros descifrados por él presta un sentido originario y de renacimiento a la expresión que da título a este panel: abrir lectores al idioma.

IX

Esa nueva agricultura que es la arqueología, como la llamó José Ortega y Gasset (ese precursor que quizá no se reconoció a sí mismo) en su ensayo sobre las Atlántidas tiene en América, Centroamérica y México en particular un relieve inédito. La ciencia y la arqueología contemporáneas se ven fecundadas por la savia de la tradición oral conservada a lo largo de las generaciones al margen de las instituciones y de la lengua dominantes: es como si se pusiera agua fresca a un fósil y resucitara como pez vivo y colorado al contacto con el bien decir de su raíz. Este caso tiene réplicas, por ejemplo, en el ámbito de la lengua maya, cosa que explica en parte la proliferación editorial de nuevas traducciones del *Popol Vuh*, el *Chilam Balam* y *El Rabinal Achí*, indisoluble del florecimiento de la lectura y escritura de las lenguas mayas en la hora actual.

El hecho central subyacente es el del idioma español como lengua franca, una lengua franca capaz de sobreponerse a otra u otras, como el náhuatl que fue la lengua franca que los conquistadores emplearon para reducir a los fieros indios zapotecas y mixtecas que no se habían doblegado al yugo mexica. Este proceso de yuxtaposición plurilingüístico abre los ojos sobre la capacidad del idioma español para funcionar como red y funcionar como canal, como una esponja y una válvula capaz de regular las savias lingüísticas aborígenes en un sentido y en otro. El idioma español no sólo se abre en pos de la lectura y de los lectores hacia el afuera de las lenguas envolventes y colindantes sino entrañas adentro, hacia las periferias viscerales de la intimidad intercultural. No sólo se mueve y dilata en el plano horizontal, sino que se enriquece y carga con la algarabía de esas lenguas americanas vivas, aunque semienterradas que hacen de su imperio una caravana en movimiento y de su fábula y producción ecuménica una idea prometedora, un *ethos* con porvenir en lo imaginario tanto como en lo práctico y cotidiano, lo político y lo poético.

No está tan mal venir a decir esto a Panamá en el marco de la fiesta de las fraguas que son las academias. **U**

Palabras pronunciadas en el marco de la mesa redonda titulada *Abrir lectores al idioma*, el lunes 21 de octubre, en la ciudad de Panamá, en el marco del VI Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española (Asale), Panamá, 2013.

Ejercicio de la libertad

Gonzalo Celorio

¿Por qué el género novelístico no produjo grandes obras en el México virreinal? Por su naturaleza subversiva y crítica, la ficción literaria estuvo prohibida en tierras americanas. El presente texto, con varias modificaciones, fue base de la brillante plática de Gonzalo Celorio en Conecta 2013.

Durante los tres siglos de dominación colonial, no se produjo en el Virreinato de la Nueva España ninguna obra literaria que pudiera merecer con legitimidad el nombre de novela. Es cierto que se escribieron algunas obras que abrigaron cierta pretensión novelística, como *Los sirgueros de la Virgen sin original pecado* de Francisco Bramón en el siglo XVII o *La portentosa vida de la muerte* de Joaquín Bolaños en el XVIII, pero se trata de tímidos escauceos narrativos, más interesados en los sermones religiosos, los ejemplos bíblicos y las disquisiciones teológicas que en las virtuales pasiones de sus héroes y la relación de sus hazañas. Carlos de Sigüenza y Góngora, por su parte, interrumpió por un momento sus observaciones astronómicas y sus investigaciones históricas para escribir *Los infortunios de Alonso Ramírez*, la biografía, narrada en primera persona, de un navegante puertorriqueño que es apresado por piratas ingleses en Filipinas y tras dar la vuelta al mundo viene a desembarcar en las costas de Yucatán. Si bien esta obra puede considerarse, sobre todo por la peripecia que relata, precursora de la novelística mexicana, no llega a ser una novela propiamente dicha porque, entre otras cosas, la erudición histórica y geográfica de su autor, que no siempre se corresponde con los conocimientos que pudiera tener de manera verosímil el protagonista y narrador de la historia, sofocan el impulso ficcional que ani-

ma la escritura de toda novela, por realista, histórica o biográfica que ésta sea. Aunque más próxima al género novelístico que las anteriormente mencionadas, se trata, como ellas y otras tantas de similar hechura, de una *protonovela*, según denominó con acierto José Rojas Garcidueñas a estos embriones narrativos de un género que no alcanzará su madurez hasta iniciada nuestra revolución de Independencia.

¿Cómo es posible que en una de las provincias más aventajadas cultural y literariamente del Imperio español, como fue la Nueva España, considerada desde mediados del siglo XVI “La Atenas del Nuevo Mundo” por los poetas peninsulares —Juan de la Cueva, Eugenio de Salazar, Gutierre de Cetina— que aquí vinieron a probar fortuna literaria, no se haya publicado ninguna novela digna de ese nombre cuando en los albores del siglo XVII la literatura de nuestra lengua había alcanzado la cima de su novelística con la publicación de *El Quijote*? Otros géneros literarios, tales como el dramático y el lírico, se desarrollaron con excelencia, y sus mayores exponentes, Juan Ruiz de Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz —los dos Juanes de América, como los llamó cariñosamente Alfonso Reyes— compitieron con los grandes escritores españoles de los Siglos de Oro y en algunos casos los superaron, mientras que la narrativa, limitada a la escritura de alegorías teológicas, predicaciones doc-

trinales, relatos hagiográficos o crónicas de sucesos extraordinarios, no llegó a producir ninguna novela merecedora de tal nombre.

Francisco de Terrazas, acaso el primer poeta mexicano de lengua española, tan afortunado en su expresión lírica como desafortunado en sus incursiones en la épica —género en que la poesía mexicana nunca se ha sentido cómoda—, asimila la influencia petrarquista con tal exquisitez que sus poemas resisten la comparación, no sólo con Camões, a quien imita y parafrasea en su famoso soneto *Dejad las hebras de oro ensortijado...* sino con los peninsulares Fernando de Herrera, Juan Boscán o Gutierre de Cetina; Juan Ruiz de Alarcón rivaliza con sus pares españoles, que tanto lo humillaron en los entretelones de la escena madrileña, y, como lo vio Pedro Henríquez Ureña, es, aunque menos prolífico, más universal y más hondo que Lope de Vega o Tirso de Molina; sor Juana escribe *Primero sueño*, el poema mayor de nuestra historia literaria, equiparable por la calidad de su factura a *Las soledades* de Góngora, si bien, por su pretensión epistemológica, es más ambicioso que el del poeta cordobés; Diego José Abad y Francisco Javier Clavijero no son menos ilustrados que Benito Jerónimo Feijoo o Melchor Gaspar de Jovellanos..., pero, en el terreno de la narrativa, no hay en el Virreinato de la Nueva España ninguna obra ni remotamente comparable, ya no digamos a *El Quijote*—que no la ha habido nunca ni en la vieja ni en la Nueva España—, sino a obras como *La Lozana andaluza* de Francisco Delicado, *La Dorotea* de Lope de Vega, *La vida del Buscón* de Quevedo o el *Guzmán de Alfarache* de un Mateo Alemán que, cuando vino a México, no pudo publicar, por cierto, mucho más que un aséptico tratado de *Ortografía*.

¿Por qué? ¿Por qué, si tuvimos tan excelsos poetas, dramaturgos y humanistas durante los tiempos virreinales, no prosperó la novela en la Nueva España? La respuesta a esta inquietante pregunta involucra la condición misma del género. Porque la novela, más que un género literario, es un género libertario. Libertario y por ende subversivo. Subversivo y por ende peligroso. Peligroso y por ende censurable. La novela hace calas en la realidad referencial más profundas que otros discursos, definidos por una pretendida veracidad objetiva y comprobable, que, justamente por ello, acaban por ser más limitados y superficiales que el discurso novelístico. Sabemos más del campo mexicano por *Pedro Páramo* de Juan Rulfo o de nuestra ciudad capital por *La región más transparente* de Carlos Fuentes que por tantas obras históricas, sociológicas, antropológicas, económicas o estadísticas que han tomado por objeto de estudio el medio rural o el urbano de nuestro país. Y es que la novela amplía las escalas y categorías de la realidad, como lo señaló Alejo Carpentier al meter en su novela *El reino de este mundo* no sólo los acontecimientos históricos que en-



marcaron la insurrección de los esclavos en Haití, sino también los mitos, las creencias, las prácticas del vudú de aquella posesión francesa de la isla de Santo Domingo. La novela no se limita a decir lo que los hombres hacen, dicen y piensan, sino da cuenta también de lo que esperan, lo que sueñan, lo que inventan; de todo aquello que también forma parte de la realidad en un sentido lato, aunque no sea medible ni verificable en un sentido estricto: las creencias, los mitos, los recuerdos de la colectividad. La novela, aun la más fantástica e imaginativa, la más lírica y/o psicológica, termina por poner el dedo en la llaga de los problemas sociales y denunciar, aunque no sea éste su propósito, la opresión, la injusticia, la desigualdad que rigen la vida social, o las miserias, los dolores, las desesperanzas, los sinsentidos que rigen la vida del hombre inscrito en ella. Es de tal manera y a tal grado un género peligroso y amenazante del *statu quo*, que desde 1531 la Corona española prohibió la entrada a las Indias de cualquier obra literaria de ficción. Tal medida no impidió del todo la lectura de novelas en la Nueva España, como lo constatan los estudios de Irving Leonard sobre los libros que llegaron a este continente, si bien de muchos de ellos el hispanista estadounidense tiene noticia, reveladoramente, por los inventarios que los poseedores de bibliotecas particulares se veían precisados a presentar ante la Santa Inquisición. No, no se pudo impedir la lectura de novelas,



Juan Correa, *Las cuatro partes del mundo*, finales del siglo XVII

aunque se haya prohibido su importación. En las mascaradas del siglo XVII desfilaban don Quijote y Sancho Panza por las calles del México virreinal al lado de representaciones carnavalescas de batallas navales (porque navales fueron, quién lo diría hoy día, las batallas que sitiaron a la ciudad lacustre de México-Tenochtitlan). Pero si no se pudo evitar la lectura de novelas, sí se pudo inhibir su escritura o, por lo menos, su publicación, que para el caso viene a ser lo mismo.

No deja de ser significativo que la primera novela americana que con legitimidad ostenta ese nombre, *El Periquillo Sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi, se escriba cuando ya se ha iniciado nuestra revolución de Independencia. Los tres primeros de los cuatro volúmenes que habrían de integrarla ven la luz en 1816, después de que su autor ha sido encarcelado varias veces por la publicación en *El Pensador Mexicano*, el periódico que fundó y cuyo nombre acabó por convertirse en su epíteto, sus invectivas contra el gobierno colonial, que no encontraron amparo en la Constitución de Cádiz que en 1812 proclamó la libertad de imprenta. Heredera de la tradición picaresca, que en América no había podido prosperar por las razones antedichas, y ciertamente cercana al *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, esta novela inaugural en la literatura mexicana estrena nada menos que la libertad, inherente al género mismo: moraliza, sí, como lo habían hecho tantos textos narrativos coloniales, pero con un incipiente espíritu republicano que reprueba, fustiga, critica, denuncia las arbitrariedades e injusticias de la dominación española en un país que pugna por su soberanía. En palabras elocuentes de Guillermo Prieto, *El Periquillo* “es el libro-anatema contra los vicios de la Colonia, y la justificación más fundada de nuestra Independencia”.

A partir de la consumación de la Independencia, se desencadena un proceso libertario, el de *la emancipación literaria de México*, como lo denominó José Luis Martínez, cuya pretensión es adquirir una expresión propia que se corresponda con la nueva condición soberana del país. Este proceso es más complejo, y ciertamente más prolongado, que el de la independencia política. Se tra-

ta de articular una voz identitaria en una lengua que se siente ajena, por más que el español sea la única lengua de expresión literaria nacional, pues, como las demás instituciones políticas y culturales, la literatura española, al ingresar en el Nuevo Mundo, se impuso sobre las tradiciones literarias —fundamentalmente de carácter oral— de las culturas originarias. Los indígenas, tras la Conquista, no pudieron establecer o continuar en sus lenguas una literatura preservada por la escritura. Si se siente ajena, aunque sea la lengua literaria del país, es porque la española es la lengua de los vencedores, con quienes el México recién independizado de España no quiere identificarse ni siquiera parcialmente, y de cuyo dominio histórico abjura a pesar de haber asumido en el discurso su condición mestiza.

Si bien la revolución de independencia es un parteaguas en nuestra historia literaria, durante los tiempos virreinales hubo precoces manifestaciones nacionales en las letras de la Nueva España, de la misma manera que después de la Independencia, y por largo tiempo, persistieron signos colonialistas en nuestra literatura.

“Averiguar donde el español se vuelve mexicano es enigma digno de Zenón”, decía Alfonso Reyes. Por su condición colonial, que les confiere o impone una lengua y una tradición literaria, las letras novohispanas son un ramal de la literatura española, si bien a lo largo de los siglos coloniales van cobrando reconocidas excelencias y ciertas características que las distinguen de la literatura metropolitana. Tales rasgos no necesariamente tienen que ver con la temática, que no siempre tuvo referencias locales y muchas veces fue común a españoles y americanos, sino con la voz, con el tono, con la actitud y, en ocasiones, con la asunción de ciertos valores morales, como lo hizo notar Henríquez Ureña a propósito de la obra de Ruiz de Alarcón, quien muy pocas veces aludió en sus comedias a su país natal, pero adoptó en ellas una actitud mesurada y reflexiva, cortés y moralista, que lo distingue de sus contemporáneos españoles. En efecto, hay algo que diferencia a Francisco de Terrazas de los poetas peninsulares de su tiempo: quizá la manera de hacer íntimo, discreto y contenido el petrarquismo en el que

abrevó su poesía; a sor Juana de Góngora: la conceptualidad de sus imágenes, que son más para ser pensadas, según lo advirtió Octavio Paz, que para ser vistas, como lo son las del poeta cordobés. Sería muy riesgoso decir que estos rasgos que empiezan a diferenciar en los tiempos virreinales la literatura mexicana de la española peninsular tienen una intención liberadora. Pero lo cierto es que preconizan la emancipación literaria que se llevará a cabo durante el siglo XIX. Algunas actitudes, empero, son francamente libertarias. Pienso en Carlos de Sigüenza y Góngora, que no tiene empacho en encarar a doce prohombres aztecas en el arco que diseñó en su *Teatro de virtudes políticas* para recibir al marqués de la Laguna, inaugurando con semejante acto iconoclasta, acaso sin saberlo, una valoración de las culturas prehispánicas que andando el tiempo asumirán los escritores mexicanos del siglo XIX para conferirle al pasado indígena la misma dimensión clásica que los humanistas del Renacimiento le otorgaron a la Antigüedad grecolatina. Pienso en la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*, la autobiografía intelectual de sor Juana, en la que la monja jerónima justifica su derecho a escribir textos profanos, lo que la llevó, finalmente, a la abjuración inducida de su vocación literaria. Pienso, en fin, en Francisco Javier Clavijero, que en su gran obra sobre la historia antigua de México —el sustrato indígena que nos diferencia de los peninsulares— se refiere por primera vez a los españoles como extranjeros.

Después de la Independencia, persisten muchos signos coloniales en nuestro país. En palabras de Esteban Echeverría referidas a toda Hispanoamérica, “su cuerpo se ha independizado pero su inteligencia no”. Durante el imperio de Iturbide, el orden que prevaleció seguía siendo el español, sólo que sin España. Se articula en México entonces un verdadero programa de emancipación mental, basado en el repudio a la herencia española, sobre la cual se vuelve a cernir la leyenda negra iniciada en el siglo XVI con el epítome *Breve historia de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas. Al negar retrospectivamente la presunta legitimidad del dominio español en América, se legitima prospectivamente la independencia mexicana. Se trata de *desespañolizar* la cultura mexicana, según el término acuñado por Ignacio Ramírez. ¿Cómo liberarse de ese yugo que seguían sufriendo las mentes todavía colonizadas? Volviendo los ojos hacia lo propio de América y hacia lo nacional. Hacia América porque con la Independencia de la mayoría de los países hispanoamericanos en las primeras décadas del siglo XIX, surge una cohesión continental hasta entonces inédita que persistirá durante toda la centuria y hará comunes los propósitos de configurar una identidad independiente y una expresión propia; hacia lo nacional, porque cada uno de los países que integran esa América nuestra, como la llamó Martí, habrá de definir

sus propias peculiaridades, imbuido del espíritu romántico de la época, que hermanó los ideales del nacionalismo y de la libertad.

La novela hispanoamericana del siglo XIX y de la primera mitad del XX se dedica, en general, a apropiarse de la realidad. La realidad física, que cantara Andrés Bello en su *Silva a la Agricultura de la zona tórrida*: las montañas, los ríos, las selvas, los desiertos, la pampa; y la realidad cultural —las costumbres, las tradiciones, la historia, las convulsiones sociales, todo esto que hoy se conoce con el nombre internacional de *patrimonio intangible*.

No es este el lugar para hablar de ese proceso de apropiación de la realidad a partir de la liberación de las colonias americanas, pues el propósito de estas disquisiciones no es otro que señalar que la prohibición que se extendió durante los siglos coloniales en todos los territorios del vasto imperio español de leer novelas, confirma el carácter libertario del género.

Lo que sí hay que decir es que este continente, “novela sin novelistas”, como lo definió en su tiempo Luis Alberto Sánchez, ha adquirido en cada uno de sus países que lo integran, precisamente gracias a la novela, una identidad propia. Mucho se ha dicho en torno a la búsqueda de la identidad nacional, que pareció regir la preocupación fundamental de la literatura hispanoamericana por lo menos hasta el estallido del *Boom* en la década de los sesenta del siglo pasado. Mi maestro Edmundo O’Gorman me decía con el tono irónico que lo caracterizaba, que si tan grande era el empeño en buscar la identidad, seguramente se daba por sentado que la habíamos perdido. Yo diría, más bien, que la novela, en el ejercicio de su libertad, lo que ha hecho no es buscar la identidad, sino revelarla, construirla y expresarla. Es decir, la ha articulado.

Pero vamos de regreso del problema de la identidad, que tanto preocupó a los escritores del siglo XIX y que en México se intensificó a partir de la tercera década del siglo XX con la exaltación del nacionalismo revolucionario, del que participaron novelistas, ensayistas, filósofos, pintores, músicos, cineastas. Tal parece que ha sido superado. Al menos, la identidad nacional ya no es objeto de búsqueda de nuestras expresiones artísticas o reflexiones filosóficas, lo que significa que, acaso sin saberlo, ya la hemos encontrado. Como lo anhelaba Jorge Cuesta, nuestra literatura ya no se interesa en ser nacional, sino en ser literatura, sin que por ello deje de ser mexicana.

Tras los esfuerzos de definición de Samuel Ramos, Octavio Paz, Leopoldo Zea y tantos más que se empeñaron en definir el perfil del mexicano, los novelistas contemporáneos ya no necesitan presentar ningún pasaporte identitario para transcurrir por el mundo. Se ha operado, gracias a la novela, el viejo anhelo de Alfonso Reyes: “La única manera de ser provechosamente nacional es ser generosamente universal”. **U**

El sermón de los niños

Eloy Urroz

Whether we should accept the morality of the future just because it is the morality of the future, this in itself is just a moral problem. The fundamental decision cannot be derived from any knowledge of the future.

Karl Popper

I

Niños del mundo, escuchad:
esto se acaba.

Niños del mundo, verdaderos héroes del mundo,
he venido a traeros la nueva:
esto se acaba.

¿Qué mayor descubrimiento, hijos míos,
que saber
—tal y como intuyo hoy—
que no hay nada después de *esto*
y que *esto* inevitablemente se acaba:
no hay cielo ni *ghenna* ni tampoco nirvana,
ni limbo ni hades ni averno?

No hay nada.

¡Qué paz, cuánta infinita paz,
qué alegría nos mueve al saberlo
y cuánta dicha vivir creyéndolo!
Ya veréis.

Niños del mundo, niños con miedo, escuchad;
niños con hambre,
niños muriéndose de hambre,
niños que padecéis el hambre que yo no he vivido;
niños sin padres,
niños violados por sus padres o sus tíos,
niños maltratados, niños vejados, escuchad todos;
niños solos, niños desamparados,
niños deprimidos, niños con heridas,
niños amputados, niños con leucemia,
niños que trabajáis, niños que agonizáis,

niños amarrados, niños sometidos,
niños soldados de Uganda,
niños pepenadores de Chiapas,
escuchadme,
he venido a traeros la nueva:
esto se acaba, *esto* se acaba y no hay nada.
¿Os dais cuenta? No hay nada.
¡Qué alegría! ¡Qué mayor esperanza y consuelo!
Pensad: ¿qué mayor dicha puede haber que saberlo?
Decidme, hijos: ¿por qué querrían tener la Vida Eterna?
¿Por qué querriamos nadie tener ninguna Vida Eterna?

¿Acaso para recordar ésta?

Niños del mundo, verdaderos héroes del mundo,
niños felices de la Tierra, niños amados,
niños deseados por sus padres, niños amamantados y educados,
niños sanos y nutridos,
niños que jugáis con otros niños, escuchadme;
niños que estudiáis y vais a la escuela,
niños que coméis hasta el hartazgo y no sentís hambre,
niños que andáis en bicicletas y recibís regalos,
niños que dormís arropados bajo techos seguros,
niños acompañados, niños cuidados, niños sin miedo, escuchad:
esto se acaba, *esto* se acaba y no hay absolutamente nada.
¿Os dais cuenta? No hay nada.
Así que disfrutad, reíd y aprended todo lo que podáis
que, más tarde, no hay nada.
¿Qué alegría, qué consuelo y qué mayor esperanza
que agradecer vuestra suerte,
saber que se tiene todo y sin embargo se acaba...
que *justo* porque se acaba y perece
sentís hoy (con creces) su goce intenso...
y que es bueno y hermoso que sea así?
Pensad un momento si no...
Pensad un momento: ¿qué dicha en el mundo sería verdadera si *esto* no concluyese?
¿Qué auténtico goce puede haber si nada acabara,
si lo vuestro y lo mío no fenecieran?

Y ahora decidme, hijos míos:
¿por qué querriais tener la Vida Eterna?
¿Por qué querriamos nadie tener ninguna Vida Eterna?

¿Acaso para echar de menos las cosas buenas de ésta?

Niños del mundo, verdaderos héroes del mundo,
oíd la buena nueva y regocijaos:
cualquiera sea su miedo, cualquiera sea el horror,
el hambre, la soledad o el sufrimiento,
cualquier merma en vuestra alegría, vuestra inocencia, vuestra confianza o su sueño,
sabad que lo producen las guerras que vuestros padres libran cegados de fe,
las guerras de salvación de las almas,
esa religión (no importa cómo se llame) que os prometa el Más Allá,
que os imponga u os seduzca con el Más Allá.
Daros cuenta, vedlo: lo suscita el Futuro,

lo produce la angustia de un Futuro mejor,
lo causa imaginar la Vida Eterna y perder el tiempo meditando en ella...
cuando, al contrario, os digo con alborozo:
albricias...
esto se acaba, esto se acaba
y después no hay absolutamente nada.

II

Niños, escuchadme bien:
no hay que vivir para mañana un segundo,
no hay que vivir un instante para detentar el cielo o evitar el infierno
—los cuales, aparte de todo, no existen, sabedlo.
Niños, hijos míos, ni siquiera merece la pena que penséis en ellos.

Niños del mundo, verdaderos héroes del mundo,
escuchad al pobre místico de hoy y no al místico del mañana:
yo fui cristiano hasta que descubrí a la Iglesia y a San Pablo.
Sí, por una pequeñita grieta, a hurtadillas, los atajé:
vi sus harapos, comprendí en un segundo y no hay nada más que añadir.
Niños, jamás por inercia, os lo juro,
sino por el deseo genuino de conciliar mi razón con la fe,
seguí creyendo en Dios durante un tiempo,
pero una tarde cualquiera dejé de creer sin más,
ciertas escamas cayeron...
y esto, hijos míos, en sí mismo no es malo ni es bueno.

Escuchadme bien: yo no os digo que Dios haya muerto,
pues nada de esto sé;
yo os digo simplemente que dejé de creer, y esto en el fondo,
sabadlo,
me ha dejado un alivio inefable y una dádiva inmensa,
también un consuelo:
se llama paz, se llama calma...
y es el fino goce de atisbar (tal y como intuyo)
que no hay nada y que *esto se acaba*.

Niños del mundo, verdaderos héroes del mundo,
sabad que pocos años después de lo que cuento dejé de amar a Jesús de Galilea.
¿Sabéis vosotros por qué dejé de querer a quien amaba?
Porque a pesar de su grandeza,
osó deciros que seríais bienaventurados si aprendíais a vivir hoy para mañana,
si existíais hoy para el Futuro,
un Futuro que no es, no fue, ni será;
el buen Jesús se empeñó en negaros este mundo...
cuando, en cambio, os digo ahora
que no debéis vivir para mañana un segundo
pues la dicha y la desdicha,
el horror y la calma de la Tierra,
la vesania o el amor,
la justicia y la injusticia de este mundo,
la miseria y la riqueza de este mundo,
el hambre y el hartazgo,
son sólo hoy y con este mundo se acaban.

Apuntes y notas en mi Primero Sueño

Myriam Moscona

La única obra que sor Juana Inés de la Cruz confiesa haber escrito por gusto, el poema filosófico titulado Primero Sueño, es objeto de un asedio amoroso y lúdico, a la manera de un recorrido que incluye desvíos y acotamientos, por parte de la escritora mexicana Myriam Moscona, la más reciente recipientaria del Premio Xavier Villaurrutia por su libro Tela de sevoya.

A Hernán Bravo Varela

CAMINO

Pirámide: tres lados cada una de sus caras. Tres nombres de diosas griegas: Hécate, Selene y Artemisa. Tres fases: sombra, oscuridad, luz. Tres estados de la materia: sólido, líquido, gaseoso. Tres reinos: animal, vegetal, mineral. Tres animales del día: águila, venado y león. Tres aves nocturnas: búho, lechuza, murciélago. Ejemplos dispersos de las triadas en el tríptico barroco de la monja.

ACOTAMIENTO

Así comienza una sección de mis apuntes, un desordenado cuaderno donde intentaba establecer una bitácora para darle estructura de estudio a una de las obras más desafiantes de la poesía hispana. Poema que conocí en mi juventud con terror, al constatar que las ventanas só-

lo podían entreabrirse y enseguida el peso de la dificultad clausuraba la visión. Sin ayuda de estudios y comentarios apenas lograba enterarme de que el tríptico transcurría en un tiempo real, o quizás alguien me advirtió que el arco de tiempo trazado en *El Sueño* iba del inicio de la noche al despunte del día. Dos eran entonces los momentos que conseguía comprender sin ayuda: uno comenzaba hasta el verso 147 cuando la noche ya se había establecido a tal grado que todo era silencio, todo era una suspensión del mundo:

El sueño, todo, en fin, lo poseía;
todo, en fin, el silencio lo ocupaba:
aun el ladrón dormía;
aun el amante no se desvelaba [...]

No hay tanto que desentrañar en estos versos. Todos duermen. Todo está suspendido en el silencio. Ya



Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana a los 15 años de edad

los amantes descansan y hasta los ladrones han dejado de robar.

CAMINO

Si el poema se traza en un tiempo real de doce horas, esos versos corresponden a la sexta, la hora más sigilosa de la noche (llamada el *conticinio*, palabra que aún entonces era de uso escaso y que alude al periodo anterior a la medianoche):

el conticinio casi ya pasando
iba, y la sombra dimidiaba [...]

Se abre aquí un paréntesis para decir que la sombra está también en su mitad de tiempo. (*Demediar*, dice el diccionario, es “cumplir la mitad del tiempo, edad o carrera que se ha de vivir o andar”). Sin embargo, faltan más de ochocientos versos para alcanzar el día.

ACOTAMIENTO

El segundo fragmento que a mi entender se daba sin necesidad de acudir a explicaciones externas durante aque-

lla primera lejana lectura (y que me aprendí de memoria tan pronto pasé mis ojos sobre él) es el famoso cierre del poema, el verso 975: “el mundo iluminado y yo despierta”.

ACOTAMIENTO

La dislocación de la sintaxis, la estructura, las dificultades léxicas, la compleja simbología, el entrecruce de significados, fueron, en mis primeros acercamientos, muros ciegos frente a la posibilidad de apropiarme del poema y alcanzar el verdadero goce de la única obra de creación que, según la monja, escribió por gusto propio.

ACOTAMIENTO

Un primer roce con el poema da al lector joven un sacudimiento, un aviso de entrada que percibí en esa primera lectura, como si se tratase de una inmersión en las aguas donde, por medios propios, sin los instrumentos adecuados, puede respirarse, sí, pero tan sólo unos instantes.

Seguramente supe entonces que permanecer en ese universo secreto y fascinante no está dado, hay que conquistarlo, avanzar a contracorriente entre los pliegues y sargazos: condiciones para adentrarse en la propuesta de esta creadora iniciada en los mundos filosóficos, míticos, anatómicos, biológicos, tan estudiados por sus exégetas.

CAMINO

En los universos contenidos en *El Sueño*, tanto la inteligencia como el conocimiento racional e intuitivo exploran el viaje del alma hacia la revelación. Los hombres con su conciencia participan de la divinidad. El alma, durante el sueño, abandona el cuerpo material para internarse en un viaje del conocimiento. En ese tránsito, vislumbrar el cosmos y su relación con las criaturas terrenas sostiene activo al intelecto.

CAMINO

Aun dormidos, parece decirnos la monja, debemos estar atentos al universo, a las manifestaciones de la sabiduría divina —una sabiduría donde no se menciona en ningún momento la palabra “Dios”—. También los animales aparecen en el transcurso de la noche, siempre alertas como si durmieran con un ojo y con el otro vigilaran. El águila, la reina de las aves, duerme, pero sólo

apoyada en una de sus patas. En la otra lleva una piedrecilla que le servirá de alarma por si entrase en un sueño demasiado profundo.

Y entonces vienen estos endecasílabos plásticos, musicales, abiertos:

De Júpiter el ave generosa
—como al fin Reina—, por no darse entera
al descanso, que vicio considera
si de preciso pasa, cuidadosa
de no incurrir de omisa en el exceso,
a un solo pie librada fía el peso
y en otro guarda el cálculo pequeño,
—despertador reloj del leve sueño— [...]

Ya antes, en el verso 114 (pero en ese mismo estado de “leve sueño”), apareció el venado con un oído atento al dormir, como esos animales que levantan la oreja ante el más mínimo ruido:

al menor vigilante muda
la oreja alterna aguda
y el leve rumor siente
que aun le altera dormido [...]

El venado, animal de tierra, y la garza, animal del aire, están dormidos pero atentos al mundo.

ACOTAMIENTO

La figura de la *oreja alterna* es una buena imagen para hacer hincapié en la exploración de todos los recovecos musicales que, a través de su dominio formal, propone el poema con tales luces que no se apagarán después de haber pausado la lectura. Una obra que debiera leerse también con esa oreja alterna, exploratoria.

DESVÍO

En alguna ocasión, aunque se frustró el proyecto, Hernán Bravo Varela y yo propusimos en el Claustro de Sor Juana una colección de poesía con ese nombre: *La oreja alterna*. Solamente publicaríamos obras que tuvieran por eje una búsqueda por los márgenes de la tradición. *Alterna, alternativa*.

CRUCE DE CAMINOS

Un ejemplo de resonancia para ilustrar cómo la tradición viaja en el espacio. De las huellas que *El Sueño* ha cernido en otras obras, hay una particularmente sig-

nificativa para el siglo XX: *Muerte sin fin* de Gorostiza. Sin afán de tejer en estos momentos los hilos de ambas obras, recuerdo, a vuelapluma, que más allá de lo que plantean ambos poemas unitarios se ha estudiado la intertextualidad en versos específicos. Aquí cito solamente un pasaje. En *La red de cristal* de Arturo Cantú se explica con detalle esta trenza de hilos. Se nos recuerda a Góngora en su *Polifemo* cuando habla de Galatea en busca de Acis, quien, despierto, finge dormir. Dice Góngora:

Librada en un pie, toda de él pende.

Sor Juana lo retoma en la imagen del águila que ya hemos citado:

a un solo pie librada fía el peso.

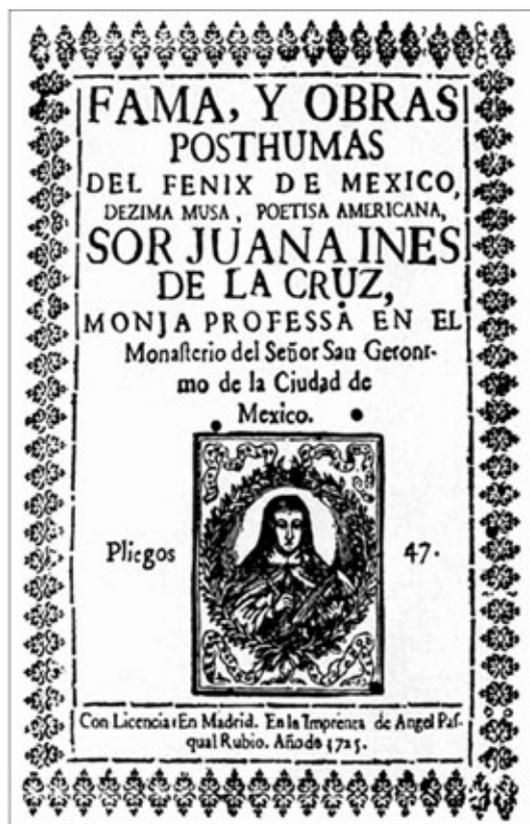
Gorostiza encima allí su escritura, le agrega otra capa de tiempo a sus maestros:

*sueño de garza anochecido a plomo
que cambia sí de pie, mas no de sueño.*

Explica Cantú y vale la pena citar su claridad: “La Galatea de Góngora queda suspendida en un pie para no interrumpir el sueño de Acis: el águila de sor Juana permanece en un pie para que la piedrecilla sostenida en la otra garra, si llegara a caer no le permita entregarse al sueño; la garza de Gorostiza, dormida sobre un solo pie, puede cambiar de pie, pero no cambia de sueño”.

ACOTAMIENTO

En mis apuntes (aunque no en aquellos primeros sino en los que resultaron de la magnífica clase que Dolores Bravo da en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM a estudiantes de nuevo ingreso), aparece enlistado un considerable grupo de tríadas. Reviso mis notas y sonrío ante mi atrevimiento al haberme autoincluido en el salón lleno de jóvenes atónitos y con un temor idéntico al que yo experimenté décadas atrás. Un dominio noble y majestuoso por parte de la maestra transmitía a los alumnos la certeza de que existen llaves para abrir los candados tras los que se guarda un raudal de sabiduría y conocimiento. Durante un semestre, Dolores Bravo, desprendida y apasionada, se dedicó a revelar la combinación de los cerrojos que el poema libera a sus fieles. Y lo hacía moviéndose en el salón de un lado al otro, sin parar. Al final del semestre, es decir, al haber atravesado el arco de doce horas en que se plantea el texto, la maestra había recorrido kilómetros.



CAMINO Y ACOTAMIENTO

Ahí, releyendo esos apuntes, es donde literalmente se me enciende el foco. Me dispongo a rastrear, como una de tantas posibilidades, tan sólo unos cuantos versos para detectar una tríada del poema, pero en diálogo con otra tradición.

Para algunos cabalistas, el hombre está construido en tres planos: el cuerpo astral, el cuerpo físico y el cuerpo espiritual. Nada más coincidente con el poema de sor Juana. Se nos dice que el cuerpo humano tiene tres segmentos y cada uno de ellos se aboca a una función distinta. En la parte *inferior* tenemos el vientre, con los distintos órganos que realizan las funciones corporales de la alimentación. Para algunos estudiosos de la *Cábala* esto es la “fábrica de la materia”. En el estadio *central* del cuerpo se llevan a cabo las funciones de la respiración y la circulación de la sangre, y corresponden a la llamada “fábrica de la vitalidad”. Por último, en la parte *superior* reina la cabeza que regula todas las funciones del cuerpo. Los cabalistas la llaman “fábrica de la fuerza nerviosa”.

CAMINO

Encontramos en el poema algunos paralelismos con estas tríadas del cuerpo.

Sor Juana le da un nombre al lugar donde los alimentos se procesan. A ese sitio lo llama “científica oficina”. Para referirse al corazón habla de “reloj humano” al

que califica de “vital volante” y para echarlo a andar describe que, *si no con mano, con arterial concierto [...] manifiesta [...] su bien regulado movimiento*. Ese “arterial concierto” hace referencia al pulso rítmico de la sístole y diástole del ciclo cardiaco. Hasta aquí estamos en el segundo estadio, en el denominado “fábrica de la vitalidad”.

El estómago, como una “templada hoguera del calor humano” (verso 254), envía al cerebro la energía suficiente para procesar la información. También en ese “estadio superior” se producen las pulsiones imaginativas, cualidad que nos distingue de otras especies. A esta “fábrica de la fuerza nerviosa”, sor Juana también hace referencia al describir algunas de las funciones del cerebro.

Estas tres “fábricas” constituyen los equivalentes orgánicos de los tres “cuerpos” del ser humano. El vientre pertenece, como fábrica de la materia, al cuerpo físico; el pecho, como fábrica de la vitalidad, se correlaciona con el cuerpo astral; y la cabeza, finalmente, como fábrica de la fuerza nerviosa y de la inteligencia, se liga con el cuerpo espiritual. Estos paralelismos encuentran, en el poema de la monja, una visible correspondencia.

DISMINUYA LA VELOCIDAD

¿Habrás conocido sor Juana la ordenación de las fábricas cabalistas? El juego de espejos parece inacabable. Escribo al final, en mi cuaderno de notas, dos palabras: “exceso” y “desmesura”.

Seguiremos por los siglos resolviendo crucigramas del manoseado “papelillo”. **u**

Entrevista con Ayala Anguiano

El periodismo fue mi vida

José Luis Martínez S.

Lo confesó Armando Ayala Anguiano (1928-2013), durante una conversación en su casa de retiro en Malinalco, en el Estado de México. El fundador de la revista Contenido, quien falleció a mediados de noviembre pasado, compartió, a pesar de su enfermedad, recuerdos y convicciones con José Luis Martínez S., editor del suplemento "Laberinto", del periódico Milenio.

Armando Ayala Anguiano murió el 15 de noviembre de 2013 en Malinalco, Estado de México, donde permanecía al cuidado de Honorina Tetatzin Zerón, su ama de llaves.

Vivía en San Juan 16, en una casa grande y hermosa que durante una época operó como el Hotel 5° Cielo. En la parte delantera hay una huerta donde crecen pimientos, ciruelos, pérsimos, pepinos, café y achiote; los helechos y las flores de anturio subrayan su carácter bucólico. Ahí, donde las montañas y el bosque parecen una extensión del jardín, el fundador de la revista *Contenido* solía reunir a sus amigos en fiestas inolvidables.

El 14 de septiembre, cuando lo visité con el fotógrafo Pascual Borzelli Iglesias, lo acompañaban tres empleados: un hombre y dos mujeres. La mayor —Honorina— estaba prácticamente dedicada a él: lo ayudaba en todo, incluso a comer. En la noche, lo dejaban solo.

Había comenzado a perder la memoria después de sufrir una embolia, y el médico le recomendó a su esposa, Esperanza Bolland, separarse física y emocionalmente de él. Así que lo condujo a Malinalco, tan lleno de buenos recuerdos, donde estaba bien atendido y podía salir a caminar sin peligro alguno.

—Fuimos muy felices —dice Esperanza en el trayecto de la Ciudad de México a Malinalco.

Cuenta que la casa fue un regalo de Ayala Anguiano:

—La pintora Valetta Swann me dio un cuadro tan grande que no cabía en ningún lado; es prácticamente un mural, ya lo verán. Mi esposo mandó construir la casa para que pudiéramos colgarlo. Fui una esposa muy consentida.

Un artículo de Gabriel Zaid en el periódico *Reforma* ("Un periodista que hizo historia", 28 de julio de 2013), me inspiró el deseo de conocer personalmente a Armando Ayala Anguiano, quien en la revista *Contenido* puso en práctica los mejores recursos del periodismo estadounidense, uno de ellos la comprobación, y en ocasiones la reescritura de todo lo que publicaba.

Ayala Anguiano estudió cine en California y ciencias políticas en París. "Fue corresponsal de la revista *Visión* en Buenos Aires y en París, donde quizá descubrió su vocación editorial. Se volvió amigo de André Labarthe,

fundador en Londres de *La France Libre* [...] y fundador en París de *Constellation*, una revista mensual subtitulada *El mundo visto* en francés.

“*Constellation* era parecida (por el formato) y en cierta forma opuesta (por la orientación) al *Reader's Digest*. Al mexicano se le ocurrió hacer una revista semejante en español, aprovechando los elementos de la revista francesa y Labarthe le cedió los derechos gratuitamente”, puntualiza Zaid.

En agosto de 1963 apareció el primer número de *Contenido*, la revista de Ayala Anguiano, que desde sus inicios alcanzó éxito entre los lectores y anunciantes. Comenzó así su carrera como editor, en la que nunca cedió su independencia, como tampoco lo hizo en sus artículos o en sus libros, algunos de ellos fuertes críticas al poder y la corrupción en México.

Armando Ayala Anguiano nació en León, Guanajuato, en 1928. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores y autor de las novelas *Las ganas de creer*, *El paso de la nada* y *Unos cuantos días*, así como de la serie *México de Carne y Hueso*, que contiene títulos como *México en crisis*, *El final del sistema* y *El día que perdió el PRI*.

Llegamos a visitarlo un día frío y lluvioso. Estaba acostado en su habitación, en la planta baja de una casa de techos muy altos y paredes de adobe, con vigas, puertas y marcos de madera. En el comedor —amplio y con mesas dispuestas como en un restaurante— vimos el imponente cuadro de Valetta Swann, esposa del antropólogo Bronisław Malinowski y, a la muerte de éste, del padre de Esperanza Bolland.

Ayala Anguiano se despertó, y caminando muy despacio, del brazo de Honorina, llegó adonde lo esperábamos. Vestía pantalón y chamarra beige y una camisa a cuadros de líneas delgadas.

—Los señores vienen a entrevistarte —dijo Esperanza.

—¿Y ustedes de dónde son? —preguntó él, tendiéndonos la mano.

Nos sentamos en la veranda y comenzamos una charla en la que él apretaba los ojos con frecuencia, como para encontrar las palabras o los nombres que se retrataban o nunca llegaban. Por momentos, su desesperación era evidente; suspiraba y decía “Ay, ay, ay... no me acuerdo”, pero había también certezas, convicciones que nunca lo abandonaron.

La primera pregunta fue acerca de su decisión de convertirse en periodista.

—Yo veía a los periodistas —respondió con lentitud—, quise ser uno y lo logré, lo logré...

Recordaba que comenzó su carrera en la Cadena García Valseca, pero no en qué año ni la materia de sus textos.

Habló de su trabajo en *Visión*:

—Estuve en París y luego me asignaron, año y pico, a Buenos Aires como corresponsal. Ahí aprendí a fijarme en lo que hacía la gente.

La conversación viró hacia *Contenido*:

—La revista se parecía a *Selecciones*. Funcionó en varias cosas y se hizo popular. Atrajo lectores y ahí continuó.

—¿Cuál cree que haya sido el éxito de *Contenido*?

—Fue —hizo una pausa, cerró los ojos—... fue buscar y encontrar a su lector. Sí, sí, sí, creo que ese fue su éxito: encontrar a su lector.

—¿Cuándo decidió convertirse en editor?

—Ya mayor, con las bases que había aprendido del periodismo.

—¿Cuál es el tipo de periodismo que más le gusta?

—El americano.

—Mi esposo es el único escritor y periodista de centro en el país —intervino Esperanza Bolland, quien iba y venía con bebidas y antojitos—. Es el único que entiende la historia de México.

—¿Qué lo llevó a ser un periodista de centro?

—La izquierda no me parecía bien; me parecía muy falsa aplicada a México. Y la derecha era un fracaso en todos lados. Entonces caí en el centro —Ayala Anguiano tosió, estornudó; se limpió los ojos con un pañuelo y se quedó callado, viendo al horizonte. No paraba de llover y el aire era cada vez más frío.

Por primera y única vez, recuperó el hilo de la conversación:

—Desde el centro se puede ver tanto a la izquierda como a la derecha y encontrar un lugar adecuado para criticar.

—¿Qué debe tener un buen reportaje?

—Un buen reportaje encuentra lectores.

—¿Cómo debe estar hecho?

—Muy bien escrito, de modo que lo entienda la mayoría de la gente. De eso depende todo.

—¿Quiénes fueron sus grandes amigos en el periodismo y la literatura?

—Tuve muchos amigos, especialmente norteamericanos.

—¿Y qué hay de su relación con Fernando Benítez, con quien coincidió en *Novedades*?

—Fue una relación muy buena, lo conocí por un reportaje que le envié y me publicó.

—Usted fue becario en el Centro Mexicano de Escritores. ¿Quiénes fueron sus compañeros?

—Elena Poniatowska es la más conocida...

—¿Cómo inició su relación con la literatura?

—Desde que tenía diez años comencé a leer libros.



© Pascual Bonzelli Iglesias

Armando Ayala Anguiano

—¿Quiénes son sus autores favoritos?

—¿Autores favoritos? —cerró los ojos, apretó los labios, como hacía cada vez que le costaba recordar.

—Italianos, europeos por lo general —dijo finalmente.

—¿Qué es lo que más disfruta de la literatura?

—Que habla de la gente; sí, eso.

—¿Por qué le ha interesado tanto la historia de México?

—Quise conocerla, y la conocí.

—¿A qué historiador admira?

—¿De México?, a ninguno. Del extranjero a... ¿cómo se llama? ¡Ay, cómo se llama! Ya se me olvidan los nombres.

—¿Cómo son sus días ahora que se encuentra retirado del periodismo?

—No hago nada.

—¿Ve televisión?

—No me gusta. La música sí, me gusta mucho, sobre todo la americana.

—¿Sigue leyendo a diario?

—Sí, nada más que ando mal de la vista y ya no puedo leer mucho.

—¿Qué lee?

—El periódico... El periodismo es mi vida.

—¿Le preocupa lo que sucede en México?

—Sí, mucho.

—¿Sale a caminar habitualmente?

—Pues no...

—¿Le gusta vivir en Malinalco?

—Malinalco ha sido para mí un lugar de reflexión, por su mismo pasado indígena... —interrumpió la respuesta, se llevó una servilleta de papel a la boca, se limpió con ella; se quejó un poco y respiró con fuerza.

Habían transcurrido treinta minutos desde que empezamos la conversación. Armando Ayala Anguiano lucía cansado; había hecho un gran esfuerzo para responder las preguntas. Dijo:

—Ya platicué mucho, ya está bien.

Pascual le propuso tomarle algunas fotografías. Posó frente al mural de la sala. Llovía, llovía con insistencia. Hacía frío... y, después de comer, Armando Ayala Anguiano, el orgulloso fundador de *Contenido*, se quedó callado cuando Esperanza Bolland le dio un beso en la frente y le dijo adiós.

Dos meses después de la entrevista, Honorina le avisó a Esperanza que su esposo había muerto. Dieron cuenta del hecho una esquela en *Reforma* y Humberto Mussachio en *Excelsior*, quien escribió: "Con Fernando Martí, [Ayala Anguiano] obtuvo en 1977 el Premio Internacional de Periodismo EFE por un extenso reportaje sobre la corrupción en México. En 1990 recibió el Premio Juan Pablos al mérito editorial y, pese a que lo merecía tanto o más que cualquiera, nunca le dieron el Premio Nacional de Periodismo".

Con Armando Ayala Anguiano se ha extinguido una de las presencias más brillantes del periodismo mexicano, crítico e independiente, riguroso y ameno. Merecía mucho más que una esquela y un comentario porque, como escribió Gabriel Zaid en *Reforma*: "hizo libros y reportajes sobre historia de México, pero además hizo historia como organizador de una conversación nacional para lectores muy lectores, que están dispersos por todo el país". **U**

Verde era la sensación del cielo

Ricardo Yáñez

Carlos Pellicer López nos presenta en este reportaje sus obras recientes acompañadas de un poema que Ricardo Yáñez escribió a la vista de estas pinturas y que, a decir del artista, hace lucir mejor su trabajo.

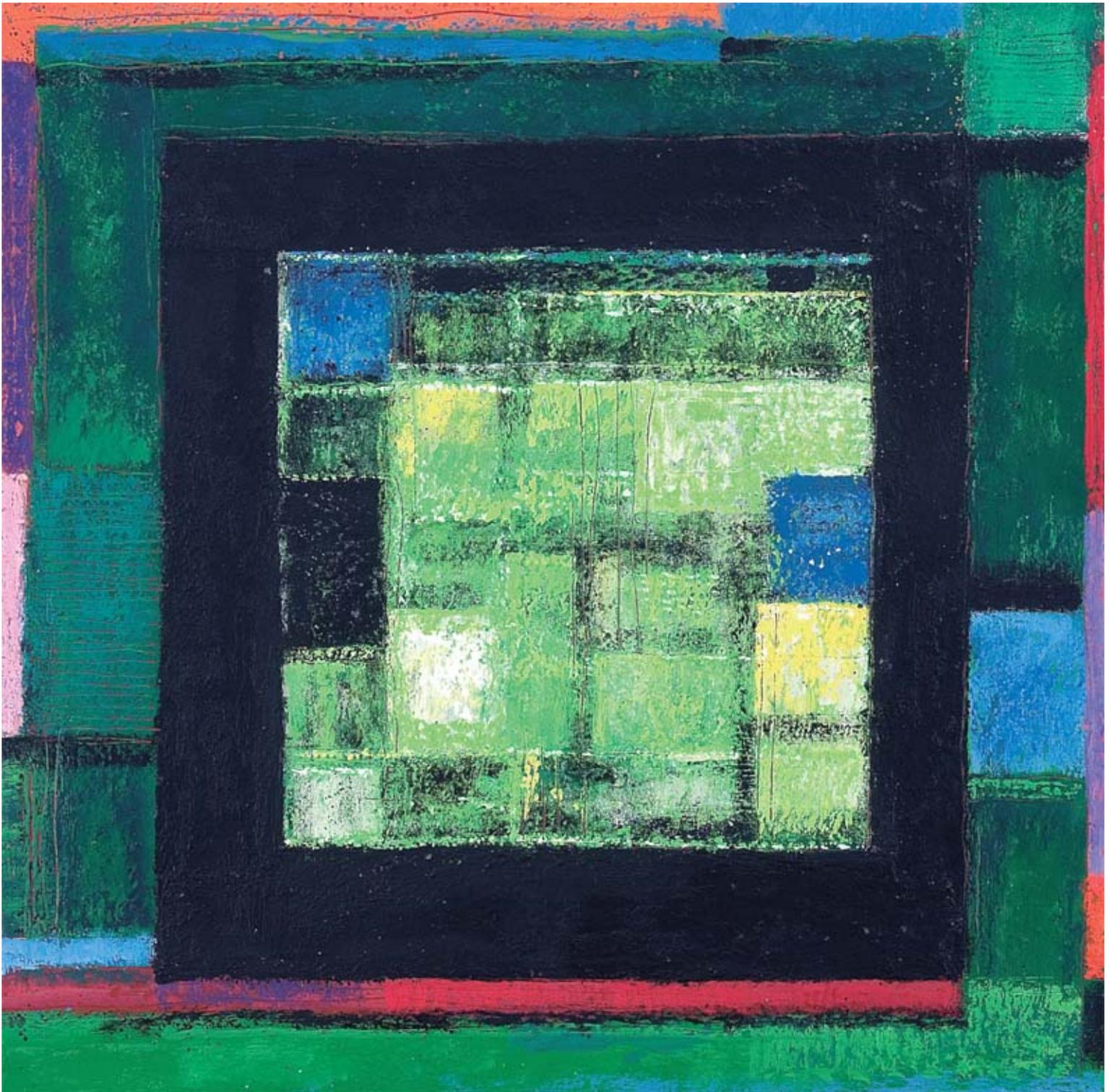
Verde era la sensación del cielo
aquella tarde verde
en que en lo alto de un silencio,
un silencio tranquilo,
mi palpitante detuve. A contemplar
—si contemplar se puede— el aire
dediqué, oscura, mi mirada.
Un desvaído gris llovizó a mis espaldas
y suspenso
por un punto tocado, quizá
no obstante
intangible, descubrí la estatura de los días
como una foliación
iluminada. Era un dolor
y era una dicha, pero más una dicha.
Y era que fui lo que necesitaba
desde hace tanto tiempo: música de mi
en la música del tiempo;
calladas ambas, pero música.
Y excepto por mi gris toda ella —casi— verde.



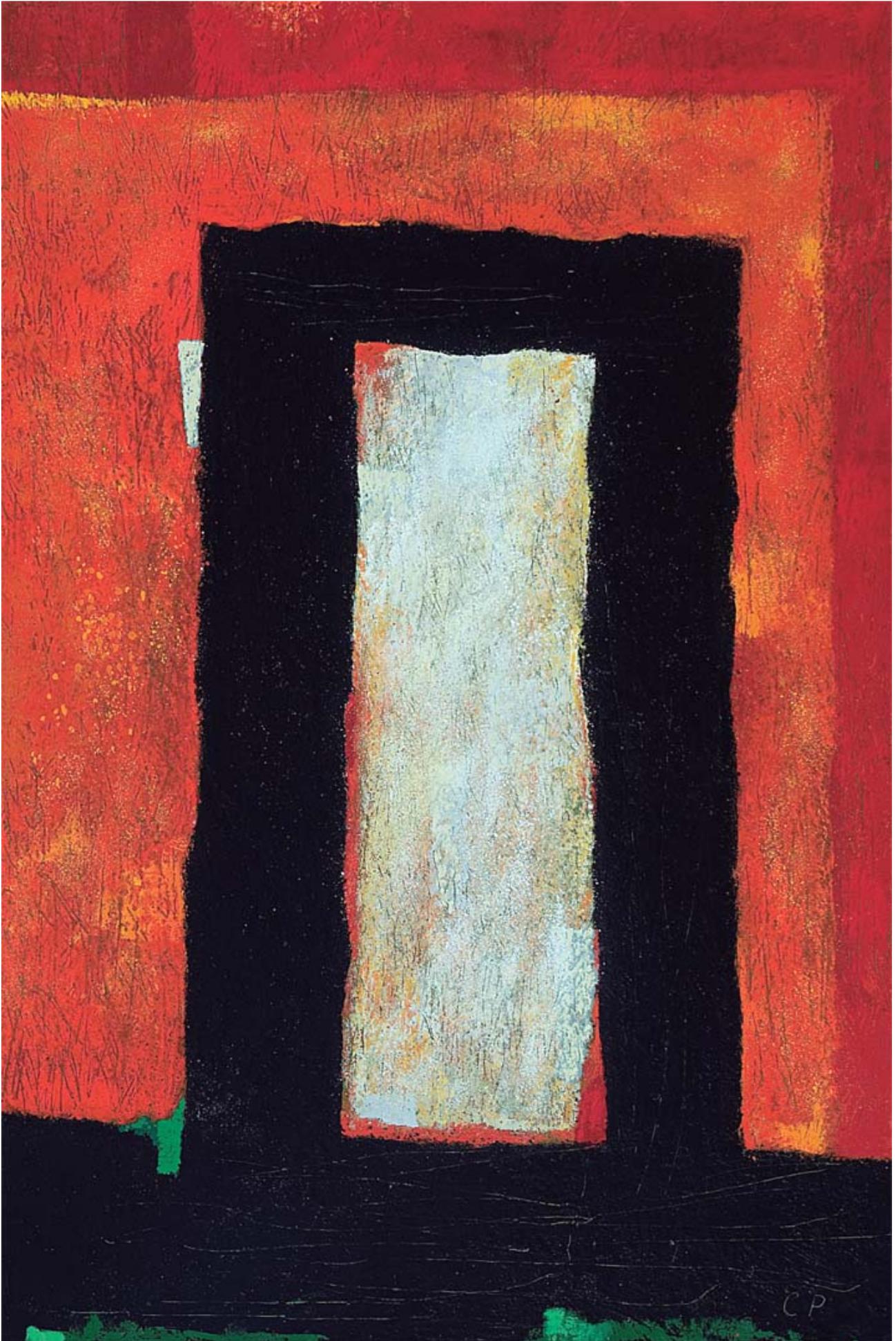
Carlos
Pellicer López



Patio ceremonial, 2009



Milpa, 2009



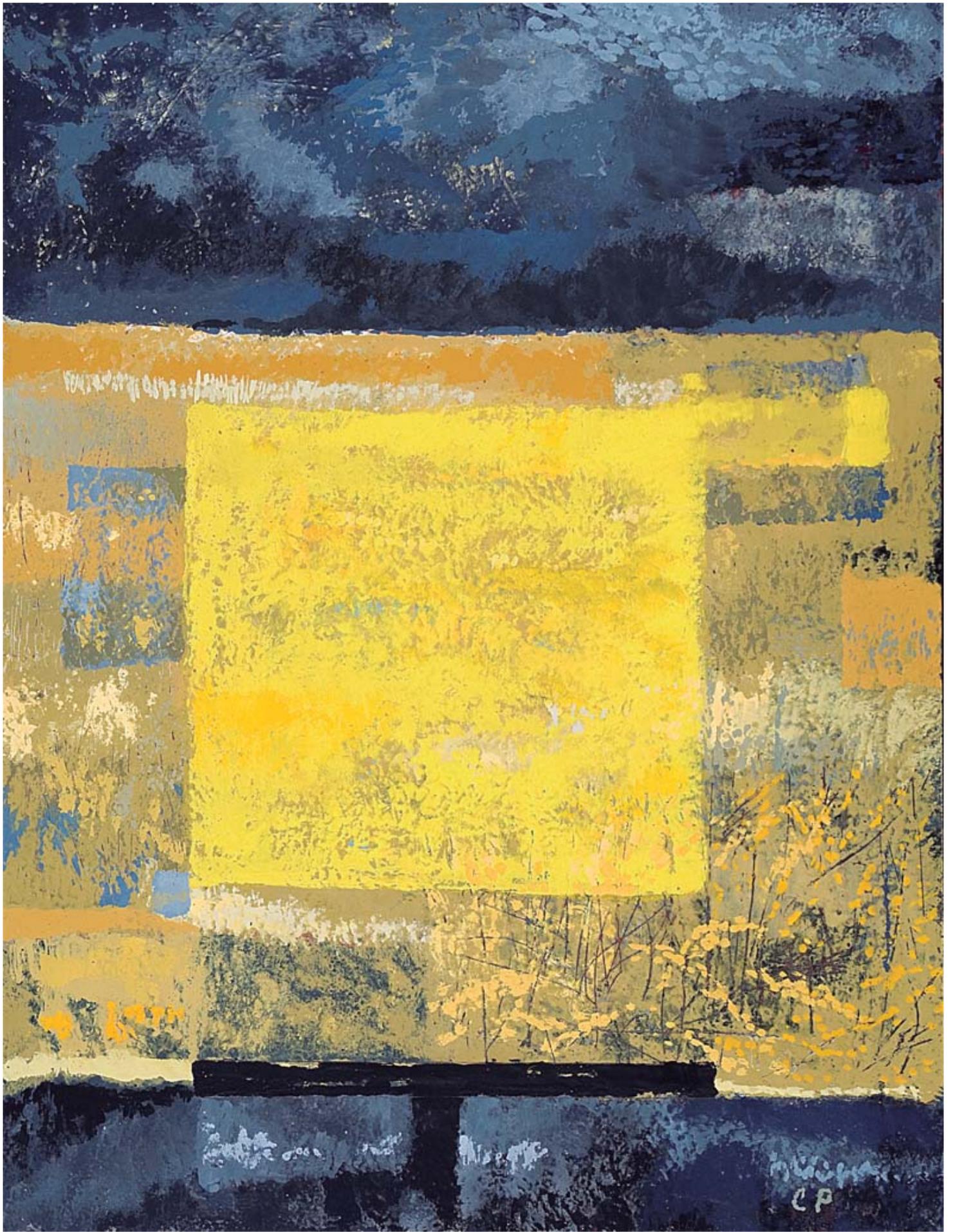
Puerta de agosto, 2008



Ventana homenaje, 2009



Aunque quiera olvidarte, 2008



Limón entre nublados, 2003



La mera mera, 2003

Máximo José Kahn

Entre el exilio y el sefardismo

Angelina Muñiz-Huberman

Poco se conoce de la figura y obra del escritor Máximo José Kahn, nacido en Alemania, residente en la España republicana y quien se exilió en México y murió en Argentina en 1953. Dos libros de reciente aparición permiten a Angelina Muñiz-Huberman trazar una semblanza de un pensador y novelista exiliado que sobrevivió a las peores tragedias del siglo XX.

Sobre la Guerra Civil española de 1936 a 1939 y el Holocausto judío, mejor nombrado *Shoá*, a pesar de la extensa literatura en su entorno, no acabaremos de conocer todos los acontecimientos e historias particulares. Tal es el caso del escritor Máximo José Kahn.

Hace años Leonardo Senkman, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, me habló por primera vez de Máximo José Kahn, autor poco conocido que nació en Frankfurt en 1897, vivió en la España republicana, fue cónsul en Salónica y luego de la Guerra Civil formó parte del exilio español en México para después trasladarse a Argentina, donde murió en 1953. Pero no es el único caso: la presencia judía en la España republicana y en el posterior exilio a México cuenta con nombres como Max Aub, Margarita Nelken, Magda Donato, Lan Adomian y una larga lista a la que podemos añadir fotógrafos de la guerra como Chim (David Seymour) y Chiqui Weisz (esposo de Leonora Carrington), relacionados con el famoso caso de “La maleta mexicana”.¹ Y,

claro, los integrantes de las Brigadas Internacionales, algunos de los cuales también llegaron a México.

A partir de los datos que me proporcionó Leonardo Senkman, la vida de este autor semiolvidado me pareció tan interesante que dio lugar a uno de los personajes de mi novela *El sefardí romántico*.² Ahora, la publicación de dos importantes libros: *La patria imaginada de Máximo José Kahn* de Mario Martín Gijón; y *Arte y Torá* del propio Kahn en edición de Mario Martín Gijón y Leonardo Senkman,³ es una oportunidad para retomar el tema.

LA PATRIA IMAGINADA

La patria imaginada de Mario Martín Gijón, que recibió el Premio Internacional Amado Alonso de Crítica

² Angelina Muñiz-Huberman, *El sefardí romántico. La azarosa vida de Mateo Alemán II*, Plaza & Janés, México, 2005.

³ Mario Martín Gijón, *La patria imaginada de Máximo José Kahn. Vida y obra de un escritor de tres exilios*, Pretextos, Valencia, 2012. Y del propio Máximo José Kahn, *Arte y Torá. Exterior e interior del judaísmo*, edición de Mario Martín Gijón y Leonardo Senkman, Renacimiento, Biblioteca del Exilio, Valencia, 2012.

¹ Angelina Muñiz-Huberman, “Exilios olvidados: los hispanomexicanos y los hispanojudíos” en *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, edición de Manuel Aznar Soler, Renacimiento, Biblioteca del Exilio, Anejos-IX, Sevilla, 2006, pp. 99-111.

Literaria 2011, es un extenso estudio sobre Kahn, el más completo hasta la fecha. Está dividido en tres grandes secciones: sobre su llegada y estancia en España; en el exilio luego de perdida la Guerra Civil; y los años después de la *Shoá*.

La primera parte lleva por título: “Un hogar alemán en Toledo”. Kahn decide abandonar Alemania según el antisemitismo cobra fuerza, y la discriminación y los ataques del naciente partido nazi se acentúan. En 1921 se traslada a España y poco después se casa con Gertrudis Blumenfeld, hija de un judío alemán y una sevillana. Se instala con su esposa en Toledo y conoce de primera fuente la cultura sefardí y a los principales escritores de la época; en particular le atrae la obra de Federico García Lorca y recibe un primer ejemplar del *Romancero gitano*. En *La Gaceta Literaria* escribe artículos sobre temas alemanes y centroeuropeos: fue el primer autor en reseñar *El castillo* de Franz Kafka. Entre los autores alemanes que dio a conocer pueden mencionarse a Heinrich y Thomas Mann, Hermann Hesse, Rilke, Franz Werfel, Arthur Schnitzler. En revistas alemanas como *Die Literarische Welt* fue el difusor de la literatura española: dio a conocer a los autores de la Generación del 98 y a poetas como García Lorca y Alberti. Desgraciadamente, a partir de que los nacionalsocialistas tomaron el poder en Alemania, las SA⁴ fueron a registrar la casa de Willy Haas, el director de la revista, un día después del incendio del Reichstag; Haas —odiado por su condición de judío y liberal— tuvo la suerte de no estar en su casa y hubo de tomar el camino del exilio, hacia Praga. *Die Literarische Welt* quedó en manos de un nuevo director, quien proclamó ostentadamente que la revista quedaba depurada del *bolchevismo judío* y sería orientada “en el sentido de la nueva Alemania”.⁵ Éste fue el fin de las colaboraciones de Máximo José Kahn. En contraposición, *La Gaceta Literaria* le encarga una sección bajo el título de “Gaceta sefardita”, donde publica sus artículos con el heterónimo de Medina Azara. Sin embargo, la escisión de su identidad queda establecida —Mario Gijón lo denomina “español en Alemania y alemán en España”—, dando así comienzo a sus múltiples exilios.

Con la llegada de la II República española, Máximo José Kahn colabora en otras revistas y periódicos de corte liberal como *El Sol*, *Crisol*, *Luz*, *Diablo Mundo*, y sus viajes de Toledo a Madrid son más frecuentes. Afianza su amistad con escritores y es partícipe con su esposa en tertulias literarias como la de Concha de Albornoz, a la que solían acudir, entre otros, Rosa Chacel, Francisco Ayala, María Zambrano, Luis Cernuda.⁶ Obtiene la ciudadanía española en 1934 y en 1937 es nombrado

cónsul de España en Sofía y posteriormente en Salónica. En estos años traba amistad con el poeta Juan Gil-Albert, una de las más duraderas de su vida y con quien colaboró en proyectos literarios.

La segunda parte del libro de Mario Gijón —titulada “Un español republicano en el exilio”— se refiere a su estancia en Salónica, donde consolida su afición por el sefardismo y establece estrechas relaciones con la comunidad judeoespañola. Propone al gobierno republicano algunos proyectos para la recopilación de romances y canciones, así como la creación de una revista. Sin embargo, estos proyectos no llegan a realizarse, a medida que la Guerra Civil avanza. Lo que sí logró Kahn fue otorgar la nacionalidad española a unos cientos de sefardíes que, de ese modo, habrían de salvarse, poco después, de ser enviados a Auschwitz cuando las tropas nazis invadieron Grecia. Mientras tanto, se dan cambios en los medios diplomáticos republicanos y se le propone a Máximo José un traslado, el cual no se efectúa, e incluso él se queda sin recibir sueldo y viviendo de prestado. A la caída de la República, como no puede tocar puertos de la Italia fascista, se embarca rumbo a Egipto con su esposa, sus amigas Concha de Albornoz, Rosa Chacel y su hijo. Allí deben esperar un tiempo hasta que un barco los traslada a Marsella.

En Marsella los amigos se separan y Kahn y su esposa se dirigen a París. Entonces ocurre otra de las tragedias de la pareja, pues deciden no continuar juntos: él seguirá el viaje hacia América y ella se quedará en Francia para terminar sus días ingresada en una clínica psiquiátrica. El viaje de ida a tierras americanas fue toda una odisea: espera en diversos puertos, intercepción de navíos, descenso en varios países, internamiento en los campos de concentración de Marruecos y, por fin, abordar el Serpa Pinto junto con otros exiliados de la Guerra Civil. Al llegar a Nueva York, por su origen alemán, Kahn es retenido en Ellis Island y está a punto de ser enviado de regreso a Casablanca. Gracias a la intervención de Indalecio Prieto y del embajador de México en Washington, Francisco Castillo Nájera, logra finalmente continuar viaje a tierras mexicanas en 1941.

Una vez en México se reencuentra con sus grandes amigos Juan Gil-Albert y Concha de Albornoz. Por ellos conoce a Octavio Paz y a Elena Garro, con quienes hace excursiones a Teotihuacán y otros lugares. Escribe y publica junto con Juan Gil-Albert *Apocalipsis hispánica* y continúa trabajando en el tema del sefardismo, que culmina en su antología: *Poemas sagrados y profanos de Yehudá ha-Leví*, la primera de esta índole, incluso anterior a la de Millás Vallicrosa, como apunta Mario Martín Gijón.⁷ Kahn empieza a escribir una novela sobre el

⁴ SA, sección de asalto del Partido Nazi o “camisas pardas”.

⁵ Mario Martín Gijón, *op. cit.*, p. 46.

⁶ *Ibidem*, p. 112.

⁷ *Ibidem*, p. 166.

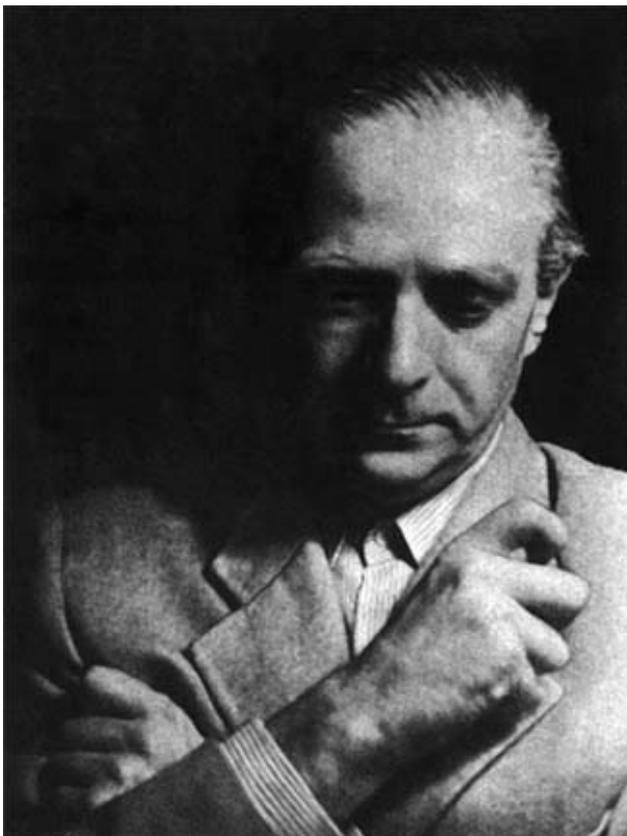
mismo poeta sefardí y de la cual sólo publicó algunos capítulos y dejó inconclusa.

En la tercera parte de *La patria imaginada*, bajo el título de “Tras el Holocausto”, Mario Gijón relata cómo en 1943 los amigos Juan y Máximo José abandonan México y se embarcan rumbo a Brasil, por invitación de otra amiga íntima de este último, Elisabeth von der Schulenburg. El viaje es, de nuevo, complicado y tiene demoras por el camino. Luego de unos meses de estancia en Brasil, los amigos retoman el viaje a Buenos Aires, donde Juan Gil-Albert permanecerá poco tiempo y regresará a España, mientras que Kahn se quedará hasta su muerte en 1953.

Para entonces las noticias sobre los campos de concentración y los horrores del nazismo alteran profundamente a nuestro autor, quien dedica el resto de sus años a reflexionar sobre el judaísmo. Algunas de sus obras de ese tiempo, mencionadas por Mario Martín Gijón, son “La sinagoga” (extenso ensayo publicado en la revista *Sur*) y el libro *La Contra-Inquisición*, para culminar con la novela *Efraín de Atenas* y su tratado de mística, *Arte y Torá*. Como también menciona Mario Martín Gijón, varios de sus libros y ensayos llevaron como portada viñetas de Ramón Gaya, dada la amistad que los unía.

Los últimos diez años de su existencia, nuestro autor vivió muy aislado. Fue desconocido por los escritores alemanes antinazis, marginado por los republicanos españoles e ignorado por los intelectuales argentinos. Tal vez el tema de los libros que escribió en esos diez últimos años, centrado en el sentido de la diáspora judía y de la *Shoá*, lo alejó de sus contemporáneos. Tema doloroso por la cercanía histórica de los hechos y por ese deseo de ignorar que invade a la conciencia humana cada vez que se altera su tranquilidad.

Sin embargo, lo que no puede negarse es que la obra de este autor es una contribución a la gran rama del exilio de 1939 y que debería ser estudiada puntualmente. Siquiera porque una de sus novelas, *Efraín de Atenas*, fue la primera novela hispanoamericana sobre la *Shoá* que trata de una crónica familiar de tres generaciones de sefardíes en Atenas. *Apocalipsis hispánica* contiene ensayos sobre aspectos fundamentales de la cultura española y sefardí. Analiza desde rasgos psicológicos, como el individualismo, el señoritismo, la relación del español con el amor y la muerte, el cante jondo, el sefardismo, hasta la política de la primera mitad del siglo xx. Presenta un panorama en que se comparten las preocupaciones de filósofos como Ortega y Gasset o pensadores como Miguel de Unamuno en torno a la identidad del ser hispánico. Kahn escoge como símbolo de identidad a la aceituna, en tanto el manjar más español de todos, entre golosina y vinagre: “El sabor de la aceituna es el sabor de la vida con su *memento mori*”. La metáfora sobre el sentido del exilio gira en torno del descanso an-



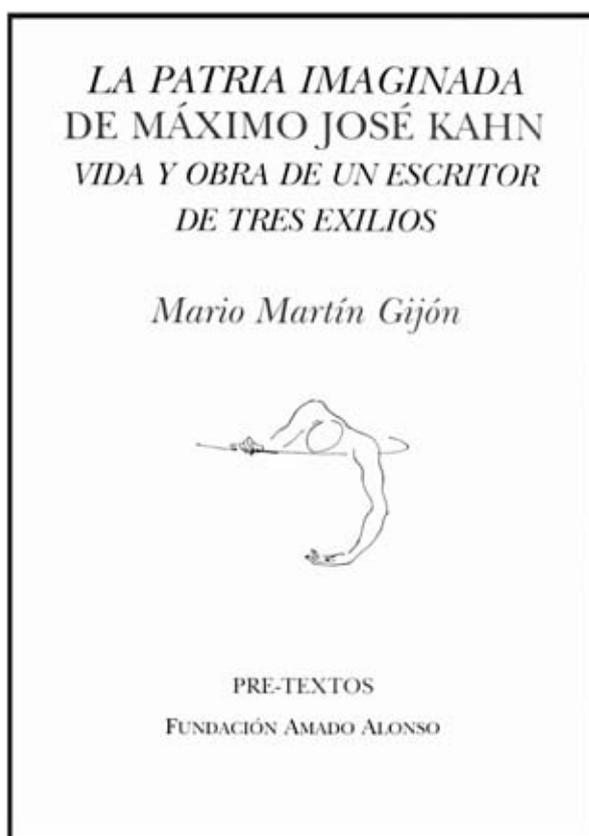
Máximo José Kahn

siado tras de la fatiga de la transitoriedad, y para ello la palabra “cama” resume la vida:

La patria de la que nadie se avergüenza de hablar, es aquella que ideamos recordando, por medio de nuestra ardiente nostalgia, las camas de nuestra vida; las camas que hemos tenido que abandonar, una tras otra, huyendo del infortunio, acosando la felicidad; esas camas del inocente sueño infantil, de los insomnios del amor, de las locas fantasías juveniles, de las fiebres demoniacas, de la soledad, del desamparo; las camas tropicales del palacete en ruinas, la tarima del asilo, el catre hostil de la casa de huéspedes, las camas-sarcófagos de la clínica, las camas napoleónicas del Gran Hotel, los bancos del parque público, la intacta cama de la tragedia matrimonial, la cama primaveral del reencuentro con la infancia; la muy finita y, a la vez, infinita procesión de camas que forman y pueblan todo un albergue.

ARTE Y TORÁ

Arte y Torá. Exterior e interior del judaísmo fue el último libro de Máximo José Kahn, del cual sólo se publicaron dos capítulos póstumamente en Buenos Aires en 1954. La actual edición es la primera, completa y preparada a partir del texto mecanografiado del autor, por Martín Gijón y Leonardo Senkman. Constituye una contribución indispensable para abordar el tema del misticismo judío y conocer la última etapa del pen-



samiento de Kahn. Un pensamiento que no deja de estar sujeto a controversias.

Uno de los conceptos fundamentales del libro es el de la lengua hebrea como Hija de la Luz. “El hebreo era la *lengua sagrada*. No obstante, lo sagrado de su naturaleza residía menos en su ser-hebreo que en su ser-lengua. Envuelta en corrientes de lava candente, la lengua se había arrojado de las cumbres del Sinaí. El judío la llamaba *hija de la Voz*. La *Voz* en sí, era el ser del que se decía: Abismos prorrumpen de Su boca”.⁸ Es decir, ante la divinidad invisible sólo el sonido de la *Voz* permite la fusión mística entre lo visible y lo invisible. Así, el sonido de la lengua define su carácter sagrado. Al ritmo de la creación que Dios instaura, la palabra da origen a la cosa o ser, por lo que la lengua es el camino hacia la perfección. Es así como en la España medieval los cabalistas y la magna obra del *Zohar* colocan en primer lugar el carácter sagrado de la lengua hebrea que no es sino el eco de la *Voz* de la divinidad.

Máximo José Kahn centra en la palabra hebrea *shem* o “nombre” la raíz de la revelación, ya que Dios, al carecer de nombre, es el Nombre en sí por antonomasia y el origen de toda letra, toda palabra de la lengua y hasta del espacio en blanco entre letra y letra —teoría que desarrollan ampliamente los cabalistas medievales—. Este culto por la palabra se centra en la concepción poético-mística del mundo. En palabras de Máximo José Kahn: “Llegamos al misterio abismal del nombre (*shem*). A

⁸ Máximo José Kahn, *Arte y Torá*, p. 131.

diferencia de los objetos, incapaces de apropiarse del nombre que reciben, el judío puede no ya poseer un nombre, sino *serlo*, igual que el Eterno. Por medio de un *shem*, la criatura está aunada con el Eterno como con un cordón umbilical”.⁹

Algunos temas de orden místico que se desarrollan son: la relación entre manifestaciones artísticas como la poesía, la música y la danza con el judaísmo. En cambio, la pintura negada desde la Torá queda representada por la escritura y sus *caracteres vivientes*. Habrá que esperar al siglo XX para que una figura como la de Chagall ocupe el lugar de unión entre dibujo y manifestación mística.

Otros capítulos de *Arte y Torá* se refieren al éxodo, la diáspora, el destierro, el retorno y Sión, los cuales el autor desglosa no a la manera tradicional sino a partir de una concepción historiográfica propia dirigida a analizar la posición del judío moderno, con ideas como la que anota Leonardo Senkman en su introducción: “En uno de los capítulos más brillantes de *Arte y Torá*, titulado ‘Ciudadano del mundo’, perfila un retrato mordaz del judío asimilado, y desmitifica su ilusoria ciudadanía mundial, consintiendo ser un tolerado”.¹⁰ De igual modo, hace un crítico análisis del naciente Estado de Israel, señalando cualidades y defectos.

Sobre el nazismo, algunos de sus conceptos derivan en la idea de que: “De todos los enemigos que habían acometido a la judeidad moderna, los nacionalsocialistas alemanes fueron quienes mejor y de más cerca conocían al hombre judío y su enseñanza. Habían decidido echar abajo su grey por fuera y por dentro. Querían triturarla. Ser metódico en todo era su fuerza, pero también su flaqueza”.¹¹ Y más aún, considera que la decisión de Hitler de someter al orbe al ateísmo chocó con la espiritualidad judía que no pudo ser vencida.

A manera de cierre, es necesario retomar las palabras de Mario Martín Gijón: “Escritor de tres patrias sucesivas, finalmente ‘hispanojudío’ por elección, la obra de Máximo José Kahn muestra al mismo tiempo la amplitud de sensibilidades que acogió la literatura del exilio republicano de 1939 y el desconocimiento reductor que cayó sobre ella. Sus libros siguen esperando lectores tan minuciosos y apasionados como lo fue su autor”.

Máximo José Kahn, un conflictivo ser de proverbial bondad que vivió los peores momentos de la historia mundial del siglo XX, solitario e incomprendido, debió de recordar en sus últimos días los años de la II República como una época dorada que definió su amor por el sefardismo: los dos pilares que lo sostuvieron hasta el final de su vida. **U**

⁹ *Ibidem*, p. 136.

¹⁰ *Ibidem*, p. 65.

¹¹ *Ibidem*, p. 280.

De memoria:

Mandela en México

Néstor Martínez Cristo

Nelson Mandela fue un líder de importancia histórica absoluta que, con voluntad infranqueable, puso fin al régimen de segregación racial en Sudáfrica. Su fallecimiento el mes pasado da pie a Néstor Martínez Cristo para recordar las incidencias de la visita a México, en 1991, de este activista fundamental de nuestra era.

En el verano de 1991 publiqué mi primera nota de “ocho columnas” en *La Jornada*. Estaba recién llegado a ese diario y se me encomendó la cobertura de la visita a México de Nelson Mandela, entonces presidente del Congreso Nacional Africano.

Fue ocasión para ver de cerca su mirada nostálgica y su sonrisa bondadosa; de escuchar su voz pausada y su palabra honesta, sabia y libre.

Fue ocasión para conocer a un líder de los que inspiran a pueblos enteros, de esos que lamentablemente no hay por acá.

Fue ocasión, también, para comprender la enorme fuerza que la autoridad moral otorga a un individuo.

La noticia de la muerte de Mandela no me tomó por sorpresa, como a casi nadie. El fatal desenlace era inminente y estaba anunciado desde meses atrás. Pero sí me movió a rememorar aquella visita, la única que hizo a México, hace poco más de 22 años.

Nelson Mandela llegó a la Ciudad de México el 29 de julio del brazo de Winnie, su segunda esposa, con

73 años a cuestas —27 de ellos en prisión—, y con la preocupación del viajero que ha dejado pendientes en su tierra.

Sudáfrica vivía tiempos convulsos, de enfrentamientos callejeros, de mucha violencia entre blancos y negros. Los cálculos más conservadores estimaban diez mil muertes en cuatro años. Reinaba el *apartheid*.

En México imperaba una situación muy diferente. Transcurría la mitad de la gestión de Carlos Salinas de Gortari. La política y la economía se dibujaban excepcionales. Crecía la popularidad nacional del mandatario y éste alimentaba una especie de obsesión por ser reconocido en el exterior como un líder mundial.

La maquinaria electoral mexicana se preparaba para afrontar, apenas dos semanas después y en un ambiente de gran efervescencia política, la primera elección federal tras el cuestionado proceso que ungió presidente de la República a Salinas de Gortari.

Pero el líder negro tenía claro el propósito de su visita a México. Vino a reafirmar el apoyo del gobierno y

el pueblo mexicanos a la lucha contra el racismo y la condena a las políticas segregacionistas impulsadas por el presidente sudafricano, Frederick de Klerk. A cambio, lo sabía, su presencia sería utilizada por el régimen mexicano para seguir apuntalando las aspiraciones de su presidente por el reconocimiento internacional. No le importó. Amor con amor se paga.

Por esa razón, Fernando Solana, el entonces canciller, no dilató mucho en fijar una enérgica condena del gobierno mexicano “a cualquier forma de segregación racial” y de mantener distancia en las relaciones diplomáticas con Pretoria. “En un futuro próximo, cuando surja la Sudáfrica del *postapartheid*, serán restablecidos los vínculos de amistad y cooperación entre ambas naciones”, sentenciaba Solana. El gobierno mexicano presumía haber hecho todo lo que estaba a su alcance para aislar al régimen sudafricano. Estaban prohibidos el comercio y el turismo.

Durante los casi tres días que duró su estancia en México el dirigente del Congreso Nacional Africano se dio tiempo para todo. Sostuvo encuentros oficiales, dio declaraciones a la prensa y abrió espacios para atender, además, “asuntos informales”. Se reunió con Salinas de Gortari. Intercambió puntos de vista con el ombudsman nacional, Jorge Carpizo, y en sesión de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión se le dio un trato similar al de jefe de Estado.

Habló 32 minutos desde la tribuna del Congreso. Tiempo suficiente para relatar a senadores y diputados los horrores de la guerra intestina en su país, para solicitarles su apoyo en la lucha contra el gobierno del *apartheid* y para invitar a una comisión legislativa a visitar Sudáfrica. En esa media hora se echó a la bolsa a los legisladores.

Ifigenia Martínez, entonces senadora por la oposición, pudo resumir en una frase al dirigente negro: “Es inspirador. La fuerza de su palabra, mueve”.

A donde iba, Mandela se topaba con grupos de gente que hacían patente su apoyo y su admiración. Se arremolinaban a su alrededor. Querían tocarlo. Decirle que compartían su lucha. Le mostraban cartulinas medio garabateadas que hablaban del rechazo a la segregación racial.

Y su respuesta era invariablemente la misma: el puño derecho en alto y la sonrisa afable.

Los medios de comunicación destinaron a Nelson Mandela amplios espacios durante esos días. El despliegue periodístico en diarios, radio y televisión condenaba, de manera unánime, el racismo sudafricano.

En su primera plana del martes 30 de julio, *La Jornada* desplegó un editorial, bajo el título *México ante el apartheid*, donde se leía: “Entre otras de sus grandezas y de sus miserias, la así llamada civilización occidental —europea— debe responder por el establecimiento en

el sur de África de un régimen racista que, a lo largo de casi todo el siglo XX, ha constituido una carga odiosa en la conciencia de las personas de buena fe de todas las latitudes...”.

Casi sobre la escalerilla del avión que lo llevó de vuelta a Sudáfrica, minutos antes de partir, el líder del Congreso Nacional Africano comentó que se iba de México más esperanzado y con la convicción de que el conflicto de su país se resolvería, sin duda, por medios pacíficos.

Se despidió de mano de cada una de las personas que integraron la comitiva que lo acompañó al aeropuerto, incluidos los cinco o seis periodistas que lo seguimos durante su visita y abordó la nave de la misma manera en que arribó días atrás: regalando sonrisas y del brazo de Winnie.

De entonces a la fecha, quizá atraído por ese liderazgo inspirador o por la sutil fuerza de su personalidad indomable, seguí siempre con particular atención las informaciones periodísticas que referían a Mandela.

Así supe que el triunfo negro contra el *apartheid* se dio finalmente por medios pacíficos. Me enteré de su merecida designación como Premio Nobel de la Paz. Disfruté la victoria electoral que lo convirtió en presidente de Sudáfrica y del crecimiento económico que logró para su país y que se tradujo, de alguna manera, en mayor igualdad.

También tuve conocimiento de su divorcio de Winnie y de sus terceras nupcias. Seguí sus logros a través del deporte y la tragedia familiar ocurrida en los días de la copa del mundo de fútbol en Sudáfrica.

Leí con interés los libros del británico John Carlin, *La sonrisa de Mandela*, donde el autor repasa los cinco años transcurridos entre la liberación y el ascenso al poder del dirigente, y *El factor humano*, en el que se inspira el famoso filme *Invictus*.

En 2001, diez años después de su visita, la Universidad Nacional Autónoma de México invitó a Mandela a venir nuevamente al país. Eran las celebraciones por el 450 aniversario de la Universidad de México y el rector Juan Ramón de la Fuente estableció comunicación epistolar con él. Le preguntó si estaría en la disposición de viajar al país para ser condecorado con el grado de doctor *honoris causa* por la UNAM. Semanas después, por la misma vía, el ya ex presidente sudafricano se disculpó ante la imposibilidad de viajar a México. Argumentó motivos de salud. “Fue una carta muy cuidadosa, muy cordial, en muy buenos términos”, me confiaría en alguna ocasión el doctor De la Fuente.

Mandela tenía 83 años y había hecho ya casi todo.

Y la edad, las innumerables batallas, pero sobre todo las casi tres décadas en prisión, habían comenzado a cobrarle facturas. **U**

Casas

Nadia Villafuerte

La intimidad doméstica esconde matices y fragmentos de vida que raramente son percibidos de manera aislada. En esta crónica, la novelista y cuentista mexicana Nadia Villafuerte comenta un proyecto del Museo de Brooklyn que escenifica diversos tipos de casas de Estados Unidos, sobre todo del siglo XIX.

para María, Nicolle y Thom

Fantasia y representación. La primera idea que uno se forja de ciertos paisajes a veces llega por representación: ese tipo de emoción distante puede provenir de historias que uno ha leído o visto a través del cine. He sido lectora asidua de Raymond Carver, Richard Ford, Richard Yates y John Cheever, autores que se han inmiscuido en determinado follaje americano para dotarlo de alma propia, postales de ese universo paralelo, el de la ficción, donde la quietud y la anhelada perfección de la vida en los suburbios poco a poco se destrona cuando un zoom al interior de casas con jardín y porche capta las leves pero decisivas fracturas domésticas (el linóleo desleído, el empapelado en los muros, la bombilla en un cuarto, la manguera haciendo ruido en el césped: se puede recorrer el mundo a través de los objetos y sus circunstancias, descubriendo la relación intrínseca con las actitudes y afectos de quienes los poseen).

Justo porque el espacio es la proyección física de una intención humana, la casa se convierte en el mejor mapa de uno: en qué medida se domeña el medio natural para forjar un inmueble, por qué una casa, un barrio y después, la suma de muchos barrios, al hacerse ciudades, hablan por nosotros a través del dónde y cómo vivimos. Pues hay un vínculo inquebrantable entre el espacio físico y quien lo ocupa. No hace falta ser muy sensible para darse cuenta de que la vida se edifica de muy distinta manera en un fondo donde imperan las cortinas de nailon sobre el cemento y las varillas astillando los costados de las viviendas improvisadas, que en los

brownstones llenos de musgo, o que en los dúplex de las colonias promedio, a veces sombríos, a veces húmedos, a veces agobiados por la monotonía de las cisternas, multiplicando su grisura hasta el infinito. Toda arquitectura cambia la imagen de sí misma según el paso de quienes la transitan.

En el Museo de Brooklyn hay un proyecto que escenifica diversos tipos de casas americanas en diferentes zonas y en diversos momentos de Estados Unidos, aunque sobre todo del siglo XIX. En ellas se puede ver, a falta de eternidad, diez mil cosas viejas en un cuarto (la frase es de Wisława Szymborska). *Playing House* se llama la obra, y su puesta en escena es técnicamente impecable, una corriente de abandono se arrastra por el living, los cuartos, la cocina, la estancia, que aparecen inertes e intactos en una época remota y, sin embargo, eclipsados como en un limbo temporal pues no hay mano humana alguna que los perturbe. Nada se mueve y la belleza reposando sobre sí misma intimida un poco. *Playing House* es la vida doméstica suspendida en el tiempo, un tiempo que no conoce la ruptura del cristal de una vajilla de porcelana, el polvo en los tapetes, el ruido de un ventilador de aspas en el corredor.

Las que más llamaron mi atención fueron las casas del sur (Georgia o Alabama), con sus jarrones de barro, sus estantes de madera rural, las marialuisas en la pared, las alfombras de colores discretos, la austera disposición de los muebles (el sillón pegado al tragaluz, el parqué del living despejado, los colores cálidos y las diferentes texturas en ajuares de cama y cortinas). Antes de ver la ré-



Playing House en el Museo de Brooklin

plica en el museo, yo a esas casas de algún modo las conocía: por los relatos de Flannery O'Connor, Carson McCullers o Tennessee Williams. (¿Alguna vez has estado bajo el agujero del techo desde donde es posible ver las estrellas? Grillos y sapos cantando y una gran negrura moviéndose a tu alrededor, y luciérnagas titilando hasta bien lejos de ahí, sobre los chatos campos de algodón o entre los cipreses?). Ya las palabras las habían construido en mi cabeza, con las nubes de cigarras sobre sus techos, el ruido del tren a medianoche detrás de ellas, los cuarenta grados del verano haciéndolas arder en la lejanía como si fueran un espejismo. Las reconocí no por su arquitectura, ni por el olor a madera y a nafta de sus roperos, sino por los personajes que las habitaron y que le dieron sentido a cada objeto colocado dentro. A una casa de este tipo (ventanas con mosquiteros, corredores pintados de azul cobalto o verde pistache, una silla artesanal amarillo canario) correspondían emociones de pueblo chico: gente curtida en el campo, gente de existencia en apariencia apacible que hacía estallar el marasmo interior en tramas simples: ahí donde bastaba el pitido de una tetera en la estufa para saber que algo nímio o algo desastroso estaba por ocurrir.

Todo paisaje es político: en cada esquina pueden leerse las diferencias económicas, sociales, culturales de una población cualquiera. Todo paisaje es prueba irrefutable de las proezas de eso que llamamos progreso y civilización, pero también de las desigualdades con las que el progreso se lleva a cabo, de la enorme brecha que el proyecto de la civilización trae consigo. Sé que lo que

digo es obvio, pero intuyo que es tan densa la frontera que establecemos en la jerarquía de dichos espacios, que en determinado momento somos incapaces de traducir nuestro entorno. Este se cierne sobre sí mismo, de algún modo se vuelve hermético, puro trazo urbano o rural que olvida el propósito del espacio en sí: cobijar múltiples experiencias, detonar hechos que de súbito transformen la rutina, provocar la búsqueda de una verdad interior o el despliegue de simulaciones que proyectamos desde ese lugar en el que dormimos o desayunamos diariamente. Nos apiñamos sobre la tierra clavando con tanta determinación una bandera en nuestro territorio, que da la sensación de que todas las odiseas están cumplidas y ya no hay nada más por conquistar.

Hacemos que la perspectiva del paisaje deje de vibrar, hasta que viene la mirada ajena y nos descascara a la distancia. El sopor bajo el cual nos aplasta lo cotidiano, la magnitud del espacio en sí, de pronto nos limita cuando perdemos la arcaica capacidad de intercambiar historias, de contar anécdotas, de impactarnos con prácticas cotidianas que nos revelen la peculiaridad de ese otro que va al lado nuestro.

(Aquí hago el paréntesis propio de la interrupción de un trayecto. Porque he dejado el bajo Manhattan y subo al barco. Debo aclarar que la perspectiva del ojo cuando se llega a Manhattan es lo contrario a cuando se le abandona: uno se siente izado como bandera mientras se está sobre el mar, pero todo se desploma en cuanto se llega a Manhattan y uno se arroja por las primeras calles que llevan a la zona de Wall Street y el grito enlo-

quecedor de su capitalismo triunfante. Varada ahí, me da por suponer sobre las motivaciones de quienes tiraron concreto y cristales hacia arriba: tal vez no lo hicieron porque les pareciera magnífico, osado o triunfal, sino porque la cosa en sí resultaba algo totalmente inútil para todos, incluidas las miles de personas que la llevaron a cabo. Una vez en tierra, es probable que el entusiasmo se nos abra en el pecho y desaparezca en cuanto nos perdemos por las avenidas rutilantes. La sombra de los rascacielos es tan presuntuosa y humillante que advierte muy claro: más vale no ambicionar una ciudad que jamás podremos poseer. En cambio, de Manhattan a Staten Island, hasta el alma toma asiento para extraviarse en la textura del agua, a veces verde, otras gris o marrón, invariablemente fría. En el barco, uno se libra de las orillas urbanas. Por un lado se extiende New Jersey, sus edificios mucho menos ostentosos y más industriales; por otro, Brooklyn, su aglomeración de piedra fatigada mirando al puente. Y en este paréntesis, sin suelo al cual aferrarse, al menos yo no puedo pensar en nada. La locura humana se estanca en los bordes permitiéndome descansar. Las bocanadas de salitre frío, los tumbos, el alejarse y acercarse de tierra como un mecanismo de ilusión hacen que otro tipo de arquitectura, una donde hay vacío y silencio, se encarne hacia adentro, entre mi pulmón y mi hígado. Es como si por dentro una fachada en forma de A se abriera hasta hacerme escuchar el leve crujido de una caja que se rompe. Sin más paredes que el caparazón del ferry, lo que resta es concentrarse en las facciones de los viajeros. O en perderse hacia adentro, abandonando la estructura esquelética en el asiento para soltarse como lo haría una idea vaga en el subconsciente. El murmullo de lenguajes distintos, en los que hasta las maldiciones dichas en un idioma salvaje suenan hermosas, el tufo a aguas contaminadas que llega a través de los cancelos abiertos, cualquier actividad que hace la gente, que lea periódicos o escuche música o revise su móvil, que charle o camine en los pasillos, ha de ser eclipsada por esa bruma de aire y agua que se hace alrededor de nuestros rostros, rostros de ladrillo, piernas como aceras de granito caliente por donde uno se podría echar a andar si tuviera el coraje para hacerlo. Todos ahí dentro compartimos la sensación de peligro común de estar en la intemperie, la pérdida de dirección. Pasado, presente y futuro son un estado mental. Ahí, en el ferry, hasta las cosas más sólidas y más reales, las más queridas y las más detestadas, no son más que sombras en esa superficie de agua que se abre y a la vez nos sostiene).

Se ha discutido mucho acerca de cómo influye el paisaje en los sentimientos, pero no acerca de dicha influencia en una postura ética, de si el ojo debería aceptar y cuestionar o no sobre lo que mira, porque todo el exterior, querámoslo o no, nos involucra. Por tanto se

desliza el ojo que se intranquiliza, se endurece, halla la necesidad de juzgar aunque sea a las apariencias. Después del ferry debo tomar un autobús. El tipo de personas que bajan o suben varía según los barrios. En St. George se percibe el ajetreo multirracial de la clase trabajadora, negros, indios y latinos en su mayoría, una que otra escena con personajes *white trash*. Albañiles de Galle, plomeros de Veracruz, cajeras de Madurai: ciudadanos de naciones colonizadas buscando labrar esa sustancia viscosa que llamamos “destino” y que no depende de uno, como nos han repetido hasta el cansancio, sino a menudo de los demás (principalmente del feroz sistema económico y de las buenas propinas, a fin de cuentas este sigue siendo el país más rico del mundo). En ese primer tramo de St. George a Richmond Town Road, las casas son modestas, no hay jardines, se eleva el ladrillo al cielo sin ninguna pretensión. Se leen anuncios en las marquesinas, ya un restaurante de comida hispana, *delis* lleno de menjunjes africanos o dominicanos, un servicio de lavado de ropa o una centralita desde donde la gente puede mandar dinero a otros países o hacer llamadas telefónicas internacionales. Hay afiches que no sólo colorean las paredes sino que apelan a una forma confrontativa de habitar el espacio público. Algunas calles cerradas sirven de cancha para que los niños pateen el balón cuando vuelven de la escuela, bajo la luz peligrosa —porque todo lo exhibe— y también crepuscular. Luego esos niños entran sudorosos a sus hogares cálidos, pienso, a sus cocinas vitales en su desorden. Me atrevo a intuir que quienes habitan en ese tipo de casas estallan de un modo más expansivo siguiendo el ímpetu de su naturaleza. Yo sé que tengo más prejuicios que principios, pero así es de voluble el ejercicio de la especulación.

A la mitad de la ruta que hace el camión, bajando a Historic Richmond Town, el panorama se transforma. Por algo este distrito, el de Staten Island, es mayoritariamente blanco y el más conservador. Aquí la clase media parece haberse otorgado a sí misma el derecho a considerar pintorescos los archipiélagos de barrios habitados por gente trabajadora de la cual está rodeada. Las casas victorianas empiezan a lucir el verde de los jardines entre una pieza y otra, las flores de colores suaves o violentos arraigándose a la noción de la forma. En algunos jardines no falta quien coloque una inscripción bíblica tallada en piedra, algún salmo que me hace cuestionar por qué a menudo asocio la riqueza material con la religión, y por qué dichas frases cinceladas en las fronteras entre un jardín y otro solapan una idea: en Estados Unidos la religión más importante es la de la propiedad privada. Por lo demás, en el despliegue tanto de la amplitud de los porches, como de las fachadas de dos aleros o dos pisos, con sus ventanales herméticos que aíslan los rumores de la avenida, me permite entender

ese realismo sin concesiones que Edward Hopper captó tan bien del exterior americano, como un vehículo a través del cual pudiera atisbarse la geografía emocional, ahí donde el sonido amortiguado del vacío queda expuesto gracias a la dureza de la luz, a los interiores y exteriores que en su abandono o alienación resultan sinietros, cuando no inquietantes.

Bajo en Corbin Street y avanzo hacia Elkhart. Porque aún no se arraigó del todo la primavera, los árboles están desnudos: árboles de filigrana, algunos ya comienzan a escupir hojas. Al caminar bajo esos árboles cincelados por la blancura del sol, pienso en aquella maleza seca de los páramos en Ciudad Juárez, donde es posible hallar una refacción mecánica junto con la mano cercenada de una obrera. El césped bien cortado de los jardines de la clase media de este barrio me obliga a pensar en las horas de trabajo que los dueños mal pagan a los muchos sin papeles que laboran por acá.

Además, estas casas, las de la avenida Arthur Kill, me traen a la mente las historias de Yates y Cheever: historias de empleados de la Ford o la Chrysler con sueños que paulatinamente se vienen abajo, a la par que un desajuste mórbido se oculta tras la eficiencia con la que funciona su servicio eléctrico. Algo en la manera en como están construidas me obliga a imaginar en el rumor de fondo que se precisa poner en ellas para estremecer su dureza de significados. Su simetría invita al error. Su orden, su refinamiento, es también su misterio: hay en ellas una percepción de paz que pide ser destruida de manera abrupta. Me intriga merodear su fachada, el mu-

tismo que las rodea y lo que detrás de sus cortinas se asoma. No son como los edificios de brillante estuco rojo abigarrados de la urbe, en donde el techo de uno es el piso de otro, y las alcobas, que rompen el concepto de privacidad, son párpados abiertos que hurgan al vecino de junto. No. Las residencias de los suburbios, hechas como para una ilustración de cuentos infantiles, tienen una cualidad esmaltada y alucinatoria porque es difícil penetrar en ellas salvo con la imaginación. Una casa es el espacio más privado que hay. Puede haber algo podrido enterrado en el patio que amenaza su paz (ahí está la oreja bordada de hormigas en la primera escena de *Blue Velvet*, de Lynch). O puede el motor de la lavadora sonar en una tarde apacible sin que exista jamás, para quien seca la ropa, una epifanía.

En el porche están los coches y las bicicletas, aquí pocas personas usan el transporte público. Y cuando lo hacen, también impera el control. Hay mucho de enloquecedor en la forma de vivir así, con toda la tecnología al servicio de la gente. Aquí se usan los teléfonos celulares para saber a qué hora llegará el camión a la parada próxima. Basta apretar un botón y hemos perdido la posibilidad de esquivar al objeto domesticado por nuestros hábitos y por los grandes alcances cognitivos de los aparatos electrónicos. Con lo hermoso que es ver la impaciencia aglomerándose en un STOP. El GPS es ahora el oráculo que a los conductores y a los paseantes les hace perder los beneficios de ir o caminar en dirección contraria, en un viaje donde a cambio de extraviarse se aprende algo que uno no sabía sobre sí mismo, sobre



Playing House en el Museo de Brooklyn

los demás o sobre lo que arrastra consigo el tiempo. Y vamos, no diré que prefiero una brújula o un reloj de arena, pero me gusta la ruta del equívoco al que obliga la maraña propia de calles y avenidas que se cruzan y van mutando de manera tan imperceptible que nos sorprenden con un atajo desconocido, o con gente que da direcciones erradas jugándonos una broma. La posibilidad de no poder fiscalizar el reloj y ser impuntuales me parece el mejor ejemplo de que al mundo físico aún le quedan formas de imponer sus propias reglas. El merodeo sin propósito sigue siendo, al menos para mí, una forma maleable de conocimiento. (Miento un poco. Hoy esperé un autobús y sufrí el embate de ignorar el servicio digital que indica los horarios de arribo a la estación más cercana: la demora fue de treinta minutos. Pero entendí lo siguiente: no es la comodidad lo que la eficiencia del servicio de transporte busca en este país, sino la certeza de evitar a toda costa la frustración).

Claro que esta perspectiva es la de una mujer latinoamericana que se está acomodando a los hábitos del primer mundo y de la vida moderna, que ha acuñado con desesperación las palabras eficiencia y control. He olvidado decir que en cualquier parte del mundo me sentiría mucho más identificada con los gramófonos que con la versión de radio por Internet. Mi visión de mujer de provincia ha de dar pena y ternura, lo sé, sin embargo tiene la cualidad de quien se asombra por algo antes no visto, igual a cuando alguien ve el mar por primera vez, o a quien aprende a usar las escaleras eléctricas a los cincuenta años.

Hay mucho de enloquecedor en la forma en que estos dúplex se llenan de cosas. Objetos para todo, para armar y desarmar, objetos para llenar las certezas y para paliar los miedos que emergen más de las creencias que de las emociones. Objetos que terminan sedando a las mentes. Vamos olvidando poco a poco la existencia interior que reposa y se alborota de manera semejante a como las cosas se mueven afuera. Entonces la vida se torna menos peligrosa y más previsible... Pero nunca dura demasiado. Pronto un sonido de cristales rotos detrás del cuarto en el que una vive, vuelve a trastocar todo. Nadie nos garantiza que detrás de estas construcciones idénticas en su forma y diferentes apenas por el tipo de maceteros en su huerto, tan frágiles que pueden ser desprendidas por un huracán, inverosímiles casitas de juguete que parecieran pegadas con Resistol 5000 en la superficie de una maqueta, nadie nos garantiza que dentro de ellas no viva un picahielos enfermo de nervios, una estufa deprimida, una lavadora demente: de cerca ninguna casa es normal. Y aún más grave: si, como se dice, los objetos dicen más de nosotros que una confesión, habrá que tomar en cuenta que no estamos a salvo de que nuestra propia intimidad nos traicione en esa región que llamamos "casa" y que siempre es más que nuestro empeño por someter el espacio a nuestro antojo. Al abrirse el pestillo de una puerta, puede explotar un sórdido asunto, una conjetura racista, la insana discusión de por qué se estropean los afectos, la canción de cuna de un revólver con su respectiva licencia, o un rumor insólito buscando airearse un poco, exigiendo su cuota de intemperie. **U**



Playing House en el Museo de Brooklyn

Balada de la aspirina

Jorge Gaspar

“En medicina, la verdad de hoy puede ser la mentira de mañana”, escuchó decir el autor de este ensayo a uno de sus maestros. De ese tenor de altibajos ha sido la historia de la aspirina, medicamento que no siempre ha gozado de la recomendación de los especialistas y cuyo devenir traza el reconocido cardiólogo Jorge Gaspar en estas páginas con erudición científica.

I

La luna recién había sido pisada por las botas de un hombre. *Let It Be* se acababa de lanzar y lo escuchábamos muchos estudiantes de mi edad, sin importar cuál era nuestra primera preferencia musical, ni cuál nuestra nacionalidad. En aquellas fechas la palabra globalización no existía, pero el enlazamiento veloz del mundo ya había empezado.

La Segunda Guerra Mundial, que transcurrió antes de que nacióramos, nos parecía un conflicto lejanísimo, no obstante que había terminado apenas un cuarto de siglo atrás. Vivíamos los tiempos de la Guerra Fría, la URSS y la después llamada “dictadura perfecta”, las que muchos creíamos que iban a durar toda nuestra vida. Empero, una convulsión que dos años antes se extendió a muchos países había sembrado ya su semilla de transformación social. Los que ven lo superficial describen a mi generación como esa en que a los hombres dio por llevar el pelo largo y a las mujeres la falda corta.

Además, el término devaluación ya existía, pero ni remotamente imaginábamos las bestiales depreciaciones que con puntual recurrencia en breve empezaría a padecer nuestra moneda.

Era toda una era.

En ese entonces yo cursaba el tercer año de la carrera de medicina. La asignatura de cardiología se nos impartía en un sobrio hemicycle que parecía la sección de una plaza de toros, nomás que en chiquito. “Qué intimidante ha de ser pararse a dar una clase ahí abajo”, pensé la primera vez que ocupé mi lugar en la tercera grada —entrando a la derecha— de ese venerable recinto.

Uno de nuestros maestros era un joven médico, a todas luces apasionado de su especialidad y que disfrutaba enseñar. Su cátedra la impartía siempre en constante hiperactividad, caminando incesantemente de un lado a otro, haciendo ademanes, volteando para aquí y volteando para allá. Con el mismo frenesí, y casi sin detenerse, solía trazar con rapidez algunas palabras en el pizarrón, grafía que inexplicablemente era fácil de leer.

Algunas veces, y de súbito, frenaba su trajinar... y en voz baja y pausada vertía con solemnidad un concepto. Como quien, celosamente, sostiene en las manos una caja, y con cuidado la abre para mostrar el valioso collar de perlas que hay en su interior. Esta contrastante actitud era su modo de recalcar que lo así enunciado era conocimiento precioso. *Sss-ss-sss* hacían los bolígrafos al apuntar, solícitos, la máxima apenas enunciada.

Mucho más frecuente era que sazonara sus lecciones con ocurrencias que surgían de su desbordada imaginación. Siguiendo a estas, y según lo ameritara la chuscada en cuestión, se podían escuchar risillas nerviosas o sonoras carcajadas. Sobra decir que los alumnos siempre estábamos atentos; cual espectadores de una partida de tenis, nuestras cabezas seguían en perfecta sincronía los movimientos del maestro.

Temido, sin embargo, era cuando hacía una pregunta. Esta la lanzaba de manera repentina, y señalaba con su nariz aguileña a quien iba dirigida. Si la respuesta tardaba en llegar, sus ojos verdosos se iban enfocando cada vez más sobre el interrogado, aguijoneándolo para responder. A quien no diera contestación rápida, o emitía una respuesta francamente errónea, le aplicaba su correctivo personal: con sutil desdén pasaba la pregunta a otro alumno, para al rato, regresar con el que falló y vapulearlo con más preguntas durante esa y otras clases. Casi todos terminamos por agregar tiempo de estudio ante los libros, y a indagar en la revistas médicas con mejores dividendos.

Un día, el profesor hizo una pregunta. Una pregunta que, de plano, estaba “regalada”. Enseguida, y exagerando los desplazamientos de su cabeza, empezó a recorrer con la vista las gradas en el sentido de nuestra lectura. Iba como en cámara lenta, enfatizando el acto de escudriñar. Su mira pasó frente a un par de manos que habían sido levantadas y pedían “¡yo, yo!”, mismas que ignoró haciendo sendos arcos ascendentes con la barba por delante, como si las saltara.

—¿Dónde estás? —murmuró, adrede despacio, para tensar más la situación. De repente, se detuvo, y con su pico de águila apuntó a un alumno que ya le había dado visos de no ser *estudiante* de medicina.

—¿Yo? —preguntó éste con fingido sobresalto.

—¿Pues a quién más estoy viendo? —le saetea la contestación con impaciencia.

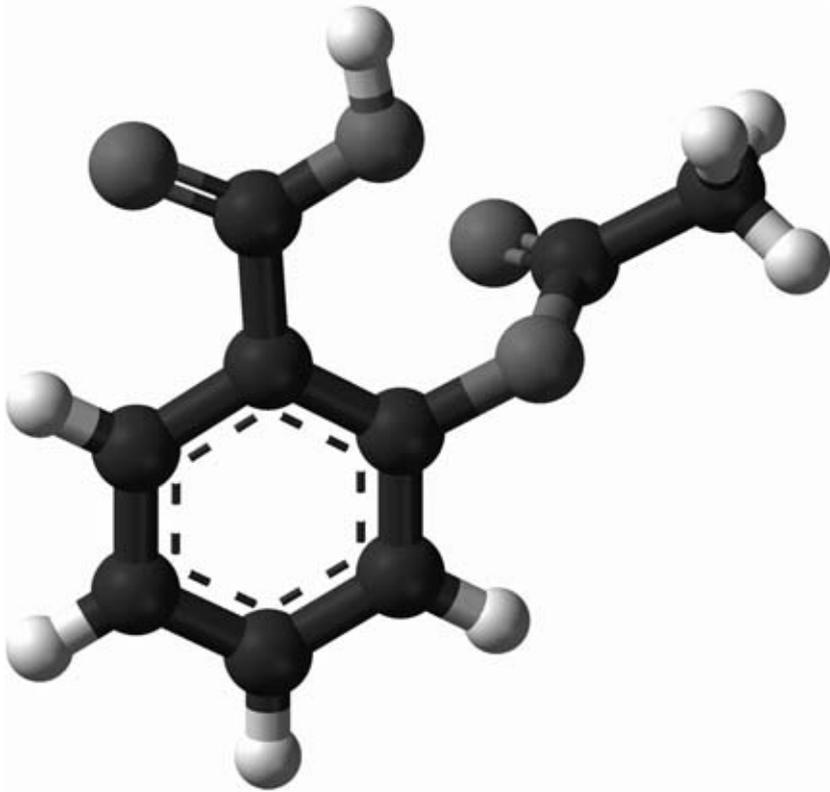
Tras breve pausa, emergió una respuesta titubeante, con inflexión de pregunta más que de respuesta, con entonación respetuosa... pero garrafalmente errónea.

—¡D’ Artagnan! —tronó la exasperada voz del maestro—. ¡Yo, de ti, no me dejo recetar ni una aspirina! —vociferó, enfatizando las últimas tres palabras con mayor fuerza, en tono más agudo, y soltándolas sílaba a sílaba como en un pujido.

Acto seguido, se quedó estático. Sus ojos estaban cerrados, sus brazos pendían estirados, sus nudillos palidecían por la fuerza de los puños, y su paciencia tocaba fondo. En ese momento —como por descarga eléctrica— saltó a protagonizar una espléndida escena teatralizada.

Girando la cabeza en desaprobación, con cortos y acelerados pasos empezó a trazar ochos, lanzando al alumno despectivas miradas de jade encendido que alternaba con pensativas ojeadas al piso sin de veras ver este. A la mitad del tercer ocho, se detuvo. Estiró hacia delante su cuello, haciendo más desafiante su nariz, y miró con fijeza al causante de su arrebató. Este, la testa agachada como toro que va a recibir el descabello, alzaba la vista a ratos y miraba con parpadeos nerviosos al maestro que no le





quitaba los ojos de encima. Los alumnos, callados todos, observábamos, en suspenso, a la expectativa.

Cuando parecía que el profesor soltaría ásperas palabras de sentencia, suspiró un par de veces lentamente, a media profundidad, con movimiento más notorio de su abdomen. Bajó entonces la vista, destensó su musculatura y, como quien cavila, dio unas torciditas al extremo derecho de su bigote. Seguidamente efectuó otro suspiro, ahora más lento y más profundo —como en dos tiempos—, esta vez con visible expansión del tórax y espiración audible. Luego cerró los párpados, levantó el brazo izquierdo y despacio se pasó la palma de la mano desde la coronilla a la nuca, donde se quedó apretando un diminuto haz de su cabello. Unos instantes después, y sin soltar su pelo, levantó la cara, abrió los ojos haciendo como si acabara de despertar y posó su vista en D'Artagnan...

—¿Qué voy a hacer contigo?! —exclamó finalmente con genuina cara de angustia.

Enseguida salió apresurado. Iba con la cabeza inclinada, balanceando la cara de lado a lado cual péndulo. “Caso perdido...” parecía ir mascullando “...caso perdido”.

II

¿Por qué D'Artagnan? El compañero de clase en nada compartía con el legendario capitán de los mosqueteros los atributos de valentía, ni la presencia tan bien exaltada en la estatua parisina de singular porte que de

él hizo el célebre Gustave Doré, y que a la fecha sigue arrebatando suspiros de gentiles damas (escultura que, por cierto, es parte del monumento a quien con su pluma inmortalizó a D'Artagnan).

Unas décadas después, pregunté a mi maestro por qué había usado ese apelativo. —No me acuerdo —respondió con pícaro sonrisa que interpreté como “¡mejor ni te digo!”. Mas enseguida, alifianando una imaginaria barbita en su mentón, añadió:

—A lo mejor era porque llevaba una piochita —y volvió a esbozar la misma sonrisa.

El caso es que, de mis años de universitario, esta anécdota pertenece a las que más regreso. En buena parte porque abre en mi memoria lúmenes virtuales de ramas que conducen adonde están archivadas otras vivencias de aquella época de ensueño. Pero la razón principal es por las reflexiones a que me ha llevado la expresión “de ti, no me dejo recetar ni una aspirina”.

Ciertamente, la aspirina fue desairada con esta frase. Pero sépase que esta expresión fue reflejo del menosprecio que entonces prevalecía hacia este medicamento. Opacada por fármacos novedosos, la aspirina había quedado relegada a hacer las veces de automedicación popular para dolores menores de todos los días. Lo dicho se comprueba —sin eufemismos— con la siguiente opinión que un investigador publicó en 1971 (un año después de la anécdota narrada), y cuya versión original en inglés reproduzco para no suavizar ni exagerar: “aspirin is a drug that any idiot can buy in any quantity he chooses and take for whatever condition he chooses”.

¡Vaya!

Conviene pues dar una desempolvada al hipocampo y recordar que la aspirina es un medicamento con alcurnia e historia milenaria.

El *salix alba* (sauce blanco), árbol de tierras mediterráneas cuyas hojas fueron utilizadas como analgésico antes de nuestra era por egipcios, sumerios y fenicios, contiene el ingrediente activo de la aspirina. Los escritos hipocráticos describen el uso de su corteza para el tratamiento de cefaleas y como antipirético. Esta receta se extendió por las civilizaciones occidentales hasta bien entrado el siglo XIX en que ya se empleaba como antiinflamatorio. Con estas referencias, ¿quién dudaría que el sauce pasó la prueba del tiempo como fuente de remedio medicinal?

En 1829 unos químicos italianos identificaron y aislaron el ingrediente activo del *salix*, que en su honor nombraron salicina. Su extracción fue mejorada en Francia y Alemania pero se abandonó porque requería de un proceso lento y costoso; además, la salicina tenía sabor desagradable y provocaba intensas molestias gástricas. En 1897, el químico alemán Felix Hoffmann, de la compañía Bayer, sintetizó una molécula con salicina, por cuya acetilación obtuvo un compuesto más es-

table y con sus efectos indeseables atenuados: el ácido acetilsalicílico. Al despido del siglo XIX este compuesto fue bautizado como Aspirina. Con los años, y por su amplísimo uso, el nombre comercial Aspirina se convirtió en el nombre común, aspirina.

Empezando la segunda mitad del siglo XX la aspirina aguantó dos fuertes embates que desplomaron sus ventas. El de eficacia, cuando a principio de los cincuenta arribaron nuevos y más potentes analgésicos, antipiréticos y antiinflamatorios que le hicieron intensa competencia. El de confiabilidad, cuando en 1963 se describió su asociación con el grave síndrome de Reye (aunque no es causado solamente por la aspirina, sí obliga a contraindicar su uso en niños y adolescentes que cursan con infección viral).

Así las cosas, cuando sucedió la “anécdota de D’Aragnan”, la aspirina andaba volando bajo. Tan bajo que los médicos, aspirina, casi no recetaban “ni una”. Mas si saltamos al presente, atestiguamos que la aspirina es la medicina que más recetamos los cardiólogos, su venta por unidades es la mayor del mundo, y en su perspectiva se contempla una expansión de sus indicaciones.

En efecto, en una sesión del hospital en que se comentaba el vaivén que puede haber en la práctica médica, mi maestro, con cejas e índice derecho levantados, dijo sentencioso y asintiendo con la cabeza: “Así es. En medicina, la verdad de hoy puede ser la mentira de mañana”.

¿Cómo fue que la aspirina pasó de cenicienta a princesa otra vez?

III

Regresemos por un párrafo a los “fabulosos veinte”. En esa época se otorgó en Estados Unidos la patente a un chicle con aspirina (Aspergum, con 227 mg de aspirina), para “donde sea y cuando sea que la aspirina esté indicada”. Un uso curioso que tuvo este chicle medicinado fue para calmar las molestias faríngeas del fumador; otro, para aliviar el dolor a los niños recién sometidos a extracción de las amígdalas.

A finales de la Segunda Guerra Mundial, un médico general que con frecuencia realizaba amigdalectomías observó que empezó a tener casos con sangrado en el postoperatorio, cuando antes era prácticamente inexistente. La única variable nueva que identificó fue que había empezado a indicar el chicle con aspirina y conjeturó que la aspirina prolongaba el tiempo de sangrado.

Por otro lado, en esa época se desconocía el mecanismo detonador del infarto agudo del miocardio. Algunos (pocos) pensaban que la causa podía ser la oclusión trombótica de una arteria coronaria. El médico arriba citado pertenecía a este bando y se le ocurrió que

la aspirina podría servir “para la prevención de trombosis coronaria” y en 1948 empezó a poner a prueba su teoría: indicó una aspirina diaria (325 mg) a sus pacientes y amigos de sexo masculino con edad de entre 30 y 90 años. En 1950 informó que en 400 sujetos así tratados y seguidos por dos años, ninguno había sufrido de infarto al miocardio.

Sea porque careció de controles, o porque su publicación fue en una revista obscura, su trabajo no tuvo resonancia en las revistas médicas de la elite académica. De hecho, si en estas se llegaba a mencionar la prevención de infarto con aspirina, se hacía con escepticismo y —como lavándose las manos— se tenía el cuidado de agregar que esa era opinión de “a California doctor”. Este doctor de California, que llevó por nombre Lawrence L. Craven, publicó tres trabajos más sobre el mismo tema, con resultados similares, pero en revistas de igual traza. En el último incluyó un total de 8,000 pacientes y fue publicado poco menos de un año antes de



su muerte acaecida en 1957. De destacar es que en esta publicación también fue el primero en *observar* que la aspirina redujo el riesgo de infarto cerebral.

Una década después de que Craven empezó a dar aspirina a su cohorte, Yves Bounameaux descubrió la estimulación de la adhesión plaquetaria por colágena y el efecto antiagregante plaquetario de la aspirina; poco después otros demostraron el potente efecto agregante del ADP. A principios de los setenta el británico John Vane (a la postre laureado Nobel) descubrió que la aspirina actúa interfiriendo la síntesis de prostaglandinas, dando lugar a los estudios con los que otros llegaron a especificar su inhibición de las enzimas COX-1 y COX-2 y la diferencia de dosis mínima necesaria para detectar este efecto. En distinta avanzada, De Wood publicó en 1979 sus hallazgos con angiografía coronaria durante la fase aguda del infarto del miocardio en 322 pacientes, y encontró que en los estudiados dentro de las primeras cuatro horas de iniciado el cuadro, el 85 por ciento tenían trombo intracoronario. La contundencia de este hallazgo acabó de tajo con las discusiones y se reconoció que el mecanismo desencadenante del infarto del miocardio es la trombosis aguda del vaso (nótese: el infarto agudo del miocardio era entonces contraindicación absoluta para realizar cateterismo cardiaco, cuando ahora el tratamiento ideal de esta entidad es la desobstrucción mecánica de la arteria ocluida mediante técnicas de cateterismo cardiaco).

La acumulación de estas evidencias llevó a tomar en serio la posibilidad de un efecto protector de la aspirina contra el infarto. En 1989 se inició en el Hospital Brigham & Women's de la Universidad de Harvard el *Physicians Health Study*, de sólido rigor científico (aleatorizado, doble ciego, con controles con placebo). En este, una dosis baja de aspirina redujo el riesgo de infarto del miocardio de manera inequívoca (325 mg en días alternos redujeron el riesgo en 44 por ciento, $p < 0.00001$). Este resultado significó el reconocimiento póstumo a las observaciones de Craven, y fue el fulcro que catapultó a la aspirina a su uso actual como medicación preventiva en hombres con edad entre 45 y 79 años, en mujeres entre 55 y 79, y en todos los que requieren prevención secundaria (siempre con el buen juicio clínico por delante para discernir cuándo no es conveniente, pues aun a la dosis baja que se emplea como preventiva, la aspirina puede tener efectos indeseables).

Antes de dejar esta balada de la aspirina y el corazón, debo agregar que adicional al efecto antiagregante (inhibición COX-1), la aspirina tiene otra gracia en su molécula. Su acción antiinflamatoria (inhibición COX-2) interfiere una vía cancerígena. Hoy día, la evidencia de que la aspirina reduce el riesgo de cáncer, en especial del tubo digestivo, es contundente, tema cuyos entresijos dejo para ser entonado por otro especialista.

La sonda Voyager 1, lanzada hace 36 años, salió recientemente de nuestro sistema solar y viaja ahora en el espacio interestelar desde donde enviará información, sin duda, inimaginable. La música de los Beatles se sigue escuchando y una invisible red mundial de comunicación electrónica ha tornado tremendamente accesible e instantáneo el intercambio de información en todas sus modalidades.

Nuestro mundo prosigue su sempiterna historia de cargar con algunos gobiernos despiadados y gobernantes o agrupaciones ineptos o voraces que provocan desigualdad social, hambre, fanatismo, guerras y, ahora, deterioro ambiental.

Por fortuna, también se sigue dando gente justa; gente con deseo de saber; gente con la inclinación para ayudar; gente con sensibilidad por la belleza. Se siguen dando los investigadores que aplican su ciencia para fines positivos, los creadores de obras de arte y las asociaciones que se preocupan por el bien común.

Esta era es también toda una era.

¡Y qué era! Tan sólo imaginen: por virtud del progreso de la medicina y ciencias afines, la expectativa de vida para mi generación aumentó unos cuantos años más de los que las estadísticas nos pronosticaban cuando fuimos adolescentes. Este “tiempo extra” es una bendición para poder convivir más con nuestros seres queridos y disfrutar aquellas cosas que nos hace desear seguir viviendo.

En mi caso, esto comprende atender más pacientes, y seguir aprendiendo y enseñando medicina. Es la dicha de poder contemplar más veces esos ciclos cortos, que no por repetidos y regalados, dejan de ser auténticos milagros. Pienso en la coloración —sin igual entre sí— de los amaneceres... en el morado claro —de optimismo y melancolía— que nos regalan las jacarandas con su explosiva floración de cada mayo... en el fresco verdor del campo —de tan inspiradora belleza— que trae todo principio de agosto. Me alegra pensar que tendré más veces ante mí esas vistas que pasman, como la elegante serenidad de la Iztaccíhuatl y la imponente majestuosidad del Popocatepetl que incansable la vela. Podré explorar nueva música y seguir disfrutando a mis clásicos Schubert, Mozart, Schumann, Chopin, Beethoven, etcétera, (Jazz, Beatles y José Alfredo incluidos). Podré conocer nuevos libros y releer algunos. Podré viajar un poco más y seguir incorporando en mi quehacer la tecnología con la que las nuevas generaciones nos siguen asombrando y nos siguen cambiando al mundo.

Sí, meditar sobre la anécdota compartida me lleva a concluir, ¡qué grata suerte contar con un poco más de tiempo!... gracias, entre otras mercedes de esta era, a tomar una aspirina al día. **U**

Voces de Sudamérica

¿Cuáles son las tendencias actuales de la narrativa en Hispanoamérica? Como un acercamiento parcial a una respuesta, hemos invitado a cinco escritores nacidos en la década de 1970, de distintos países de Sudamérica, a presentar a los lectores de la Revista de la Universidad de México textos de ficción que, desde ángulos diversos, permiten advertir los nuevos derroteros de la escritura de imaginación. De Colombia a Argentina, de Perú a Bolivia y Chile, esta selección de nuevas voces literarias señala la recurrente presencia de los asuntos de la violencia y la identidad desde enfoques que tocan el desencanto, la rebeldía y la nostalgia. Daniel Ferreira, Fernanda García Curten, Lina Meruane, Willmer Urrelo Zárate y Carlos Yoshimito forman parte de un amplio abanico de propuestas creativas que dan fe de la enorme vitalidad de que goza la ficción en el continente.

Varillazos, más

Lina Meruane

Habían llegado a asilarse entre nosotras. Todos ellos: de zapatos negros, de pantalones grises con parches sobre las gastadas rodillas. Abotonadas chaquetas azules con la insignia de la gárgola recién cosida sobre el pecho. Y corbatas largas como látigos que pronto nosotras también sumaríamos a nuestro uniforme. Supimos que se acercaban a la entrada del colegio aun antes de verlos, antes incluso de escuchar sus voces ásperas atravesadas de ocasionales gorjeos que nos sonaban a gárgaras. Los olimos venir: sus arrugadas camisas y sus cuerpos sudorosos despedían olor a gato ahogado. Arrinconadas por ese intenso olor a animal muerto, ese hedor que solíamos llevar en las manos, metido debajo de las uñas; arrinconadas, nosotras, abrimos las ventanas de par en par al viento invernal y tomamos aire como ahogadas, como si nos acabaran de lanzar nuestras madres al mundo y se nos abrieran de golpe los pulmones. Inhalábamos con la boca abierta y las aletas de la nariz desplegadas para estar seguras de que eran ellos y no nuestros gatos flotando en la acequia. No el pelo de esos gatos zurcido a nuestros calcetines, pegado a las suelas embarradas de nuestros zapatos.

Retrocedimos un paso y después otro, huyendo del olor pero también en busca de él; sin cerrar las ventanas avanzamos hacia la puerta de la sala y bajamos las escaleras hasta el patio enterrándonos las uñas, haciéndonos sangrar las palmas de las manos. Sobre los pastelones de cemento descubrimos a nuestra bigotuda Inspectora bajando la voz y la vista; la vimos bajar incluso el moño alto que sujetaba con horquillas cuando ellos se acercaron ondeando la autorización oficial. La Inspectora dejó caer los brazos, tomó la orden que venía del gobierno y la leyó tan lentamente que nos pareció, a nosotras, que alargaba concienzudamente la espera de ellos. Para castigarlos un poco. Pero la demora no iba a durar: minutos después la vimos introducir sus largos dedos en el bolsillo y sacar el manojito de llaves. Examinó cada una como si se tratara de un enigma. Frotaba con los

dedos los bordes irregulares de las más viejas, luego acarició las otras, las más recientes, dejando sus yemas impregnadas en latón. Dio por fin con la que ellos esperaban, la miró con tristeza o con desdén, la empuñó como una traición, la enterró en el candado y la dejó ahí un momento, sin darle todavía la vuelta.

Iba a ser una gran bajada de pantalones, la de nuestra Inspectora. Eso pensamos nosotras de manera simultánea y todavía en suspenso. Nos sonreímos, las unas a las otras, dejando que se colara entre nuestros labios ese olor a gato podrido tan intenso como una arcada. No podía haber sido de otro modo, nos dijimos, cuchicheando entre nosotras, entre carcajadas, entre verdaderos alaridos de risa sincronizada, tapándonos de paso las narices para no vomitar. Ahora, con ellos tan cerca, nos olía también a sangre de cerdo recién degollado, nos olía a adrenalina y a miedo, a sudor tibio. Ese olor lo impregnaba todo. Y ahí estaba la orden oficial. Ahí estaban las manos de ellos, sosteniéndola, victoriosos. Detrás venía la plana mayor: dos ingleses mal agestados y soberbios entre los que destacaba uno flaco, alto, de suspensores y anteojos de marco. Traía un diente chueco y afilado. Qué podía haber hecho la Inspectora salvo abrir el candado, desenrollar la gruesa cadena y hacerse a un lado. Fingir que sonreía mientras por dentro se desplomaba.

En adelante sería un Inspector quien diera las órdenes. Su grueso dedo de uña encarnada se hundiría en el timbre de nuestro recreo. Con ese permiso salíamos al patio de cemento donde todavía se adivinaban las líneas del luche, sus números de tiza fantasmal. Tirados como maleza, como manseque, yacían los largos elásticos que hasta entonces usábamos para saltar o para sofocar algún gato antes de lanzarlo al agua. Enrollábamos esos elásticos, los escondíamos dentro de algún bolsillo, nos íbamos hasta la cancha de deportes que ellos, los nuevos, se habían tomado a punta de toperoles. Pasábamos junto a la cancha y enfilábamos hasta la acequia. Hundíamos apenas los zapatos en el agua turbia y dejábamos que se

acumulara la pelusa felina en la punta mientras mirábamos de lejos a los empleados trazar con cal las nuevas canchas de *rugby* sobre las nuestras, las de *hockey*. Los palos se guardaban ahora bajo llave, de manera preventiva. Estábamos siendo expropiadas en esos lentos meses de ajuste. Nuestras salas de clases y nuestros baños adquirieron el cartel de *Ladies*. Salíamos a recreo treinta y cinco minutos antes, del primer piso; después bajaban ellos, del segundo, en su sobado uniforme. Nosotras exhibíamos nuestras afeitadas pantorrillas debajo de los *jumpers* a los que íbamos subiéndoles la basta, por las noches. Cruzábamos, nosotras, las piernas, y a veces separábamos un poco los muslos, pensando que quizás ellos nos estuvieran mirando desde arriba, desde las ventanas, encontrando un ángulo entre la enredadera todavía sin podar. Que nos vigilaran y se distrajeran, eso era lo que queríamos: su tensa distracción. O quizá que nos viera el Inspector y nos ordenara comportarnos como las señoritas que nunca habíamos querido ser. Ojalá nos amenazara con enviarnos a la oficina del Rector donde le echaríamos un vistazo a la nueva foto del presidente, atravesada por la cinta de tres colores, clavada detrás de su reluciente escritorio. Nos quedaríamos con la vista fija en la reluciente colección de varillas.

Portando sus gruesos anteojos el Rector había venido a imponer un orden británico. Había llegado cargando himnos para entonar cada mañana en la Asamblea. Había traído reglas que surgían de sus labios envueltos en una barba oscura salpicada de canas. Y varillas de diversos largos y anchos destinadas a extraer gemidos y

súplicas, y uno que otro borbotón de aire de involuntario agradecimiento. Porque la norma era dar siempre las gracias, al final. Agradecer ese momento de intensidad. Para ese ritual los elegía sólo a ellos, sin embargo. Para ellos levantaba la voz, a ellos les dedicaba su bando de instrucciones. *No fair play*, pensábamos. Las profesoras se esfumaban por los pasillos cuando oían su voz grave. La Inspectora había perdido definitivamente la propiedad de las llaves y parecía perdida, ella misma, en los corredores. Éramos nosotras quienes le hacíamos guardia al Rector, en posición firme, en alguna esquina por donde esperábamos en vano a que pasara. Nos preguntábamos por qué nos ignoraba, por qué no nos llamaba a su oficina. Sólo nos castigaba con ese duro acento suyo, ese pesado arrastrar de su lengua entre dientes. Que no nos dedicara el aliento ácido de su disciplina constituía, para nosotras, una ofensa imperdonable.

Por más que nos dejáramos el pelo suelto y los calcetines a media pierna. Por más que nos pintáramos las uñas a medio comer y los labios rojos. Por más tierra india sobre la cara. Por más que mascáramos chicle de vez en cuando, reventáramos globos ensalivados, guardáramos la goma rosada detrás de nuestras orejas o en la boca de otra de nosotras. Porque nos ausentáramos de las clases para quedarnos vagando en el patio, leyendo a Marx o a la Marta Harnecker. Porque guardáramos obstinado silencio durante el himno o coláramos entre las líneas del Dios salve a la Reina elegidas frases de La Internacional. Aunque fumáramos, que también estaba



© The Hilton Gary Peavey Collection

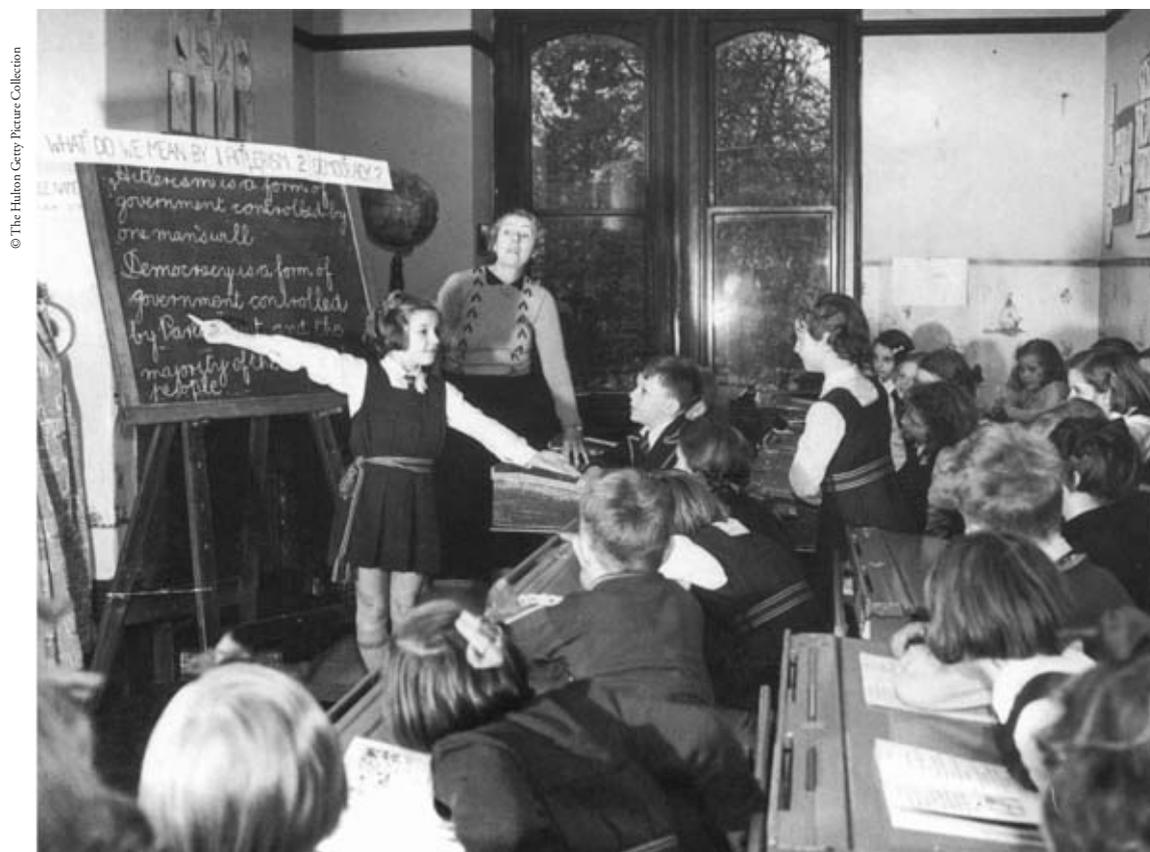
prohibido. El Inspector anotaba en su libreta, nos dejaba completando tareas después de clases en ese castigo que llamaban *detention*. Nos mandaba comunicaciones que nuestros padres firmaban sin prestar atención, ocupados como estaban con la sobrevivencia. Nada más que eso. No nos caía una palabra, ni una sola mano dura del Rector sobre las nalgas. Ni caso hacía de la desaparición de los gatos.

Sabía también que éramos nosotras quienes, sentadas en la esquina de las mesas a la hora del almuerzo, emprendíamos las guerras de comida. Su antejo de director seguía las minúsculas bolas de miga que lanzábamos primero discretamente sobre alguna cabeza de ellos; seguía, su ojo de radar miope, nuestro posterior lanzamiento de marraquetas de un lado a otro del comedor. Luego ya no importaba quién lanzaba qué, porque eran paneras completas las que iban y venían, chuletas humeantes o patas de pollo, las papas fritas de las bandejas convertidas en palanca. Ellos caían de inmediato en la provocación: contestaban la ofensiva lanzándonos de vuelta, como granadas, la fruta del postre que alguna vez aterrizó sobre el plato del Rector. Salpicándolo de arroz. O de sopa tibia. Salpicándolo de nuestras carcajadas estruendosas. Todos juntos empezamos a zapatear el suelo hasta que el comedor entero empezó a temblar, envalentonados ellos, nosotras excitadas y expectantes. El Rector seguía masticando, el cuerpo rígido, inclinado hacia adelante como una efigie, mientras el Inspector, a grito pelado y bajo amenazas, nos hacía interrumpir el taconeo y decretaba el fin del almuerzo. Estaríamos

de pie durante horas hasta que alguno de ellos, nosotras aguantábamos a pie firme, empezara a desmayarse.

El Rector los llamó a ellos a dar explicaciones. A ellos los sancionó con una ronda extra de varillas. Aplicábamos nuestras orejas al muro trasero pero no oíamos más que gimoteos lejanos. Nos preguntábamos si durante esas sesiones ellos se atreverían a maldecirnos. Si nos jurarían venganza. Si entre las lágrimas que seguro saltaban de sus ojos en cada uno de los varillazos nos delatarían como queríamos. Cruzábamos los dedos. Nos comíamos las uñas: las propias y las ajenas. ¿Llegarían a delatarnos, podrían sugerirles nuestras manos en los cuerpos hinchados que se encontraban flotando apenas camuflados en las aguas oscuras de la acequia, nuestras manos en esos cogotes anónimos, nuestros dedos elásticos? Surgieron otras dudas. Sabrían distinguir, ellos, gatos domésticos de guarenes salvajes. Las formas divergentes de sus esqueletos. El largo de sus pelos. E incluso. ¿Habría visto el Rector alguna vez, allá lejos, en ese lugar del que decía provenir, un roedor del tamaño de un gato?

Tendríamos que engañarlo antes de que terminara el año. Sobre eso discutimos, largamente, tendidas al sol sobre la cancha, pelando hebras del grueso pasto, mordisqueando sus tallos blancos. Y sobre la posibilidad de arrebatarle los antejos al Rector *en medio de la confusión*. Sobre la posibilidad de un viento veraniego que le levantara la cuidadosa chasquilla que él peinaba con gomina hacia adelante para cubrirse la pelada. Y en eso estábamos, concibiendo la maniobra, cuando empezó a sonar el largo timbre del segundo recreo. Quedaban



© The Fulton Getty Picture Collection

apenas unos minutos para escribir el mensaje que una de nosotras, a los pies de la escalera, le entregaría a uno de ellos. Nuestra invitación en una hoja cuadriculada decía, escuetamente. Reunión inaplazable. Lugar: baño de ustedes. Hora: Recreo de la tarde. Nota: Se les ruega echar una buena meada antes.

En los váteres cerrados esperamos a que entraran ellos. Escuchamos sus voces, sus burlas sobre la reunión a la que venían, estas minas están locas, dijo uno, y ricas, dijo otro, pero locas, insistió un tercero, acuérdate de los gatos. A mí me ponen los pelos de gallina, dijo un cuarto y los demás empezaron a burlarse con un careo. Que lanzaban todos juntos sus estridentes chorros contra las baldosas nos fue de gran ayuda. No nos escucharon salir de los escusados. Los sorprendimos desprotegidos por la espalda, con los pantalones abajo. Apenas tuvieron tiempo para ocultarse en el reverso de sí mismos. Qué onda, dijeron a coro, confundidos, sin alcanzar a oponerse y sin animarse a gritar: eso no era cosa de *gentlemen*. Que nos entregaran los pantalones, en prenda, por un rato nada más. Eso era todo lo que queríamos, eso les dijimos, pidiéndoles también que se quedaran callados. Nos sacamos el *jumper* por la cabeza y nos quedamos en camisa, en corbata larga, en calzones. Se miraron compungidos con nuestros uniformes en la mano. Apúrense pues, les ordenamos. Y les prometimos recompensarlos. Algunas de nosotras incluso sonreímos, para asegurarles que íbamos en serio aunque para nosotras ellos eran apenas unos cabros tontos.

Nos enfundamos en sus holgados pantalones mientras ellos se embutían en nuestros ceñidos uniformes dejando el cierre abierto. Las costuras de hilo blanco parecían a punto de reventar. Los observamos un instante, estremecidas ante la belleza de sus piernas torneadas y peludas, sorprendidas ante la ausencia de caderas y de cintura. Los calcetines apenas les cubrían los tobillos y nuestros *jumpers* casi no alcanzaban a cubrir la tela floja de calzoncillos que asomaba por debajo, como enagua. Reprimimos el impulso de soltar un maullido pero nos contuvimos. Síganos, ordenamos, todas al mismo tiempo, porque nos ganaba la impaciencia. Y nos siguieron, siempre unos pasos detrás de nosotras. Con extremo cuidado se tendieron sobre el césped y, unos metros más adelante, nos dejamos caer nosotras sobre la cancha, con las piernas separadas, y nos metimos el pelo por detrás del cuello de la camisa. Y ahí nos quedamos a la espera, pelando, chupando, mordisqueando los sabrosos tallos blancos de la bermuda que cubría la cancha.

Pronto nos echaron de menos en el *present miss* de la lista y las sillas vacías de la última fila. Alguien le avisó a la Inspectora, que aterrada se lo hizo saber al Inspector, quien, cauteloso y diligente, informó de inmediato a su superior. Apareció una mancha difusa a lo lejos;



© The Hubert Gerry Picture Collection

una mancha que fue adquiriendo piernas rápidas, brazos discernibles, contornos de Rector sin Inspector detrás: un cuerpo que lanzaba órdenes primero y, segundo, insultos. El Rector maldijo en inglés porque trastabilló al cruzar la acequia y sus anteojos cayeron prodigiosamente al agua. Lo vimos quitarse la chaqueta, arremangarse la camisa, meter el brazo hasta el fondo y sacar un hueso lleno de barro, lleno de asco. Lo vimos escupir en el agua y gritar, amenazar con tomar medidas. Medidas, sí. Castigos extremos. Azotes masivos que culminarían con desmayos. Precedido por su retahíla de amenazas, el Rector aceleraba tambaleándose un poco en nuestra dirección. Aligeró el paso cuando se acercó a ellos sin detener la mirada cegatona en sus pálidas piernas velludas. Paró en seco junto a nosotras, en cambio, y nos miró atenta pero también ciegamente bajo el sol. Que nos pusiéramos de pie, dijo. Que regresáramos a clases de inmediato o nos atuviéramos a las consecuencias. Muévanse, ordenó, arrastrando la lengua con ira detrás de los dientes, soltándose la corbata, enrollándola en la mano, haciéndola sacar chispas contra su propio pantalón. Nosotras esperábamos a que acabara por cegarlo el sudor y la ira, esperábamos sin movernos, sin darle la cara. Porque nosotras no éramos como ellos, aunque en ese instante, a él, se lo pareciéramos. Nosotras nunca íbamos a arrepentirnos. No íbamos a gemir de dolor ni íbamos a llorar. No le daríamos las gracias después. Era el Rector quien tendría que agradecerarnos a nosotras. Y nos soltamos el cinturón; dándole la espalda dejamos caer nuestros pantalones y nos agachamos ante él para recibir el golpe furioso de su corbata. Mientras nos golpeaba pedíamos más.

Street fighter

Daniel Ferreira

Ya a los quince años tenía una intuición preliminar de todo eso. Un ser de luz anclado al fondo del abismo. Como un pez de colores en un tanque hermético, y el tanque lleno de negra agua podrida. La cisterna de un inodoro que barrerá tu propia inmundicia. Y sucedió lo peor: que me hundí aún más en el pozo buscando escapar, pero no encontré nada. Porque no sabía nada. Ni siquiera de mí. No tenía ninguna idea del muladar al que fui expulsado del vientre cálido de mi madre un mes de julio. No se me había muerto un ser querido todavía. No conocía el dolor. No le temía a la muerte. Cuando besaba a una niña, lo necesario era meterle la verga en la boca, si no entonces besar no era besar. Y en esos términos era como yo me defendía en el amor. Por la misma línea de sentimientos postizos, algo que creía conocer de cerca era el odio, pero en verdad era sólo resentimiento con antifaz. Creía, de una manera indefinible, sentir que el odio circulaba por mis venas. Tenía, pues, un cuarto de siglo y odiaba a la humanidad entera que entre cadenas gime. Odiaba el colegio. Odiaba a una ex, hija de fotógrafo, que había preferido irse con su familia (modelo posmoderno) a la ciudad que quedarse conmigo en el pueblo (modelo pedestre). Odiaba a mi padre y su ausencia de abandono. Vivía con la mujer más luctuosa del mundo, que era mi madre, en el hotelucho para raleas que ella administraba con mucho esfuerzo (lavando tendidos cuando tocaba lavar, porteando a la madrugada cuando tocaba portear) y todo por mantenernos en forma junto con mi hermana, hija de otro gecónido que nunca respondió por su crianza. Y yo no quería más que saber en ese tiempo de juegos de video y peleas sangrientas por triunfos virtuales. Mis horas se iban diluyendo entre oír una estación de radio que hacía un programa de sexo, misterio y rock para jóvenes sonámbulos y noctámbulos, enlazando oyentes barriobajeros en todas las cloacas del país por intermedio de la voz indiscreta y lúbrica de una locutora sensual (una de esas putas al

aire que saben más de la efervescencia sexual que cualquier psicólogo de universidad estrato seis, divorciado y opusdei de mediopelo) y luego prolongar el sueño hasta la hora de ir al colegio a prestar el cadáver al salón de las clases, mientras la imaginación se me embrollaba haciendo geometría apática con las nubes atrás del ventanal, y ya en el crepúsculo, después de haber callejeado toda la tarde, nuevamente, correr a despilfarrar la plata que hurtaba del cajón de la recepción del hotel en descuidos imperdonables de mi hermana, para escindirme de todo, en tanto me batía la hiel en una pantalla de centellas hipnotistas frente a lo más distintivo del combate callejero de las diferentes naciones del globo, junto con otros gañanes iguales de extraviados a mí (distintivos éstos de los barrios más bajos del pueblo) con los cuales me relacionaba hasta la “compinchería”, que en la acepción mía era una palabra de noble raigambre que se parecía mucho a la lealtad, funcionaba con las mismas reglas de la amistad, pero que en la semántica del uso local tenía un aura de vicio y pernición que la hacía distinta de cualquier lealtad y amistad sana. En mi fuero interno, ansiaba matar de cualquier modo (a veces lapidado, a veces empalado, a veces fusilado) a mi padre disidente o en su defecto al maestro de álgebra que de puro cascarero me pasaba al tablero cuando no había estudiado, y cuando alguien me preguntaba por qué tenía la cara sombría y rígida como si anduviera siempre con un calambre intestinal de mierda dura, yo lo amenazaba con que un día iban a tener que descolgarme de la rama de un árbol con el cuello morado, la verga muy tiesa y los ojos brotados. La lógica del suicidio creo que consiste en que uno se amenace a sí mismo, pero entonces yo vivía amenazando a todo mundo con mi suicidio (menos a mí). El Clan de la Consola, como nos autodenominábamos los frecuentadores de aquel *gimnasio mental* donde no se pensaba en nada que no fueran secuencias de botones para combos de puño y patadas

triples, me inspiraba confianza, y servía para distraerse muy bien (si de hacer bromas y malversar la vida se trataba), pero no recuerdo a nadie que haya perdurado en el museo de reliquias afectivas como el mejor amigo de ese tiempo. No lo tenía. Sencillamente, estaba solo. Tratando de empezar algo, pero sintiéndome cada vez como el comienzo de todo. Siempre como al comienzo, y cada vez más descreído de poderlo lograr: quería devorarme una zagala, pongamos por caso. Probar a hacerle el sesenta y nueve y la felación y el cunilingus en una piedra inmensa de la quebrada. Pero en lugar de escribir cartas de amor a las candidatas, me masturbaba en sus nombres. Y me veía como un neandertal de mazo y taparrabo en aquella piedra. Y me sentía mal. La única ocupación placentera la representaba ese vicio tremendo por los juegos electrónicos hoy arcaicos de Xbox y arcadia que tanto me ufanaban (y que casi dejan en bancarrota a mi pobre mamá) y el roce placentero con el alcohol que desde entonces me hacía cortejos en las estanterías de las tiendas. Una borrasca de mierda y escombros de todo lo que había sido se avvicinaba en mí, pero nadie lo advertía y ni yo mismo me daba por enterado. Por la noche me encontraba más lánguido y miserable que nunca, sentado toda la noche en un andén expiando una calle vacía. De día me iba a desquitar del mundo en la sala de maquinitas y en la superioridad fingida de un duelo virtual, a ver si así cauterizaba las estrías del alma.

Para El Clan de la Consola (la cáfila de jugadores que se daban cita en la sala de juegos electrónicos) había un código de honor en establecer las jerarquías de ganadores y perdedores entre quienes frecuentáramos el lupanar: los registros de los campeones: los tops de récord en las maquinitas de arcadia. Quien no figurara en los cinco primeros lugares que almacenaba la memoria de la consola de esas cajas prestidigitadoras electrónicas era porque se merecía el título infame de “perdedor” sin futuro. Quien no hubiera estado en los créditos luminosos de la pantalla como el mejor combatiente, el más sangriento samurai, el más devastador de los luchadores, el que más conectaba puños y hurricane kick y patadas mortales en una calle virtual, era porque hasta en la vida real lo esperaba el fracaso. Había dos tipos de juego compulsivo: los de pelea, y los de aventura. Los segundos daban, a quien cumpliera todas sus claves, un aire de intrepidez que se parecía mucho a la inteligencia y la sagacidad. Los primeros ofrecían en los bonus la ilusión de ser campeones en algo a quienes en realidad éramos perdedores en todo. Por eso preferíamos los de pelea. Por eso preferíamos pasar muchas horas frente a esas pantallas luminosas, sintiéndonos campeones en algo, desconectados de nuestro mundo nebuloso (aunque al final siempre tocara salir de madrugada a deambular las calles neblinosas del mismo pueblo miserable).



Didier Franco, *De noche todos los gatos son pardos*

Para no dejar que nos hiciera pedazos el aburrimiento después que misiá Cancerbero, Carmenza Cerbero, la dueña del local, cerraba la portezuela de las maquinitas con el recaudo del día, fue que nos hicimos adictos a la manzanilla. Y con el primer trago de alcohol barato abrí los brazos a la desazón. Mi primer contacto con la bebida recuerdo que fue un día del cual no recuerdo nada excepcional, salvo que estaba en la misma rutina de levantarme tarde, llegar tarde al colegio, jugar maquinitas hasta tarde y retrasar el sueño hasta la madrugada. Al cierre de la jornada virtual, cuando la persiana de hierro crujió detrás de nosotros y supimos que nuestro día al fin había terminado porque nos habían cerrado el gimnasio mental, nos encontramos con las manos en los bolsillos un quinteto de perdedores que no queríamos llegar aún a la asquerosa cárcel paterna y nos hacíamos los idiotas en pleno andén sin darnos cuenta de que no teníamos ni amigos, ni nada, y que sólo teníamos en común el mismo vicio pendenciero que nos dejaba vacíos a la medianoche.

—¿Qué hacemos?

Pregunta proveniente del más grandulón, cabeza rapada, manos compulsivas.

De nombre: Alex.

De alias profesional: Mojonero.

(Que lo apodábamos así porque mojón es sinónimo de bollo, excremento en algún lugar del Chocó lejano y este ganaba siempre sus combates virtuales de pura mierda).



Didier Franco, *Ver para creer*

—¿Qué hacemos, niñas?
Y todos nos miramos los ojos hundidos y la mandíbula flaca.

Tocaba hacer algo, mientras llegaba morfeo.
(O la esclerosis).

Y al oscuro Joel fue a quien se le ocurrió:

—Hagamos una vaca y compramos manzanilla.

Tal vez nunca diría nada tan inspirador él (que era un negro más bien pusilánime carente de iniciativa, y quien unos meses después les hizo caso a unos transfugas y se fue de patrullero a las minas de oro y coca de otro departamento donde lo mató en un combate real una granada de fragmentación verdadera), pero Moncho dijo:

—Hágale, que yo pongo mil para la vaca.

—Y yo pongo otros mil, careculo —dijo Ferney.

—Y yo pongo otros mil, perrohijueputa —dijo Memo...

(O sea: el memoso... el anemioso... o sea yo, que fui bautizado así debido a mi semblante cadavérico mucho tiempo atrás por un famoso pedagogo que me dio primer año y cuando no le hacía la tarea me tiraba las orejas y me sacudía a coscorrón puro, y me ridiculizaba diciendo: “Anemiosito: ¿Hizo la tarea? ¿No? ¿No la hizo! Pobrecito el anemioso”).

Yo ni sabía que la manzanilla era el trago de los pobres ni sabía de qué estaban hablando, pero así como contribuí con la plata de mi madre a comprar cuatro litros de ese fermento aguanoso con que los españoles celebran la fiesta brava, del mismo modo me habría dado lo mismo contribuir si hubiera sido bareta o cocaína, o lo que se hubiera propuesto de buena manera para conjurar la molicie. Yo no sabía nada del mundo en ese tiempo. No sabía de la guerra en Bosnia, no sa-

bía de las protestas en Lituania, no sabía lo de la plaza de Tiernan, no sabía del genocidio en Somalia, no sabía de Hitler ni del bogotazo. No llevaba las cuentas de los últimos tres mil años, para saber qué había pasado con ese desastre de vida. No sabía nada de nada, ni siquiera de mí. Me sentía astrológicamente solo. Y entonces apareció el alcohol, y entonces no pude hacer más: me arrojé a sus efluvios sin compasión.

Esa noche salimos a vagar con El Clan de la Consola por las calles desiertas de los barrios más lejanos, y a medida que el humor se nos fue subiendo con el hervor del alcohol y fragor de la brisa, las cosas más absurdas empezaron a apoderarse de nosotros.

Mojonero propuso:

—Ey, maricas: a que no son capaces de partir un contador con el puño limpio...

Y Ferney, el de cuerpo rechoncho y músculos inflamados, saltó a la rejilla con un dragon punch (que era una forma de ataque con el brazo inclinado que tenían los jugadores de Street Fighter) y destrozó el cristal.

Corríamos y nos reíamos como pandilleros adictos. No había miedo a policías, ni escuadrones de la muerte que nos detuviera la efusión. En una esquina del Buenos Aires, uno de los barrios sin pavimento de la vía circunvalar, atisbamos un grupúsculo de pendencieros que departía con una botella de vodka en el andén. Ellos tenían de quince a diecisiete (el mayor tal vez veinte) y cuando íbamos casi enfrente, se callaron la jeta para vernos pasar. Algo de ese silencio repentino debió de ofender al que llamábamos Moncho, que todo barroso y atarván como era no tuvo pereza en gritarles si era que nos habíamos parecido a la puta y su madre, y entonces los manes se elevaron del piso con ganas de golpear: “¿Qué dijo, perrohijueputa?”.

Mojonero se quitó la correa y relumbró la hebilla. Cuando me di cuenta, todos nos habíamos quitado la correa también para darles, y los otros manes se la habían quitado también para darnos. Y así fue como nos encendimos por todo lado, nos dimos pata y puño y hebillazos en ese barrio enemigo, nos moretíamos la jeta con puños de upercut y patadas dobles de hurricane kick, y al final, cuando alguien vio el reflejo de un carro en la avenida y gritó que venía la policía, gonorreas, y todos salimos corriendo y como un perro me lamí la sangre que escurría de una cortada en la frente por dejarme conectar un mal hachazo mientras huía por el callejón del ancianato, entonces fue que supe que el mundo real era más duro que el virtual, pero que se podía vivir en él, siempre y cuando hubiera un litro de alcohol escondido bajo tu cama para atenuar el más inexplicable de todos los castigos: el de haber nacido.

No sabía de mujeres. No había leído poesía. Sentado en el atrio, se aparecía la hija del fotógrafo. Golondrina. Una zagala con cara de mosquitamuerta que te veía pasar y lo destrozaba todo con su ofensiva apariencia punk: pantalón caído, blusas de color, pelo asexual. Era pequeña y era foránea. Con todo lo que valía entonces en un pueblo baladronero y provinciano como el tuyo parecer de otro origen, era un verdadero acontecimiento una niña así, y su modo de vestir, y su anti-lérgico atravesándole el tabique, y su cigarrito colgándole en los labios, y sus amigos siniestros. Sólo sabía de ella que se llamaba Golondrina, como los pájaros que vuelan a la hora de las sombras largas. Pero parecía que el mundo entero hablaba de ella, y de repente me juré aborlarla. Era un mundo de hienas en la pradera africana y a los dieciséis años no había intermediarios. Por eso un día que la viste pasar y sentarse solitaria a fumar en el atrio echaste al bolsillo la timidez y saliste a su encuentro sin importarte nada. Un maquinero torpe y sin tacto que hablaba sin parar a tu lado te siguió como un perro faldero y tuviste que lidiar con una indiferente charla de dos para tres. Insultaste en tus adentros al maquinero, pero no había nada que hacer: tuve que conocerla y coquetearla a la indirecta, con preguntas que no evidenciaran que me moría por meterle la verga en los labios. Supiste entonces que era Géminis, o sea prepotente y egocéntrica. Supiste entonces que su ascendiente era el temible y ególatra Sagitario y que por eso le iba mal en el amor. Supiste que eran diecisiete los años que llevaba en el mundo y que no estaba muy contenta con eso. Se aburría casi todos los días. El pueblo le parecía feo y tosco. Todo lo que les pareció sublime y monumental a quienes crecieron en esas montañas erizadas de ceiba, a tu hermosa zagalilla le pareció estúpido y anodino. Por lo que concluiste que si estaba allí no era precisamente gracias a su voluntad. Te contó que venía de lejos, que era huérfana de madre, que nunca había tenido un lugar

estable para organizar una vida. Dijo que lo único que sabía hacer era aburrirse. Así que en media hora debió de gustarte más ella que cualquier licor que hubieses paladeado. Así eras a los trece años, devoto de una religión barata: creyente de la palabra vacía, convencido de que una muchacha que hablara con la misma sintaxis trascordada con que muchos años después escribirías, entendería de tus podredumbres, pero tal vez nunca sería tuya. Jamás. Te amo, colibrí, pensante, antes de dejarla en paz en su infierno musical. Después se alejó con sus medias de mallas rotas, y al final, frente a ti, sólo el rostro del perro faldero que te perseguía de cerca preguntando: “¿Le gusta, pirobo?”. Por supuesto que me gusta, imbécil, y de no ser por usted se lo hubiera metido en esta calle. “Entonces invítela a bailar que estamos en ferias, mijo”. No era tan idiota como parecía aquel oscuro compañero de lides y de nombre Joel. Así que la invitaste a la verbena. Y al otro día bailabas apretado a su cuerpo uno, dos, tres, tantas canciones como tocaran los nuevos Corraleros del majagual en la tarima con la hija del fotógrafo: Golondrina Fitzgerald, la apetecida, la que se avergonzaba acaso de su verdadero nombre: Orfea, Diosella, o Dioselina. Había muchas otras parejas alrededor, de suerte que estaban unidos cuerpo con cuerpo. Sentías cómo sus senos calientes se apretaban contra tus huesos entumecidos. Estabas ya cuatro cervezas en las venas y le besabas el cuello sin mucho titubeo. Ella no se molestaba. A las dos de la mañana te pidió que la acompañaras a su casa. Caminaron por unas calles vacías y sucias por el fragor de la feria. La abrazabas para protegerle los hombros desnudos del viento, y te preguntó por qué razón eras así con una desconocida. “¿Así cómo?”, dijiste. “Así de especial”, repuso. Tú no sabías lo que ella entendiera por especial, porque eras un tipo ordinario, y ella un ángel caído que se volvió antropoide erguido, pero trataste de entender haciendo un esfuerzo. “Porque usted no tiene miedo de hablarme ni de que lo vean conmigo. Usted no es hipócrita. Y eso me gusta. Usted me gusta”. Caminaron en silencio desde entonces, y al llegar a su casa sobrevino el deseo y le acariciaste las tetas. Tenía los labios elocuentes de un pececillo, y una forma de libarte la lengua con ellos y un modo de subirse la falda hasta la pelvis que te hizo sentir celos de las muchas veces que quizás habría tenido sexo esporádico en diecisiete años la muy puta y foránea y madre de miles de abortos. Detrás de la puerta de hierro fue el único sitio discreto para alzarle la falda que hallaste. Y el modo en que recibió tu río caliente en la boca un momento después fue lo que te hizo tocar las puertas de la rebelión luciferina. “Se pasa bueno contigo”, te dijo, y se limpió una mancha blanca en los labios con el dorso de la mano. Y la viste alejarse con los zapatos en la mano para saltarse la verja y hacerte adiós con la mano desflecada antes de desaparecer por la reja. Al fin, pen-

sabas: al fin los tiempos de las flores y las alondras. No tengas miedo imbécil, es puro amor. Y se te ocurrió llevarla pronto a la porción más bella del mundo que conocías: Las Tetas de la India, los cerros más altos y atractivos de La Cordillera de los Cobardes, detrás de la aldea, donde entonces acababa tu reino.

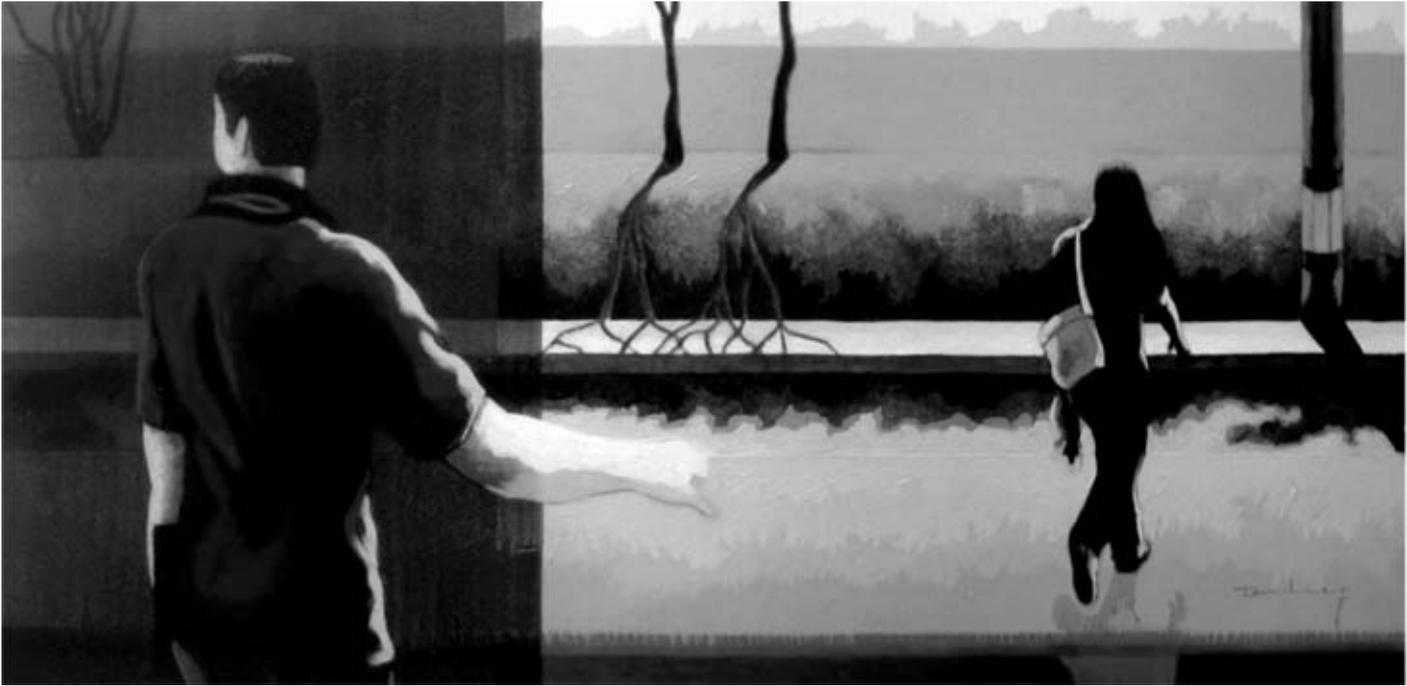
Preparaste la expedición con arroz y una lata de sardinas vencidas, y partieron los dos para esos montes forrados de niebla un lunes en la mañana. Ambos con uniforme, porque ambos tenían clase aquel día, pero ambos evadidos del colegio y llenos de confianza en la buena voluntad de Lucifer. Muy poca gente debió de verlos tomar el camino de piedra que construyó un alemán dipsómano del siglo XIX, pero ya entre esos pocos hubo algún indiscreto que no dudó en correr a ventear al colegio que los había visto volarse, que a una parejita, que parecían de octavo, señor, calva ella, mechudo él. Mientras tanto, tu verga se ponía enhiesta debajo del agua helada y vinotinto, y ella te decía que despacio para que pudieras retrasar la eyaculación, y que cambiaran de posición, y que te iba a empezar a querer poco a poco en la medida que pasaran los meses, pero debía ser un secreto para no compartir con nadie porque la iban a tratar de asaltante de cunas al ser un poco mayor que tú. A las tres de la tarde volvieron de su día de asueto y se dijeron adiós con un beso salivado en las primeras casas del pueblo. Tú te fuiste directo al hotel que tenías por casa, y entraste flotando en una nube de ilusión, cuando vino tu hermana a aterrizar con gritos: “¿Qué le pasa, majadero, se volvió loco? ¿Quiere que mi mamá nos saque los trapos a la calle? Del colegio llamaron y dijeron que usted y esa marihunera se habían volado, y que mañana mismo los iban a expulsar”.

Ese y un supuesto aborto, fueron los escándalos más grandes del colegio en todo aquel año solar. Nos hicieron consejo académico. Citaron a la honorabilísima asociación de padres para penalizar el agravio. Todos nos miraban con ojos decepcionados, y yo le apretaba la mano por debajo del escritorio para protegerla de tanta hostilidad. Buscaron mi expediente y se dieron cuenta de que me había peleado con medio colegio. Buscaron el de Golondrina y hallaron sanciones diversas por fumar yerba mala con el uniforme puesto y evasiones múltiples, pero debió de parecerles eso más grave en una mujer que tus hurtos de calculadoras y tu propensión rijosa a desencadenar peleas sangrientas en los pasillos, y entonces, por ser cuatro años mayor que tú, y por ser mujer, la encontraron culpable, la expulsaron del colegio, y a ti te dieron una simple sanción de cuatro días que te acreó un raro prestigio y cierta representatividad entre la variopinta local. El padre de Golondrina, que era fotógrafo y había creído la versión de su hija de haber hecho aquel paseo para contemplar la diversidad de la naturaleza prodigiosa de nuestra aldea, estaba furioso —más

con la honorable asociación de padres del colegio, que con Golondrina—, y amenazó con entablar una demanda legal para joderlos por expulsar a su hija y negarle el derecho constitucional a la educación. Pero finalmente desistió en el acto, aceptó que aquel villorrio estaba hecho más para la mamasantería y la mala leche que para ser artista y decidió migrar a fotografiar la luminosidad de otros lugares menos hostiles.

La última vez que te viste con Golondrina eras ya la viva imagen de la decadencia, gañán: pelo revuelto, ojeras profundas, manos temblorosas de tanto beber y fumar. “No se ponga así, que usted sabe que la vida es larga y en pelea larga hay desquite”, dijo Golondrina revolviéndote los flecos del pelo desgreñado. “Mejor diga que no se va a olvidar nunca de mí...”. Pero tú no sabías lo que era la vida, y que ella se fuera lo querías menos, y a ella la odiabas por aceptarlo con tanta sumisión, y odiabas a la rectora por hijueputa, y al coordinador disciplinario por malparido, y a la asociación de padres por un algoritmo interminable de insultos combinados, y a la grandísimaputa por habernos parido a todos y a la humanidad entera que merecía la extinción. Se fue de tu vida dejando una desolación y un cráter que a primera vista no se llenaba sino con alcohol, una camisa impregnada de su perfume empalagoso y un deseo de embrutecerte con canciones estruendosas y escribir en esos cuadernos, que llamaste bitácoras desde entonces, el diario de tus peores días.

Era eso la juventud: una isla de fantasía en el centro de un mar de aguas podridas. Con la ida de Golondrina, todo volvió a su lugar, pero volvió mal; trascordado. Sentía las horas languidecer y sobrepasar los sesenta minutos y pasar sobre mí, avejentándome. Asistir a una jornada absurda de colegio era una tortura. Cuando lograba recuperar la atención el profesor hablaba de las cruzadas o del Sacro Imperio Romano-Germánico o de casos de factorización algebraica de Aurelio Baldor. Hasta ir al podio de las maquinitas me empezó a parecer vacío y estúpido. Sentía que algo mío se había ido en el pubis edificante de esa mujer. El cuerpo se me empezaba a poblar de vello hirsuto y de espinillas y barros, y la desgracia pareció simpatizar conmigo. Hablaba casi con nadie, y sabía que mi madre sospechaba de mí y de mi raro aislamiento en la hamaca del patio. Siempre escribiendo en el cuaderno de tapas rojas o leyendo revistas, siempre elevado en pensamientos incongruentes, siempre apático para ayudarle en las labores de su hotel e impedido para entablar conversaciones de cortesía con los clientes habladores del hospedaje para viajeros de paso y parejas de adúlteros que era nuestro hogar. Siempre sorbiéndome un trago de tetra pack color criptonita para enfrentar la miseria y refrenar el hastío. Mi hermanstra decía en burla que a mí ya se me estaba definiendo la idiotez en la cara de bobo. Y los maquineros, que mis



Didier Franco, *Por la sombra*

pérdidas y mis múltiples fracasos en la consola tenían fundamento en el culo de la hija del fotógrafo, y cuando me vencían estrepitosamente en el ruedo virtual, venía la palmada servil en el hombro y la justificación diciendo que era una etapa, que ya me pasaría la mala racha y que sería de nuevo el mismo.

—Pajéese menos, anemioso.

Pero yo nunca volví a ser el mismo después de desear en cien noches de insomnio constante el lubricante viscoso de la vulva de esa mujer. Para llevar en alto su coño ausente intenté inspirarme una revancha en las maquinas y logré humillar a cada integrante del combo de la consola en el transcurso de una tarde inspirada jugando con Ryu el de Street Fighter, y ellos probaron revancha después en Samurai Shodown, y también terminé derrotándolos al filo de la medianoche con Ukyo cuando la misia Cancerbero ya nos había extorsionado lo suficiente y cerró las puertas de su infierno dejándonos huérfanos, llenos de encono, en la calle vil.

Entonces todos se fueron envenenados después de anunciar mi retiro laureado de los juegos electrónicos, y yo los vi alejarse refunfuñando y diciendo que les había resultado más mojonero que el mierdero de Mojonero porque era mierda confundida con suerte. Yo les mostré una sonrisa ofensiva y superior y miré con ironía al Mojonero que aún no había decidido marcharse después de su derrota humillante y me escrutaba con un aire de extraño desafío.

—¿Qué pasa, Mojonero, aún no se la cree?

—Lo creo, pero no me impresiona su racha, mariaca. A que no se le mide un tiro al blanco con un tote de verdad.

Y se levantó la camisa para enseñarme el perfil de níquel de un Smith y Wesson calibre 38, corto.

Yo sentí que un salivazo me bajó espeso por la garganta, y miré para todas partes sólo por constatar que de veras estábamos solos.

—Las niñas no deben andar armadas, Mojonero. ¿De dónde sacó eso?

Se rió de mi fingida confianza y dijo que por ahí, que prestado, que no importaba:

—¿Se le mide a disparar? Está vacío pero yo sé quién nos vende unos plomos...

Entonces se me metió en la cabeza que debía seguirle el juego a Mojonero y no demostrarle miedo porque de otra forma me la montaría y se iría por ahí diciendo que yo le tenía culillo.

Así que lo acompañé a una cantina justo frente a la estación de policía del Parque Central (que estaba por entonces bordeado de célebres cantinas de narco y malandro con nombres de célebres parajes que no eran de allí: La Bastilla, El Marne, El Tivoli) y yo lo esperé en la acera, mordiéndome las uñas hasta echar sangre.

Volvió con un puñado de tiros, y puso cinco en mi mano. Y entonces noté con sorpresa que las falanges me temblaban.

—¿Mucho miedo, Memo?

Pero no le contesté. Me eché las balas al bolsillo y lo seguí sin mirarlo.

—¿Adónde vamos?

Pero él tampoco contestó.

Lo seguí por unas calles que empezaban a quedar desiertas en la neblina, y entonces comprendí que íbamos al único barrio donde nadie se sorprendería de oír plomo en una noche cualquiera: el barrio adonde no iba la policía: el barrio bajo, donde la vida no vale nada; el que debe quedar anónimo para no molestar a los muertos.

En una esquina se detuvo Mojonero y sacó el revólver de la pretina. Me lo alcanzó y ordenó:

—Póngale balas.

Yo lo cogí sin saber cómo, y él se fue a la esquina contraria donde había una casa antigua de paredes en caladas que destacaba en medio de lotes vacíos de la urbanización incipiente. Cuando me di cuenta, en el muro blanco había un parche oscuro y redondo y niquelado que Mojonero había sacado y había colgado de cualquier modo.

—Aquí hay que darle.

Y golpeó, y sonó metálico.

Yo estaba empezando a cagarme de miedo:

—¿Quién vive en esa casa, Mojonero?

—Nadie... ¿Se va a cagar?

—Hermano: ¿Quién vive en esa casa?

—Na-die. Ya le dije.

Pero era pura mierda porque ahí había un letrero enorme que decía: Trigopán. Y yo creo que eran evangélicos los que vivían en aquella casa (porque evangélicos eran casi todos los dueños del monopolio de las panaderías que había en Colombia y en el Tercer Mundo), y me imaginé a la sudorosa familia amasando panes a esa hora y tirados en el piso un minuto después, rogando a Jehová, ese dios cruel del Antiguo Testamento, para que no les fuesen a tumbar el rancho cuando sonara el pri-

mer disparo, y los imaginé también llorando por el resto de la noche y empacando las maletas a la mañana siguiente para irse en el primer bus como amenazados y sobrevivientes de una amenaza que nunca tuvieron.

No sé con qué oscuro instinto estaba dispuesto a aceptar lo que ordenara Mojonero, pero sabía que no iba a reconocer en su cara que tenía miedo de disparar un arma de verdad. Por eso me mantuve firme y no me aculillé, aunque no tuviera sentido estar ahí, y aunque no tuviera nada que demostrarle.

Mojonero me rapó el revólver y bromeó con que ahora yo sí iba a saber lo que era el mundo real. Cargó la recámara y me apuntó en el centro del pecho. A mí se me puso todo el estómago tenso y la piel de gallina, creyendo que me iba a disparar.

Él sonrió:

—No se ponga más blanco que se le nota la anemia, Memito.

Dio un bucle de pistolero al revólver sobre su dedo índice y lo dejó al contrario.

—¿Usted primero?

Negación de mi cabeza sin gestos:

—Después de ti, cariño.

Casi no podía respirar y bregaba a disimular la cobardía apretándome las manos una con otra. Él entonces apuntó al círculo y disparó en dos oportunidades sin dar-



Didier Franco, *Horizonte*

me tiempo de saborear la impresión del rugido. Dos boquetes nuevos en la pared blanca dejaron escapar un tenue polvillo que disolvió la brisa.

Mojonero me pasó el arma y todo hedía a pólvora quemada entre los dos.

—Apúrese antes de que nos vean, güevón.

Cogí el 38 en la derecha, cargué los cartuchos y apunté con firmeza. Pensé en mi madre reprochándome en la reja de una cárcel el estudio que me había dado con tanto trasnocho, y en la ruindad que yo pagaba, y el pulso me empezó a temblar. Pensé entonces en la hija del fotógrafo, y en las veces que su boca me libó el cuerpo y las caricias que me daba, y también en las veces que dejó a mi boca libar su cuerpo y en lo alejado de la delincuencia y en lo feliz y dadivoso que hubiera hecho a mi espíritu si su culo aún estuviera conmigo acompañándome en esta reencarnación, pero no hubo nada. Pensé en la rectora del colegio que había firmado el acta de expulsión de Golondrina, pero no fue suficiente acicate para convocar todo el odio que almacenaban mis odres. Pensé en algo que odiara tanto como para darme el valor de soltar los tiros, pero nada de lo que creía odiar parecía muy real y sólido esta vez. A lo mucho era resentimiento, y ya. Pero nada que ameritara un balazo. Nada que no se pudiera pasar por alto con el zumo de una buena botella de jugos amargos. Entonces pensé en el

rostro que había olvidado del tipo infame que llamaba mi padre, y me llené de convicción. Le apunté al círculo negro de la pared con las dos manos, y zut, le di al centro, y taz, le volví a dar al centro, y no conforme con ello, en medio del furor, descargué todo el revólver por las puertas y ventanas de aquella panadería El Trigal, taz, taz, taz, hasta que, desde adentro, una voz de mujer se puso a gritar:

—¡Dios mío, Dios mío, no disparen, hay niños, somos gente de testimonio, somos gente de paz!

—¡No sea hijueputa! —gritó Mojonero, me rapó el revólver y salió corriendo.

Yo no sabía para dónde correr.

Miré a todos lados y vi una calle lateral desierta. Huí por ahí lejos, lo más lejos que pude de mi pasado, y de Mojonero. Y las lágrimas se me escurrieron de los ojos sin querer, de un vacío terrible y agrio que me embotó el estómago, y de unas ganas intensas de vomitar que vinieron a desprenderme un asco de mis propias tripas cuando entré en el hotel y no pude mirar los ojos de mi madre de la vergüenza y le embarré todo el piso de la habitación con una hiel mal digerida.

Duré ocho días tendido en una cama arrojando mis tripas a un balde hasta recuperar la fuerza de voluntad para seguir viviendo. Nunca dije a nadie por qué no volví a aquella sala de juegos de video.



Didier Franco, *Infante*

Fluidez en el patinaje de velocidad

Fernanda García Curten

Apenas cobra impulso todo se ve distinto, no alcanza a abarcar un gesto o una escena incompleta cuando ya los ha dejado atrás, un puño sujetando la correa de un perro, sujetando un hijo, una cartera, ladrido a las ruedas, un grito de advertencia. Elude la fila de sombrillas, una ráfaga de música caribeña lo sigue unos instantes cuando luz roja del semáforo en la siguiente salida, viraje suave, y empalma unos diez metros por la lateral. Tramo corto de baldosones pasando las grúas, tramo de empedrado, macetero, tapa de hierro floja, cordón abajo y de ahí a la fuente, cruce hasta el monolito y salto al vacío a contraluz, bocinazo largo de un tanque de guerra, riesgo de choques en cadena, resulta ser una de esas camionetas flamantes que clava los frenos justo antes de que pase, dejarme vivir, sigue con la bocina, peatones inquietos cordón arriba, peso del cuerpo ligeramente en los talones, calmado, un pie adelante y otro atrás mientras un velero lo acompaña un trecho y luego desaparece bajo un puente.

Es el primer malecón de la tarde, eso cree, o el tercero ya, patina a lo largo del río, de norte a sur, sobre los diques. La sensación de ser una aguja deslizándose por el dial de una radio gigantesca, del casino al Yacht Club pasando por el viejo faro, cruzando los puentes que unen la costanera con el microcentro, la baranda de acero a su derecha, la línea de alumbrado, sin detenerse hasta el siguiente puente ahora, hasta la antena sur al final del trayecto donde se abrirá con un filoso *slalom* para emprender la vuelta. Bordeando la costa las torres de vidrio empiezan a verse doradas en el atardecer, mesas con velas, pintura de labios en una servilleta colgando de una silla, manadas de empleados bajan de las

oficinas en ascensores transparentes, cruzan los jardines e invaden las plazas, rodaja de algo anaranjado y poroso, plato que alguien ha dejado sin tocar, chicas en bicicleta y chicos jugando a la pelota, un aire agradable agita la bandera de la fragata y en las terrazas del dique central algunos grupos se demoran en las rampas aún soleadas y en los pasamanos, sus risas se pierden, son como pequeños mundos que estallan a su paso. Mujer empujando un cochecito de bebé, muchacho desprendiendo el botón del nudo de la corbata, desnivel y bajada, senda peatonal borrosa, cordón arriba, otro dique, el último, franja de empedrado, policía que retrocede a punto de decir algo por un *handy*, camino libre hasta la antena sur, el alambrado vencido, más allá el tramo aún sin asfaltar, cintas plásticas con rayas blancas y rojas y la palabra *Peligro* que atraviesa el horizonte. Frena derrapando. Ciento ochenta grados y clava las ruedas al límite. Silicona de óptima adherencia en superficies lisas. Cascos se desprenden hacia lo hondo de la enorme fosa. Espera. Aún no los oye caer. Ahora se saca el chicle de la boca y lo revolea al vacío. Proyectan la construcción de un viaducto o de una nueva estación de subterráneos o de un puente futurista hacia la nada, dicen, que podrá verse la ciudad nueva hasta el otro lado del río pero ahora sólo alcanza a ver un profundo páramo de escombros que se pierde aun más allá, en la niebla del puerto. Entre algunas dunas ocasionales las topadoras que más temprano excavaban ahora quietas, como animales embalsamados en actitud feroz.

Apenas da la vuelta el reflejo del agua lo encandila y no puede ver de qué va aquella publicidad nueva mientras pica acelerando con izquierda-derecha para volver

a pasar con suficiente envión el alambre vencido y la franja de empedrado. Al frente, gigante y lejana, una amazona rubia tensando un arco, a punto de disparar a quien la mire, en uno más de esos anuncios espectaculares en la terraza del gran hotel, riesgo de choques en cadena, luz verde, cordón abajo en zigzag entre los autos detenidos. La baranda a la izquierda ahora, cordón arriba, de sur a norte. Los que se acercaban se alejan, la baranda de acero a su izquierda separándolo del agua que golpea contra el dique y sobre la que algunos se recuestan para mirar el río o besarse o se aferran por miedo a que los atropelle. Esquiva la botella de gaseosa que rueda, el cochecito que arrastra a la mujer, al perro que lleva a su dueño de la correa, un helado que no verá estrellarse. Con los músculos ya calientes, recién entonces, el suelo opone la resistencia precisa, la suspensión es perfecta. Hace no más de media hora quizás, aunque ya lo sienta lejano, todavía era aquel extraño luchando en las primeras patadas —algo excedido de su peso ideal pero ágil— intentando mantener el ritmo cuando lo gana un breve desasosiego, siempre le pasa. La momentánea acumulación de ácido láctico, esa fatiga perversa, un cierto grado de nostalgia por algo o nadie en especial, nada que pueda recordar con exactitud ahora, poco después la sensación se diluye.

Tal vez fuera nostalgia de sí mismo, de quién era él antes del antes, o de quien en realidad nunca había sido, alguien reunido en un solo eje y capaz de decidir sin detenerse. Solía quedarse en el pasado, decía el doctor Bellagamba, ése era su problema, releer los mismos papeles y cartas viejas, pasar una y otra vez las mismas fotos pero ya no. El doctor Bellagamba había hecho por él mucho más de lo que esperaba alentándolo a esta actividad al aire libre. Empujar, deslizar y recuperar. Avanzar, dosificar la energía, actuar con rapidez. Empujar, deslizar y recuperar. Salir del encierro. El patinaje ayudaba notablemente a limpiar esa memoria viciada. Piernas salen de una pollera tubo. Piernas de mujer, espaldas de mujeres a las que nunca les verá la cara, criaturas sin boca que por lo tanto no pueden decir nada, lentas mujeres fugaces. Todo, a esa vieja velocidad del mundo que ya no es la suya, va quedando atrás. Gloria también va quedando atrás aunque ahora esté literalmente adelante, al comienzo del malecón norte, en la ciudad vieja, el tercer balcón empezando de arriba que todavía no llega a ver. En un rato aparecerá en la distancia el antiguo perfil del edificio, el balcón que se había ido llenando de plantas, la ventanita iluminada de la cocina, la silueta fresca de Gloria preparando la cena. Más temprano ella había dicho cosas, en fin, las de siempre. O acaso no las de siempre, el problema era que no lo sabía muy bien porque hoy, si esas cosas eran las de siempre, habían sonado inminentes, amenazantes. Ahora, la intensidad de la luz había virado apenas y pensó que se -

guro ya estaría más tranquila. Palpó en su cintura el celular; en cuanto anocheciera ella mandaría uno de sus mensajitos anunciando la comida lista.

A medida que entra en calor se reconstituye. Los músculos se tonifican, los rasgos de la cara se templan por la aceleración, la mandíbula se cuadra, los ojos le lloran hasta que el aire cada vez más frío los cauteriza. La fuerza en su estómago es como un núcleo poderoso que lo ajusta a sí mismo y a la vez lo deja libre. Se siente eufórico, y no pensar en la siguiente patada y seguir, de golpe tiene ganas de soltar alguna grosería al grupito de recepcionistas con el uniforme del hotel. Endeble, a la altura del próximo puente, la chica con pantaloncitos ajustados montada en esos patines color rosa o lila —como de juguete— no sabe cómo tenerse parada, pendiente de que la miren, pero él ya no mira. A él, que acelera todavía un poco más, no le importa lo que parezca para los otros o para la chica ahora que la tiene más cerca, casi una nena, ahora que distingue un sinfín de trencitas en su cabeza demasiado rígida, no le importa que al pasar la succión pueda arrastrarla. Poco después, nada. No hay euforia sino una sensación de plena neutralidad. Una potencia neutra que avanza. Siente que podría quedar ciego y saber exactamente por dónde seguir. Todo su cuerpo es como el sonar de un murciélago en la oscuridad. Él *ve* con la velocidad y mientras alcanza ese trance comprende que no se trata de un mecanismo forzado ni de un error en la noción del tiempo. La velocidad es el estado de gracia, otra dimensión de la quietud. Todo moviéndose y él fijo en la velocidad. No necesita pensar qué hacer o cómo actuar, el suelo desaparece bajo la línea de ruedas, ya no hace falta detenerse en ningún pensamiento, no hay espacio para los recuerdos, sólo para atravesar el vertiginoso y a la vez denso atardecer. La fricción le adormece los pies, sin embargo sus reflejos son cada vez más agudos y su percepción más completa, puede sentir el roce del suelo, cada cambio de vibración en la línea de ruedas, por un momento lo mortifica un terrón de arena que se ha metido en un rulemán del patín izquierdo hasta que el calor del aceite termina por disolverlo.

Ver con la velocidad implica localizar bultos más o menos diferenciados, obstáculos a superar, identificarlos por tamaño, distancia y probabilidades de desplazamiento. Penetrar en aquellos espacios libres donde puede aventurarse sin interferir. Allí donde un cuerpo se aparta, apenas la suela de un zapato se despega del suelo él apoya la punta blindada de su patín. Obreros, secretarías, turistas, gente sin rumbo, por alguna razón o sin razón alguna los esquiva hábilmente. Está a centímetros de una etiqueta bordada —*Made in India*—, la planchita tachada con una cruz en el cuello desbocado de una camisa. Apenas necesita trasladar el peso para salirse de su propio curso y dejarse atraer por el reflejo

de una hebilla de metal, un pezón que se marca en la tela elástica, encaja entre aquellas piezas lentas ocupando y desocupando espacios como casilleros en una cuadrícula, piezas previsibles capaces de quedarse inmóviles por atender una llamada en sus teléfonos liliputienses, dar un paso al costado al arrojar el papel de un caramelo o levantar una mano para saludar a alguien. Gente desviándose de un modo imperceptible, gente que se detiene como un muñeco al que se le acaba la cuerda, parecen arrepentirse de alguna cosa, haber recordado algo de pronto. Un error de cálculo podría quebrarles un brazo y a él precipitarlo bajo las mesas de un bar o las llantas de uno de esos colectivos de doble piso que pasean a los turistas. Pero nada de eso puede pasar. El tipo del maletín, por ejemplo, no iba a saludar a nadie, lo sabía; aunque no necesita saber, así funciona. Los chicos, los perros sueltos tienen reacciones difíciles de medir, se mueven en diagonales difusas, en ese caso debe ir frenándose con la guía del patín de costado, rotando la cintura y ladeándose. Y cuanto más cerca de ellos, más lejos de ellos. Cuanto más diferente es, más los percibe. Porque todos se vuelven de alguna manera parte de lo mismo. Indefensos, ya no se inquietan, no intentan apartarse o protegerse. Él, armado de casco, rodilleras, muñequeras y coderas pero tan ligero que ya ni siquiera lo ven. Su presencia desplegada en la tarde no cabe en esa lógica de tiempo aniquilado. Se ve pasar a sí mismo en las vidrieras de los locales y en un largo espejo al fondo de un bar, se ha visto agrandarse en los anteojos oscuros de una mujer que leía al sol y perderse en el espejito retrovisor de una bicicleta. Perderse, sí. Porque de golpe se ha vuelto invisible, como un fantasma. La idea lo divierte. Como la de haberse colado en fotografías ajenas. Tiene la certeza de aparecer como un trazo de niebla, una sombra movida y de haber dejado, poco a poco, parte de sí en aquellos pantallazos. Porque algo de verdad habría en eso de que las fotografías robaban el alma. En un álbum imposible hecho con cada foto tomada en el malecón a lo largo de esa tarde y de tantas otras, en ese friso infinito de imágenes queda la estela de los cursos superpuestos de todo un verano; un rastro que se confunde con las luces de la avenida al otro lado de los puentes donde, igual que en las postales nocturnas, los faros de los autos se prolongan como fibras de neón, fantásticos calamares fosforescentes invadiendo la ciudad.

Ya de nuevo bajo las grúas del malecón norte alcanza a distinguir el tercer balcón empezando de arriba y a Gloria envuelta en una toalla. Se ha dado una ducha y ahora fuma apoyada en la barandita, esperándolo. Aunque a esa distancia no puede estar seguro, tiene la súbita impresión de haberse equivocado porque ya no ve las plantas, como si se hubieran secado de repente. ¿Acaso ella no regaba las plantas cada mañana cuando todavía

en el entresueño él la oía cantar en el balcón? Lo distrae la sirena de una ambulancia alejándose en algún punto de la costanera, el agua refleja las bombitas de colores de la fragata y una pareja pelea en la última mesa del restaurante oriental. Cuando vuelve a enfocar, comprueba que se trata de su balcón sí, pero la silueta de Gloria no es más que una toalla colgada, endurecida, olvidada quién sabe hace cuántos días delante de la ventana oscura. Pensó de nuevo en el doctor Bellagamba. Pensó si esto de ir y venir por el malecón no era otro modo de dar vueltas en círculos, un sustituto del encierro en cierta forma. Da la vuelta, no importa, arranca una vez más. Tercer malecón ya, o quinto. Vira en la primera bajada y se mete por una calle paralela, atraviesa el patio del Museo de Arte donde están inaugurando alguna cosa y salta en medio de la gente, sin querer golpea a un hombre o el canto de una cartera y una copa vuela de la mano de un invitado. El vino se derrama como una breve cascada que no llega a tocarlo. Oye algún insulto y el grito indignado de una mujer. Salta dos escalones abajo, más gritos, clava las ruedas en la franja de pasto, corre con un-dos-tres pasitos rápidos, trastabilla pero logra recuperar el equilibrio y alcanza la vereda lisa. El viento trae el solfeo de una soprano revuelto con la cadencia pringosa de una cumbia en un altavoz perdido. Dobla por el callejón del puerto, sale al depósito de cargas, junto al desguace. Baja por el playón de camiones, el chillido de una radio entre los acoplados terrosos. Durante un tramo siente que otro patinador lo viene siguiendo, sin pasarlo; escucha el rolar constante en el pavimento agrietado. Toma la curva, una piedrita del camino toca la primera rueda y se dispara hacia la oscuridad. Llegando al monumento, elude jirones de basura. Ve que alguien ha arrancado la placa de bronce y hasta desmontado la pierna de uno de los hidalgos al que sólo le queda el hueco negro del muñón. Los torvos conquistadores ya no empuñan espadas o plumas sino botellas de plástico y latas de cerveza abolladas. Intenta escabullirse, rodea el monumento y sale ahora por una cortada aunque se desorienta. Reconoce una de las terrazas del dique central pero como desde un ángulo inverosímil. Toma la avenida desierta a contramano, los semáforos cambian luces para nadie, dobla por una callecita asediada de torres en construcción. Vigas de hierro se pierden en el cielo ya casi oscuro y una ráfaga inesperada de viento de frente intenta detener su carrera. Cuando remonta la siguiente esquina el viento desaparece de pronto, encuentra un pasaje, sale a los jardines traseros del gran hotel, el anuncio iluminado de la amazona a punto de lanzar la flecha, recortada en la noche. Con su ojo de cíclope, la amazona camuflada en la modelo rubia del anuncio lo ha visto pasar y parece apuntar directamente hacia él que ahora se oculta bajo un toldo, detrás de un volquete. Restos de un derrumbe, algún alambre suel-



to, un ardor le tajea el antebrazo. En el embudo del callejón el rolar del perseguidor se oye repentinamente cerca. Salta y gira, espalda contra el viento, un pie delante y otro atrás, en vilo, abriéndose paso con el hombro sesgado, nadie. Vuelve a girar de un salto seco, se desliza por adentro de una especie de túnel o tubería gigante y no sabe cómo está de nuevo en el malecón norte, rumbo a su casa. Sobre el río invisible la línea de veleros encapuchados parece flotar en el vacío, el tañido de las cuerdas contra los mástiles provoca esa melodía desviada y salvaje que lo tranquiliza. Busca a la pareja que antes peleaba en el restaurante oriental pero no los encuentra; muchas mesas han sido levantadas y las sillas plegadas contra la pared. Más allá se agitan los manteles de una fila de mesas solas, un batallón de árabes agazapados. No se siente cansado, pero se cansará. Llegará el momento en que creerá que no puede seguir. Volver no sólo implica disminuir la velocidad sino, de algún modo, volver a ser como ellos, como los pocos que todavía deambulan, sombríos, por la costa, significa detenerse, terminar sentado en un banco con sus pertrechos de plástico como uno de esos caballeros del monumento, caído del pedestal y luego caminar con los pies en la tierra, entrar en esa escala de movimientos prosaicos, recorridos triviales que se vuelven inconmensurables, distancias absurdas entre las cuatro paredes de su departamento, con la sangre bombeando en las sienas como un muerto violento cuyo corazón sigue latiendo y Gloria recibéndolo con la mesa puesta y su sonrisa. Pero no aminora la marcha. El doctor Bellagamba decía que era normal, esto de resistirse. Si llegara a detenerse, piensa, ya no podría recuperar a éste que es ahora. Con tres patadas ladea las ruedas y gira otra vez de espaldas. Puede confiar en esto de avanzar hacia atrás —o de retroceder hacia adelante, eso era algo que habría podido discutir con el doctor Bellagamba— mientras por encima del hombro ve la perspectiva abierta de una calle que no tendría que poder verse desde allí. Se superponen el ojo inexorable de la amazona y una imagen que sin embargo ya ha visto antes, la de una demolición. El primer dique del malecón norte, al pie de la ciudad vieja. El

paseo que desemboca en su calle. La pared lateral de una casa en la otra manzana. Ahora se pone de frente y lo ve, porque donde estaba el tercer balcón empezando de arriba, donde Gloria regaba las plantas y fumaba por las noches esperándolo hay un agujero y él ya lo sabe; toda la cuadra fue demolida. La fachada de su edificio ha desaparecido como bajo la zarpa de un animal monstruoso. Sólo quedan en pie unos tabiques truncos en el perfil desgarrado. Entonces cruza la guía de los patines y clava las ruedas. Sin mirar, gira ciento ochenta grados y pica en sentido contrario, de nuevo, como al principio de la tarde, hacia el sur, la baranda se acerca otra vez a su derecha, un trazo de acero siempre a su derecha, sobre el río, inscribiéndose en la oscuridad como una línea de mercurio en aumento. Tiene todo el malecón por delante, pasa las torres de vidrio ya negras y opacas, las oficinas vacías, las calles ahogadas de viento, las plazas deshabitadas y los puentes que se internan en el anochecer, cruza los jardines del dique central. Ya no hay turistas, ni empleados bebiendo en las terrazas y vuelve a escuchar, pegado a su espalda, el rolar uniforme que lo persigue. Pero no hay otro patinador más que él. No ha habido nadie más que él toda la tarde, todas las tardes, alejándose, persiguiéndose por el malecón repleto o desierto hacia la antena sur que ya ve titilar allá al fondo. A su espalda, la amazona lista para disparar al que se ha quedado solo y huye como un ratón en su ruedita fija. La rubia del anuncio desde su extrema quietud y él escapando, por alguna razón, están ligados ahora. Sus dedos de gigante se deslizan por la flecha llevándola a la posición de lanzamiento, el arco se curva y la gran flecha se retrae hasta el límite. Ya siente vibrar esa trayectoria de dolor, puede anticiparla, medirla, él, como una flecha, reunirse a sí mismo en un solo punto al final del recorrido enhebrando cada milésima de segundo y cada fragmento del espacio. Cordón abajo, senda peatonal borrosa, cordón arriba, no ve al policía con el *handy*, más allá el alambrado vencido, acelera, muerde el último empedrado y sigue, ya no siente la fricción bajo sus pies, cuando pasa la antena sur una cinta blanca y roja se corta y serpentea en el aire, se termina la baranda.

La inusual mudanza de la señora Moore

Wilmer Urrelo Zárate

Las escaleras eran demasiado estrechas. Lu observó las gradas desde arriba y supo que iba a ser endemoniadamente difícil bajar el ropero. Jhonny El Oso estaba a su lado, dijo:

—Será imposible bajarlo.

Lu no dijo nada. Jhonny El Oso giró para verlo y se encontró frente a ese ojo siempre inmóvil y apagado. Lu carraspeó, dijo:

—Si lo subieron también podremos bajarlo.

Jhonny El Oso vio que el negro se limpiaba la nariz con los dedos.

—Vamos —dijo, dando vuelta y metiéndose al departamento—. No podemos estar todo el día metidos aquí.

Jhonny El Oso lo siguió. Pasaron por la sala ya desnuda y llegaron a uno de los dormitorios.

La señora Moore los esperaba con los brazos en jarra.

—Creí que ya se habían ido —dijo, algo molesta.

Jhonny El Oso estuvo a punto de decir algo. Lu se adelantó:

—Sólo estábamos viendo cómo sacar el ropero, señora.

La señora Moore era vieja. Demasiado vieja para vestir de esa forma estrafalaria: la peluca verde hasta los hombros, los zapatos calados, muy pequeños, como si tuviera pies de geisha, el maquillaje totalmente exage-

rado y el perfume tan intenso como un abrasador sol en el desierto. Jhonny El Oso creyó que se trataba de una actriz o algo así.

—Pues manos a la obra, muchachos —dijo, moviendo ambos brazos.

Lu se acercó al ropero. Se trataba de una estructura grande y pesada. Lu intentó sopesarlo él sólo y comprobó que así no podía. Jhonny El Oso se puso al otro lado del mueble y lo levantaron entre ambos. El rostro de Lu se congestionó, su cuello experimentó de pronto la aparición de un montón de venas surgiendo por todos lados. Jhonny El Oso parecía imperturbable debajo de su barba rubia. Llegaron hasta el vano de la puerta de salida y lo dejaron allí. Lu dijo que él saldría primero. Jhonny El Oso asintió con la cabeza y se preguntó si ese maldito ropero estaría vacío.

La señora Moore llegó detrás de ellos. Dijo:

—Bájenlo con cuidado. Es un regalo de mi esposo.

Lu le dijo que no tuviera cuidado. Luego le dijo a Jhonny El Oso que al llegar al primer descanso de las escaleras doblara el mueble hacia la derecha. Jhonny le dijo que de acuerdo. Entonces empezaron a bajarlo.

Ganaron el descanso sumamente agotados. El sudor invadía la cara y el ojo muerto del negro. Jhonny El Oso tenía la barba empapada y su tórax subía y bajaba sin cesar.

—Por todos los demonios —dijo Lu, limpiándose la nariz—. Nunca había levantado algo tan pesado.

—Este maldito ropero está lleno —dijo Jhonny El Oso—. Deberíamos preguntarle si sacó todo de adentro.

Lu tomó aire y dijo:

—Ya estamos cerca, Jhonny, mejor terminamos de bajarlo.

Jhonny El Oso no dijo nada. Cogió el mueble de la parte inferior y se mordió los labios para poder soportar el peso. Doblaron el ropero hacia la derecha, pero una esquina de la parte superior se trancó.

—Diablos —dijo Jhonny El Oso.

—Maldición, es muy grande —dijo Lu.

En eso apareció la vieja. Traía una bolsa pequeña en una de sus manos. Los vio y dijo:

—Si subió tiene que bajar —pasó por un costado y ya cuando estuvo al otro extremo dijo—: los espero en el camión. Tengan mucho cuidado, muchachos.

Jhonny El Oso apoyó el ropero en la pared. Vio a Lu.

—Tendremos que apoyarlo sobre las gradas —explicó Lu, el ojo muerto no se movía y Jhonny El Oso comprobó que ahora estaba seco—, luego hacemos que pase primero mi parte y después giramos para que lo haga la tuya. ¿De acuerdo?

Jhonny El Oso agitó la cabeza afirmativamente. Volvieron a levantar el ropero y lo pusieron recto, luego lo bajaron hasta la altura de las gradas y, casi de cuclillas, empezaron a descender las escaleras. Lograron llegar hasta el segundo descanso. Sólo les faltaba uno más.

Jhonny El Oso escupió a un costado. El sudor se deslizaba por sus barbas. El rostro áspero y paralizado de Lu dijo:

—Éste no es un trabajo para ti, Jhonny. Supongo que en la policía era más fácil.

Jhonny El Oso no contestó nada. Sólo se limitó a limpiarse las palmas de las manos en los muslos del mameluco.

—Creo que no es tan difícil como éste —dijo Jhonny El Oso y vio, por primera vez en todo el tiempo que llevaba trabajando junto a Lu en el negocio de las mudanzas, que su jefe sonreía. El rostro del negro se contrajo como si se tratase de un músculo inerte. Dijo:

—Te acostumbrarás pronto.

Volvieron a levantar el ropero sin decir nada. Esta vez lo pusieron de pie y lo llevaron así hasta llegar al primero y, para ellos, el último descanso. Sólo faltaba un par de gradas más. Lu pensó que lo mejor sería que la parte que sostenía Jhonny El Oso cayera muy despacio hacia donde él estaba, como si se tratase de un árbol al momento de ser derrumbado. Se lo explicó y Jhonny le preguntó si podría aguantar el peso.

Lu dubitó, el ojo inerte apuntaba hacia la parte inferior del ropero.

—Por supuesto —dijo.



Entonces Lu le dio la orden a Jhonny El Oso. El ex policía sostuvo el ropero y lo fue soltando despacio. Abajo, Lu sostuvo el peso del mueble con ambas manos. No aguantó.

El ruido de la caída fue estrepitoso. Lu se quitó a tiempo y el ropero se vino abajo. Golpeó con el borde de una de las gradas y dio un vuelco impresionante.

—Demonios —dijo Lu.

El ropero se detuvo en seco. Sin embargo, la puerta estaba destrozada. En eso apareció la señora Moore. Pero ninguno de los dos la vio llegar. Jhonny El Oso y Lu, absortos, veían el interior del ropero.

—Diablos, con razón pesaba tanto —balbuceó Lu.

—A la policía no le gustará mucho esta sorpresa —dijo Jhonny El Oso, rascándose las barbas.

Mientras tanto, la señora Moore se sintió sorprendida y se llevó ambas manos a la boca, como si se tratase de un niño al momento de ser capturado en alguna travesura.

La fragilidad de las criaturas aladas

Carlos Yoshimito

Habíamos andado, a lo menos, tres kilómetros desde Mazamari cuando vimos una nueva trocha desviando el camino. Los montes de al ladito se apretaban en una densa fronda, parecida a la espuma. Espuma verde era. Yo le había advertido a mi compadre Prudencio: si llegábamos a verla alguna vez nos íbamos a hacer ricos. Nos reíamos pensando en el tamaño que tendría la suerte de ser así. Tan poca cosa. ¿Se imagina? Dos mil dólares por una mariposita muerta. Nos reímos estirando las matas que se doblaban como si fueran pestañas con sueño. Pisándolas. ¿Se imagina? Ah, caray. Con eso, cargado en la cabeza, nos fuimos animando. Nos abríamos un sendero de maleza y chas chas crujía en los ramales y los frutos secos que no habían alcanzado a reventar salvo por los pies con que pisábamos. Caminando. Al comiencito, pues, el Eleodoro Mateos nos había acercado con su camioneta hasta la entrada del sendero. Eso, como diez kilómetros, le digo, al inicio de la caminata. ¿Y si no hubiera venido? Mejor no pensarlo; así ocurrió. En el momento, todavía alcanzamos a ver el revuelo del polvo que dejaba su camioneta mientras reculaba; alzamos la mano e imaginamos que él nos despedía también desde los espejos, moviendo, adiós, agitando la mano. Le pagamos por el viaje sin ahorrarnos casi nada; pensando en el precio de La Soberana que Prudencio había conseguido tasar, caminando, nos animábamos. ¿Dos mil dólares no le digo? Y la imaginación que se nos hacía ligera, como pluma. A ver si de una vez se nos casa con la Olinda, aprovechó mi compadre de decir, al ratito, cuando ya subíamos, sacudiendo el machete en la loma grande. Me casaré, ya verá, diciéndole. Pero quisimos evitar la comunidad por no ver nomás a los nativos de

Padre Biedma; porque ellos no nos vieran elegimos el campo cubierto que se veía medio crecido, allá, disimulado por la maleza. Por eso bordeamos, pues. Evitamos el atajo de la trocha y nos echamos hacia el Velo, subiendo el monte, bien arriba, intentando que no nos vieran. Hicimos así. Luego topamos con esa nueva trocha de la que hablo, ruta larga era. Subimos más de dos horas la loma, bordeando la montaña llena de matorrales y arbustos de shimbillo; los fustes altos de las lupunas, su follaje crespito, hasta que en cierto punto el camino ya no quiso seguir subiendo con nosotros y, plantándonos, acariciamos las bolsas, por primera vez, con el chorrito mojando el sobaco y la frente. Se puso difícil a esas alturas: mi compadre Prudencio, que venía detrás, apartó un matojo grueso, salvaje, y lo dejó inclinado así, saltado en mitad de la trocha, para que nadie nos siguiera el rastro. Eso pensó. Y a mí se me dio que sería buena idea. A poco, llegamos a un clarito, en el costado del despeñadero. Frente a él nos detuvimos y miré arriba y vi la cabellera verde. Se movía. Soplaba detrás una ventolera como de pulmón caliente; ese aire que se adelanta a la lluvia, que viene zumbando y luego se abre como si fuera hembra pariendo, quedito, como si fuera chola brava. Con decirle que ya tenía el polo amarrado a la frente y mi compadre miraba con los ojazos bien abiertos. Pronto empezaría a anochecer, dijo. Empapadito tenía el lomo mientras partimos las enredaderas con el filo de los machetes chas chas y seguimos. Dos horas estuvimos dándole así hasta que no quedó ninguna en pie. Cuando al fin liberamos el camino, vimos una hondonada tras la última claridad; y, más allá, al fondo, una cascada y un arroyo quieto que lamía su chapoteo. Podemos

acampar allá y seguir mañana, respondí, echando a caminar hacia el cauce. Desde allá arriba se veían las lajas grises, secas, que orillaban el río. El río parecía saltar con la inminencia de la lluvia que caería; crías de ave, parecía, levantando con hambre el pico. Prudencio, Prudencio, grité. Nomás al ratito apareció subiendo unas bolsas, el machete metido en el costado del pantalón, con mala cara, aquí, dijo el Prudencio. Vamos a acampar aquí y seguimos cuando pare la lluvia, repetí, señalando el río y el cielo tapado de nubes. Sí, dijo mi compadre. Limpiamos el suelo y hora y media después desandábamos en el claro. Estábamos a un paso de un riachuelo; pero la espesura del bosque parecía ponerle la mano en la boca a ese ruido que lamía el cauce y sólo se oían cantos de grillos y ranas croac croac que lloraban. Metí mi mano en el bolsillo y saqué una bolsita de piñas secas que la Melba me encargó. Come, le ofrecí al Prudencio. Con los ojos, nomás, me dijo que no: Estoy bien así. Pero se había recostado contra un árbol y vi que se tocaba la pierna, se rascaba, como si le hubiera picado algo.

Allá en Tarma, en las fiestas, la gente siembra el piso con pétalos de flores; bonitos los hay, con el arte para formar figuras, y yo mismo he visto a Jesucristo y a campesinos en sus chacras, flores de flores he visto allá, a la virgencita Dolorosa dando tumbos en el brazo del negro y a una señora que aplaudía con el rosario en la mano, bien hechecitos que los hacen, aplicados, recolectando las florcitas por el color que se imaginan meses y meses, y de toditas las comunidades venían, y todo para nada más que las pise el Señor de Muruhuay y los padres y los cargadores del cristo. Allá yo era profesor de primaria, señor. Pero no daba plata, todo el mes sufriendo para llegar a las cuentas y un día le dije a la Olinda, ¿y si nos vamos donde tu hermano? Él siempre insistía, por qué no te vienes, Prudencio, vamos a tirar troncos, Prudencio, ya compramos una casita, Prudencio. Y yo me veía las manos todavía duras y movía la cabeza. Además, ella quería ir. Tentan a ese primo suyo, el Tacuri, en San Ramón, era abogado. Y cada vez que yo le decía, la suegra movía los ojos, silenciosa, y yo sabía que ella se iría con nosotros, como sombra. Allá nació también Melissa. Un añito después. Bien que la vi crecer, señor. Aunque nos metíamos a la selva y pasábamos meses, al volver la veía, la carita chapocita, cada vez más grande, mi hijita. Por eso tal vez quiso la chola que me la trajera a la fiesta de San Ramón. Para agradecer, me dijo; ella misma había puesto una ofrenda en el manto del cristo. No había flores allí, pero a la virgencita, dijo la Olinda, la nena quiere verla, dos añitos nomás tenía, pero quería verla, aunque estoy seguro de que eso era cosa de la chola, esa insistencia suya. Y Nazareno otra vez me animó vamos a San Ramón, compadre, yo lo acompaño. ¿Dónde estaba ese conchasumadre entonces? En el baño estaría. Yo revolví los ojos, como loco,

buscando a la virgencita Dolorosa que ya se iba dando tumbos, se perdía, y yo con la plaquita de la chola para colgarle en el vestido. Pero la niña quería comer, tiraba mi pantalón, se arrugaba, lloraba. Te doy caña dulce y la chupas, le dije, oficial; pero no la comes, carajo. Cómo jodía. Ella con su cabecita, alegre, me dijo que sí. Aquí espera ahora, bien quietecita me esperas. Y ella otra vez con su cabecita me dijo que sí. La dejé en ese clarito, ahí, junto al poste, juntando las manitas sobre el vestido. ¿Hice bien? Dos minutos, le dije, y ella bien quietecita se quedó sentada mientras yo me iba, y la gente empujaba, oficial, pero yo miraba, volteaba la cabeza y miraba, sobre las cabezas miraba, el poste, la gente; cómo se iba, desde los baños, dijo Nazareno, y yo lo miraba irse.

Dos horas después sonaba la fogata y las carpas derechitas se sostenían entre dos sombras y una enorme raíz que saltaba del suelo y servía de asiento. Habían buscado el pelo más seco de las lupunas para acampar. Ya llovía. Metido en la selva, la lluvia era distinta, se dijo Pru-



Aquiles Ralli, Visiones del Perú

dencio. Hay gratitud en el tacto de las hojas y en el suelo que se empapa, mojadito. Todo parece abrir la boca. Como los peces a los que se les tiran migas. Y recordó a Melissa. Tiene que curarse esa pierna, compadre, dijo Nazareno. La tela bailaba delante del fuego, y, de cuando en cuando, un insecto se acercaba demasiado gloton y se chamuscaba con un ruido parecido al del fósforo. Al pelarse el pantalón vio nuevamente la herida grande; mordía el músculo. Fui a buscarle agua al riachuelo, pensó Nazareno. Ahora se lavará. Hojitas secas y ramas caídas en el suelo alimentan la candela. Lo vio lavarse. Al cabo sacaron la carne que habían salado sus mujeres y se pusieron a masticar, despacio, mirando la lluvia que caía. No vamos a volver, dijo Prudencio. Esto se cura con agua y jabón y luego hay que esperar a que coagule. Nazareno se recostó sobre una bolsa y lo vio lavarse. Fui a buscarle agua, pensó. Ahora no quiere volver. Vio cómo su cuñado rajaba una camiseta limpia y se enrollaba la herida con cuatro vueltas. Después se durmió. Era noche entrada y ya no llovía cuando sintió frío. Nazareno seguirá recostado afuera, pensó. Pero dentro de la carpa todavía se oía un goteo suave, y aunque tenía la cabeza caliente, sentía frío. Dios mío, susurró para sus adentros, si no salgo de aquí y la fiebre se me hace masa grande y caliente y se asienta sobre la frente. No estaba seguro, pero juraría que esa noche también había soñado otra vez con Melissa. Estaba de espaldas. Al otro lado de la lona el calor de la fogata todavía se movía con el mismo resplandor oscilante y los grillos lamían sus patas, y unas sacudidas en las ramas más altas, frailecitos serían, pensó, no había que tenerle miedo, y entonces lo oyó. El suelo estaba duro, sentía el relieve de piedras o ramitas, metidas bajo la espalda. Sintió el sudor cayendo por el cuello y, al tocarse, la espalda empapada y fría, cuando la sombra cruzó la tela una segunda vez y él la vio parpadeando, transparente, y oyó el mismo ruido. Suavecito bajó el cierre. Era grande, volaba como si remara, *ahí mismito. En el poste.* Dios mío, dijo Nazareno, abriendo los ojos, cruzado de repente por el vuelo de aquella enorme mariposa blanca que aleteaba cerca del fuego. No alcanzó a decir más, porque el revoloteo enfurecido de las mariposas, los cientos, miles de destellos dactilares que palmoteaban, flotando, en la oscuridad, le taparon la boca, o la cerró él mismo porque no se le metiera ninguna de esas lamparillas que flotaban mientras gritaba mi nombre y se perdía golpeando el vacío. Nomás alcanzó a decir, para que yo lo oyera bien: Dios mío, Prudencio, repitió. Un almita en pena. Santíguate por la gran puta. Gangueó todavía, buscándose en la oscuridad, y yo comprendí su miedo, y tal vez sin darme cuenta, lo comprendí: aquella mariposa tenía el color más blanco que yo hubiera visto en mi vida. *Ven, le dijo, ven, ven.* Y era tan blanca, aún en mitad de

esa noche compacta que nos caía encima, que ella misma, voleteando en el tembloroso resuello de la madera, entre las chispas de un crujido mal dado entre las cenizas que levantaba la acometida de las alas sobre la fogata, parecía un agujero perdido en la oscuridad, un agujerito en la puerta cerrada por la que nos habíamos atrevido a mirar y por la que habíamos visto demasiado. Se le ocurrió, en ese minuto de inanimada ofuscación, que buscaba su vacío, que era un vértigo blando, flotando en el aire. Alcancé a sacudirme el cuerpo, la boca, el cabello, dijo Prudencio. *Sin pensarlo, Melba, le agarré la manito, la subí a la moto.* Y allá, donde mi compadre se había erguido, o donde yo imaginaba su cuerpo, sacudiendo manos, brazos, hombros, cuello, derramando cabello, lágrimas, todavía dudé si no serían dos enormes ojos, prendidos a sus espaldas, los que me perseguían desde el sueño. Y si no estaría soñando y en el sueño mismo el tumulto de esas alas me llamaran para que abriera los ojos y mirara el sueño del que ya no despertaría. Parpadeé. Puta madre, no me vas a llevar, me dije bajito. Parpadeaba. Yo tenía apretado el dibujo en la oscuridad, lo había buscado a tientas cuando sentí el primer aporreo de mi compadre, con la boca abierta, y todavía la sentía, rígida, y la apretaba en la mano, media hora después, como si pudiera reconocer en ella su proporción y sus colores y sus formas moradas y amarillas y verdes y como si con el tacto, y no con los ojos muertos, alcanzara yo a mirar a través de ella en mis manos, ahora perdidas en la sombra. Creyendo ver esa multitud de alas perdidas, pensaba cómo encontraría a La Soberana, dónde empezaría si no era antes atrapándolas a todas y mirando, en el trasluz canicular del arroyo, el color que cada una de sus alas le había pintado en la espalda. Me sobrepuse y le dije a mi compadre: Trae las redes, Nazareno, carajo. Me levantaba a ciegas, tanteaba el suelo, me sobreponía al dolor de la pierna, cuando sentí el primer roce de una lámina fría en la cara, las redes, el calor en la cara; apura, conchetumadre. Y me sorprendió bajar mis manos y abrirlas y encontrarlas limpias, mis dedos limpios, mis uñas limpias, mis nudillos sin los rastros de una sangre que yo imaginaba cruzándome la cara detrás de ese roce afilado y frío. Sólo la forma licuada de mi miedo haciéndome actuar así. Sólo un instante, pensé. Un instante nomás y la caña de red que mi compadre había puesto a mi alcance se apretaba fuerte a mi mano. Olinda. Te juro. La apreté fuerte. Sí, la apreté fuerte, Olinda. Con ambas manos. *Le apreté fuerte la boquita con mis dos manos, gordita.* Con las dos manos, fuerte, fuerte, apreté, fuerte, *cerré la puerta.* Apreté. Y luego corté el cielo. **U**

Fragmento perteneciente a la obra en progreso *La fragilidad de las criaturas aladas*.

Reseñas y notas



Eric Clapton



Rosa Beltrán



Saint-John Perse



Samuel Taylor Coleridge



James Salter



Marcel Sisniega

El cuerpo expuesto

Darwin: golpe a la vanidad humana

Ignacio Solares

Decía Freud que él le había dado el tercer golpe mortal a la vanidad humana con el descubrimiento del inconsciente, que nos obliga a reconocer que estamos gobernados por fuerzas oscuras y que mientras no las llevemos al consciente, vivimos sin ser dueños de nosotros mismos. El primer golpe a la vanidad humana se lo dio Kepler al demostrar que nuestro mundo no es el centro del universo. Y el segundo, que es el que en este caso más nos interesa, es el golpe que le dio Darwin a la vanidad humana al demostrar que el hombre no es eje y flecha de la creación, que no lo creó Dios en un jardín edénico, sino que es producto de una evolución.

En ese tema se adentra Rosa Beltrán con *El cuerpo expuesto*, a mi modo de ver su mejor novela hasta ahora, y de una alta calidad en su escritura, su tema y su investigación.

Como toda gran literatura, al final nos deja con varios como hilos enredados en las manos y la profunda sensación de que por más tangible y concreto que parezca el suelo que pisamos, siempre estamos rodeados por “otro” mundo oscuro e invisible que, sin embargo, en cualquier momento puede manifestarse.

Veamos: como nos lo va revelando *El cuerpo expuesto*, Charles Darwin llevaba más de dos décadas dándole vueltas a la idea de la evolución de las especies, antes de que publicara *El origen de las especies* en 1859, pues desde mucho antes previó que su teoría iba a caer como balde de agua fría sobre los dogmas establecidos no sólo por la ciencia sino también por la fe cristiana.

Conforme avanzaba en sus investigaciones y, sobre todo, a partir de su viaje en el Beagle, se fue encontrando con evidencias que contradecían todo lo que le habían enseñado. Al principio —nos cuenta Rosa

Beltrán—, Darwin “se extasiaba con las maravillas naturales que Nuestro Señor puso un día sobre la Tierra para solaz y estudio de los hombres...”, era una maravilla ver cómo había de especies raras en esas islas perdidas, cuán variadas y distintas unas de otras y más sorprendente aún que el Creador las hubiera mantenido ocultas a los ojos de la civilización desde el origen de los tiempos hasta ese día”. Sin embargo, intuía que había algo que no coincidía con las palabras del *Génesis*—que ni plantas ni animales debían haber cambiado desde que Dios los creó—. Lo sabía porque había estudiado teología en la Universidad de Cambridge y tuvo la intención de ordenarse sacerdote de la Iglesia Anglicana, pero en ese momento no le interesaba cuestionar la validez de la *Biblia* para explicar el origen del mundo. Sin embargo, en una carta a su amigo Hooker, antes de que apareciera su polémica obra, Darwin afirmó que “las especies no son (es como confesar un asesinato) inmutables”. Y cómo no. En la conservadora Inglaterra victoriana del siglo XIX, resulta una verdadera blasfemia siquiera pensar que Dios no había dado vida a todas las criaturas del mundo de una vez y para siempre, sino que eran producto de miles de años de selección natural.

Pero entonces cabe preguntarse: al igual que el cuerpo, ¿el alma también puede evolucionar o involucionar? Y si es así, ¿hacia dónde lo hace? ¿Es el alma eterna e inmutable, dada de una vez y para siempre, o es eterna y cambiante, con posibilidad de evolucionar? Y, sobre todo, ¿en qué podría convertirse la especie humana con esta evolución? ¿Cuándo vendrá el cuarto golpe a la vanidad humana?

El cuerpo expuesto entrelaza dos historias: la de Charles Darwin, en la época en

que da a conocer su teoría de la evolución en *El origen de las especies*, y la de un innombrado personaje en la época actual, quien se considera a sí mismo como “el último darwinista”.

La novela está dividida en tres partes: “Adaptación”, “Conservación” y “Sobreviviencia”, las cuales, a su vez, se dividen en párrafos en los que se intercalan los episodios de ambas historias: la de Darwin contada en tercera persona, y los casos del “último darwinista” contados por sí mismo. La historia de Darwin nos muestra al padre del evolucionismo en los días en que está a punto de dar a conocer su teoría y la forma en que es recibida por la comunidad científica de su tiempo (“Algunos biólogos objetaron el que no pudiera probar sus hipótesis. Dijeron que al leer *El origen de las especies* hubieran querido ver al hombre detrás del mono y que sólo veían al mono detrás del mono”) y luego por la sociedad, al darse cuenta de las implicaciones que tiene el hecho de que el hombre no haya sido creado como tal desde el principio del mundo, sino que sea producto de la evolución de otras especies animales.

Darwin —el “hombre de los ojos tristes”, como lo llama la narradora—, padece una salud mermada que se agudiza por los nervios que le causa la disímbola y enconada recepción de su obra.

“El ‘hombre de los ojos tristes’ ha probado nitrato de bismuto, choques eléctricos, carbonato de amoníaco, agua ozonizada, ha usado trozos de zinc alrededor del cuello y cintura mojados en vinagre, para probar con un nuevo tipo de descargas, quinina, dietas rigurosísimas, arsénico y baldazos de agua helada, todo con la esperanza de curarse, ¿y qué ha conseguido, además de una vida de tortura corporal?”

“Nada permanece inmutable, aunque las variaciones ocurren sólo si alguien es capaz de verlas”, dice el científico inglés al inicio de la novela.

Sin embargo, el “último darwinista” afirma que una vez que Darwin descubrió la teoría de la evolución, el ser humano cree haberse deshecho del azar que implican los cambios evolutivos y cree tener el poder para convertirse en lo que quiera. Por ello decide recopilar y exponer a través de un sitio en Internet los casos de personas que han modificado sus cuerpos, ayudándolos a transformarse en algo muy diferente a lo que supuestamente deberían ser.

El “último darwinista” es implacable en su diagnóstico de la especie humana:

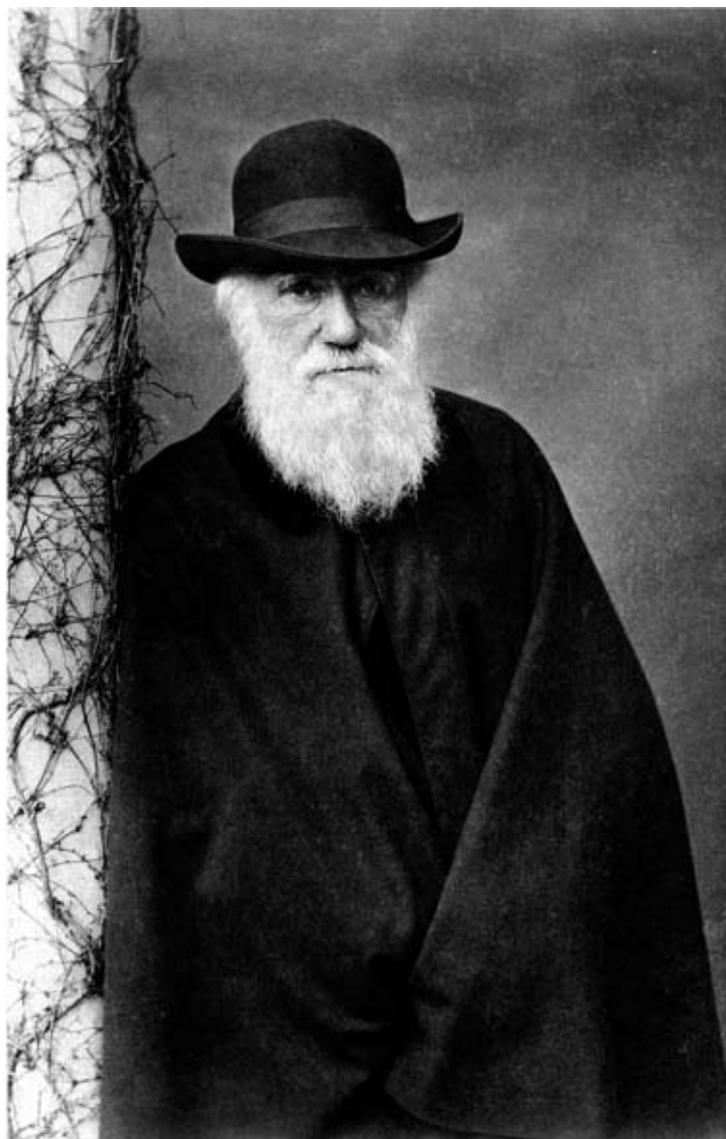
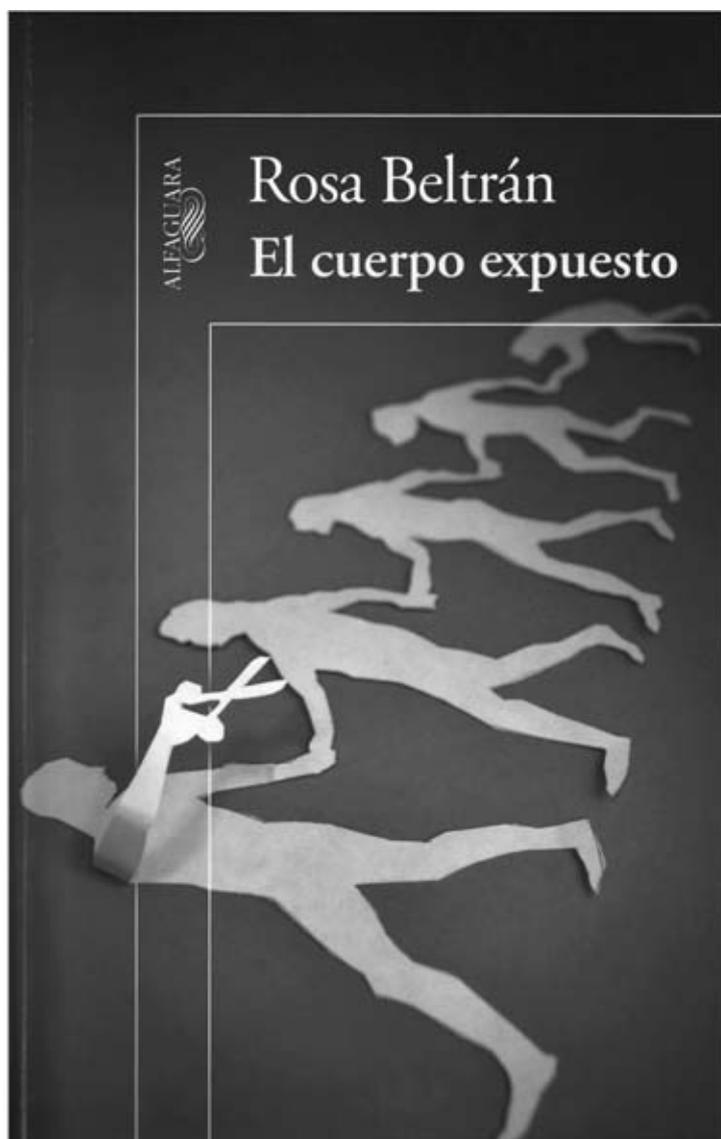
Ni somos producto de la sucesiva orgía de incestos sin límite organizada por el Creador ni somos la materialización del hálito divino. Tampoco, en el proceso evolutivo, nos acercamos a la perfección. Más bien al

contrario. Hemos empezado a involucionar. La civilización se acerca a la barbarie, porque los ejemplares más susceptibles de adaptarse al medio no fueron los “adecuados” en el sentido en que todos lo quisimos creer, incluido el propio Darwin. Somos la prueba fehaciente de la autoindulgencia. La depredación de la propia especie, la doble moral, los excesos de todo tipo y la fascinación por la violencia son la marca de lo que nos caracteriza.

Sobre los distintos matices y manifestaciones de la autoindulgencia, de la depredación, de los excesos y de la doble moral, tratan las diversas incursiones novelísticas de Rosa Beltrán. Desde su primera novela *La corte de los ilusos*, donde aborda la farsa y fugaz vida cortesana del primer imperio mexicano, el de Agustín de Iturbide, nuestra autora analiza con precisión entomológica la forma en que nos relacionamos los seres humanos, pero sobre todo la

manera en que nos esmeramos en tratar de aparecer ante los demás como no somos, de enmascarnos, en ser diferentes a toda costa. Así, en la efímera corte iturbidista, los criollos mexicanos no quieren ser ni criollos ni mexicanos, pero tampoco españoles, y tratan infructuosamente de emular las costumbres y manierismos de las monarquías europeas en una nación que no termina por nacer y con un pueblo que anda en busca de su propia identidad, con un simulacro de corte de pacotilla donde predomina la envidia, la avaricia y la banalidad.

En su segunda novela, *El paraíso que fuimos*, Rosa Beltrán nos introduce en la vida de una familia mexicana de clase media que se esfuerza por aparentar “normalidad” a toda costa, pero en su interior cada uno de los personajes, padres e hijos, se resquebrajan y se hunden en una forma de anormalidad de lo más corriente, a la que los condena la vida moderna, con sus exigencias banales y rituales vacíos. En tanto, en



Charles Darwin

Alta infidelidad nuestra autora incursiona en la problemática de la pareja a principios del siglo XXI, y de nuevo nos encontramos con el asunto de la insatisfacción, de la duda, del no saber cómo actuar para cumplir con las exigencias del otro. Julián, el posmoderno casanova protagonista, se la pasa dudando frente a sus diferentes parejas y amantes, y duda porque no puede hacer otra cosa: se entrega, promete, sueña, fornicación y enloquece de celos, porque detrás de él siempre se encuentra la insostenible duda acerca de la posibilidad-imposibilidad de vivir el amor en total plenitud.

En su cuarta incursión en el género, una novela corta e intrincada, *Efectos secundarios*, Rosa Beltrán nos muestra el desmascaramiento de una impostura: el personaje principal ejerce el peculiar oficio de presentar libros de autoayuda por encargo y con argumentos inverosímiles trata de convencer al público de estar siempre ante “la gran obra del año”, hasta que la reali-

dad termina confundiendo con la ficción, o mejor dicho, la realidad termina siendo secuestrada por la ficción. Con excepcional humor, mostrando una realidad absurda y violenta, la autora hace un elogio de la literatura y del humanismo, las únicas vías de escape a un mundo asfixiante y a veces incomprensible.

Así llegamos a *El cuerpo expuesto*, donde Charles Darwin y “el último darwinista” son espejos contrarios: mientras el primero se dedica a recopilar evidencias de la larga evolución de los animales, el segundo se encarga de armar un “museo de los horrores” virtual que busca documentar la rápida involución de la especie humana. Y a final de cuentas, ambos tienen que enfrentar el linchamiento social por mostrar el resultado de sus investigaciones.

En su libro *La evolución y el futuro de la humanidad*, publicado en 2008, George F. Hart —profesor emérito de geología en la Universidad Estatal de Louisiana, en Esta-

dos Unidos, y experto en prospectiva científica y tecnológica— propone algo que parece sacado de una delirante novela de ciencia ficción: las próximas especies en las que derivará el *Homo sapiens* en unos cuantos cientos o miles de años. La diferencia con la evolución natural promulgada por Darwin es que la evolución de la especie humana será autoinducida; es decir, el hombre provocará su propia evolución, tan apuntada en *El cuerpo expuesto*.

Así, señala Hart, la próxima especie en aparecer será la del *Homo cosmicus*, cuyos ejemplares se convertirán en los primeros colonizadores del espacio exterior. Muy parecidos al *Homo sapiens*, habrán sido genéticamente manipulados para sobrevivir en otros planetas, por ejemplo, creándoles nuevos órganos, alterando sus sistemas vitales e instalándoles prótesis cerebrales. La siguiente sería la última encarnación del género plenamente humano: el *Homo roboticus*, que sería autorreplicable de forma no necesariamente humana, aunque con una mente parecida. Finalmente, aparecería el *Robotico earthensis*, cuya estructura y conciencia habrían sido diseñadas artificialmente por completo mediante la combinación de robótica, bioingeniería y nanotecnología. “El futuro de la transformación humana es al mismo tiempo un sueño y una pesadilla, pero definitivamente no es una fantasía”, afirma contundente el doctor Hart.

El cuerpo expuesto atisba los primeros pasos de esta evolución-involución del género humano, pero con una mirada no tan entusiasta. Se trata de una novela perturbadora —ya decíamos al principio que nos mueve el piso— y al mismo tiempo fascinante, pues cuestiona el enrarecido entorno en que nos desenvolvemos en la actualidad: individuos inconformes con su realidad, que quieren convertirse en algo diferente a lo que son, pero influidos y manipulados por los medios de comunicación y por sus propios congéneres, con el deseo desesperado de ser aceptados, de encajar en la sociedad y, sin embargo, por más que lo intentan, por más que tratan de “evolucionar”, la deseada satisfacción nunca llega, el egoísmo y el individualismo se recrudecen y la soledad se hace aún más desesperanzadora.

Una novela imprescindible. **U**



Rosa Beltrán

Después del mundo feliz, ¿qué?

Aline Pettersson

Comprendía muy bien por qué no se podía tolerar que las castas inferiores malgastasen con libros el tiempo de la comunidad.
Aldous Huxley

Podría también emplear como epígrafe el mil veces empleado verso de Jorge Manrique: “cualquier tiempo pasado fue mejor”, para así delatar el paso del mío. Aunque tal vez sea inevitable echar de menos ciertas cosas y agradecer la presencia de otras. Llevándolo al extremo, claro que prefiero una resonancia magnética hoy a una trepanación en la antigüedad. La búsqueda de respuestas y un mayor grado de conocimiento han conducido a la humanidad a cambios constantes y a la incorporación, pero también al cuestionamiento de sus hallazgos científicos y a su revaloración que, en ocasiones, modifica el punto de vista en poco tiempo para acabar retomando el previo. Las bondades terapéuticas de la vitamina C, o su irrelevancia, son muestra de cambios de opinión en un lapso vital breve.

El ser humano ha luchado por comprender y, en la medida de lo posible, dominar el mundo que lo rodea. Primero fueron sus intentos por mantener a raya las fuerzas de dioses y demonios que, desde sus regiones insondables, parecían regirlo todo. Muy lentamente sus horizontes de conocimiento se le abrieron y siguen abriendo sin que nunca, hasta el día de hoy, haya desaparecido un pensamiento mágico que pretende, apelando a las virtudes de un poder paralelo, dar respuesta o consuelo, quizás.

El caso es que desde tiempos ancestrales el hombre, al saberse limitado e indefenso, imaginó la posibilidad de “seres” mecánicos que él pudiera crear y emplear en su ayuda, como sería el caso que narra Homero en la *Iliada* de Hefesto, dios del fuego



y la forja, que construye dos autómatas de oro con aspecto femenino y que, aunque sin movimiento, estaban dotados de inteligencia. Ovidio narra la historia, ya no de un dios, sino del máximo exponente humano: un rey, a la vez escultor, Pígmalión, enamorado de la perfección de su obra, la estatua de Galatea que terminará cobrando vida gracias a Afrodita. Supongo que la tibia y blanda belleza animada de la figura femenina debe de haberle bastado al rey. Y prosiguiendo con la trayectoria laboriosa de las manos, algo menos de dos mil años después, Carlo Collodi escribe sobre el carpintero Gepetto que talla, en un trozo de madera dotado de voz casi inaudible, un títere poseedor de inteligencia.

En la tradición cabalística judía aparece en el medioevo el Golem, modelado en arcilla por un rabino, tal como lo fue Adán, pero cuyos resultados son insatisfactorios. La criatura es un ente defectuoso, en cuanto a sus posibilidades de pensamiento y que debido a su inclinación al caos se vuelve en contra de su creador.

En tiempos bastante recientes Isaac Asimov maneja el tema del robot, cuyo nombre toma del que le otorga, a su autómatas, el escritor checo Karel Čapek en 1920 y que etimológicamente refiere a labor forzada o esclava. Asimov y otros muchos autores lo emplearon o emplean, tanto en libros (muchas veces excelentes) como en películas o series animadas. Ahí se hace evidente el nunca descartado deseo de emular la capacidad propia de Dios. El hombre ha soñado, a lo largo de su historia, con la posibilidad de modelar o forjar un ser pensante (aunque inferior a él) para servirse de él. Sin embargo, sus reiterados esfuerzos no alcanzan la perfección que anhela. Conocemos a Frankenstein, por el nombre del científico que lo elabora, y que, igual que el Golem, va a atacar a su hacedor.

De cualquier forma, quienes han jugado con el tema suelen concluir que habrá siempre un límite en las capacidades de la criatura para actuar en el mundo. Así, pese a su inteligencia o no, a su aptitud para el movimiento o no, lo que resulta evidente es que el robot no posee el término, considerado hoy obsoleto, de alma o al menos no posee libre albedrío, albedrío al que, por ejemplo, Pinocho aspira. Es decir, el ente está predeterminado en sus acciones, se mueve hacia un objetivo y carece de capacidad para ponderar y sentir. Ha sido creado para servidumbre de quien lo construyó pero que fue incapaz de dotarlo de juicio

ético. Al final, la victoria humana busca imponerse al autómatas que sigue leyes inexorables que avasallan a su inventor.

Durante el siglo XX y lo que va del XXI han proliferado investigaciones y trabajos alrededor de la inteligencia artificial que buscan que las máquinas se muevan en muchas direcciones y efectúen acciones cada vez más complicadas. Tal vez el sueño del científico, y desde luego el del narrador, es lograr que el aparato piense por sí mismo. De momento, y en un ejemplo muy sencillo, la reunión de todas las soluciones posibles para las jugadas de ajedrez rebasan, quizá, la capacidad humana. El análisis absoluto y rapidísimo de la computadora puede derrotar al experto ajedrecista de carne y hueso.

Esta celebración de la máquina, por un lado, y de las posibilidades cada vez más gigantescas de la red virtual aplicadas, por el otro, han llevado al ser humano a desarrollar capacidades nuevas, y también a desechar un aprendizaje milenario que, en cierto sentido, me parece que tiene que ver con el libre albedrío. No dudo de que los científicos y tecnólogos de exce-

lencia continúen ejercitando prontitud mental en sus respuestas. Sin embargo, esto no sucede con la población general que está siendo llevada a comportarse como los robots de los relatos. Se le entrena y asimismo despoja de su espontaneidad inteligente de reacción. Sus movimientos se vuelven automáticos y sus palabras más aún. Estas personas constituyen un fragmento grande de la población y laboran en toda índole de empleos u oficios. Pero son casi incapaces para comprender y responder a algo que se salga del guión memorizado. Su discurso es tan idéntico a sí mismo que me recuerda a aquel antiquísimo Santa Claus que se reía siempre de la misma manera tras del vidrio de una tienda. Hoy pienso que acaso preveía condescendiente el futuro lejano que esperaba a la gente programada, como él lo había sido en aquel tiempo, y tal como lo imaginaron los escritores de ciencia ficción. La risa del viejo muñeco ofrecía, en ese entonces, la promesa del cercano regalo de un sueño, ¿pero qué ofrece hoy el coro de voces de las personas cuya imaginación ha sido mutilada y cuyo propio sueño ha sido empequeñe-

cido y banalizado al extremo de aproximarlas a aquella carcajada mecánica?

Se programan y agrandan las perspectivas de la máquina de metal y plástico, inserta en el universo digital con posibilidades de crecimiento inimaginables. Yo recupero aquí el antiguo concepto del hombre máquina y me pregunto, ¿qué sucederá con esa legión de seres de carne y hueso a quienes se reeduca y mecaniza arrasando con los remanentes de su imaginación?

La utopía del progreso ahora parece apoyarse en la elaboración de máquinas cada vez más inteligentes y autónomas mientras, paralelamente, se acota el pensamiento del hombre para asemejarlo al autómatas. Hay una salvedad o un precio a pagar: el desarrollo científico que le permite sustituir con partes robóticas las partes dañadas de su cuerpo.

¿Acabará la humanidad en un matrimonio mixto con el robot humano sometido a la inteligencia superior que al fin le fue dado construir? ¿Se recorrerá el camino inverso para divinizar dicha inteligencia, cuyos designios, finalmente, le serán tan insondables como los de aquellos dioses originarios? **U**



Literatura y fútbol

Jorge Alberto Gudiño Hernández

La cultura y el deporte son conceptos que suelen estar disociados pese a la tradición helénica. De tan lejana, apenas se asientan los referentes como buenas ideas o propósitos por cumplir. Es probable que la especialización a la que hemos llegado en nuestros días impida que uno pueda cultivar cuerpo y alma a niveles similares aunque eso no explica la aparente animadversión que existe entre las disciplinas. Sobra decir que dicho encono no es tal. Es cierto: quienes se dedican al deporte difícilmente se dejan seducir por la literatura y viceversa. Pero, en ese mismo tenor, tampoco es que se vea a una gran mayoría de escritores tratando de comprender los postulados básicos de la teoría de cuerdas o a químicos especializados en nanopartículas corriendo maratones. De nuevo, los estándares de calidad actuales impiden dedicarse a fondo a muchas actividades.

Al margen de la falsa antipatía entre quienes se dedican a una y otra disciplina, llama la atención lo escasa que es la literatura deportiva, perdonando la bitopía que genera el enunciado. En concreto: existen algunos magníficos ejemplos de novelas y cuentos en los que se habla de un deporte en particular. Sin embargo, son muy pocos si se comparan con otros temas. Mucho más, si se considera la importancia de estos deportes en la vida de las personas. Cualquiera podría suponer que escribir cuentos ambientados en los Juegos Olímpicos aseguraría el éxito comercial y, no obstante, es muy difícil encontrar dichas narraciones. Sucede que no son nada sencillas.

El deporte parte de su propia narrativa. Sobre todo, cuando se trata de competencias. Cada disciplina tiene a sus héroes y acumula hazañas que, si acaso, precisan de la crónica, no de la ficción. Baste pen-

sar en las posibilidades. Es casi imposible narrar un partido de béisbol en el que haya mayores emociones que las despertadas en la última entrada del séptimo juego de la Serie Mundial cuando el equipo de casa remonta con un cuadrangular con la casa llena. Hacerlo resultaría tan forzado que se volvería inverosímil y, sin embargo, ha sucedido. Estas hazañas de último minuto, cuando la esperanza de unos está tan desvanecida como exaltados los ánimos de los otros, suceden con una frecuencia abrumadora y en la realidad.

¿Cómo narrar, entonces, un cotejo más? Peor aún: ¿cómo escribir más de una veintena de cuentos de fútbol en un solo libro? Estos libros existen, es cierto, pero suelen ser antologías en las que participan múltiples autores. Eduardo Sacheri (Buenos Aires, 1967) ha ido más lejos: se atreve a escribir más de veinte cuentos y a presentarlos en un mismo libro.

La clave parece el hecho de que el fútbol sólo es el pretexto; su hilo conductor. Eso no impide, por supuesto, que se narren partidos completos o una síntesis de las mejores jugadas. Pero lo importante no es eso. O no sólo eso. Lo importante radica en algo mucho más complejo que el propio juego: en los personajes.

Eduardo Sacheri presenta sólo a unos cuantos. La mitad de ellos son jugadores y otros tantos hinchas, fanáticos, espectadores. En ambos grupos es fácil percibir las motivaciones que trascienden al hecho de salir victorioso; porque se aprende a ser fiel en las derrotas, una vez que se le ha llorado al equipo. Así, es posible encontrarse con un padre atestiguando el proceso de su hijo; proceso mediante el cual se convertirá en incondicional de un equipo. En el libro también habitan fanáticos capaces de ata-

car las instalaciones de los rivales u otros, necesitados de un plan para vaciar las cenizas del padre en la cancha. Los milagros no faltan, ya sea por intermediación divina o porque ese día un jugador salió inspirado. También encontramos afrentas que se dirimirán varias décadas más tarde o a un jugador profesional escapando de la concentración y atravesando el Atlántico para alinear en el partido anual entre dos equipos de barrio. Por supuesto que también se incluyen falsas crónicas: aquellas que dan cuenta de partidos memorables como la final de Italia 90. Con la diferencia de que los resultados repercuten en la vida de dos enamorados.

Sacheri sabe lo que dice cuando habla de fútbol. No sólo porque es capaz de refigurar un lenguaje y una intensidad anejas al juego. También, porque trasciende lo deportivo hasta el plano de lo humano. Sus estrategias narrativas son simples y envolventes. De esa forma garantiza el entusiasmo de los lectores. Es cierto, no todos los relatos golpean de la misma forma pero ya se sabe que eso es imposible en un libro con tantos textos. Se agradece, en cambio, la identificación lograda. Esa empatía casi inmediata, la certeza de lo imposible. Se agradece, más aún, la creación de ese territorio donde pueden convivir, sin pugnas, lo deportivo y lo literario. No habiendo ventaja de ninguna de las partes, lo importante no será el resultado sino el partido. O los partidos. Uno o varios por cada cuento. Una o varias oportunidades para limar esas falsas asperezas y terminar celebrando juntos la maravilla del juego. **U**

Eduardo Sacheri, *La vida que pensamos. Cuentos de fútbol*, Alfaguara, México, 2013, 336 pp.

Lo que sea de cada quien

Jaque mate a Marcel Sisniega

Vicente Leñero

De no ser por los conversos al catolicismo que se mientan en la historia (Paul Claudel, Edith Stein, el cardenal Spellman...) yo desconocía a alguno cercano. Por eso me sorprendió Javier Sicilia cuando dijo que Marcel Sisniega era un converso militante. Estela y yo lo veíamos con frecuencia en Ahuatepec, durante la misa dominical de los benedictinos con el padre Conrad.

Sabía quién era Marcel Sisniega: el más importante ajedrecista que ha dado México desde Carlos Torre Repetto, según el veredicto de Luis Ignacio Helguera. Joven prodigio, ocho veces campeón nacional desde los dieciséis años, gran maestro internacional a los dieciocho, Marcel era también un escritor notable. Tradujo el *Timón de Atenas* de Shakespeare, guiones de Tarkovsky y fue autor de los relatos con los que Carlos Carrera elaboró su película *El embrujo*.

Un día aciago de 1993, a causa de los avatares de los torneos, decidió abandonar el ajedrez y dedicarse al cine que había estudiado en el CCC y también era su pasión, aunque nunca la dominó por completo. Filmó dos películas aceptables: *Libre de culpas* (en la que participó mi hija Eugenia) y *Una de dos* (sobre la novela de su amigo ajedrecista Daniel Sada). Luego tropezó: se empeñó en filmar a punta de planos-secuencias como su admirado Tarkovsky y perdió el rumbo desde la elaboración de los guiones.

A veces me daba a leer sus libretos, me solicitaba opiniones, sugerencias, pero era necio y soberbio, como en el ajedrez; hacía luego lo que se le daba la gana al desarrollar una situación y hasta en el trabajo de los primeros cortes de su película.

—Esta escena se te bandeó, no tiene caso, suprímela.

—Se rompería el plano-secuencia.

—¿Por qué me pides mi opinión si luego no me haces caso, carajo?

—Porque no estoy de acuerdo —me jaqueaba.

Insistía en hablar de cine, siempre de cine.

—En el ajedrez no hay quien te gane, Marcel, regresa a los torneos.

—El ajedrez te absorbe, te envenena, te aniquila —decía—. No quiero volverme loco. No haces más que pensar y hasta soñar en jugadas y variantes imposibles.

—Piensa entonces en una película con un tema de ajedrez.

—No se puede. El ajedrez plantea problemas hacia dentro de los personajes, no hacia afuera como en el cine.

—Falso. Acuérdate de aquella película que hicieron sobre la novela de Nabokov, ¿la viste?

—No me interesó.

—El ajedrecista loco sufría!

—La que voy a hacer ahora es una película sobre la última novela de Javier Sicilia.

Nos dio a leer el guion, primero a él, Javier, después a mí. Como siempre lo atiborré de sugerencias, de cambio de secuen-

cias, de ideas para fortalecer al protagonista de la novela que aparecía como un personaje secundario. También como siempre me oyó pero no me escuchó.

—Voy a pensarlo —dijo.

Consiguió patrocinio. Llamó a Lisa Owen y a Gonzalo Vega y se fue a filmarla a los rumbos de Catemaco.

Cuando la terminó organizó un preestreno. Me invitó. No fui. Me envió entonces un disquet para que la viera. Le salió pésima.

En el festival de cine de Guadalajara mi hija Eugenia y yo nos topamos con Marcel Sisniega, después de mucho tiempo, cuando íbamos rumbo al gran auditorio para la inauguración del evento con el estreno de *Another Year* de Mike Leigh.

Marcel había dejado para siempre Cuernavaca y ahora vivía en Coatepec. Acababa de fundar una escuela de cine —¡no de ajedrez!—, me parece que en Xalapa. Dijo que le iba muy bien y que se sentía feliz, aunque lo advertí deprimido como siempre, huidizo.

Juntos vimos la película de Leigh. A Eugenia y a mí nos pareció maravillosa, a él le aburrió.

Cuando salíamos del auditorio me preguntó por fin:

—¿Qué pasó con mi película? ¿Te gustó? ¿La viste? Te mandé un disquet.

Iba a decirle la verdad —Eugenia me atisbaba—, pero no me atreví.

—No la he visto todavía. Perdí el disquet, perdóname.

No volví a encontrarlo. El 19 de enero de 2013, treinta años después de que Marcel Sisniega renunciara al ajedrez, me enteré por *La Jornada* de que un infarto lo había sorprendido con un jaque mate fulminante. **u**



Marcel Sisniega

A través del espejo

Garúa

Hugo Hiriart

Reyes en carta a M. L. Guzmán: *Soy el hombre menos indicado para impresionar a los públicos o a las multitudes mediante el recurso político por excelencia, que consiste en insistir en un solo aspecto de las cuestiones, fingiendo ignorar lo demás.*

Y sí, muchos casos hay en que la media verdad se convierte de hecho y simplemente en mentira. Esta estrategia es frecuente en la prensa, sobre todo la venal. La honestidad en los medios informativos consiste en un esfuerzo por no quedarse con nada y decirlo todo. Decir una verdad consiste en no controlar, no administrar los datos que se transmiten pase lo que pase.

Un hecho aislado es incomprensible y carece de valor moral (Spinoza). Entender en este caso es situar en lo general, es decir, en una especie de sistema.

Los antiguos maestros
no estampaban sus nombres,
Eran sus firmas
Los blancos dedos de una madonna...
A ustedes invoco, viejos maestros
En el duro momento de la duda
Para que caiga
La piel de serpiente del orgullo
Y quede sordo frente a la fama.

ZBIGNIEW HERBERT (1924-1998)

Max Jacob, poeta amigo en París de Picasso, Apollinaire, Modigliani y demás figuras de esa Edad de Oro, era judío y fue asesinado en un campo nazi de exterminio en 1944. Antes se había hecho religioso, católico. Su conversión tuvo lugar en el interior de un cine, donde, a media proyección, inesperadamente le sobrevino una iluminación. El viento de la Gracia sopla donde



quiere, es cierto, pero, ¿se habrá dado otra conversión como esa?

En tiempos de Rimbaud, en Harar, Abisinia (hoy Etiopía), donde fue a dar el inasible Rimbaud, los enfermos yacen en las calles—en aquella época los abandonaban ahí sistemáticamente, hasta que se restablecieran o murieran. Así, [los enfermos] eran presa favorita de las fieras que lograban penetrar en la ciudad de noche a pesar de la murallas.

Rimbaud es duro, sus palabras contundentes; mal humor en actos: Ese desalmado no se contiene; estalla. Recibiendo en su casa a Jules Borelli, en Harar, se enoja y le tiende la escoba para hacerle barrer su casa... A fuerza de echar a patadas a los perros que vienen a orinar contra las pieles amontonadas de su almacén, los envenena; Monseñor Jarosseou pretendió que envenenó a dos mil, parece ser que ahora, le escribe Savouré, dicen Rimbaud o el Terror de los Perros.

Alain Borer, *Rimbaud en Abisinia*, traducido por Tomás Segovia, FCE, México, 1991.

Horace Walpole: *El mundo es comedia para los que piensan y tragedia para los que sienten.* Claro que pensar y sentir no sólo se puede, sino suele, darse en la misma persona, pero, ¿al mismo tiempo?

¿Puede el señor A admirar a la señorita B sin darse cuenta? Sucede, es frecuente. ¿Pero puede el señor A estar enamorado de la señorita B sin darse cuenta? Desde luego, según Stendhal, gran conocedor de estas cosas, no sólo puede sino que en la mayoría de los casos ya está enamorado y no lo sabe. Esto no sucede, es la excepción, en el llamado amor a simple vista.

Poesía. Sólo personas con individualidad muy acentuada pueden escribir buena poesía. El trabajo poético refleja de algún modo esta individualidad. Piensa en Victor Hugo, en López Velarde, en quien quieras. **u**

Aguas aéreas

Perse en sus vías y maneras

David Huerta

Un día, interesado en ahondar en la poesía de Saint-John Perse, tuve la fortuna —según yo, ingenuo— de encontrarme con un libro de crítica literaria dedicado enteramente al tema. Sin el menor titubeo lo compré, con la ilusión de darme un banquete de *persiología*; pero no: no sería en esa ocasión y no, en absoluto, con ese libro.

El autor del tratadillo reconoce de entrada la “oscuridad” de la poesía de Perse y hace la siguiente reflexión, señal bastante clara de la decepción inminente: “Acaso sea [*la fama de oscuridad de esa obra poética*] porque su vocabulario, de una sorprendente riqueza, acoge términos de botánica, ornitología, mineralogía, u otros que pueden detener al lector”. El crítico afirma con aplomo: “todas las palabras ‘raras’ de Saint-John Perse se hallan en el Diccionario”. Y a pie de página, con muchos aires académicos, sumamente antipáticos, asienta la advertencia desoladora:

Sin embargo, mientras profundizábamos en la comprensión de su obra, hemos reunido numerosas fichas que nos permitirán realizar, ulteriormente, un estudio sobre el vocabulario ‘técnico’, en dominios tan diversos como la flora, la zoología, la geología y los términos propios de oficios o artesanías.

No le creí una sola palabra a esa nota al pie de la página, en el comienzo mismo de la obra; tampoco me gustó el tono del sedicente especialista: por ejemplo, el *nosotros* implícito en la metáfora buza o espeleóloga (“mientras profundizábamos”), cuando es evidente la primera persona del singular (*yo, yo*: con mal disimulado egocentrismo). Ya mejor no comento el adverbio sangrón: “ulteriormente”. *Ulteriormente* me dedicaré a no leer a ese individuo.

En lugar de ese tristón y poco serio “especialista persiano”, cualquiera con dos dedos de criterio habría emprendido la utilización abundantísima y pormenorizada de esas “numerosísimas fichas”. El santo señor —puedo jurarlo con el mismo aplomo de su nota académica— nunca de los nunca preparó ni media ficha, a pesar de su noticia y de su pomposa promesa de un “estudio ulterior”.

En lugar de distraerme con sedicentes especialistas, preferí hacer un esfuerzo transatlántico-parisien y conseguir la edición de la Bibliothéque de la Pléiade con la obra poética de Saint-John Perse, ejemplar cuya sola presencia en los estantes de mi biblioteca me llena ahora de alegría.

Con discreción, desde luego, leo y consulto asiduamente esa bella edición. Ese ejemplar honra el ciclo de mis lecturas persianas de toda la vida; quiero decir: de mi vida desde la adolescencia en la ex hacienda de Coapa (es decir, en la inolvidable preparatoria 5), una vida fervorosa comenzada en medio de jóvenes librescos, esmaltada por la lectura, muchas veces en voz alta, ante esos amigos, de ciertos pasajes como la memorable enumeración de *Anábasis* sobre los oficios y las tareas y actividades humanas: “Ah, toda suerte de hombres en sus vías y maneras”, con el renglón no menos memorable en donde aparecía una palabra de veras rara: “adalingue”.

Las traducciones del colombiano Jorge Zalamea se confundían entonces —los años sesenta— con la poesía misma de Saint-John Perse. En el futuro ocurrirían las conversaciones con Gerardo Deniz (llamado en el siglo Juan Almela), la lectura del libro analítico y crítico de Roger Caillois, la visita a las traducciones persianas del gran T. S. Eliot —nos asomábamos a ellas con autén-

tica reverencia, equipados con un inglés muy limitado, nutrido cotidianamente con letras de canciones de rock. (Eso de “conversar con Deniz-Almela” es una exageración, a todas luces: yo me sentaba a escuchar y a aprender, a tratar de aprender).

En ese libro de La Pléiade puedo sumergirme a veces y regresar a la superficie, más tarde, con presas formidables: versos, frases raras u oscuras, imaginaciones, paisajes... y *palabras, palabras, palabras*. ¿Cómo no? Se trata de una obra poética y la poesía se hace con palabras. Me parecía de elemental justicia esperar del libraco aquel (por mí memorado en el principio de estos renglones, en el lugar donde de ello se habla), libro tan irritante, noticias y reflexiones sobre el vocabulario del poeta; siendo decirlo así, pero mi sentimiento de frustración estaba justificado. Libros como ése le dan mala fama a la crítica académica (la editorial era de una universidad europea).

Las palabras, entonces. Miles, millones de palabras en la poesía de todas las lenguas. A pesar de la compleja, laberíntica, vertiginosa, babélica, resonante, murmuradora, gritona, intrigante, obvia riqueza léxica de los idiomas, las repeticiones son inevitables, cada voz o vocablo se dice y se piensa y se escribe una y otra vez. Hay una excepción, extrañamente conmovedora: la de esos términos llamados *hápax* por los filólogos clásicos. Mi primer encuentro con esta hermosa palabra —hermosa por extraña, añado— ocurrió, curiosamente, en una novela, francesa, *El viento de la tarde* de Jean D’Ormesson; leí en una de esas páginas lo siguiente sobre el vocablo *hápax*:

Término griego que designa las palabras de las que no se encuentra más que un solo ejemplo en toda la literatura y cuyo senti-

do suele resultar, por la misma razón, bastante incierto.

Ese escritor, Jean D'Ormesson, me simpatiza por una razón acaso extraña, pero suficiente para mí: es uno de los pocos escritores capaces de luchar a brazo partido por alguien a quien admiran. Él dio la pelea por la inclusión de Marguerite Yourcenar en la solemnísimas y machista Academia Francesa. (Ella no parece haber sido muy sensible al gesto ni haberle dado las gracias como, según yo, D'Ormesson lo merecía —y aun se permitió hablar mal de los libros de ese escritor: gajes de la grandeza y de la franqueza). Parezo lejos del tema, pero no es así: Marguerite Yourcenar ocupó en la Academia la silla vacante de Roger Caillois, ya mencionado, líneas arriba, como crítico, muy admirable, de los poemas de Saint-John Perse.

Los poetas trabajan con el inmenso patrimonio de las lenguas humanas. Es un tesoro común; pero ellos lo exploran y lo explotan sin cesar, a veces minuciosamente, siempre con una voluntad de llevarlo lejos, lo más lejos posible: *plus ultra*, como dice el lema de los formidables navegantes del siglo xv. Hablar de Saint-John Perse en estos términos es lo más justo: palabras, navegaciones.

Imaginamos al poeta suntuoso, poeta de fundaciones de ciudades y de muchedumbres en movimiento y de cuerpos bruñidos sobre las arenas ardientes, en su barquito de marinerío aficionado. Lo imaginamos en medio de ese incidente contado entre grandes risas por Gerardo Deniz.

El incidente marinerío de Perse va más o menos así: el poeta —además, importante diplomático— está aprendiendo en su barquito el uso de esas banderas para transmitir mensajes en alta mar. Se encuentra entonces con un gigantesco buque inglés y pone en práctica sus conocimientos recién adquiridos; el barco da toda una vuelta, laboriosamente, para poder “leer” el mensaje. Entonces, Perse les pregunta a los ingleses con las susodichas banderitas: “¿Necesitan ayuda?”, pregunta a todas luces absurda pues... ¿cómo va a necesitar ayuda un barco con toda la barba, y sobre todo: cómo un botecito se la va a brindar a un gran navío, si la necesitara? El buque vuelve a su curso con una

actitud inocultable de agraviado, y ni siquiera contesta: al día siguiente, la gaceta oficial del reino de Inglaterra presenta una protesta formal ante el gobierno de Francia por la conducta inaceptable de su irresponsable diplomático —habían leído el número de matrícula del bote persiano—, capaz de desviar un navío de Su Majestad para practicar recién adquiridas destrezas de marinerío novato.

En otra ocasión Perse conversa con Joseph Conrad. La escena parece ideal para escuchar palabras memorables sobre la sublimidad oceánica, pues ambos escritores, el polaco-inglés y el francés del Caribe, han escrito páginas imborrables sobre las aguas navegables. Decepción: Conrad le confía a Saint-John Perse su aborrecimiento de todo lo marino, fluvial, lacustre. Conrad detesta el mar, aborrece los océanos y todas las aguas en donde tanto ha padecido: el “corazón de las tinieblas” no es solamente la conciencia de Kurtz sino las aguas mismas, oscuras y ominosas, del río Congo.

Una vez más Deniz-Almela; no puede no ser así: ese nombre mexicano-español (con una gotita *de turco*) está ligado para siempre al de Saint-John Perse. En un curso formidable titulado “Forma y reforma”, dictado hace algunos lustros en la Casa del Poeta, explicaba Deniz las vicisitudes del epistolario persiano. Cómo, por ejemplo, el poeta se ocupó de retocar sus cartas de los años veinte para aparecer como un pro-



Saint-John Perse

feta del movimiento revolucionario de Mao Zedong. Con eso entraba en el meollo del curso: las formas literarias y los cambios experimentados por ellas, a veces a manos de los propios autores. Deniz se reía abiertamente de esas ínfulas de profeta de Perse; pero no ocultaba nunca su inmensa admiración por sus libros, por sus poemas, estudiados por él con todo detenimiento en un ensayo publicado en la revista *Vuelta* en mayo de 1994, es decir, hace veinte años casi exactos.

El ensayo deniciano en *Vuelta* era y es una joya: dan ganas de citarlo completo, así de lleno está de noticias y de reflexiones e iluminaciones. (“Iluminaciones”: la palabra, rimbaldiana, es no menos persiana. Perse fue traducido por Eliot y Rimbaud lo ha sido en años recientes por John Ashbery). Se publicó en mayo de 1994 en la revista *Vuelta*; más tarde, fue enriquecido con una colaboración muy bien documentada de Elsa Cross, en esa misma revista, sobre los *Cantos del Hoggar* y el poeta antillano-francés.

Las páginas denicianas se titulan “Curiosidades persianas” y son un ejemplo de crítica literaria bien asentada en la filología, es decir, en el conocimiento puntual de los materiales estudiados; en este caso, la vida, la obra, los contextos de Saint-John Perse, además de multitud de otros ámbitos vinculados, así sea tenuemente, con su poesía. El lector Deniz no nada más conoce al dedillo la poesía persiana; conoce también mil y una tradiciones, todas ellas pertinentes para el estudio crítico, desde el Libro Tibetano de los Muertos hasta la menor página de Alfonso Reyes; de la poesía de Léon-Paul Fargue a los más recónditos o abstrusos pasajes veterotestamentarios.

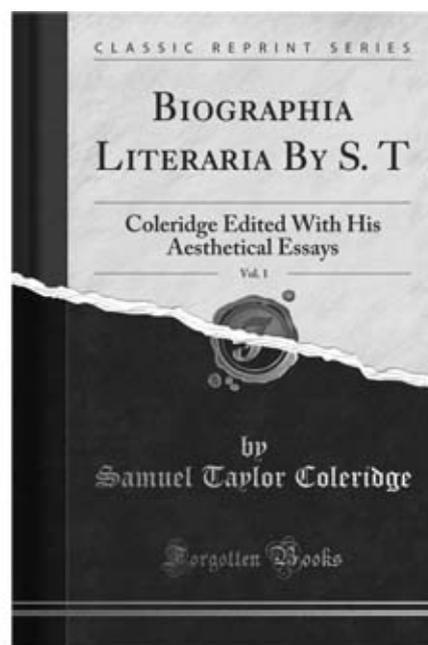
A Deniz sencillamente no le parecía correcto ni creíble el mito de la “ausencia de fuentes” en Perse. ¿Cómo era posible la dócil aceptación de ese mito? ¿De veras no tenía fuentes averiguables esa poesía, con todo y su extrañeza y su originalidad deslumbrantes? Gerardo Deniz no nada más encuentra algunas de esas fuentes: ofrece además una visión llena de vida, e inteligentísima, de la poesía de Saint-John Perse. Nada mejor: un gran poeta escribe acerca de otro gran poeta, y lo hace con una soberbia lucidez. **U**

La epopeya de la clausura Coleridge y su marginalia

Christopher Domínguez Michael



Samuel Taylor Coleridge



La *Biographia literaria* (1817), de Samuel Taylor Coleridge (1772–1834), es uno de los libros más discutidos de la historia de la literatura. Nunca antes, que yo sepa, se había publicado, en español, una versión tan completa y confiable como la impresa por Pre-Textos (Valencia, 2010), con edición, traducción, notas y prólogo de Gabriel Insausti. A reserva de ocuparme después, con detenimiento, de esta falsa autobiografía del gran romántico inglés, libro que, en nuestra lengua, apasionó a Luis Cernuda y a Borges, ofrezco algunos de mis subrayados a manera de guía temática.

GENIO Y TALENTO. Así, como los hombres de talento permanecen satisfechos entre la realidad y el pensamiento, como si se tratase de un mundo intermedio cuya sustancia la crease su propio espíritu, y cuya forma siempre cambiante la crease su imaginación, los de genio deben proyectar sus pre-conceptos sobre el mundo exterior, para re-

presentárselo con un grado satisfactorio de claridad, distinción e individualidad. En tiempos de paz son hombres educados para leer un poema perfecto en el palacio, el templo o el jardín, o para recitar un romance en los canales que unen un mar con el otro, o entre muros de roca que repelan las olas e imitan el poder y la benevolencia de la Naturaleza para albergar las naves, o en acueductos que salvan con unos arcos el trecho de un monte a otro y forman un oasis en el desierto. Pero en tiempos convulsos son los hombres destinados a aparecer como el espíritu de la ruina, a destruir la ciencia de los siglos para sustituirla por la fantasía del momento y a cambiar reyes y reinos del mismo modo que el viento cambia y forma a las nubes (II, pp. 109–110).

ESTIMACIÓN DE WORDSWORTH. En toda perplejidad hay un componente de miedo, que predispone la mente a la ira (IV, p. 156).

ANTIGUOS Y MODERNOS. No ver contradicción alguna en la unión de lo viejo y de lo nuevo, contemplar la Antigüedad y todas sus obras como si aún estuvieran frescas, como si todas hubiesen brotado con el primer *fiat* creador, eso es lo que caracteriza a la mente que siente el misterio del mundo y lo que puede ayudarlo a desentrañarlo; conservar los sentimientos de la infancia en las capacidades de la vida adulta, combinar el sentido de la maravilla y novedad del niño ante las escenas que quizá durante cuarenta años nos han sido familiares, “Con el sol y la luna y las estrellas todo el año / y con el hombre la mujer” (Milton), éste es el privilegio y la característica del genio, y uno de los rasgos que lo distinguen del mero talento. Así, el mérito principal del genio y su manifestación más inequívoca es el representar objetos familiares para despertar en la mente de otros un sentimiento semejante al suyo y esa frescura de sensación que es el acompañamiento constante de la con-

valecencia mental, no menos que de la física (IV, p. 168).

IMAGINACIÓN Y FANTASÍA. Milton tenía una mente muy *imaginativa*, mientras que Cowley poseía una mente *fantasiosa*. De este modo, si yo lograra establecer la existencia de dos facultades completamente distintas, se dejaría sentada de una vez por todas la nomenclatura. Si se mostrara completa y definitivamente que esta distinción no está menos fundada en la naturaleza que la que existe entre delirio y manía... (IV, p. 171).

GRATITUD HACIA LOS MÍSTICOS. Porque los escritos de estos místicos contribuyeron en no poca medida a evitar que mi mente quedara prisionera dentro del recinto de un solo sistema dogmático. Me ayudaron a mantener el corazón vivo en la cabeza, me dieron un indefinido pero eficaz presentimiento de que todos los productos de la facultad meramente reflexiva participan de la muerte y eran como los nódulos y las ramitas en invierno, a los que debe llegar un poco de

savia desde alguna raíz que yo desconocía, para que pudieran dar a mi alma algún alimento o cobijo. Si a menudo eran para mí como una nube de humo durante el día, sin embargo se convertían en una columna de fuego durante la noche, durante mis extravíos por el territorio de la duda, y me servían para sondear, sin adentrarme en ellos, los desiertos arenosos de la completa incredulidad (IX, p. 229-230).

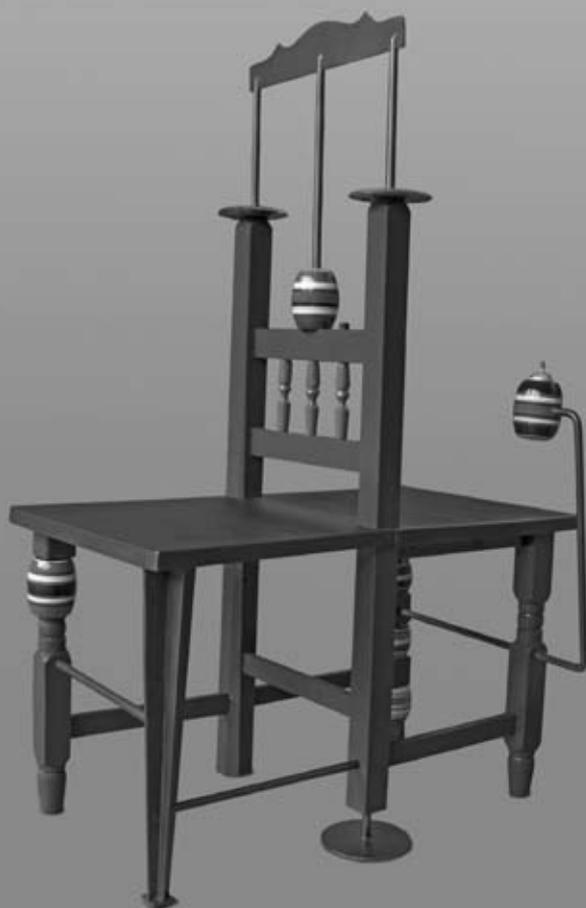
SUEÑO Y VIGILIA. A un idealista que defendía su teoría por el hecho de que cuando dormimos a menudo nos creemos despiertos le respondió llanamente un vecino: "Sí, pero cuando estamos despiertos, ¿nos creemos alguna vez dormidos?" (XVIII, p. 457).

DE LA OSCURIDAD. Un poema no es necesariamente oscuro porque no se proponga ser popular. Basta con que el poema sea claro para aquellos para quienes está escrito, y que "encuentre un auditorio adecuado, aunque escaso" [Milton, *El paraíso perdido*] (XXII, p. 574).

CLÁSICOS. Pues en la comedia de Shakespeare y Molière, cuanto mejor es mi conocimiento y más profundamente pienso, mayor es la satisfacción que acompaña mi risa. Pues ciertamente, aunque los rasgos personales que estos autores describen son hilarantes, y sea por la especie sea por la exageración exquisitamente hilarantes, sin embargo, constituyen el desarrollo natural de la mente humana y en cuanto tal, con más o menos cambios en la tramoya, lo puedo aplicar a mi propio corazón, o al menos, a clases enteras de mis congéneres (XXII, p. 634).

VIRTUD. Sin energía, la virtud sería insuficiente e incapaz de revelar su ser. Se asemejaría a la transformación mágica de la heroína de Tasso en un árbol, en la que sólo podía gemir y sangrar. (De aquí que la energía sea necesariamente objeto de nuestro deseo y admiración). Pero entre los tipos de energía, la de la mente es en todos los aspectos el gran deseo de la ambición humana (XXIII, p. 680). **u**

Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.



Alejandro Buendía,
Silla mexicana de
doble cara

VOICES of Mexico

Issue 96
Spring • Summer 2013

Informes y suscripciones:

Tels. (011 5255) 5623 0308
y 5623 0281

Suscripción anual:

México: \$140 pesos
EU y Canadá: U.S. \$30 dlls.
Canadá: Can \$40 dlls.
Otros países: U.S. \$55 dlls.

voicesmx@unam.mx

www.revistas.cisan.unam.mx/
Voices/

Eric Clapton: la orfandad paradisiaca

Pablo Espinosa

Había una vez un hombre a quien le gustaba escapar del paraíso.

Se esforzaba por llegar a la meta, hacía todo lo necesario para conquistar lo que quería. Le gustaba obtener. Y en cuanto lo lograba, dejaba de quererlo y se fugaba.

A sus sesenta y siete años, ese hombre cumple medio siglo de carrera artística y lo celebra con humor: “cuando cumpla setenta —anuncia—, dejaré de hacer giras, porque viajar se ha vuelto insufrible; ya no quiero lidiar con oficiales de migración que me maltratan como si fuera un terrorista en potencia y porque siempre se me olvida quitarme el cinturón del pantalón y sacar las monedas de los bolsillos antes de pasar por los arcos detectores en los aeropuertos”.

En esos cincuenta años como músico, Eric Clapton ha vivido el infierno y el paraíso y ha sobrevivido historias dantescas y ahora vive para contarlos porque ya no se avergüenza de su pasado y su futuro —sopesa— “está lleno de abundancia en amor y sonrisas”.

Pertenece a la generación de los huérfanos de la guerra: John Lennon no tuvo madre, de eso siempre se quejó y su padre también brilló por su ausencia. Roger Waters, el líder de Pink Floyd, hizo óperas con rock donde la madre ausente y el padre muerto en el campo de batalla son sus fantasmas tutoriales.

Eric Clapton tampoco tuvo madre, al menos de eso se quejó durante décadas. Su padre es otro fantasma militar, un oficial canadiense, músico, que conoció a una muchacha de dieciséis años en una fiesta en el poblado británico de Ripley.

Edward Fryer, se enteró la jovencita ya cuando estaba embarazada, era un hombre casado y Pat —cuyo padre, Reginald Cecil Clapton, había muerto de tisis cuando ella tenía tres años— tuvo que enfrentar la rea-

lidad como madre soltera, apoyada por su madre, Rose y la nueva pareja de su madre, el buen hombre Jack Clapp.

“Yo nací secretamente en el dormitorio del primer piso el 30 de marzo de 1945. Tan pronto como fue posible, cuando yo tenía dos años, Pat abandonó Ripley y mis abuelos me criaron como si fuera su hijo. Me pusieron el nombre de Eric, aunque todos me llamaban Ric”, cuenta en su valiente autobiografía (*Clapton: The Autobiography*, Global Rhythm Press / Editorial Océano).

El arte del enmascaramiento lo trajo de nacimiento: no se llamó Ric Clapp, de acuerdo con el apellido de su abuelo, que fungió/ fingió como su padre, sino Eric con el apellido de la madre: Clapton.

El niño Ric, o Eric, se enteró pronto del engaño, pues vivía en una casa chica de familia grande y en un pueblo chico, infierno grande, donde todos cuchicheaban la palabra *bastardo*, el peor estigma a pesar de que en la región abundaban los hijos naturales debido a la gran cantidad de soldados y pilotos que habían pasado por Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial.

Su autoestima murió en ese instante. Se habría de dedicar a luchar por conseguir todo aquello que repitiera ese decreto: como yo no merecía nada —contaría décadas después— “me dediqué a buscar mujeres que me terminarían abandonando, como lo hizo mi madre”.

No sabe qué tuvo más, si más guitarras o mujeres.

Su primera guitarra fue una Hoyer fabricada en Alemania que costó dos libras. “Yo la había escogido como la guitarra de mis sueños: brillaba mucho y tenía algo de virginal. Parecía un elegante aparato venido de otro universo y mientras intentaba rasguitarla, sentía que estaba pasando al territorio de la madurez”.

En su condición de marginado, el niño Ric, o Eric, sufrió mucho. Era retraído y su respuesta ante el infortunio era el aislamiento. Se convirtió en un experto en el arte de escapar.

Por el contrario, “la música se convirtió en alivio, y aprendí a escucharla con los cinco sentidos. Descubrí que así podía borrar todos los sentimientos de miedo y confusión relacionados con mi familia”.

Cuando tenía nueve años, su madre se apareció en su vida, solamente para decepcionarlo más. Por entonces estaba casada con un soldado canadiense llamado Frank MacDonald y llevó con ella a Ripley a sus dos hijos pequeños. El niño Eric se armó de valor y le preguntó: “¿Puedo llamarte mamá?”. En medio del silencio de la familia reunida, estremecida, “Pat me respondió con mucha educación: creo que después de todo lo que han hecho por ti, lo mejor será que sigas llamando a tus abuelos mamá y papá”, y a ella, en consecuencia, tenía que seguir llamándola “hermana”. Escribió Eric años después: “en ese instante sentí un rechazo absoluto”.

Como era un niño muy mimado y consentido, consiguió que sus abuelos le compraran una guitarra acústica Kay, de diez libras, copia de una Gibson ES-335 de cien libras.

“Cuando me compré esa guitarra ocurrió otra cosa más sustancial. Tan pronto como la conseguí, dejé de quererla. Este fenómeno iba a repetirse a lo largo de mi vida y a causarme muchos problemas”.

Carente de educación sexual, el niño Eric sufrió castigos injustos debido a acciones que cometió con las niñas de su escuela sin saber el significado de nada. Eso determinaría también su conducta sexual durante muchos años, hasta la etapa previa en que tocó fondo y logró su rehabilitación alco-

hólica, no sin antes aceptar una invitación de Roger Waters para salir de gira: “como siempre, acabé envuelto en algunas relaciones sexuales bastante salvajes con algunas mujeres inquietantes, todo bastante sórdido”.

La vida de Eric Clapton, todos lo saben, estuvo plagada de excesos. Sexo, drogas, rocanrol, la fórmula vital de los años setenta.

Muchas veces estuvo a punto de morir debido a ese tren de vida. Pero siempre se salvó, pues él era un experto en escapar, tanto del infierno como del paraíso.

Dos sucesos resultaron determinantes en su vida: enamorarse de la mujer de su mejor amigo: Pattie Boyd, esposa de George Harrison, y la trágica muerte de su hijo.

Conor Clapton fue un ángel que vino a salvarlo del infierno, pues Eric Clapton ya se había salvado de la adicción a las drogas pero había caído en el alcoholismo y en una situación donde la única salida que vislumbraba era el suicidio.

La mañana del 20 de marzo de 1991, cuando jugaba en el departamento que su padre —un hombre en busca de sí mismo que esa mañana iba por él para llevarlo a pasear al Central Park de Nueva York— había comprado para él y su madre, Lori, quien se encargaba de Conor Clapton mientras Eric Clapton se preparaba para convivir cada vez más tiempo con su hijo, pues consideraba que todavía, en ese momento, “si yo lo cuidara todo el tiempo, sería como un niño cuidando a otro niño”. El paseo se convirtió en celestial —de acuerdo con una de las canciones que escribió Eric en memoria de su hijo—, pues el pequeño cayó por accidente desde el piso 23 del edificio.

Para entonces, Eric ya había regresado, después de una terrible recaída, a la clínica de Hazelden, “el mejor centro de tratamientos para alcohólicos del mundo”. Y lo hizo porque ver a su hijo, estar con él, aprender a ser padre, él que no tuvo padre ni madre, se convirtió en su mayor ilusión. “Lo hice por Conor, él me ayudó a mantenerme sobrio como lo más importante de mi vida”.

No fue un asunto fácil. La recaída ocurrió una noche cuando regresaba a casa, luego de haber ido de pesca (“lo que me ayudaba mucho a guardar la calma”) pero de pronto vio un *pub* al lado de la carretera. “Empezaba a anochecer y a través de las



Eric Clapton

ventanas se veía un alboroto de gente que bebía y se divertía, y en ese momento no tuve aguante. La memoria selectiva que poseía acerca de la bebida me decía que estar en la barra de un *pub* en una noche de verano frente a una larga y alta caña de cerveza con lima representaba el paraíso, y decidí no acordarme de las noches en las que me había sentado con una botella de vodka, un gramo de coca y una escopeta considerando el suicidio”.

Buscó escapar del paraíso, de ese paraíso artificial. Y escribió una canción que le nació del fondo del corazón: *Holy Mother*, “en la que pedía ayuda a una fuente divina, a una mujer que ni siquiera podía empezar a identificar”. Fue un sincero grito de auxilio.

Una noche en el centro de desintoxicación, luego de la recaída, Eric tocó fondo: se suponía que esa clínica era un territorio seguro, sin embargo, él se sentía en grave peligro, absolutamente aterrado. Desesperado.

En ese momento, “casi por impulso propio mis piernas cedieron y caí de rodillas. En la intimidad de mi cuarto supliqué ayuda. No tenía noción de a quién pensaba que le hablaba, sólo sabía que ya no podía más, que no me quedaban fuerzas para luchar. Entonces recordé lo que había oído sobre rendirse, algo que pensaba que nunca haría, que sencillamente mi orgullo no permitiría, pero supe que nunca conseguiría

salir solo, así que pedí auxilio y, puesto de rodillas, me rendí”.

Había logrado dominar su ego. Porque llegó a creer que era cierto lo que decían los grafitis que sus admiradores pintaban en las paredes de Londres: “Clapton is God”. El superhéroe Clapton. El invencible. El indomable había logrado, esa noche de espanto, domar su ego y con él a todos sus demonios y venenos.

Cuando visitaba, reía y jugaba con el niño Conor Clapton, el niño Eric Clapton era muy feliz. Y se mantenía sobrio. En su ausencia, la ilusión de verlo nuevamente, el amor de Conor, lo mantenía sobrio.

A los pocos días de aquella noche de espanto cuando dominó por fin su ego, “me di cuenta de que me había ocurrido algo. Un ateo diría con toda seguridad que sólo consistió en un cambio de actitud, y hasta cierto punto eso era cierto, pero se trataba de mucho más que eso. Yo había encontrado un lugar que siempre había sabido que estaba ahí pero en el que nunca había querido, o necesitado, creer. Desde ese día hasta hoy, nunca he dejado de rezar, por la mañana, de rodillas, para pedir ayuda, y de noche para expresar gratitud por mi vida, y sobre todo, por mi sobriedad. Elijo arrodillarme porque siento que necesito humillarme cuando rezo, y con mi ego, eso es lo máximo que puedo hacer”.

Arrodillarse es una situación constante en las canciones que ha compuesto Eric

Clapton en este medio siglo de carrera. Versos de *Tears in Heaven*, donde pregunta al espíritu de su hijo muerto si lo reconocería cuando él muriera, en algún lugar, misma pregunta que se había formulado cuando murió su abuelo-padre: ¿nos volveremos a encontrar?, ¿hay otras vidas donde podemos aprender lo que no pudimos en esta? Esas inquietudes encuentran solución cuando el autor se pone de rodillas: “el tiempo, sólo el tiempo te puede derribar, sólo el tiempo puede hacerte caer de rodillas / el tiempo puede romperte el alma y postrarte a suplicar / pero sé que del otro lado de la puerta hay paz, estoy seguro / y por eso sé que ya no habrá más lágrimas en el cielo”.

De rodillas, me tienes de rodillas, le decía Eric a las innumerables mujeres de las que se enamoró perdidamente, de las que se obsesionó y a las que conquistó y una vez que las tuvo las dejó de querer. Como a sus guitarras.

Con la diferencia, dice ahora el sexagenario sabio, feliz padre de cuatro niñas, “de que mi guitarra, de que la música, siempre estuvo ahí, para salvarme”.

El verso: “Layla, me tienes de rodillas” ha sido coreado por millones en el mundo, tanto en sus conciertos en vivo como en las distintas versiones en disco. Significa la postración máxima que hizo Eric cuando no podía escapar del infierno: *Layla, Darling, won't you ease my worried mind?*

La obsesión por Pattie Boyd nació de la convivencia con su mejor amigo, el esposo de Pattie: George Harrison, quien rechazado a su vez por Lennon y McCartney, quienes no reconocían su talento como compositor, acudía a Eric Clapton para mostrarle sus nuevas canciones e invitarlo a los estudios de Abbey Road, para que lo apoyara tocando en la grabación de *While my guitar gently weeps*, por ejemplo, y de esa manera los otros Beatles lo aceptaran.

Recuerda Eric que cuando George Harrison “escribió una de sus canciones más hermosas: *Here comes the sun*, fue que me di cuenta, frente a él, de que me estaba enamorando de Pattie, su mujer”.

Años después, confiesa Eric Clapton: “creo que lo que me movía al principio fue una mezcla de lujuria y envidia, pero todo eso cambió en cuanto conocí mejor a Pattie. Me había fijado en ella por primera vez en

los camerinos del Savile Theatre, en Londres, después de un concierto de Cream y había pensado que era bella de una manera atípica. Esa impresión se reforzó cuando estuvimos un rato juntos. Recuerdo que pensé que su belleza era también interna. No se trataba sólo de su apariencia, aunque sin duda era la mujer más bonita que había visto en mi vida. Consistía en algo más profundo... También codiciaba a Pattie porque se trataba de la mujer de un hombre poderoso que parecía tener todo lo que yo quería: coches asombrosos, una carrera increíble y una esposa preciosa”.

Pattie Boyd, la legendaria Layla.

Pero en realidad hubo una Layla anterior, la verdadera:

Alice Ormsby-Gore, de apenas 16 años de edad y quien era “perturbadoramente bella... la diferencia de edad parecía enorme y tenía un aspecto muy frágil y un poco como de otro mundo. La encontraba del todo irresistible. Con su aire melancólico y las ropas árabes con que solía vestirse, había salido directamente de un cuento de hadas”.

Su amigo Ian Dallas estimulaba aun más esa fantasía, “ya que me contaba el cuento de Layla y Manjun, una romántica historia de amor persa en la que un joven, Manjun, se enamora apasionadamente de la hermosa Layla, pero el padre de ésta prohíbe el matrimonio y él enloquece de pasión. Ian siempre decía que Alice era la perfecta Layla”.

Y se embarcó, de nuevo, Eric en una nueva aventura de la que saldría profundamente lastimado. Lo movía el deseo de revancha: haber crecido con carencias pero ahora relacionarse con una chica de alta sociedad.

Su corazón en realidad rodaba cuesta abajo por Pattie, la que resultó ser la Layla “histórica”.

La relación Eric/Pattie fue desastrosa, como ya lo era el matrimonio George/Pattie. Eric insistió, insistió, insistió. Obsesivo. Suplicó a Pattie que dejara a George y se fuera a vivir con él. Le dijo a su mejor amigo: “estoy enamorado de tu mujer”, lo que hirió profundamente a Harrison, mientras Clapton vivió, en paralelo, una de sus etapas más creativas, con el grupo Derek and The Dominos, con quienes grabó la primera de muchas versiones de *Layla*, que se convirtió en un éxito definitivo.

Además de *Layla*, habría de escribir otras canciones acerca de su obsesión por Pattie y, una vez que consiguió su objetivo, vivieron una temporada muy felices, cuando escribió *Wonderful tonight*, en un periodo de su vida en que su única preocupación era que su mujer, Pattie, “se tardaba mucho en vestirse y arreglarse para salir juntos”.

Pronto, de nueva cuenta, Eric se encargó de convertir su relación en un infierno.

Su exitosa carrera le hizo ganar tanto dinero que hizo caso del consejo de un ami-



go para exiliarse —como lo hicieron en su momento los Rolling Stones en Francia— a las Bahamas para no ser esquilados por el gobierno en cuestiones fiscales.

Alquilaron una mansión en Islas Paraíso, donde al principio la vida fue idílica, pero Eric ya había conseguido lo que quería y, sencillamente, ya no lo quería. Y se volvió a aislar. Se escapó del paraíso y en la Isla Paraíso se encerró a cultivar su nueva obsesión: el vodka.

Siguió la etapa más triste, aterradora, en toda su existencia: su vida como alcohólico. Protagonizó los escándalos más vergonzosos en público, frente a su mujer o frente a su público en los conciertos.

Un periódico alemán publicó la verdadera razón por la que Eric cancelaba muchos conciertos de último momento: “Demasiado borracho para hacer música”, tituló la nota un periódico en Frankfurt.

Afloraron en furioso pelotón todos sus demonios. “Los viajes para tocar con otros artistas constituían una buena excusa para escapar de Isla Paraíso”.

Eric Houdini Clapton, el maestro del escapismo.

Antes de lograr salir del abismo del alcohol, Eric Clapton vivió en peligro muchos años. Siempre escapó, experto como era, de morir en sus autos deportivos carísimos que conducía, borracho, a elevadas velocidades. Terminaba colgado de un ár-

bol o entre los fierros retorcidos. Increíblemente ileso.

Cinco úlceras en el estómago, una de ellas que presionaba el páncreas estaba a punto de volarlo en mil pedazos, mortal de necesidad. Esa experiencia le ayudó a saber que tenía una segunda oportunidad. De hecho, del fracaso de sus relaciones amorosas se preguntaba al final: ¿qué es lo que tengo que aprender de esta experiencia?

El programa antialcohólico de los doce pasos, que sigue con puntualidad hasta la fecha, lo mantiene sobrio ya por más de un cuarto de siglo.

En su autobiografía lo ha contado todo, sin otro afán que la expiación, como una manera terapéutica, porque ya no le avergüenza su pasado y ha logrado controlar la cadena de culpa y expiación de su alcoholismo y, como todo alcohólico en tratamiento, busca ayudar a otros a mantenerse sobrios; de hecho, donó sus guitarras más queridas para fundar una clínica en la isla de Antigua.

Seis años después de que Eric publicó su testimonio en forma de libro, aparece *Un maravilloso presente* (Editorial Océano), escrito por Pattie Boyd con el periodista Penny Junor.

Además de corroborar lo que escribió su ex esposa, Pattie añade, a sus 69 años, nuevos elementos: era divertido, narra, ver a George y a Eric enfrentarse “empuñando sus guitarras como dos caballeros medie-

vales peleando por mí, con sus canciones: George me escribió *Something* y Eric me hizo *Layla*. Ganó Eric. No podía creer que yo pudiera levantar tanta pasión”.

Así como Eric había escrito que Harrison tenía tanta afición por el cultivo de lo espiritual como de lo carnal, Pattie completa: “cuando volvió de la India me dijo que quería ser una especie de Krishna, un ser espiritual que compartía su vida con varias concubinas”.

George le cantaba a Pattie en la cocina de su casa, al oído, *Something* casi todos los días. “Pero inmediatamente después se hacía el disimulado, salía de la cocina y se iba a la cama con Maureen, la esposa de Ringo Starr; con Krissie, la esposa de Ron Wood y tantas otras”.

Pattie, por cierto, también se acostaba con Ron Wood, así como una noche Eric había llevado al camerino de los Stones a su nueva amante, Carla, y al presentarla a Mick Jagger le suplicó: “con ésta no, por favor, Mick, creo que estoy enamorado”, y al día siguiente Mick y Carla vivieron el cataclismo que estaba destinado para Eric: “terminé agradeciendo a Mick. Ese infierno que vivió con Carla era para mí”.

Sexo, drogas, rocanrol. La revolución cultural de los hijos de la guerra, en búsqueda de sí mismos.

Cuando Eric asistió por vez primera con un psicoterapeuta, perdió los estribos ante la pregunta del doctor: “dime: ¿quién eres?”. “¿Cómo que quién soy?”. Respondió fuera de sí el músico: “dame una guitarra y te demostraré quién soy”, de igual manera que enloqueció cuando un policía lo detuvo, ebrio, y le preguntó, con su identificación, confiscada, en mano: “¿Es usted Erick Patrick?”. Su nombre de infancia, tan desgraciada infancia.

A sus 67 años, feliz padre de cinco hijos con Melia, “la primera relación sana en mi vida”, dice ahora, en cambio: “ya sé quién soy: un viejito cascarrabias”.

Y se arrodilla, para pedir auxilio y después para dar gracias.

Despojado de su atuendo invisible de Houdini, escapó de su infierno y se construye a diario el paraíso: su yo interior.

Le da risa el apodo “Clapton is God” y prefiere el de Slowhand. Eric El Manolenta ya no se escapa. **U**



La página viva

Los pasos de Bioy en un mundo sin Borges

José de la Colina

En la *Confitería del Molino* me encontré con mi hijo Fabián, al que regalé un experimento con el tiempo, de *Dunne*, comprado en el quiosco de Callao y Rivadavia (después de cavilar tanto sobre este encuentro, dar con ese libro me había parecido un buen augurio). Después de almorzar en *La Biela*, con Francisco Korn, decidí ir hasta el quiosco de Ayacucho y Alvear, para ver si tenía un experimento con el tiempo; quería un ejemplar de reserva. Un individuo joven, con cara de pájaro, que después supe que era el autor de un estudio sobre las Eddas que me mandaron hace meses, me saludó y me dijo, como excusándose: “Hoy es un día muy especial”. Cuando por segunda vez dijo esa frase, le pregunté: “¿Por qué?”. “Porque falleció Borges. Esta tarde murió en Ginebra”, fueron sus exactas palabras.

Seguí mi camino. Pasé por el quiosco. Fui a otro de Callao y Quintana, sintiendo que eran mis primeros pasos en un mundo sin Borges. Que a pesar de verlo tan poco últimamente yo no había perdido la costumbre de pensar: “Tengo que contarle esto. Esto le va a gustar. Esto va a parecerle una estupidez”. Pensé: “Nuestra vida transcurre por corredores entre biombos”. Estamos cerca unos de otros, pero incomunicados. Cuando Borges me dijo por teléfono desde Ginebra que no iba a volver y se le quebró la voz y cortó, ¿cómo no entendí que estaba pensando en su muerte? Nunca la creemos tan cercana. La verdad es que actuamos como si fuéramos inmortales. Quizá no pueda uno vivir de otra manera. Irse a morir a una ciudad lejana tal vez no sea tan inexplicable. Cuando me he sentido muy enfermo a veces deseé estar solo: como si la enfermedad y la muerte fueran tan vergonzosas, algo que uno quiere ocultar.

Adolfo Bioy Casares, *Borges*, Destino, Buenos Aires, 2006.



Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares

El monumental libro de 1663 páginas que muy sobria pero suficientemente se tituló *Borges*, en el cual Adolfo Bioy Casares volcó las casi diarias anotaciones acerca de su larga, su no siempre cómoda aunque casi hogareña amistad con Jorge Luis Borges en un permanente ámbito bonaerense, merece que se le coloque junto a las obras maestras de un género en el que se han destacado los escritores de habla inglesa: el biográfico, un género del que es modelo la *Vida del doctor Johnson*, de James Boswell. Puede decirse que ambos libros son obras teatrales en que dos únicos personajes se representan dialogando acerca de lo sublime, lo hermoso, lo feo, lo serio y lo trivial, asumiendo además, y muy agradablemente, lo meramente anecdótico, los detalles menores e incidentales, individuales respecto a los grandes temas. (Respecto a lo anecdótico, a lo incidental, a los hechos menores y lo individual, vale citar a Marcel Schwob en el prólogo de *Vidas imaginarias*: “El arte es lo contrario de las ideas generales, describe sólo lo individual, no desea sino lo único. No clasifica, desclasifica”).

La página 1591 de ese *Borges* de Bioy Casares sería no más que cualquier anotación cotidiana de un escritor que el 14 de

junio de 1986 se enteró de la lejana muerte de un colega que, quince años mayor que él, fue su amigo cercanísimo y su aliado en algunas empresas literarias, hasta el punto de a veces constituir los dos un solo autor: H. Bustos Domecq (o “Biorges”, como proponía creo que Emir Rodríguez Monegal). Pero más allá de su triste y vieja noticia, esa página de Bioy adquiere intensa vida gracias a la mera segunda parte de una línea: “sintiendo que eran mis primeros pasos en un mundo sin Borges”.

Esas once palabras, en las que subyacen una famosa amistad y los literarios vasos comunicantes entre dos grandes autores de las letras argentinas y mundiales, hacen sentir la desolación de un mundo en que la muerte de uno de ellos se ha llevado a la nada los más de mil y un días convividos con el amigo entre comidas, cenas, paseos, páginas, charlas, opiniones, y discusiones y chismes y aun momentos de desafecto.

Entre quienes al leer a Bioy lo hemos acompañado en sus pasos junto al autor de *El Aleph* y la *Historia de la eternidad*, ¿quién, aunque no haya tratado a la persona Borges, no habrá también conocido esa triste sensación de pérdida de un amigo por el hecho de que ya no habría nuevas páginas de Borges? **U**

Río subterráneo

Regreso a casa

Claudia Guillén

Quienes somos herederos de la tradición literaria hispanoamericana, nos hemos acercado con un fervor casi místico a los autores que la conforman. Sin duda, Mario Vargas Llosa (Arequipa, Perú, 1936) se muestra como una pieza clave para dotar de gran salud a esta literatura. Su oficio como escritor ha sido más que probado durante los más de cincuenta años que lo ha ejercido con una pulsión estética que se delinea desde sus primeros libros y que ha sostenido a lo largo de su trayectoria en el mundo de las letras.

Este año aparece su última entrega, la novela *El héroe discreto*, en la que el también autor de *La casa verde* recupera los espacios de Piura y Lima, ciudades en las que pasó buena parte de su vida y que, además, han sido ya utilizadas como escenarios de otros relatos de ficción del Nobel. De igual forma, el autor recupera a personajes como Lucrecia, Fonchito, don Rigoberto, entre otros, para integrarlos a la actualidad peruana. Es decir, pareciera que con los guiños que hace a través de los personajes de sus novelas anteriores, Vargas Llosa nos invita a pensar que por ellos también ha pasado el tiempo y que sus obsesiones no son imperdurables sino, por el contrario, se enriquecen con el pasar de la vida, pues ahora cuentan con una mirada madura que los cobija y que se alimenta de nuevas preocupaciones.

El héroe discreto integra dos mundos, aparentemente ajenos, a través de los personajes de Felícito Yanaqué, pequeño empresario de Piura, e Ismael Carrera, próspero empresario de la capital peruana. Ambos personajes luchan contra su destino de manera casi heroica, como una suerte de quijotes del XXI, pues se enfrentan a una realidad que los desespera aunque esta misma realidad los lleva a consolidar, aun más, su propia ética.

Felícito es víctima de la delincuencia que se ha gestado en Piura, y que ha llegado como una plaga adherida a los cambios del siglo XXI. Este personaje está definido por sus acciones y su forma de vida; sin embargo, su respuesta ante la amenaza de la extorsión provoca la admiración de propios y extraños y da pie al conflicto que se desarrollará a lo largo de la trama. Se muestra, pues, como un estereotipo del hombre provinciano que con base en el esfuerzo ha logrado poseer una empresa de transportes y que tiene como herencia la filosofía de su padre: “Nunca te dejes pisotear por nadie, hijo”. Felícito es casado, tiene dos hijos y una amante que vive en “la casa chica”.

Por su parte, Ismael Carrera es un exitoso hombre de negocios en la capital limeña; sin embargo, se enfrenta al desencanto de ser padre de dos holgazanes que no tienen oficio ni beneficio. Así, este viejo viudo desafía a sus vástagos al romper, de forma radical, con todas las convenciones existentes en la alta sociedad a la que pertenecen. Con esta acción, al igual que Felícito, se desatará el conflicto que da paso a la trama.

En lo que concierne a su estructura, la novela está construida en dos planos narrativos que se intercalan para así lograr la tensión en ambos relatos. Vargas Llosa echa mano, nuevamente, de su gran oficio para coronar elementos de humor y melodrama. A través de estos recursos cuenta las historias de personajes que se asumen ajenos a la nueva realidad peruana. Asimismo, la novela integra en su discurso un rico lenguaje, dándole voz a los personajes a través de diálogos y acciones que consiguen un cosmos cargado por la contundencia de una prosa sin desperdicio, y en la que la memoria se yergue y muestra la brutalidad y



la barbarie como parte de lo cotidiano, y de lo que implica ser testigo de los cambios sociales que se han dado en las postrimerías del siglo XX y principios del siglo XXI.

El erotismo no se deja de lado en este relato, y se presenta a través de las mujeres. Ellas se muestran como una suerte de he-tairas que permiten llevar a sus protagonistas, hombres ya entrados en edad, a experimentar placeres íntimos que les consienten volver a un pasado remoto, aunque sea por un momento.

El héroe discreto es una novela que se integra a la tradición hispanoamericana, pues en ella el lector será testigo de todos los elementos que se entrecruzan y que nos remiten a un pasado, como es el de la propia usanza cervantina. Se trata, pues, de una novela que en su entramado inserta nuestro pasado literario, recreándolo en los escenarios que fueron testigos y cómplices de la conformación del imaginario de este gran autor hispanoamericano. **U**

Mario Vargas Llosa, *El héroe discreto*, Alfaguara, México, 2013, 383 pp.

James Salter, en solitario

Edgar Esquivel

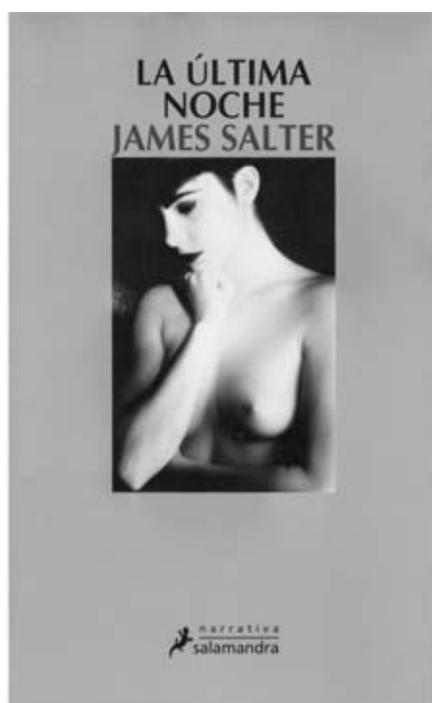
En el relato “La última noche” —que da título al libro de diez historias—, hay una fallida muerte inducida (la de Merit) quien al amanecer siguiente a la que iba a ser su última noche no sólo desbarata, sorprendentemente, una complicidad (entre Walter, su marido, y Susana, amiga de ella), sino que su reacción inicial (la de alguien que estuvo listo para morir) fue el reclamo a su pareja de lo que no ocurrió: “algo hiciste mal”. Tal vez la afectada resta importancia al acto de doble traición del que es, y no fue, objeto, pues sólo reserva su coraje hacia el hecho de continuar con vida. Todo ocurre dentro de un escenario de ordenada cotidianidad, fluida y tersa, insoportablemente planeada, y sin embargo los pasajes en cuyos diálogos se hace un monumento a la nostalgia no conducen hacia el final previsible: *Lo que sea que une a las personas había desaparecido*. En todo caso ese es el factor humano que convierte los cuentos del escritor James Salter (Nueva York, 1925) en piezas de orfebrería dramática que conceden fuerza inusitada al encanto de los personajes y sutileza a sus excesos. ¿Cuándo comenzamos a tener noción de la miseria nuestra, individual, la que provoca irritaciones y lástima?

En los textos de Salter lo cotidiano abjura la gloria en cualquiera de sus manifestaciones. No es posible, en tal circunstancia, sino paisajes agrestes, tan sórdidos, que terminan por invocar la realidad antes y después de lo impensable. La escritura diáfana de un americano radical como lo es el autor de *Años luz* y *Quemar los días* (una autobiografía perfecta) se vuelve entonces un instrumento necesario para presenciar con cruda valentía los compases armoniosos del dolor o la ingratitud.

Y el panorama de lo próximo resulta indiferente cuando los protagonistas se jue-

gan el alma en aquellas decisiones personales que terminan por ser inevitables: sin sorpresas ni pretensiones la vida del día a día no se puede trastornar dada la certeza de que después de un final el mundo continuará tal y como lo hemos conocido. La ilusión es en realidad una intriga vital, pero resulta impensable negarles intensidad a esas historias que se desarrollan sin principio ni conclusión expresas, dentro de una intimidad que se aferra a la esperanza menor. Como con Phil, personaje de “El cometa”: *Lo había hecho todo mal, se daba cuenta, mal y a destiempo. Había echado a pique su vida—. Pero hay algo que puedo decir con el corazón en la mano: si se presentara la oportunidad, volvería a hacerlo.*

En la categoría de ficción —escribió Richard Ford sobre Salter— la buena escritura nos interesa porque es el lugar donde nosotros, los lectores, esperamos que la escritura sea lo más memorable posible. Es



un virtuoso, y seguramente no hay intuición tan penetrante para los detalles del mundo y su nada obvia problemática emocional, ni mirada tan perspicaz para nuestra frágil naturaleza como su intuición y mirada. James Salter es ese viejo piloto de guerra que aprendió a ver la realidad desde una altura envidiable, donde la velocidad de las cosas no mitiga la capacidad de adivinar la posición de los engranes del alma y su necesaria perdición.

Otro escritor, también aviador, Saint-Exupéry, resumió magistralmente en un par de líneas (en *Vuelo nocturno*) esa forma ardua de escatimarle palabras fútiles a la aventura que cada uno termina por construir como decisiva alrededor del pasado inmediato: “luego de escoger, se conforma uno con el azar de la propia existencia e incluso puede amarla”. ¿Quién nos revela dónde recoger nuestra porción de eternidad antes de que las circunstancias ejecuten su plan secreto? Para Arthur y Noreen, protagonistas en el relato “Palm Court”, el desenlace de sus escarceos no podía ser mejor (literariamente hablando), es decir, de acuerdo a la estética de Salter: *Pensó en el amor que había llenado la gran habitación central de su vida y en que no volvería a conocer a nadie como ella. No supo qué lo embargaba, pero en medio de la calle se echó a llorar.*

Justo como un cuadro de Edward Hopper, la escritura de Salter retrata en *La última noche* el drama en ciernes que funge como el tenue fondo de normalidad y transparencia de un equilibrio —espiritual, material— logrado a golpe de personalidad soterrada pero consecuente: la traición es en realidad para los otros, como ese poeta que *había hecho de su vida un noble lamento, siempre recorrido por esa cosa que tuviste, que tendrás siempre, que ya no puedes tener.* **u**

La cámara de los deseos

Leda Rendón

Yasunari Kawabata era un hombre que amaba la soledad. La depresión parece haberlo acompañado siempre. Se cree que se suicidó en su departamento tres años después de haber ganado el Premio Nobel. *La casa de las bellas durmientes* (1961) tiene como guarida de los deseos eróticos de un grupo de ancianos privilegiados una casa junto a un acantilado. Es una especie de limbo o portal secreto hacia otro estado. Si bien ellos pasan la noche con hermosas mujeres narcotizadas, no pueden poseerlas sexualmente. Sólo les está permitido besarlas y acariciarlas. Son juguetes vivientes. Bien mirado, parece el sueño de un psicópata. Las bellas durmientes son objetos de placer mental; que no se pertenecen, que se abandonan al deseo del otro. Estos seres frágiles ofrecen su cuerpo cada noche para que los ancianos beban de su juventud. Estamos ante una pieza que se alimenta de la nostalgia, la pulsión de muerte, el deseo sexual y lo monstruoso.

Eguchi, el protagonista, es un anciano de 67 años que, animado por Kiga, su amigo, decide visitar la morada de las bellas durmientes: una especie de burdel erótico que se rige por la imaginación de cada visitante y las reglas que impone alguien, nunca se sabe bien quién, aunque una mujer misteriosa toma todas las decisiones. Después de su primera visita el anciano Eguchi decide no regresar porque una repulsión inexplicable lo invadió. Pero la mujer lo llama días más tarde y le dice que tendrá una muchacha para esa misma noche. El anciano no se puede resistir. Por otra parte, la descripción detalladísima de las posiciones del cuerpo de las jóvenes raya en lo patológico. El viejo pasará cuatro noches en la casa y sabrá del fallecimiento de Fukura y una joven morena. Incluso la muerte es tratada con

frialidad: hay que seguir las reglas que dicta una especie de fantasma.

En la casa las mujeres son un pedazo de carne que late y sueña; quizá sueñan al viejo Eguchi. Las escenas parecen sacadas de una película de terror. Como telón de fondo se escucha la lluvia y el ir y venir de las olas del mar. La casa recuerda el cuerpo de una mujer. La recámara con sus cortinas de terciopelo carmesí podría bien ser el interior de una dama. Eguchi se gesta en la matriz de los sueños de jóvenes narcotizadas que duermen “como si estuvieran muertas”. La novela exuda erotismo: las paredes, las ventanas, los cuadros, las cortinas parecen gemir. El espacio, sin embargo, recuerda a un fumadero de opio. Las mujeres son mantenidas apenas con vida por una cobija eléctrica. En esta suerte de novela cubista el tacto y el olor evocan recuerdos en su protagonista.

Estamos frente a un tipo de vampirismo senil. La casa de las bellas durmientes es la cámara de los deseos. En ella se pueden ver claramente los recuerdos del pasado. Los sueños son perturbadores. Las drogas están en la almohada listas para ser ingeridas. Los ancianos no necesitan acostarse con las muchachas porque en realidad están dentro de ellas. Por eso solo puede haber un anciano a la vez. La negra, la última mujer con la que duerme Eguchi, es un doble repulsivo de la blanca que está a su lado, por eso debe morir. Los enigmas que encierra la propiedad son varios. Por ejemplo: quién es el dueño de la casa, por qué es únicamente la mujer quien recibe a Eguchi. ¿La muerte será la única forma de salir de allí? Es como si estuviera dentro de una gran matriz que lo gesta para otro estado: la muerte.

La droga está presente todo el tiempo en la novela. Kawabata logra una atmósfe-

ra de normalidad donde en realidad no la hay. La casa de las vírgenes observa un código de conducta que escapa de la lógica común. Son autómatas siguiendo las reglas que alguien más dicta. Es un falso castillo de la pureza. El encanto está, quizá para Eguchi, en saber que podría hacer cualquier cosa con la mujer que duerme a su lado, pero su grandeza reside en controlar esos impulsos animales. Al menos por algún tiempo. Eguchi entra a la recámara con cortinas de terciopelo carmesí, después de haber tomado el misterioso té, se desnuda y se acuesta junto a la primera chica, enseguida percibe un olor a leche. Hecho que va contra toda lógica, el mismo Eguchi parece contrariado. Una muchacha virgen no puede oler a leche. Las soluciones narrativas eran muchas y Kawabata las deja todas abiertas: la muchacha olía a leche y no era virgen, la regente de la casa puso expresamente el olor en la habitación, Eguchi lo imaginó o el té lo indujo a pensar eso, etcétera. Cada situación se presenta abierta, múltiple. Es un universo perfecto que esconde el azar como en la vida. Las inclinaciones de cada lector gobiernan.

El sexo es ritual, imaginación, fantasía y puesta en escena en *La casa de las bellas durmientes*. La muerte acaricia cada noche a la vida en esta suerte de matriz erótico literaria. Yasunari Kawabata es uno de los grandes maestros de la literatura, que con esta novela conquistó al público intelectual. Desgraciadamente, es poco leído en nuestro país, pero estoy segura de que más de un escritor habría querido imaginar un lugar tan escalofriante y sensual como el de *La casa de las bellas durmientes*. Es un territorio del que salir es casi imposible: las imágenes que regala el japonés son bellísimas, enigmáticas y conmovedoras. **U**

Entender de manera inconsciente

José Gordon



Test de Rorschach

Entendí pero no capté. Suena cantinflesco, pero eso es exactamente lo que hace el cerebro cuando procesa la información visual. Joe Sanguinetti, investigador de la Universidad de Arizona, en colaboración con Mary Peterson y John Allen encontraron que el cerebro procesa información visual y le asigna significado incluso cuando no lo percibe así de manera consciente.

Para tener una idea de lo que esto quiere decir, por favor observe rápidamente la imagen que acompaña al texto. Es justamente una de las estampas que se muestran a los participantes en el estudio por tan sólo 170 milisegundos. En ese intervalo, los participantes distinguen lo que parece un

objeto abstracto de color negro. Sin embargo, en este tipo de láminas hay otros objetos que se ocultan en los bordes de la silueta negra. En este caso, podemos apreciar los contornos de dos caballitos de mar en los espacios blancos que rodean a la figura.

La pregunta que hicieron los investigadores fue la siguiente: durante esos milisegundos que se percibe sólo el objeto negro, ¿nuestro cerebro deja de procesar el significado de las siluetas exteriores?

Lo que se pensaba comúnmente era que lo que no se percibe no se decodifica en el cerebro. Dice Sanguinetti: “La opinión tradicional en la investigación sobre la visión es que eso sería un desperdicio en térmi-

nos de nuestros recursos. Si finalmente no vas a ver el objeto que está en el exterior de la silueta, ¿por qué el cerebro va a desperdiciar todos estos recursos para procesar una imagen hasta el nivel del significado?”. Dicho de otra manera, ¿para qué perdemos el tiempo en asignar significado a algo que no vemos conscientemente?

Sin embargo, las investigaciones arrojaron un resultado inesperado. Al realizar electroencefalogramas para medir la actividad cerebral, encontraron que entendemos lo que no captamos, lo que no pasa por el umbral de nuestra conciencia.

La clave de este hallazgo se encuentra en una especie de firma cerebral que tenemos en el momento en que estamos procesando los significados. Se trata de un pico en las ondas cerebrales llamado N400. Ese pico, explica Sanguinetti, es indicador de que el cerebro ha reconocido un objeto y lo ha asociado con un significado particular. Mary Peterson dice que esto ocurre 400 milisegundos después de que se muestra la imagen (en menos de la mitad de un segundo). Sin embargo, no sucede cuando se muestran imágenes que no tienen un objeto oculto en blanco.

Peterson explica: “Esto nos da una ventana para ver lo que el cerebro está haciendo todo el tiempo. Siempre está examinando toda una variedad de posibilidades para encontrar la mejor interpretación que se encuentra ahí. Esta puede variar de acuerdo con la situación”.

Cuando caminamos por la calle en la vida cotidiana, nuestros cerebros reconocen visualmente muchos objetos significativos, los interpretan, pero finalmente sólo somos conscientes de unos cuantos de ellos. Lo sorprendente es que entendemos mucho más de lo que imaginamos. **U**

EDICIÓN DIGITAL

Interacción Cultural en Línea

- Redes sociales
- Descarga para móviles
- Motor de búsqueda
- Videos
- Galerías fotográficas
- ...y más!

